

economía y política



Revista de la Facultad de Ciencias Económicas y Administrativas de la Universidad de Cuenca

EPOCA IV

Nº9

*Babel sin
sus torres*

330-5
U48e
si 13006

economía y política

REVISTA DE LA FACULTAD DE CIENCIAS ECONOMICAS Y ADMINISTRATIVAS

EPOCA IV FEBRERO - 2002

9

BABEL SIN SUS TORRES



Ediciones
Universidad de Cuenca
Facultad de Ciencias Economicas
y Administrativas

CUENCA - ECUADOR

(Sm) 496-591 n/a

economía y política

REVISTA DE LA FACULTAD DE CIENCIAS ECONOMICAS Y ADMINISTRATIVAS

EPOCA IV FEBRERO - 2002

BABEL SIN SUS TORRES

AUSPICIO
ILDIS

Instituto Latinoamericano de Investigaciones Sociales

Revista Semestral de la Facultad de Ciencias Económicas y Administrativas de la Universidad de Cuenca
Levantamiento de Textos: Silvia Flores
Diagramación: Arnoldo Celi C.
Impresión: Centro de Publicaciones de la Facultad de Ciencias Económicas y Administrativas.
Tiraje: 1.000 ejemplares Febrero del 2002.
Teléfono: 88 59 85 / Fax: 84 24 24.

donación \$ 1.00 17-V-2016

Econ. Carlos Marx Carrasco Vicuña
DECANO

ECon. Marco Valencia O.
SUBDECANO

CONSEJO EDITORIAL

PRESIDENTE

Econ. Carlos Marx Carrasco Vicuña

VOCALES

Econ. Leonardo Espinosa

DIRECTOR DEL DEPARTAMENTO DE INVESTIGACIONES Y POSGRADOS

Econ. Claro Alvarado Vintimilla

DIRECTOR DEL CENTRO DE PUBLICACIONES Y DIFUSION



Revista Economía y Política
I.S.N.N. N. 1390-0854

INDICE

| | |
|---|----|
| Presentación | 9 |
| LOS ATENTADOS AL WORLD TRADE CENTER, CULPABLES Y RESPONSABLES | 11 |
| 1.1 Discurso del Presidente George Bush del 20 de septiembre del 2001. | 12 |
| 1.2 El World Trade Center, el Pentágono y el Efecto Bumerán. James Petras | 24 |
| 1.3 La Guerra es terrorismo...institucionalizado. Atilio A. Boron | 28 |
| 1.4 Impactado y Horrorizado. Larry Mosqueda | 31 |
| 1.5 El Operativo Carlos Montemayor | 39 |
| 1.6 El Enemigo Verdadero Giovanni Sartori | 44 |
| 1.7 La Guerra Red. Manuel Castells | 48 |
| 1.8 Una Guerra Disimulada Darío Fo, Franca Rame y Jacopo Fo | 54 |
| 1.9 Rebelión Internacional Tariq Alí | 60 |
| 1.10 La violencia no funciona Howard Zinn | 64 |
| 1.11 Pasión Colectiva Edward W Said | 67 |
| 1.12 ¿Guerras sin Fin? Walden Bello | 75 |
| 1.13 ¿Entre la Guerra Santa y la Cruzada? Anibal Quijano. | 82 |

| | |
|--|-----|
| 2 LA SITUACIÓN POLÍTICA DE ESTADOS UNIDOS Y LOS ATENTADOS DEL 11 DE SEPTIEMBRE | 111 |
| 2.1 Después del ataque a EE.UU.: Estados Unidos no esta en condiciones de gobernar el mundo. | 113 |
| Antonio Polito | |
| 2.2 ¡Cuidado! ¡Estados Unidos podría prevalecer! | 116 |
| Por: Immanuel Wallerstein | |
| 2.3 Seguimos en el fin de la historia | 118 |
| Francis Fukuyama | |
| 2.4 Discurso del Presidente Fidel Castro del 22 de septiembre: | |
| Posición de un viejo comandante | 124 |
| Fidel Castro | |
| 2.5 La Guerra del Control Infinito | 137 |
| Raúl Zibechi | |
| 2.6 El significado real de los atentados del día 11 de septiembre sobre la política mundial dependerá de la evolución de tres grandes cuestiones, con él relacionados. | 146 |
| Cesar Benjamín | |
| 2.7 11 de septiembre: La historia no se repite | 155 |
| José María Tortosa | |
| 3. POSICIONES ANTE LA REACCIÓN DEL GOBIERNO ESTADOUNIDENSE | 175 |
| 3.1 La Guerra de Bus contra el terrorismo: ¿Quién la va a pagar y quién se va a beneficiar? | 177 |
| William Hartung | |
| 3.2 El teatro del terror | 183 |
| John Le Carré | |
| 3.3 La nueva Guerra contra el terror | 190 |
| Noam Chomsky | |

| | |
|--|-----|
| 3.4 Sí, soy antiimperialista | 228 |
| Rossana Rossanda | |
| 3.5 El teatro del bien y el mal | 234 |
| Eduardo Galeano | |
| 3.6 La mentira del Pentágono como arma de guerra | 238 |
| Carlos Fazio | |
| 3.7 Operación censura infinita | 245 |
| Genaro Villamil | |
| 3.8 La reacción a la atrocidad fortalece la represión | 250 |
| Noam Chomsky | |
| 4. EL CONTEXTO HISTÓRICO, SOCIO-ECONÓMICO Y POLÍTICO DEL CONFLICTO ENTRE ESTADOS UNIDOS Y AFGANISTÁN | 257 |
| 4.1 La mundialización ha consumido a las sociedades árabes de una manera irreversible. | |
| Comité de Solidaridad con la Causa Árabe. (Entrevista a Samir Amin) | 259 |
| 4.2 Terrorismo y antiterrorismo del orden global | 270 |
| J. Sanchez Parga | |
| 4.3 Estados Unidos: el apoyo a los aliados a la guerra abierta (Recuento de las Intervenciones) | 291 |
| 4.4 Babel sin sus Torres | 296 |
| Ciudadano del Mundo. | |
| 4.5 Paz Armada MADE IN USA | 308 |
| Carlos Marx Carrasco V. | |
| 5. ALGUNAS CONCLUSIONES E IDEAS FINALES | 317 |
| 5.1 El "factor Dios" | 319 |
| José Saramago | |

| | |
|-------------------------------------|-----|
| 5.2 Una falsa división del mundo | 324 |
| Amartya Sen | |
| 5.3 Nueva realidad, nueva legalidad | 327 |
| Carlos Fuentes | |
| 5.4 La izquierda después del once | 333 |
| José Steinsleger | |
| 5.5 Bush el destripador | 337 |
| Antonio Caballero | |

Presentación

La Facultad de Ciencias Económicas y Administrativas cumple con su obligación de contribuir al esclarecimiento de la situación que vive el planeta a raíz de los atentados del 11 de septiembre pasado. Para muchos internacionalistas, a partir de aquel día, el mundo ya no es el mismo. Algunas aristas de la globalización han quedado heridas gravemente, particularmente la relacionada con la cultura. Hoy sabemos –y ojalá podamos entender– que la occidentalización universal es un mito, que existe diversidad de culturas y civilizaciones, que el “american way” tiene fronteras y fuertes resistencias.

El número anterior de la Revista dedicamos exclusivamente al análisis del Plan Colombia, sus raíces y consecuencias geopolíticas y económicas. La presente entrega aborda la problemática mundial a partir del derrivamiento de las torres gemelas y la destrucción de uno de los lados del Pentágono. Hemos realizado una selección de artículos de una gama de autores. Nuestro propósito es abrir el debate para una mejor comprensión de los complejos fenómenos de un mundo catastrófico que se autodestruye por la arrogancia y la insaciabilidad de la acumulación capitalista.

El próximo número –que ya está en prensa– contiene los aportes sobre una serie de temas trabajados por los colegas de la Facultad. Dada la coyuntura nos hemos visto forzados a cambiar sobre la marcha los planes editoriales trazados.

Cuenca, noviembre del 2001

Carlos Marx Carrasco V
DECANO

Presentación

El presente libro es el resultado de un trabajo de investigación y de una recopilación de datos que se ha realizado durante un periodo de tiempo considerable. El objetivo principal de esta obra es proporcionar una visión clara y detallada de los atentados al World Trade Center, así como de los culpables y responsables de estos hechos. El autor ha buscado ser objetivo y riguroso en su análisis, basándose en fuentes confiables y en la evidencia disponible. Esperamos que esta obra sea de utilidad para todos aquellos que se interesan en comprender lo que sucedió y por qué.

El autor desea agradecer a todas las personas que han colaborado con él durante el proceso de investigación y redacción. En particular, a los expertos en el tema, a los investigadores que han compartido sus conocimientos y a los lectores que han seguido su trabajo con interés. También desea agradecer a su familia por su apoyo y comprensión durante este periodo de tiempo. Finalmente, el autor desea expresar su esperanza de que esta obra contribuya a la búsqueda de la verdad y a la justicia para las víctimas de los atentados.

El autor desea aclarar que esta obra no pretende ser un tratado exhaustivo de la historia de los atentados, sino un análisis detallado de los hechos y de las responsabilidades involucradas. El autor se reserva todos los derechos de autor y no permite la reproducción o el uso no autorizado de esta obra sin su consentimiento escrito.

El autor desea agradecer a todos los que han colaborado con él durante el proceso de investigación y redacción.

El autor desea agradecer a todos los que han colaborado con él durante el proceso de investigación y redacción.

1

LOS ATENTADOS AL WORLD TRADE CENTER, CULPABLES Y RESPONSABLES

Discurso de George Bush ante el Congreso

El presidente de Estados Unidos lanzó -la noche del 20 de septiembre del 2001- un contundente ultimátum al régimen de los Talibán para que entregue, sin dilación, a todos los dirigentes terroristas del grupo Al Qaeda dirigido por Osama bin Laden. Sus palabras, en una sesión especial de las dos cámaras del Congreso, eran las siguientes:

"Señor presidente (de la Cámara de Representantes), miembros del Congreso, queridos estadounidenses:

En el transcurso normal de los acontecimientos, los presidentes vienen a esta cámara a informar sobre el estado de la unión. Hoy no hace falta tal informe: ya ha sido enviado por el pueblo estadounidense.

Lo hemos visto en el coraje de los pasajeros que doblegaron a los terroristas para salvar a otros en tierra. Pasajeros como ese hombre excepcional llamado Todd Beamer. Por favor, ayúdenme a dar la bienvenida esta noche a su esposa, Lisa Beamer.

Hemos visto el estado de la unión en la resistencia de los socorristas más allá del agotamiento. Lo hemos visto en el despliegue de banderas, el resplandor de las velas, las donaciones de sangre, las oraciones en inglés, hebreo y árabe. Lo hemos visto en la decencia de personas caritativas y afectuosas que hicieron suyo el luto de los extraños.

Mis queridos compatriotas:

En los últimos nueve días, el mundo entero ha visto por sí mismo el estado de la unión y es fuerte.

Esta noche estamos en un país consciente del peligro y llamado a defender la libertad. Nuestro duelo se ha convertido en ira y la ira en resolución. Ya sea que llevemos nuestros enemigos a la justicia o la justicia a nuestros enemigos, así lo cumpliremos.

Agradezco al Congreso por su liderazgo en un momento tan importante.

Todo Estados Unidos se sintió emocionado la noche de la tragedia cuando vieron a demócratas y republicanos unidos en las escalinatas de esta capitolio cantando Dios bendiga a Estados Unidos.

Y ustedes hicieron más que cantar. Ustedes actuaron y entregaron 40.000 millones de dólares para reconstruir nuestras comunidades y satisfacer las necesidades de nuestras fuerzas Armadas. Presidente de la cámara Hastert, líder demócrata Gephardt, líder republicano Daschle y senador Lott, agradezco su amistad, su liderazgo y sus servicios al país.

Y en representación del pueblo estadounidense, agradezco al mundo por el respaldo brindado.

Estados Unidos nunca olvidará el sonido de nuestro himno nacional sonando en el Palacio de Buckingham, en las calles de París y en las Puertas de Brandenburg en Berlín.

No olvidaremos a los niños de Corea del Sur congregándose para orar en nuestra embajada en Seúl, o las oraciones de simpatía ofrecidas en una mezquita de Cairo.

No olvidaremos los momentos de silencio y los días de luto en Australia y Africa y América Latina.

Ni olvidaremos a los ciudadanos de otras 80 naciones que murieron juntos con los nuestros. Docenas de paquistaníes, más de 130 israelíes, más de 250 ciudadanos de India, hombres y mujeres de El Salvador,

Irán, México y Japón y cientos de ciudadanos británicos.

Estados Unidos no tiene un amigo más verdadero que Gran Bretaña. Una vez más, estamos unidos en una gran causa. Así que estoy honrado con que el primer Ministro británico cruzó un océano para mostrar su unión con América. Gracias por venir, amigo.

El 11 de septiembre, enemigos de la libertad cometieron un acto de guerra contra nuestro país. Estados Unidos ha conocido guerras, pero en los últimos 136 años han sido guerras en suelo extranjero, excepto por un domingo en 1941. Estados Unidos ha conocido bajas de guerra, pero no en el centro de una gran ciudad en una mañana pacífica. Los estadounidenses han conocido ataques sorpresivos, pero nunca antes contra miles de ciudadanos. Todo esto nos llegó en un solo día y la noche cayó sobre un mundo diferente, un mundo en el que la libertad misma está bajo ataque.

Los estadounidenses tienen muchas preguntas esta noche. Los estadounidenses se están preguntando: ¿Quién atacó a nuestro país?

Las pruebas que hemos reunido apuntan todas a una colección de organizaciones terroristas conocida como al Qaeda. Ellos son algunos de los asesinos condenados por la colocación de bombas en las embajadas estadounidenses en Tanzania y Kenya y los responsables por la bomba contra el USS Cole.

Al Qaeda es al terror lo que la mafia es al crimen. Pero su meta no es hacer dinero, su meta es recrear el mundo e imponer sus creencias radicales sobre la gente en todas partes. Los terroristas practican una forma marginal de extremismo islámico que ha sido rechazada por los eruditos musulmanes y por la vasta mayoría de los clérigos musulmanes; un movimiento marginal que pervierte las enseñanzas pacíficas del Islam.

Las directivas de los terroristas les ordenan matar a cristianos y judíos,

matar a todos los estadounidenses y no hacer distinción entre militares y civiles, incluyendo mujeres y niños. Este grupo y su líder, una persona llamada Osama bin Laden, están ligados a muchas otras organizaciones en diferentes países, incluyendo la Yihad Islámica egipcia, el Movimiento Islámico de Uzbekistán.

Hay miles de estos terroristas en más de 60 países. Son reclutados en sus propias naciones y vecindarios y traídos a los campos en lugares como Afganistán, donde son entrenados en las tácticas del terror. Son enviados de regreso a sus casas o enviados a ocultarse en países alrededor del mundo para planear maldad y destrucción.

El liderazgo de Al Qaeda tiene una gran influencia en Afganistán y respalda al régimen Talibán en el control de la mayoría de ese país. En Afganistán vemos la visión que al Qaeda tiene para el mundo. El pueblo de Afganistán ha sido tratado brutalmente, muchos están muriendo de hambre y muchos han huido. A las mujeres no se les permite ir a la escuela. Uno puede ser encarcelado por tener un televisor. La religión sólo puede ser practicada como dictan sus dirigentes. Un hombre puede ser encarcelado en Afganistán si su barba no es suficientemente larga.

Estados Unidos respeta al pueblo de Afganistán -después de todo, somos actualmente su primera fuente de ayuda humanitaria-, pero condenamos al régimen del Talibán. No sólo reprime a su propio pueblo, sino que es una amenaza para las personas de todas partes por patrocinar y dar abrigo y suministros a los terroristas. Ayudando e instigando el asesinato, el régimen del Talibán está cometiendo asesinatos y esta noche Estados Unidos de América hace las siguientes demandas al Talibán:

Entreguen a las autoridades de Estados Unidos a los dirigentes de al Qaeda que se esconden en su país. Liberen a todos los ciudadanos extranjeros, incluso a los ciudadanos estadounidenses que tienen encarcelados injustamente. Protejan a los periodistas extranjeros, los diplo-

máticos y los trabajadores humanitarios que se encuentran en su país. Cierren inmediata y permanentemente todos los campamentos que entrenan a terroristas en Afganistán y entreguen a todo terrorista y a toda persona y su estructura de apoyo a las autoridades apropiadas.

Den a Estados Unidos acceso total a los campamentos de terroristas, para que podamos estar seguros de que no siguen operando. Estas demandas no están abiertas a negociaciones ni discusiones.

El Talibán debe actuar y actuar inmediatamente. Entregarán a los terroristas o compartirán su destino. Quiero hablar esta noche también directamente a los musulmanes de todo el mundo: Respetamos vuestra fe. Es practicada libremente por muchos millones de estadounidenses y millones de personas más en países que Estados Unidos cuenta como amigos. Sus enseñanzas son buenas y pacíficas y todos los que comenten actos de maldad en nombre de Alá blasfeman el nombre de Alá.

Los terroristas son traidores a su propia fe, tratando, en realidad, de secuestrar todo el islamismo. El enemigo de América no son nuestros numerosos amigos musulmanes. No son nuestros numerosos amigos árabes. Nuestro enemigo es una red radical de terroristas y cada gobierno que la respalda.

Nuestra guerra contra el terror comienza con Al Qaeda, pero no termina allí. No terminará hasta que cada grupo terrorista de alcance mundial haya sido encontrado, detenido y vencido. Los estadounidenses se están preguntando: ¿Por qué nos odian? Ellos odian lo que ven aquí en esta cámara: un gobierno democráticamente electo. Sus líderes son nombrados por ellos mismos. Ellos nos odian por nuestras libertades: nuestra libertad de religión, nuestra libertad de expresión, nuestra libertad de votar y congregarnos y de estar en desacuerdo entre nosotros. Ellos quieren derrocar gobiernos existentes en muchos países musulmanes como Egipto, Arabia Saudita y Jordania. Ellos quieren sacar a Israel de Oriente Medio. Ellos quieren expulsar a cristianos y judíos de

vasta regiones de Asia y Africa.

Estos terroristas no matan sólo para extinguir vidas, sino para interrumpir y poner fin a una manera de vivir. Con cada atrocidad, ellos esperan que Estados Unidos se torne más temeroso y se retire del mundo olvidando nuestros amigos. Ellos se enfrentan a nosotros porque nosotros estamos en su camino. Nosotros no nos dejamos engañar por su religiosidad fingida. Nosotros hemos visto su clase antes. Ellos son los herederos de todas las ideologías asesinas del siglo XX. Al sacrificar vidas humanas para servir sus visiones radicales, al abandonar todos los valores a excepción de su deseo de poder, ellos siguen el camino del fascismo, el nazismo y el totalitarismo. Y ellos van a seguir ese camino hasta donde termina, en el sepulcro sin marcar de la historia de mentiras descartadas.

Los estadounidenses se están preguntando: ¿Como vamos a pelear y ganar esta guerra?

Dirigiremos todos los recursos a nuestra disposición -todos los medios de la diplomacia, toda herramienta de inteligencia, todo instrumento para la aplicación de la ley, toda influencia financiera y toda arma de guerra necesaria- a la destrucción y la derrota de la red global del terror.

Ahora, esta guerra no será como la guerra contra Iraq de hace una década, con una liberación decisiva de un territorio y una conclusión rápida. No se parecerá a la guerra aérea sobre Kosovo de hace dos años, donde no se utilizaron tropas terrestres y ni un solo estadounidense se perdió en combate.

Nuestra respuesta involucra mucho más que una represalia instantánea y golpes aislados. Los estadounidenses no deben esperar una batalla, sino una larga campaña como no hemos visto ninguna otra jamás. Puede incluir golpes dramáticos visibles en la televisión y operaciones encubiertas secretas igual de exitosas.

Le quitaremos el financiamiento a los terroristas, los volveremos el uno contra el otro, los haremos moverse de un lugar a otro hasta que no tengan refugio o descanso. Y perseguiremos a las naciones que proporcionen ayuda o refugio al terrorismo. Todas las naciones en todas las regiones deben tomar ahora una decisión: o están con nosotros o están con los terroristas.

De este día en adelante, cualquier nación que continúe dando refugio o apoyando el terrorismo será considerada por Estados Unidos como un régimen hostil. Nuestra nación ha sido puesta en alerta, no somos inmunes a los ataques. Tomaremos medidas defensivas contra el terrorismo para proteger a los estadounidenses.

Hoy, docenas de departamentos federales y agencias, así como gobiernos estatales y locales, tienen responsabilidades que afectan la seguridad de la patria. Estos esfuerzos deben ser coordinados al más alto nivel. Por eso, esta noche anuncio la creación de una posición a nivel de gabinete que reportará directamente a mí: la Oficina de Seguridad Interna.

Y esta noche, anunció también a un estadounidense distinguido para dirigir este esfuerzo, para fortalecer la seguridad estadounidense: un veterano militar, un gobernador efectivo, un verdadero patriota, un amigo de confianza, Tom Ridge, de Pennsylvania.

El dirigirá, supervisará y coordinará una amplia estrategia nacional para salvaguardar a nuestro país contra el terrorismo y responder a cualquier ataque que pudiera venir. Estas medidas son esenciales. La única manera de derrotar al terrorismo como una amenaza a nuestra forma de vida es detenerlo, eliminarlo y destruirlo donde quiera que crezca.

Muchos participarán en este esfuerzo, desde los agentes del FBI hasta los operativos de inteligencia y los reservistas que hemos llamado a servicio activo. Todos se merecen nuestras gracias y todos tienen nues-

tras oraciones.

Y esta noche, a pocas millas del dañado Pentágono, tengo un mensaje para los militares: estén preparados. He colocado a las fuerzas armadas en alerta y eso tiene una razón. La hora está llegando para que Estados Unidos actúe y ustedes nos harán sentir orgullosos.

Esta no es, sin embargo, una lucha sólo de Estados Unidos y lo que está en juego no son solamente las libertades estadounidenses. Esta es una lucha del mundo. Esta es una lucha de la civilización. Esta es una lucha de todos los que crean en el progreso y el pluralismo, la tolerancia y la libertad. Pedimos a todas las naciones que se unan a nosotros.

Pediremos y necesitaremos la ayuda de fuerzas de policía, servicios de inteligencia y sistemas bancarios de todo el mundo. Estados Unidos agradece que tantas naciones y muchas organizaciones internacionales hayan respondido ya con simpatía y apoyo: naciones de América Latina, Asia, Africa, Europa y el mundo islámico.

Quizás la carta de la OTAN refleja mejor la actitud del mundo: un ataque contra uno es un ataque contra todos. El mundo civilizado se está alineando junto a Estados Unidos. Ellos comprenden que si este terror queda sin castigo, sus propias ciudades, sus propios ciudadanos podrían ser los próximos. El terror sin contestar no sólo puede derribar edificios, es capaz de amenazar la estabilidad de gobiernos legítimos.

¿Y saben qué? No vamos a permitirlo.

Los estadounidenses se preguntan: ¿qué se espera de nosotros? Quiero que vivan sus vidas y abracen a sus hijos. Sé que muchos ciudadanos tienen miedo esta noche y yo les pido que tengan calma y resolución, incluso cuando enfrentan una continua amenaza. Les pido que mantengan los valores de Estados Unidos y recuerden por qué tantos han venido a este país. Estamos en una lucha por nuestros principios y nuestra primera responsabilidad es vivir a la altura de ellos. Nadie debe ser señalado, ni maltratado, ni ofendido de palabra por su origen étnico ni

su fe religiosa.

Les pido que sigan apoyando a las víctimas de esta tragedia con sus contribuciones. Los que quieran dar pueden llegarse hasta un centro de información, Libertyunites.org, para encontrar los nombres de los grupos que están ofreciendo ayuda directa en Nueva York, Pennsylvania y Virginia.

Los miles de agentes de la FBI que están trabajando ahora en esta investigación pudieran necesitar su cooperación y les pido que se la den. Les pido paciencia con las demoras y las inconveniencias que podrían acompañar a la seguridad más estrecha y su paciencia en lo que será una larga lucha. Les pido su participación continua y confianza en la economía estadounidense. Los terroristas atacaron un símbolo de la prosperidad estadounidense; ellos no tocaron su fuente. Estados Unidos es exitoso por el trabajo duro y la creatividad y el emprendimiento de nuestro pueblo. Estas eran las verdaderas fortalezas de nuestra economía antes del 11 de septiembre y estas son nuestras fortalezas hoy.

Y finalmente, por favor continúen orando por las víctimas del terror y por sus familias, por aquellos en uniforme y por nuestro gran país. La oración nos ha confortado en la pena y nos ayudará a fortalecernos para la jornada que tenemos por delante. Esta noche agradezco a mis compatriotas por lo que ya han hecho y por lo que harán.

Y señoras y señores del Congreso, les agradezco por lo que ya han hecho y por lo que harán juntos. Esta noche enfrentamos nuevos y súbitos retos nacionales. Nos uniremos para mejorar la seguridad aérea, para aumentar dramáticamente el número de vigilantes aéreos en los vuelos domésticos y tomaremos nuevas medidas para prevenir los secuestros.

Nos uniremos para promover la estabilidad y mantener nuestras aerolíneas volando con asistencia directa durante esta emergencia.

Nos uniremos para dar a los responsables de aplicar la ley las herramientas adicionales que necesitan para localizar el terror aquí, en casa.

Nos uniremos para fortalecer nuestras capacidades de inteligencia para conocer los planes de los terroristas antes de que actúen y encontrarlos antes de que golpeen. Nos uniremos para tomar pasos activos que fortalezcan la economía de Estados Unidos y que nuestro pueblo vuelva al trabajo.

Esta noche damos la bienvenida a dos líderes que representan el extraordinario espíritu de todos los neoyorquinos, el gobernador George Pataki y el alcalde Rudolf Giuliani. Como muestra de la resolución de Estados Unidos, mi administración trabajará con el Congreso y estos dos líderes para demostrarle al mundo que nosotros vamos a reconstruir la ciudad de Nueva York.

Después de todo lo que ha pasado, todas las vidas que fueron tomadas y todas las posibilidades y esperanzas que murieron con ellas, es natural preguntarse si el futuro de Estados Unidos es uno de temor. Algunos hablan de una era de terror. Yo sé que hay luchas por delante y peligros que enfrentamos. Pero este país va a definir nuestra era, no será definido por ella.

Siempre y cuando Estados Unidos sea fuerte y mantenga su determinación, esta no será una era de terror. Esta será una era de libertad, aquí y a lo largo del mundo. Se nos ha hecho gran daño. Hemos sufrido una gran pérdida. Y en nuestro dolor y en nuestra ira, hemos encontrado nuestra misión y nuestro momento.

La libertad y el temor están en guerra. El avance de la libertad humana, el gran logro de nuestro tiempo y la gran esperanza de cada era, depende ahora de nosotros. Nuestra nación, esta generación, levantará la oscura amenaza de violencia que recae sobre nuestro pueblo y nuestro

futuro. Fomentaremos que el mundo se una a esta causa a través de nuestros esfuerzos y de nuestra valentía. No nos vamos a cansar, no nos vamos a rendir y no vamos a fracasar. Es mi esperanza que en los próximos meses y años, la vida retorne casi a la normalidad. Regresaremos a nuestras vidas y rutinas, y eso es bueno.

Incluso la tristeza disminuye con el tiempo y la buena voluntad. Sin embargo, nuestra resolución no desaparecerá. Cada uno de nosotros recordará lo que sucedió ese día y a quiénes les sucedió. Recordaremos el momento en que llegaron las noticias, dónde estábamos y lo que hacíamos. Algunos recordarán una imagen de un incendio o una historia o un rescate. Algunos llevarán recuerdos permanentes de un rostro o una voz.

Yo llevaré esto: la placa del policía llamado George Howard, que murió en el World Trade Center tratando de salvar a los demás. Me la entregó su madre, Arlene, como recuerdo orgulloso de su hijo. Es mi recuerdo de las vidas que terminaron y una tarea que no termina.

Nunca olvidaré la herida a nuestro país ni aquéllos que la infligieron. No flaquearé, no descansaré, no me ablandaré en la tarea de librar esta lucha por la libertad y seguridad del pueblo estadounidense. El curso de este conflicto no se conoce, pero su resultado es cierto. Libertad y temor, justicia y crueldad, siempre han estado en guerra y sabemos que Dios no es neutral. Mis queridos compatriotas, enfrentaremos violencia con justicia paciente, garantizada por la corrección de nuestra causa y confiados en las victorias por venir. En todo lo que nos espera, que Dios nos dé sabiduría y podamos velar por Estados Unidos de América.

Gracias."

El World Trade Center, el Pentágono y el efecto bumerán

James Petras

Las trágicas muertes y heridas de miles de empleados como consecuencia de los ataques suicidas al World Trade Center y el Pentágono han evocado el espectro del miedo, la ira y la guerra. Mientras miles de ciudadanos estadounidenses han acudido para donar su sangre y hacer servicios médicos voluntarios en actos de solidaridad con las víctimas, el presidente George W. Bush y el secretario de Estado, Colin Powell, hablan de "un acto de guerra" y de "lanzar una guerra" contra un adversario aún no determinado, pero que, se especula, pueden ser terroristas y Estados árabes/musulmanes.

La definición de guerra hecha por Bush y Powell es adecuada. El problema es que los actos violentos en Washington y Nueva York no anuncian el inicio de una guerra (un "segundo Pearl Harbor"), sino la continuación de una guerra que lleva bastante tiempo en el Medio Oriente, el Golfo y el sur de Asia entre, por un lado, Estados Unidos y sus aliados, y las naciones árabes y pueblos de la región, por el otro.

Irak ha sido atacado violentamente por bombarderos durante más de una década. La Guerra del Golfo jamás terminó. La guerra del régimen israelí -apoyado por Estados Unidos- contra los palestinos continúa, con asaltos aéreos y terrestres constantes por parte de Israel y bombardeos suicidas de los palestinos. En el sur de Asia y el norte de Africa, Estados Unidos ha emprendido actos de guerra contra Afganistán, Li-

bia y Sudán como continuación de su conflicto con terroristas árabes-/musulmanes.

El empeño de Estados Unidos en esta guerra ha sido invisible y distante para la gran mayoría del público estadounidense, porque los objetivos de la violencia han estado siempre en el extranjero, en el Medio Oriente y otros lugares.

Inadvertidamente, Ariel Sharon, primer ministro de Israel, ha sido explícito respecto a la interconexión de los conflictos: vinculó la guerra violenta de Israel contra los palestinos con la violencia en Nueva York y Washington.

La extensión de la guerra hacia territorio estadounidense, así como la amenaza de Washington de lanzar la guerra contra Estados que ofrecen "refugios seguros a terroristas", ha puesto muy nerviosos a los inversionistas. Los financieros de Wall Street temen con razón la venta masiva de acciones y bonos, en particular por parte de los inversionistas extranjeros, además de una fuga de inversiones en dólares en búsqueda de lugares más seguros. La destrucción del World Trade Center, cerca de Wall Street, aumenta la percepción entre los inversionistas de que el poder global de Estados Unidos no es invencible y es vulnerable al ataque. La adquisición de las acciones y los bonos estadounidenses estuvo propiciada más con su imagen como baluarte de estabilidad que con su economía especulativa y su impulso por el consumo. La fuga de inversión extranjera empujará a la economía estadounidense hacia una recesión más profunda, y la mayoría de los economistas cree que habrá una venta masiva de dólares, debilitando las cuentas externas de Estados Unidos.

La fragilidad del nuevo orden mundial se manifiesta en los esfuerzos para reforzar la política de seguridad y las fuerzas militares en la



OTAN, con el fin de proyectar una imagen de cohesión y fortaleza. Sin embargo, los ataques violentos tienen sus raíces precisamente en la historia reciente de las guerras de los Balcanes y el bombardeo de Yugoslavia, y las guerras de sus aliados en Bosnia, Kosovo y Macedonia. Consolidar el poder global y conservar un imperio contra los adversarios no es fácil. Muchos historiadores han señalado que las guerras lanzadas en el extranjero tienden a regresar a casa.

El politólogo conservador Chalmers Johnson habla de un *blowback* o efecto bumerán, en el que las mismas fuerzas (fundamentalistas musulmanas) que fueron apoyadas por Washington contra sus adversarios (URSS) se transforman después en sus violentos enemigos.

Si, como parece ser el caso, extremistas musulmanes estuvieron involucrados en los ataques violentos en Nueva York y Washington, entonces el gobierno estadounidense debe asumir su responsabilidad: muchos miles de fanáticos islámicos recibieron financiamiento en su ofensiva violenta contra el régimen laico de Afganistán, apoyado por la URSS a finales de los setenta. Estados Unidos dio abasto y entrenamiento a estos extremistas islámicos utilizando armas de la más avanzada tecnología, incluyendo misiles de mano que buscan calor. A principios de los noventa, el régimen musulmán de Bosnia, con apoyo de Estados Unidos, reclutó guerreros islámicos de la guerra en Afganistán para pelear contra Serbia. En Kosovo y Macedonia, Estados Unidos se alió y proporcionó armas al KLA, que incluye muchos veteranos islámicos de estas guerras extranjeras. Los fanáticos islámicos que Washington antes llamaba "luchadores por la libertad", hoy son los violentos terroristas que realizan acciones violentas contra Estados Unidos, guiados por el sospechoso número uno, Osama Bin Laden, quien recibió apoyo de la CIA. Washington ha creado un monstruo anticomunista que se ha vuelto en contra de su patrón. Lo que han aprendido los terroristas islámicos de sus mentores de la CIA es cómo hacer la guerra

de alta tecnología, y lo que han aprendido de sus mentores religiosos es su voluntad de sacrificar sus vidas en la "santa guerra". Esta combinación letal fue evidenciada en Nueva York y Washington. Desgraciadamente para la humanidad éste no es el último capítulo en esta guerra entre extremistas.

En lugar de guerra, éste debe ser un tiempo para reflexionar sobre las raíces sociales y políticas del conflicto; un tiempo para reconocer que los derechos de autodeterminación tienen precedencia por encima de las doctrinas imperiales obsoletas de esferas de influencia y colonias de asentamientos.

La guerra es terrorismo... institucionalizado

Atilio A. Boron

Los atentados terroristas perpetrados en Nueva York y Washington son absolutamente injustificables, y mucho menos desde una tradición ideológica como la socialista. Una metodología criminal como la que hemos visto, en donde miles de inocentes muchos de ellos víctimas del imperialismo fueron sacrificados sin compasión, repugna profundamente nuestra conciencia y nuestros valores fundamentales. Pero dicho esto, ahora debemos hacer un esfuerzo para tratar de comprender lo que ha ocurrido y lo que vendrá.

Esta preocupación es tanto más importante cuando unas horas después de la tragedia hemos sido abrumados por las declaraciones de un enjambre de buenas almas democráticas y humanitarias, lideradas por las de un personaje tan siniestro como Henry Kissinger, expresando su santa indignación ante lo acontecido y exigiendo, en consonancia con los deseos de la Casa Blanca, un castigo ejemplar para los ignotos terroristas. El mensaje de los publicistas imperiales es claro y transparente: vivíamos en un mundo bondadoso y justo que unos fanáticos criminales vinieron a ensangrentar con su violencia asesina. Ante el hollywoodesco maniqueísmo de este razonamiento conviene recordar algunas cosas.

Recordar, por ejemplo, que el famoso nuevo orden mundial inaugurado por George Bush padre se edificó sobre los escombros de Bagdad y los cadáveres de 300 mil civiles iraquíes. Ya anteriormente, su predecesor Ronald Reagan había ocasionado 30 mil víctimas organizando, armando y financiando, con la complicidad de la mafia del narcotráfico,

co, la campaña de los contras nicaragüenses. Miles más habrían de morir en los años noventa gracias a los bombardeos "humanitarios y daños colaterales" de Bill Clinton en la ex Yugoslavia, para no hablar de los 210 mil habitantes de Hiroshima y Nagasaki que perecieron calcinados por dos bombas atómicas arrojadas con inigualable alevosía - una tres días después de la otra, cuando sus devastadores efectos ya habían sido constatados- por el entonces líder de los valores occidentales, Harry Truman. Todo esto sin entrar a contabilizar la tremenda responsabilidad del gobierno de Estados Unidos en los 30 mil desaparecidos de Argentina, el bombardeo indiscriminado sobre barrios marginales de Panamá para detener al "narco-gobernante" Noriega (impuesto por Washington poco tiempo antes), el monstruoso genocidio y ecocidio practicado en Vietnam o los misiles disparados contra los campamentos de refugiados palestinos, entre otras muestras de humanidad y fraternidad.

Por supuesto, ningún crimen justifica la comisión de otro. Lo que queremos decir es que la novedad de la semana pasada no es la ominosa aparición de la muerte en un beatífico escenario de vida sino que aquella haya aparecido, por vez primera a esa escala, en el interior de Estados Unidos. En un sistema internacional que chorrea sangre de la cabeza a los pies lo novedoso es que ahora el terror también alcanza al centro del imperio. Estados Unidos llevan más de medio siglo sembrando a su paso destrucción y muerte: imponiendo salvajes tiranías - como la de Hussein en Irak y los talibán en Afganistán, o la de Suharto en Indonesia, previa masacre de 500 mil personas- cuando ello convenía a su intereses imperiales; o derribando democracias, como hicieron con el Chile de Salvador Allende exactamente 28 años antes del martes pasado, cuando los entorpecían. Los energúmenos que hoy gritan "¡guerra!" fingen ignorar todo esto. En su impudicia pretenden hacerse cernos creer que hay dos violencias: una maligna, cuando la sufre Estados Unidos, y otra virtuosa, cuando es éste quien la descarga sobre

otros pueblos. Si las víctimas son estadounidenses hay terrorismo; en los demás casos se trata de misiones humanitarias.

Es preciso ser intransigentes en el rechazo a la falsa disyuntiva que nos proponen los "bienpensantes" del capital: "guerra o terrorismo", y que nos impide comprender que la primera no es otra cosa que la "legalización" del segundo, que la guerra es terrorismo institucionalizado. ¿O alguien puede creer que cuando caían las bombas sobre Hiroshima o Bagdad sus habitantes no estaban aterrorizados? La verdadera alternativa entonces es "guerra o paz". La agresión sufrida por el pueblo estadounidense de ninguna manera le confiere a su gobierno un lúgubre "derecho a la represalia", que en caso de ser ejercido potenciaría hasta límites impensables la violencia en el mundo. Ante la gravedad de la situación es evidente que se ha llegado a un punto de no retorno que demanda la puesta en marcha de iniciativas encaminadas a construir un orden mundial basado en la justicia, la tolerancia y la equidad. El orden actual, en cambio, se asienta sobre la violencia y el hegemonismo imperial, y lo único que podemos esperar de él es más violencia. Sería bueno que nuestros gobernantes tomaran nota de estas circunstancias y trataran de poner una nota de sensatez ante tanta locura. Sólo más muerte y dolor podemos esperar cuando la prepotencia y la venganza se convierten en los principios rectores de la política internacional.

Impactado y Horrorizado

Larry Mosqueda, Ph.D.
The Evergreen State College

Como todo estadounidense, el martes 11 de septiembre me encontré impactado y horrorizado al ver que las Torres Gemelas del World Trade Center eran atacadas por aviones secuestrados y colapsaban, resultando en la muerte de, tal vez, hasta 10.000 personas inocentes.

No me había encontrado tan impactado y horrorizado desde el 16 de enero, de 1991, cuando el presidente de aquel entonces Bush, atacó Bagdad y el resto de Irak y empezó por matar a 200.000 personas durante aquella "guerra" (asesinato). Esto incluye la infame "avenida de la muerte" en los últimos días de este asesinato, cuando pilotos de EE.UU. literalmente disparaban por la espalda a ciudadanos y soldados Iraquíes que huían. Sigo encontrándome horrorizado por las sanciones sobre Irak, que han resultado en la muerte de más de 1'000.000 Iraquíes, incluyendo a más de 500.000 niños, sobre quienes la Ex Secretaria de Estado, Madeleine Albright, ha dicho que sus muertes "valen el costo".

A lo largo de mi vida me he encontrado impactado y horrorizado por una variedad de acciones gubernamentales de EE.UU., como el auspicio del golpe de estado contra la democracia de Guatemala en 1954, y que resultó en más de 120.000 muertes de campesinos guatemaltecos, causadas por las dictaduras instaladas por los Estados Unidos a lo largo del curso de cuatro décadas.

Los eventos del último martes me recordaron del horror que sentí cuando Estados Unidos derrocó los gobiernos de República Dominicana en 1965 y ayudó a asesinar a 3.000 personas. Y me recordó del impacto que sentí en 1973, cuando los Estados Unidos auspiciaron un golpe de Estado en Chile contra el gobierno democrático de Salvador Allende, y ayudaron a asesinar otras 30.000 personas, incluyendo ciudadanos estadounidenses.

mos sido tan fácilmente engañados...”

Me encontraba en un estado continuo de shock y horror mientras EE.UU. atacaba impunemente y bombardeaba la nación de Libia en los 80, incluyendo el asesinato de la tierna hija de Khadafi. Estuve impactado mientras EE.UU. bombardeó e invadió Granada en 1983. Estuve horrorizado por las acciones militares de EE.UU. y la CIA en Somalia, Haití, Afganistán, Sudán, Brasil, Argentina y Yugoslavia. Las muertes en estas acciones llegan a los cientos de miles.

La lista anterior no es de ninguna manera completa ni intensiva. Simplemente es una lista que es fácilmente accesible y no es desconocida, especialmente para las elites económicas e intelectuales. Sólo que ha sido convenientemente eliminada del discurso público y de la conciencia pública. Y en su mayor parte el análisis de que las acciones de EE.UU. han resultado mayoritariamente en muertes de civiles (más del 90%), no es desconocido para aquellas elites y aquellos que elaboran políticas públicas. Una cifra conservadora de aquellos que han muerto, por el terror y acción militar estadounidense, desde la Segunda Guerra Mundial es 8'000.000 de personas. Repito, 8'000.000 de personas. Esto no incluye aquellas personas heridas, presas, desplazadas, refugiadas, etc. Martin Luther King dijo, en 1967, durante la guerra de Vietnam, “... Mi gobierno es el mayor proveedor mundial de violencia...” Impactante y horrorizante.

Nada de lo que he escrito tiene la intención de desestimar o de faltar al respeto a aquellos que han sido víctimas y a aquellos que han sufrido la muerte o pérdida de un ser querido durante los eventos de esta semana. No intenta “justificar” acción alguna de aquellos que bombardearon las Torres Gemelas o el Pentágono. La intención es contextualizar.

Si creemos que las acciones son propias de “enfermos mentales”, entonces son “enfermos” capaces de mantener un secreto por 2 años, o más, entre más de 100 personas; mientras se entrenan para ejecutar un complejo plan. Mientras no son actos de locos, aparentan ser actos de “fanáticos” los que, dependiendo de quienes realmente sean, para los que se puede encontrar una verdadera reivindicación, pero sus acciones son ilegítimas.

En este punto Osama Bin Laden ha sido acusado por los medios y por el gobierno de ser el autor intelectual de los bombardeos del martes. Dado el historial gubernamental de mentir al pueblo norteamericano, esta acusación no debería ser aceptada, en este punto, como un hecho. Si de hecho, Bin Laden es el autor intelectual de esta acción, él es responsable por la muerte de, tal vez, 10.000 personas – un crimen impactante y horroroso. Ed Herman, en su libro “La Verdadera Red de Terror: Terrorismo en Hechos y Propaganda” de ninguna manera justifica al terrorismo, pero sostiene que los estados frecuentemente se involucran en un terror “al por mayor”, mientras que aquellos definidos como “terroristas” por los gobiernos ejercen un terror “al por menor”. Mientras los resultados son cualitativamente iguales para las víctimas individuales del terrorismo, existe una clara diferencia cuantitativa. Y como Herman, y otros autores sostienen, las semillas y raíces, de la mayor parte del terrorismo “al por menor” se encuentran, de hecho, en el terrorismo “al por mayor” de los estados. Nuevamente esto no justifica, de ninguna manera, las acciones del último martes, pero busca ubicarlas en un contexto y sugerir una explicación.

Tal vez más impactante y horroroso, si de hecho Bin Laden es el autor intelectual de las acciones del martes; claramente ha tenido un significativo entrenamiento militar, logístico, de armamento, etc., por personal militar competente y experto. Y de hecho lo ha tenido. Durante la década de 1980 él fue reclutado, entrenado y auspiciado por la CIA en Afganistán para combatir a Rusia. Mientras ejercía su terror contra los rusos y sus enemigos en Afganistán, él era “nuestro hombre” en ese país.

Lo mismo es cierto sobre Saddam Hussein de Irak, quien fue un recurso de la CIA en Irak durante los años 80. Hussein podía reprimir a su población, echarles gas e invadir al vecino (Irán) mientras contara con la aprobación de EE.UU.

Lo mismo era cierto sobre Manuel Noriega de Panamá, quien fue un contemporáneo y compañero de la CIA de George H. Bush en la década de 1980. Para Bush padre, el mayor crimen de Noriega no fue que traficara drogas (lo hacía, pero los Estados Unidos y Bush sabían esto antes de 1989), sino que

Noriega no cooperaría más con la contraguerra terrorista que mantenían los Estados Unidos contra Nicaragua. Esta información no es desconocida ni polémica entre la elite política. Para repetir, esto no justifica ninguna acción del martes pasado, pero las sitúa en su horroroso contexto.

Impactantes como fueron los eventos del martes pasado, son posibles generadores de acciones aún más horrorosas, por parte del gobierno estadounidense, que aumentarán significativamente la cifra de 8'000.000 anteriormente citada. Esta respuesta puede perfectamente ser cualitativa y cuantitativamente peor que los eventos del martes.

El titular del New York Times del 14 de septiembre sostiene "Bush y Principales Asesores Proclaman Política que Termine con Estados que Apoyan Terror", como si esto fuera una opción racional, mesurada, o incluso cuerda. Los Estados identificados para una posible eliminación son "un número de países asiáticos y africanos como Afganistán, Irak, Sudán e incluso Paquistán." Esto va más allá de lo impactante y horroroso – es igual de potencialmente suicida, homicida y más enfermo aún que las personas que secuestraron los aviones.

De la misma manera, cualitativamente hablando, estas acciones serán aún peores que los mismos terroristas, si uno acepta la premisa más difundida de que aquellos involucrados en el atentado son "enfermos mentales", "fanáticos religiosos" o un "grupo terrorista". Si lo son, ellos actúan individualmente, o como parte de un grupo pequeño. Las acciones de EE.UU. pueden continuar las políticas homicidas de unos pocos miles de elites por los últimos 50 años, involucrando ambos partidos políticos.

El terrorismo "al por menor" es aquel de pequeños grupos e individuos desesperados y a veces fanáticos, que frecuentemente buscan reivindicaciones legítimas, pero que se involucran en actividades individuales criminales e ilegítimas; el terrorismo "al por mayor" es aquel de hombres "rationales" y educados, donde el dolor, el sufrimiento y la muerte de millones de personas son evaluadas, planificadas, y demasiado frecuentemente ejecutadas, con el propósito de ampliar el nebuloso concepto de "interés nacional". El espacio

no permite una completa explicación del concepto elitista de Orwell de este "interés nacional", pero se puede resumir como la protección y expansión de la hegemonía y del imperio.

El público norteamericano se prepara para la guerra mientras es alimentado por el flujo continuo y repetido de imágenes impactantes y horrorosas de los eventos del martes, y por conmovedoras historias de los sobrevivientes y de los seres queridos de aquellos que perdieron familiares. Estas historias son reales y no deberían ser menospreciadas. De hecho, aquellos que perdieron familiares pueden ser considerados como una muestra representativa de la humanidad de los 8'000.000 muertos anteriormente. Si multiplicamos de 800 a 1000 por la cantidad de dolor, angustia, e ira actualmente experimentadas por el público norteamericano, podemos empezar a entender cuánto siente el resto del mundo mientras es continuamente castigado.

Imágenes particularmente intensas, y desgarradoras historias públicas que estamos viendo y oyendo de familiares con fotografías y volantes buscando a sus seres amados. Estas imágenes son virtualmente las mismas de aquellas de las "Madres de los Desaparecidos" que buscaban a sus (principalmente) hijos adultos en lugares como Argentina, donde más de 11.000 fueron desaparecidos en 1976-1982, nuevamente con aprobación de EE.UU. Como las madres de Argentina merecieron nuestro respeto y compasión, de igual forma lo merecen los parientes de aquellos que buscan a sus parientes ahora. Sin embargo no debemos permitirnos ser manipulados por los medios y por el gobierno de EE.UU., y volver el dolor e ira verdaderos en una política nacional de terror "al por mayor" y genocidio contra civiles inocentes en Asia y África. Lo que estamos viendo, en términos militares, se llama "ablandar el objetivo". El objetivo aquí es el público norteamericano y estamos siendo ideológica y emocionalmente preparados para el asesinato que empezará pronto.

Ningún país asiático o africano mencionado anteriormente es una democracia, lo que significa que estos pueblos virtualmente no tienen efecto alguno sobre las políticas de desarrollo de sus gobiernos, incluso si asumimos que estos gobiernos son cómplices de las acciones de este martes. Al examinar la historia reciente de estos países, se encuentra que el gobierno norteamericano ha influenciado directa e indirectamente creando las condiciones para la

Los eventos del último martes me recordaron del shock y horror que sentí en 1965 cuando los Estados Unidos promovieron un golpe de estado en Indonesia que causó la muerte de más de 800.000 personas, y el subsiguiente asesinato en 1975 de más de 250.000 personas inocentes en Timor Oriental por el régimen Indonesio, con la directa complicidad del presidente Ford, y el secretario de estado Henry Kissinger.

Recordé el impacto y horror que sentí durante la contraguerra auspiciada por los Estados Unidos (la Corte Mundial declaró Criminal de Guerra al gobierno de Estados Unidos en 1984 por el minado de los muelles) contra Nicaragua, en la década de 1980, que resultó más de 30.000 muertes de personas inocentes (o como el gobierno estadounidense solía llamarles: “blancos blandos” –antes que el término “daños colaterales” fuera inventado).

Recordé estar horrorizado por la guerra de EE.UU. contra el pueblo de El Salvador en la década de 1980, que provocó más de 80.000 muertes brutales, o “blancos blandos”.

Rememoré el impacto y horror que sentí durante la guerra de terror auspiciada por Estados Unidos contra los pueblos del sur de África (especialmente Angola) que empezó en los 70 y persiste hasta el día de hoy, y que ha provocado más de 1'000.000 de muertes y mutilaciones. Recordé el impacto y horror que sentí mientras EE.UU. invadió Panamá en la temporada de Navidad de 1989 y asesinó a más de 8.000 personas, en el intento de capturar al ahora enemigo Manuel Noriega, antes cómplice de la CIA y de George H. Bush.

Recordé el horror que sentí cuando me enteré de cómo el Shá de Irán fue instalado en un brutal golpe de estado –auspiciado por los Estados Unidos- que resultó en la muerte de más de 70.000 Iraníes desde 1952-1979. Y persistía mi shock mientras me enteraba que el Ayatollah Khomeini, quien derrocó al Shá en 1979, y quien fuera enemigo público de EE.UU. durante los 80, también estaba en el rol de pagos de la CIA, mientras se encontraba exiliado en París en la década de 1970.

Recordé el impacto y horror que sentí cuando me enteré de cómo los Estados Unidos han “elaborado el consentimiento” desde 1948 para su apoyo a Israel,

hasta la exclusión de virtualmente cualquier derecho de los palestinos en su tierra natal, resultando en unas condiciones de vida que diariamente empeoran para el pueblo Palestino. Estuve impactado cuando supe de los cientos de pueblos y aldeas que fueron literalmente borradas de la faz de la tierra durante los primeros días de la colonización israelita. Estuve horrorizado en 1982 cuando los pobladores de las aldeas de Sabra y Shatila eran masacrados por aliados israelitas con la directa complicidad y dirección de Israel. Los miles de desconocidos que murieron ese día concuerdan con la escena de horror que presenciamos el último martes. Pero aquellas escenas no fueron repetidas una y otra vez en los medios nacionales de comunicación para inflamar al público norteamericano.

Los eventos e imágenes del martes pasado han sido apropiadamente comparados con los horrorosos eventos e imágenes del Líbano en la década de los 80, que resultaron en la muerte de decenas de miles de personas, sin referencia alguna al hecho de que el país que infundió terror sobre el Líbano fue Israel, con el respaldo de EE.UU. Sigo encontrándome impactado mientras los comentaristas de los medios principales se refieren a “asentamientos israelitas” en “territorios ocupados” sin sentido alguno de ironía mientras reportan sobre quiénes son los agresores en la región.

Por supuesto, el más grande e impactante crimen de guerra de la segunda mitad del siglo XX fue la ocupación estadounidense a Indochina desde 1954-1975, especialmente Vietnam, donde se bombardeó, fumigó con Napalm, aplastó, disparó, y asesinó a sangre fría a más de 4'000.000 de personas como parte del “Programa Fénix” (es aquí donde Oliver North empieza). Muchos veteranos estadounidenses de la guerra de Vietnam también se volvieron víctimas de esta guerra, a pesar de sus buenas intenciones; pero los autores de las políticas sabían de la criminalidad de sus acciones y políticas, como fuera revelado por sus propias palabras en “The Pentagon Papers”, publicado por Daniel Ellsberg de la Corporación RAND. En 1974 Ellsberg sostuvo que nuestros presidentes, desde Truman hasta Nixon, mentían continuamente al público de EE.UU. sobre el propósito y conducta de la guerra. Él ha sostenido que “... es un tributo para el pueblo norteamericano que nuestros líderes hayan percibido que tenían que mentirnos, no es un tributo que haya-

existencia de estos gobiernos. Esto es especialmente cierto para el gobierno Talibán de Afganistán.

El área metropolitana de Nueva York incluye aproximadamente 21'000.000 personas, o casi el 8% de la población estadounidense. Casi todas las personas en Norteamérica conocen a alguien que ha muerto, o ha sido herido o traumatizado por los eventos del martes. Yo sé que a mí me pasa. Varias personas claman por "venganza" y comentarios como "mátalos a todos" han circulado por la TV, radio y correo electrónico. Algunos comentarios potencialmente benignos claman por "justicia". Esto es solamente potencialmente benigno ya que este término es definido por Bush y por Colin Powell. Powell es un participante no arrepentido de la Guerra de Vietnam, de la contraguerra terrorista contra Nicaragua, y de la Guerra del Golfo, volviéndose en cada nivel más responsable de la planificación y ejecución de las políticas.

Los afectados, todos nosotros, debemos hacer todo lo que esté a nuestro alcance para prevenir una guerra más amplia y una atrocidad aún mayor, hacer todo lo posible para detener el genocidio si éste empieza, y responsabilizar a aquellos por sus potenciales crímenes de guerra durante y después de la guerra. De darse una gran guerra en el 2001 y ésta no es catastrófica (una posibilidad real), los crímenes de esta guerra serán devueltos a la próxima generación en los Estados Unidos. Esto no es una suerte de profecía religiosa o amenaza, es simplemente un análisis político directo. Si de hecho es Bin Laden, el mundo no debe tratar con él como un criminal individual, sino debe eliminar las condiciones que crean las injusticias o crímenes de guerra que inevitablemente conducirán a más ataques de este tipo en el futuro. La frase "Sin justicia no hay paz" es más que un eslogan usado en una marcha, es una verdad que se puede comprobar al revisar la historia. Es tiempo de terminar con el horror.

El operativo

Carlos Montemayor

En este momento no hay muchas opciones para cuestionar que detrás del humo y del polvo de los escombros en el Pentágono y en el World Trade Center de Nueva York no flote necesariamente la huella de alguna organización combativa de orientación islámica; tampoco hay opciones para olvidar el humo y el polvo de escombros producidos por aviones y armas estadounidenses en el Medio Oriente musulmán. Estados Unidos ha puesto en riesgo al planeta con la aeronave capturada por los chinos; pone en riesgo al planeta con la estructuración del escudo antimisiles; también con su política militarista de seguridad hemisférica que convierte los ejércitos latinoamericanos en fuerzas de reserva o de complemento; plantea la lucha antinarcóticos más como una lucha monopólica en el extranjero que como una lucha de fondo al interior de sus fronteras. ¿Cómo va a responder ahora el país más poderoso económica y bélicamente del mundo?

El gigante que se propone controlar el espacio aéreo de la Tierra no pudo impedir el desvío de cuatro aeronaves comerciales en los aeropuertos de mayor tráfico de su propio territorio. La secuencia de vuelos, el secuestro de aeronaves, llevó detrás un largo estudio de mecanismos de aeropuertos, de abordamientos, de comportamientos internos de seguridad y de cambios de rutas que no fueron detectados o que no desencadenaron alarmas inmediatas. Hubo una revisión de mecanismos de seguridad en los aeropuertos estadounidenses que fueron neutralizados. Pero el operativo requirió no solamente de inteligencia; también exigió decisión. Los comandos que abordaron las naves debían disponer de personal suficiente para neutralizar a los pasajeros y a la tripulación, someter y remplazar a los pilotos.

La investigación será fundamental en la respuesta de Estados Unidos. A partir de ella, se verán cuáles son los tejidos vulnerables o ya calcificados de los sistemas de seguridad de sus aeropuertos y después se detectarían las coincidencias o paralelismos de los posibles grupos de pasajeros que integraron este operativo tan eficaz. Si no hay esta base de investigación policial, de inteligencia, no tendrían sustento las hipótesis de cuáles núcleos fueron los causantes ni adónde se extiende el origen de este operativo. En otras palabras, no tendría la respuesta de Estados Unidos justificación racional ni legal. El gran gigante del planeta fue vulnerable no a los misiles que pensaba neutralizar con un escudo en el espacio aéreo, sino a las bombas que la civilización moderna, que la técnica moderna, sitúa en cada aeropuerto del mundo. Por ello será importante la investigación.

Las pesquisas deben hacer el recuento de ciertos puntos, en los primeros días hechos a un lado: deslindes y atribuciones propias, por ejemplo. Se deslindaron de inmediato los palestinos. Después, el propio Bin Laden, a través del diario paquistaní Absau, negó su participación en los atentados, aunque dijo apoyarlos. Un grupo de militantes separatistas musulmanes de Cachemira, establecidos en Pakistán, que luchan contra la presencia india en Cachemira, llamado Lashar i Taiba, se atribuyeron los atentados y afirmaron que fueron dirigidos por el comandante Abul Samama. También se atribuyeron los atentados fuerzas afganas contrarias al régimen talibán, según declaraciones del comandante Beemila, hombre cercano al desaparecido dirigente Ahmed Shah Massud.

Al lado de estas atribuciones y deslindes propios, no tomados en cuenta durante los primeros días, repito, hay atribuciones presuntas. Las atribuciones presuntas sitúan el origen de los atentados en Afganistán, con Osama Bin Laden. Estas atribuciones presuntas son peligrosas porque sin investigación, sin pruebas indudables, empiezan a desatar

una ola de racismo en varias ciudades de Estados Unidos y constituyen las bases de una declaración de guerra, llamada primero Justicia Infinita y después Libertad Duradera, que en verdad parte sólo de dos necesidades de la política interior estadounidense: una, hacer creer a su pueblo que la respuesta gubernamental es la guerra; dos, movilizar las tropas necesarias para crear una impresión lo más cercana posible a las guerras convencionales, puesto que se tratará de una lucha antiguerrillera y, por ello, distinta.

Pues bien, al lado de las atribuciones presuntas, hay también indicios presuntos. Un manual de aviación en lengua árabe no dice más que un manual de aviación en inglés, en chino, en japonés, en alemán, en francés o en italiano. Sería extraordinario que hubiera una lengua prohibida para manuales de aviación o que los pilotos de los atentados hubieran sido necesariamente lectores de ese preciso manual que encontró la FBI. Este es un indicio presunto, sobre todo porque se cuenta con una información peculiar que difundió un día después la cadena televisiva CNN.

En efecto, en el vuelo 77 de American Airlines, una pasajera, la comentarista de televisión Bárbara Olson, casada con un representante del gobierno federal ante la Suprema Corte, logró comunicarse telefónicamente con su marido en dos ocasiones. La señora Olson no creyó necesario especificar a su marido que los secuestradores o "terroristas" eran chinos, japoneses, árabes o latinos. Que una persona como ella, habituada a un importante contexto político, los designara solamente como "terroristas" en dos comunicaciones telefónicas, nos lleva a pensar que el aspecto o presencia de los secuestradores, al menos de los integrantes de la célula que secuestró el avión que se estrelló contra el Pentágono, no era diferente de los sajones o estadounidenses comunes; por lo tanto, no se vio obligada a informar que parecían extranjeros o "árabes".

Los indicios presuntos exigen investigaciones necesarias. La investiga-

ción necesaria tiene que partir del seguimiento exhaustivo de los 266 pasajeros que abordaron los cuatro aviones secuestrados y no solamente del recuento de pasajeros con nombres árabes. A partir de una investigación minuciosa podrían incorporarse otro tipo de indicios o de elementos, incluso el espionaje de colaboradores en otros países. Pero sólo a partir de este eje básico de revisión de pasajeros, de sus registros y seguimiento en escuelas, trabajos, domicilios, familias, se podrá ubicar el punto de origen extremo. Esto no es imposible, sólo minucioso. Para el lunes 24 de septiembre, según informó ante el Comité Judicial de la Cámara de Representantes el procurador general, John Ashcroft, había un total de 352 sospechosos detenidos y se buscaba a otros 400. El proceso de investigación había dado lugar a 324 registros y a 103 órdenes de comparecencia ante un juez; sin embargo, el procurador pedía ayuda en la simplificación de autorizaciones para intervenir teléfonos y vigilar más estrechamente a los extranjeros. Fue relevante que no precisara cuántos de los centenares de detenidos lo fueron por violaciones a las leyes de inmigración ni cuántos sospechosos llegaron a serlo por su condición de migrantes árabes y no por su vinculación comprobable con los atentados del día 11 de septiembre.

Cierto, el daño que ha causado Estados Unidos en el conjunto del planeta ha acumulado tensiones, animadversiones, en contra de su imperio. Cierto, Estados Unidos nunca había experimentado el terror de la guerra en su territorio. Había permanecido prácticamente ileso a lo largo de su trayectoria básica y hegemónica. El pasado 11 de septiembre por vez primera experimentó lo que Inglaterra, Francia, Alemania, Italia, España, Yugoslavia, Irak, China, Rusia, Japón, Vietnam, Corea o Panamá experimentaron antes: la devastación indiscriminada, la destrucción irracional. Fue el primer momento en que Estados Unidos sintió en carne propia lo que todo el planeta ha sentido a manos de él o a manos de sus aliados. Se trata de una fuerza imperial que acaba de ser lesionada. No se trata de una confrontación de civilizaciones.

Hoy debemos evitar que Estados Unidos, como cualquier otro imperio del pasado, se sienta con licencia para matar. Los políticos y ciudadanos estadounidenses actuales pugnan por una guerra de venganza e ira, quieren sangre de un nuevo enemigo. Solamente intelectuales de Estados Unidos exigen que ese país revalore su historia y replantee sus relaciones internacionales. Los bombardeos de Estados Unidos en Japón, Vietnam, Corea, Irak, Panamá, Libia o Sudán han causado enormes bajas en la sociedad civil. Los ataques de las milicias israelíes en el Líbano causaron más de 17 mil muertos civiles. Los bombardeos de los nazis en Gran Bretaña y la intervención de la OTAN en lo que fue la vieja Yugoslavia provocaron fundamentalmente la muerte de millares de civiles. En la guerra sufre primeramente la sociedad civil, no siempre ni exclusivamente los militares. Por eso la guerra no es un asunto de ejércitos, sino de pueblos, de la integridad civil.

EL ENEMIGO VERDADERO

Giovanni Sartori

La polvareda de la "tierra cero" de Manhattan que veo desde mis ventanas en Nueva York y que respiro (es un olor inquietante, acre, químico) en mi casa (según el viento) se va atenuando. Pero el trauma evocado de aquella polvareda no se irá.

Es un trauma que marca a todos por todo el previsible futuro, y que sella el fin de la generosa ilusión luminaria del progreso: de un progreso que se recuerde elevado de las "luces" del intelecto.

Hasta ayer nos ilusionamos con progresar; hoy nos damos cuenta de golpe que estamos amenazados en nuestra sobrevivencia.

Todavía nos negamos a reconocer con insensata ceguera el desbordamiento de la población y que el planeta Tierra está entrando en una agonía ecológica.

Pero desde el 11 de septiembre, del martes negro del nuevo milenio, no podemos hacer finta de no ver que nosotros (nosotros los occidentales) creamos una tecnología de la que no sabemos defendernos.

Para el ataque al World Trade Center bastaron dos aviones y una decena de kamikazes, dispuestos a asesinar a más de 5 mil personas. La multiplicación del daño resulta desmesurada, la facilidad con que se hizo ese dañoterrorífico.

Obviamente se puede ser vulnerable sin que ocurra nada, sin ser vulnerados.

Existe un factor desencadenante del "asesinato terrorista" que irrumpe en el mundo occidental, es un fanatismo político-religioso; es el fundamentalismo islámico. El terrorista laico (occidental) asesina sin querer matarse. El terrorista religioso se hace autoexplotar. Y eso es un salto de calidad (negativa) que centuplica la amenaza.

Tiziano Terzani en su intervención en Corriere della Sera (del 16 de septiembre) recordó que hace 2 mil 500 años Buda decía que el odio sólo genera odio, y que el odio se combate sólo con amor.

Veinticinco siglos son muchos. Y por todo aquel larguísimo tiempo, el primer dicho es siempre el que ha resultado verdadero, mientras que el segundo siempre ha sido falso. El amor va constantemente predicado, si no sería todavía peor, pero no combate nada. Por definición, el amor es el "no combate". Sostener que Stalin, Hitler, Saddam Hussein, Bin Laden habrían sido o son combatibles con amor es una fuga en el absurdo.

Por tanto hoy el Occidente no duda más sobre la existencia de un temibilísimo enemigo. Sabe que no es un enemigo domesticable o integrable (como nos contaron nuestros fatuos tercermundistas). Los pares han, tardíamente, descubierto que los enemigos se tienen que combatir, pero ¿cómo? y, para comenzar, **¿quién es el enemigo?**

El punto prejuiciable es que no se debe confundir la religión islámica con el fundamentalismo islámico.

Como ha observado Eugenio Scalfari en La Repubblica, el Islam es visto como una serie de círculos concéntricos. El centro, el círculo más

pequeño, es el de los fundamentalistas; sigue después un círculo más grande que está constituido por los árabes en general, y al final hay todavía un círculo aún más grande que es el de los musulmanes (que en su mayor parte no son árabes).

Scalfari recoge exactamente el problema: al combatir al extremismo islámico, se debe impedir que estos círculos concéntricos "hagan una masa única".

En este punto debemos aclarar las ideas. El Islam no es una iglesia en el modo en que lo es la Iglesia católica, aun si se puede acercar a la fragmentación protestante del catolicismo. Pero incluso, frente al protestantismo, las analogías son débiles.

Los componentes fundacionales del Islam son, de un lado, su texto sagrado, el Corán, y del otro, el derecho islámico. El Corán es el elemento fijo, el derecho, en cambio, es el elemento variable.

Lo que significa que el Islam viene "decidido" en su evolución y diversificación de las escuelas jurídicas, y por éstas de los ulema, de los doctores de la ley musulmana.

Es así que el Islam se ha ido diferenciando, a través de los siglos, en una multiplicidad de tradiciones y de sectas.

Por lo tanto es ciertísimo que el Islam es variado y que la fe musulmana no es una, son muchas, lo que no quita que el fundamentalismo esté entre éstas y que lo sea a plenísimo título. Sostener que el "verdadero Islam" es otro, es como sostener que los verdaderos protestantes son los calvinistas y no los luteranos. El punto que hay que entender bien es qué es el fundamentalismo, ya que hoy constituye (para dejar la imagen de los círculos concéntricos) el epicentro dispersor del Islam.

El argumento fundamentalista es que la decadencia y la humillación de los pueblos musulmanes derivan del abandono del Islam auténtico. Los musulmanes fueron una nación triunfante, mientras observaron fielmente el camino indicado por Alá; pero han perdido esa primacía por haberse alejado; por lo tanto es necesario purificar al Islam de cualquier contaminación occidental.

Para un millón de desamparados que hoy se sienten aplastados y marginados, éste es un argumento de extraordinaria fuerza persuasiva y, al mismo tiempo, un argumento que reactiva el instinto original, la naturaleza combatiente y conquistante del mensaje de Alá.

En los hechos, el regreso al Islam auténtico crea en su interior grupos militantes "violentos" que persiguen tres objetivos: primero, purificar el mundo musulmán; segundo, conquistar a la fe a los países parcialmente musulmanes; tercero, regresar al asalto de Occidente, reabriendo la "guerra santa".

Ahí está, sobre las dos torres de Manhattan y sobre el Pentágono de Washington, nosotros vimos la guerra santa en acción. Tenemos al enemigo, pero al combatirlo debemos estar atentos de no engrosar sus filas.

El talibanismo es todavía pequeño, el Islam grande. Cuidado.

La guerra red

Manuel Castells

La bárbara matanza de miles de personas en Estados Unidos ha socavado los cimientos de nuestras sociedades, al poner en cuestión los principios de coexistencia y civilidad en que se basan. Pero el 11 de septiembre del 2001 tiene un significado aún más dramático: en esa fecha se ha desencadenado la primera guerra mundial del siglo XXI, una guerra en la que, queramos o no, estamos ya inmersos. ¿Cuál es esa guerra? ¿De quién contra quién? ¿Y cómo se prevé que sea su desarrollo? Sólo entendiendo en qué guerra nos hemos metido podremos actuar sobre la misma, desde nuestra pluralidad de valores e intereses.

No es un choque de civilizaciones, una patraña que propagan quienes reducen la multiculturalidad de nuestra especie a la oposición etnocéntrica entre Occidente y 'los otros'. No es un choque de religiones, porque la gran mayoría de musulmanes y la casi totalidad de los gobiernos de países islámicos se oponen al terrorismo y, en buena medida, apuestan por integrarse en la economía global y en la comunidad internacional.

Ni tampoco es un choque entre los pobres del mundo y el capitalismo mundial, aunque la exclusión social conduzca frecuentemente a la desesperación de la que se alimenta el fanatismo. Es esencial distinguir esta guerra de la oposición al modelo neoliberal que representa el movimiento antiglobalización, porque esa asimilación conduciría a criminalizar dicho movimiento y a sofocar el gran debate democrático sobre los contenidos de la globalización que apenas se ha iniciado. No. Estamos ante una guerra definida en términos más precisos: es la guerra de

las redes fundamentalistas islámicas terroristas contra las instituciones políticas y económicas de los países ricos y poderosos, en particular de Estados Unidos, pero también de Europa occidental, países estrechamente vinculados en su economía, en sus formas de democracia y en su alianza militar (artículo 5 del Tratado de la OTAN). En la raíz de esa guerra hay un rechazo a la marginación de los musulmanes y una afirmación de la supremacía de los principios religiosos del Islam como sustento de la sociedad (aunque en una interpretación contradictoria con las enseñanzas profundamente humanistas del Corán).

La identidad humillada y el menosprecio cultural y religioso del Islam por los poderes occidentales conducen a la resistencia, al llamamiento a la guerra santa. Y esta resistencia se concreta en la oposición a la existencia de Israel y se alimenta de la prepotencia israelí en su opresión del pueblo palestino. Por tanto, es en esa identidad islámica (no árabe) exacerbada y en el proyecto de defensa / imposición de estos valores en todo el mundo, empezando por los países musulmanes, en donde se encuentra el quid de la cuestión.

El mundo al que aspira Bin Laden ya existe: es el Afganistán de los Talibán.

Esas redes de terror (de algunas de las cuales Bin Laden es el símbolo más que el comandante supremo) se alimentan también de la frustración de sectores (¿o gobiernos?) de algunos países musulmanes, humillados por lo que ellos perciben como el neocolonialismo de los países occidentales.

Es posible también que redes terroristas de distinto origen, incluidos sectores de la economía criminal, puedan encontrar formas tácticas de colaboración con las redes islámicas (por ejemplo, la economía de los talibán es altamente dependiente del tráfico de opio que alimenta la lla-

mada 'senda turca' de la droga hacia Europa occidental, una red protegida por las mafias albanesas que tuvieron un papel importante en la rebelión de los kosovares).

En suma, de un lado se encuentran Estados Unidos, la Unión Europea y todos aquellos países que de una u otra forma participan en el sistema económico y tecnológico dominante, incluidos Rusia (igualmente enfrentada a las redes islámicas, a partir de Chechenia), Japón, China e India. De otro lado, hay un núcleo duro, irreductible, de redes terroristas del fundamentalismo islámico, con posibles complicidades en algunos gobiernos, con alianzas tácticas con otras redes terroristas y con una simpatía difusa entre sectores populares de países musulmanes. Estas redes variopintas buscan imponer sus objetivos utilizando las únicas armas eficaces en su situación de inferioridad tecnológica y militar: el terrorismo de geometría variable, desde el atentado individual a las matanzas masivas, pasando por la desorganización de la compleja infraestructura material en que se basa nuestra vida diaria (agua, electricidad, comunicaciones). Y contando con la transformación de personas en munición inteligente mediante la práctica generalizada de la inmolación.

Así planteada la guerra, Estados Unidos (un país herido y profundamente motivado en este combate) ha iniciado, con el apoyo de sus aliados (incluida España), la más difícil de las guerras: la guerra contra una red global capaz de rearticularse constantemente y de añadir nuevos elementos conforme otros vayan siendo destruidos, porque se alimenta del fanatismo religioso y de la desesperación social de millones de musulmanes. Por eso esta guerra no se parecerá mucho a la del Golfo. Incluso la muerte y el sufrimiento, jinetes sempiternos del aquelarre bélico, serán distintos esta vez, porque afectarán en mucha mayor medida a los norteamericanos y a sus aliados. Será una guerra cruenta, larga, insidiosa, que llegará a todos los confines, con múltiples reaccio-

nes violentas de esas redes multiformes y bien pertrechadas, que sabían lo que se les venía encima y que están preparadas para ello -tal vez con armas químicas y bacteriológicas-.

Ahora bien, ¿cómo se ataca a una red? En términos asépticos, que son necesarios para la claridad y basándome en las investigaciones que sobre estos temas han ido desarrollándose en distintos centros estratégicos de Estados Unidos y Europa, parece necesario distinguir entre tres procesos. El primero es la desarticulación de la red. El segundo consiste en prevenir la reconfiguración de la red. Y el tercero es evitar la reproducción de la red.

Es sobre este tercer nivel sobre el que versan la mayoría de las discusiones bien intencionadas de estos días: hay que estabilizar el mundo mediante la incorporación al desarrollo de los hoy excluidos; hay que practicar la tolerancia multicultural y hay que forzar a Israel a aceptar un Estado palestino e imponer a judíos y palestinos la convivencia (difícil pero necesario y no necesariamente imposible si tomamos en serio acabar con ese nido de inestabilidad mundial). Pero esa estrategia de largo plazo sólo es practicable después de la guerra. La primera tarea, en la que están ahora los gobiernos occidentales, es la de ganar esa guerra, empezando por la desarticulación de la red. Lo cual requiere, por un lado, la identificación y eliminación de sus nudos estratégicos; es decir, de aquellos en los que reside la capacidad de coordinación y toma de decisiones.

De ahí el intento de destruir las bases operativas en Afganistán y en otros lugares aún por determinar. También en ese contexto se plantea la captura o muerte de Bin Laden, tanto por su importancia carismática de profeta del movimiento como por el valor simbólico que tendría su captura. La Unión Soviética fue derrotada en Afganistán, pero las cosas han cambiado. Los guerrilleros islámicos tenían con ellos a la

CIA, a Pakistán y a Arabia Saudí. Y los norteamericanos utilizarán probablemente las nuevas tácticas conocidas genéricamente como 'swarming' (enjambres), basadas en el despliegue de pequeñas unidades de comando con alto poder de fuego, autonomía propia, coordinación electrónica entre las mismas y acceso constante a información por satélite y a apoyo aéreo instantáneo con armas de precisión. Aun así, sus pérdidas serán enormes, pero no se va a limitar EE.UU. esta vez a bombardear y luego ocupar terreno. Van a combatir a las redes con sus propias redes, utilizando su capacidad tecnológica para compensar su desconocimiento del terreno. En ferocidad y determinación esta vez los contrincantes estarán igualados. El punto débil para los norteamericanos es la mala calidad de la información de que disponen, consecuencia del declive profesional de sus servicios de espionaje en los últimos tiempos. Pero esperan compensarlo con la ayuda israelí, saudí, palestina (Arafat) y, sobre todo, con la colaboración de los paquistaníes, que son los que saben qué pasa en Afganistán: de ahí el papel decisivo que puede jugar Pakistán en esta guerra, en uno u otro sentido, aliado esencial de los norteamericanos o país dividido por una guerra civil con la posibilidad de acceso a su armamento nuclear por parte de los fundamentalistas. La guerra de Afganistán sólo será un elemento, aunque importante, de esa primera fase de desarticulación de las redes. Al mismo tiempo acciones puntuales en Palestina, en Líbano, tal vez en Libia, en Egipto y en Irak (con desarrollos impredecibles), tratarán de neutralizar, destruir y desorganizar los puntos de conexión que se identifiquen.

La segunda fase de la destrucción de las redes, que puede desarrollarse en paralelo a la primera, es evitar su reconfiguración, es decir, que se desplacen los grupos y operativos clave a otros lugares o que reorganicen su actividad a partir de nuevos integrantes. Lo que aquí cuenta son tres tareas: detectar e interceptar los flujos financieros, que constituyen el combustible indispensable de la red; interceptar las comuni-

caciones electrónicas sobre las que reposan los contactos globales; y confrontar las nuevas acciones de terrorismo con las que las redes van a responder a la ofensiva en su contra. En cierto modo, la forma de detectar a los núcleos operativos de la red terrorista será tan fácil como siniestra: estarán allí donde se produzcan atentados de destrucción masiva.

La guerra contra estas redes será llevada a cabo por una red de Estados y sus Fuerzas Armadas, en una compleja geometría de alianzas e intereses en que los Gobiernos tendrán que manejar la doble dependencia de su lealtad a la red de defensa conjunta y de la sensibilidad diferencial de sus opiniones públicas. Y las alianzas irán variando conforme en algunos países, en particular en países musulmanes, se produzcan reacciones populares en contra de la guerra a las redes terroristas.

La esperanza, la única esperanza de supervivencia de lo que hoy es nuestra sociedad, es que, durante el proceso de destrucción de las redes del terror, se sienten las bases sociales, económicas, culturales e institucionales para evitar su reproducción.

Nuestra organización económica y social y nuestras instituciones políticas han engendrado el fenómeno que hoy tenemos que combatir, incluido Bin Laden, que aprendió con la CIA. En el largo plazo, necesitamos absolutamente reformar en profundidad nuestro mundo, superando la exclusión social y la opresión de las identidades. En el corto plazo, estamos en guerra. Me pareció que lo más honesto era contarle en qué consiste. Ojalá me equivoque.

Autor: Manuel Castells

Una guerra disimulada

Dario Fo, Franca Rame y Jacopo Fo

Lo que ha pasado induciría al pánico, al silencio, a la desesperación. El mundo ha sido golpeado por una enésima masacre. Pero es necesario, aunque doloroso, hablar. Tratar de entender.

La primera observación que se nos ocurre es lo absurdo que explota afuera de la televisión. Frente a esta tragedia el mundo se ha parado atónito. Pero no todos. Las bolsas del mundo no han parado ni un segundo, han seguido haciendo dinero, a buscar útiles salvajes. Más aún, han intensificado el ritmo.

La gente todavía gritaba colgada de los rascacielos en llamas, antes que se derrumbaran, y ya los broker gritaban en sus celulares: "¡compra petróleo! ¡Vende todo! ¡Compra petróleo!" Y mientras los títulos de las acciones perdían 10 por ciento en pocos minutos, el petróleo subía más de 10 dólares por barril, y los astutos ganaban billones de dólares.

Y mientras los presidentes de todos los países europeos se apuraban a expresar su pesar, sus banqueros chupaban decimales de dólar y finalmente el euro marcaba unos buenos puntos en su favor. Nadie ha pensado en cerrar las bolsas por decencia y respeto hacia los cadáveres todavía frescos.

La bestia feroz del capitalismo hundía feliz sus dientes en las carnes de los muertos y fortunas luminosas se constituyeron en pocas horas.

No hay de qué sorprenderse. Los grandes especuladores chapotean dentro de una economía que mata cada año a millones de personas con la miseria, ¿qué quieren que sean miles de muertos en Nueva York? Otra imagen terrorífica: la gente en la calle, en los barrios palestinos, destrozados por la guerra civil, festejaban la masacre. Gente que tiene un muerto en cada familia y que ya no logra ver más lo absurdo de la muerte, de cualquier muerte.

El sistema de la violencia, de la explotación, del genocidio organizado de los pobres desamparados, genera insensibilidad a la violencia. Genera la lógica de la venganza.

Casi cada día, desde hace años, los aviones USA bombardean Irak, matando mujeres y niños con el pretexto de eliminar instalaciones de radares. Y las televisiones occidentales ni se toman la molestia de reportar la noticia. Claro, esa gente es basura, mueren miles y miles por los efectos de los proyectiles con uranio que han contaminado sus tierras, mueren porque faltan medicamentos a causa del embargo, en el silencio cargado de desprecio de los medios de comunicación occidentales. Las lágrimas que hoy derraman los comentaristas televisivos son vergonzosas porque siguen al silencio decenal acerca de los crímenes del occidente cristiano.

Es terrible, pero es así: la desesperación genera la locura de la venganza. Una venganza que no sirve de nada, una venganza que traerá otras masacres entre los desheredados del mundo.

Y atención: esta horrorosa masacre del día 11 no ha sido realizada apretando un botón desde un avión que vuela seguro en alta cuota. Aquí hay decenas de personas que se han vuelto tan locas como para

suicidarse todas juntas para lograr golpear "los demonios blancos". Esta medida de la desesperación debería hacer reflexionar. Este día de terror debería haber enseñado a los devotos del culto de la fuerza del hombre blanco que no existe seguridad y paz para nadie en un mundo donde la masacre y la prevaricación son la ley.

Ya es un hecho. Las modernas tecnologías hacen tan poderosos a los individuos que ningún sofisticado sistema de seguridad puede proteger. Ya no es posible, tampoco para los estadounidenses ricos, creer tener seguridad. No hay ningún lugar donde se pueda estar afuera de peligro. El perro feroz de la locura puede adentellar a cualquiera por doquier.

Los periodistas televisivos se sorprenden (idiotas) de que los supercontroles USA no hayan impedido el desvío de cuatro aviones para ser usados como bombas gigantescas y golpear los lugares más protegidos del mundo. No quieren entender que las modernas tecnologías y el incontrolable crecimiento de las muchedumbres en las ciudades ofrecen decenas de maneras de hacer masacres.

Estos horribles atentados han ridiculizado las pretensiones de Bush de construir un escudo estelar. Hoy han usado aviones, ayer gas nervino en Japón, garrafas de gas en Moscú... Mañana será suficiente gritar: "¡hay una bomba!" en un estadio para provocar un estrago. Un país moderno no puede garantizar la seguridad sin estrangular completamente la "vida normal" de los ciudadanos. No hay cómo.

Nadie puede mantener a millones de personas encerradas en sus casas. La única garantía de seguridad para el mundo rico es sanar las heridas sangrantes del hambre y de los abusos. De otra manera se crea un humus social dramático que sólo puede llevar a la violencia más loca.

Atención: no se puede decir, en este momento, quién armó la mano de los kamikaze. ¿Extremistas islámicos?, ¿extremistas estadounidenses de derecha?. ¿sionistas locos?, ¿quién sabe?

El atentado de Oklahoma, la más grande masacre terrorista ocurrida el martes pasado, fue atribuida a los terroristas islámicos y luego resultó ser obra de terroristas blancos y fascistas, quienes querían provocar una reacción antislámica. Se podría también descubrir que detrás de esta masacre se encuentran todas las facciones terroristas y los servicios secretos, unidos en el común intento de arrojar a la sociedad civil al caos...

Una cosa es cierta, más allá de quienes sean los ejecutores materiales de la masacre: esta violencia es hija legítima de la cultura de la violencia, del hambre y de la explotación humana.

Esta violencia, estas muertes, hacen inmensamente felices a aquellos que han ganado millones de dólares en pocas horas especulando sobre el precio del petróleo, los mercados de las armas, y los jefes terroristas brindan ebrios de felicidad junto a los generales y los almirantes, cansados de esta paz rastrera que amenaza cada día el estado de guerra y las ganancias hechas sobre las bombas antihombre.

Mañana los aviones caza bombardearán alguna aldea perdida matando a civiles inermes con la excusa de que se castiga a los culpables y los lobby de las hienas empujarán para dignificar los gastos militares. "Estados Unidos debe responder inmediatamente a esta agresión", gritaba un imbécil de la calle y sus palabras han dado la vuelta al planeta transmitidas por miles de noticiarios.

"¡Represalia!", grita Bush, el verdugo de Texas.

Golpearán, harán diez muertos con la piel oscura por cada cadáver blanco. Y alguien propondrá reaccionar con manifestaciones en las plazas y de nuevo la policía hará muertos.

Tiene que estar claro para todos que éste es un momento gravísimo. Es una nueva forma de guerra disimulada a la que nos quieren llevar.

El partido de la paz tiene una sólo posibilidad: seguir testarudamente trabajando con los instrumentos de la paz. Afirmar con toda la fuerza posible que podemos y es necesario quitar nuestro apoyo económico a las multinacionales de la muerte.

Hoy más que nunca la elección individual de millones de personas es el único instrumento posible, la única estrategia ganadora.

Saquemos nuestro dinero de los bancos que financian la venta de armas; quitemos nuestro dinero de la economía del dolor; dejemos de comprar el carburante Esso, los productos de Nestlé; dejemos de tomar Coca Cola, de comer en MacDonald's; convirtamos nuestros autos a gas y pidamos vehículos con propulsores eléctricos; pongamos nuestros ahorros en fondos de inversiones éticas; abandonemos los seguros conectados con el sistema de la muerte; no compremos coches de quien produce bombas antihombre, no compremos zapatos de quien mantiene como esclavos a los niños; no comamos los alimentos de la química, abandonemos las marcas de la cultura de la ganancia a toda costa.

En estos años hemos trabajado con éxito para demostrar que es posible hacer compatibles nuestros consumos, ahorrar, tener mejores pro-

ductos y, al mismo tiempo, boicotear el mercado de la muerte rehusándonos llevar nuestro dinero a su molino.

Hoy estas elecciones ya no son solamente justas y convenientes, son también urgentes e impostergables.

Te pedimos hacer este gesto, inmediatamente, ahora mismo. Ya no hay tiempo para pensarlo más. La locomotora del capitalismo salvaje está acelerando su velocidad, apunta con determinación absoluta hacia la guerra y la destrucción del planeta. La única posibilidad es cortar el abastecimiento de carburante. Enseguida.

El mundo está gobernado por el dinero. La plata es el único argumento al que los poderosos son sensibles. Dale una posibilidad a la paz. Enseguida. Empieza tú. No esperes que lo hagan otros. Cada peso que quites a los señores del mundo es un respiro que regalas a la humanidad.

Votas cada vez que haces compras.

Rebelión internacional

Tariq Ali *

En un viaje que hice a Pakistán hace unos años, hablé con un ex general sobre los grupos islámicos militantes de la región. Le pregunté por qué esta gente, que había aceptado con gusto el dinero y las armas de Estados Unidos durante la guerra fría, se había vuelto antiestadounidense de la noche a la mañana. Me explicó que no eran los únicos. Muchos oficiales paquistaníes, que habían servido lealmente a Estados Unidos desde 1951 en adelante, se sentían humillados por la indiferencia de Washington.

"Pakistán era el condón que los estadounidenses necesitaban para entrar en Afganistán -dijo-. Cumplimos con nuestro propósito y ellos piensan que nos pueden tirar sin más por el retrete".

El antiguo condón está siendo repescado otra vez para el uso, pero ¿funcionará? La nueva "coalición contra el terrorismo" necesita los servicios del ejército paquistaní, pero el general Musharraf tendrá que ser extremadamente cauteloso. Un compromiso excesivo con Washington podría conducir a una guerra civil en Pakistán y dividir las fuerzas armadas.

Mucho ha cambiado en las dos últimas décadas, pero las ironías de la historia siguen multiplicándose. En el propio Pakistán, el islamismo obtuvo su fuerza del patrocinio estatal, más que del apoyo popular. La ascendencia del fundamentalismo religioso es el legado de un dictador militar anterior, el general Zia-Ul-Haq, quien recibió sólido respaldo de Washington y Londres a lo largo de sus once años de dictadura. Y fue durante su gobierno (1977-1989) cuando se creó una red de madrasas (internados religiosos) financiada por el régimen saudí.

"La milicia talibán no podría haber conquistado sola Kabul. Estaba dirigida por 'voluntarios' paquistaníes". A los niños, que posteriormente fueron enviados a luchar como muyahidines en Afganistán, se les decía que descartasen toda duda. La única verdad era la divina. Cualquiera que se rebelase contra el Imam se rebelaba contra Alá.

Las madrasas sólo tenían un objetivo: la producción de fanáticos desarraigados en nombre de un sombrío cosmopolitismo islámico. Los manuales enseñaban que la letra yim del urdu equivalía a yihad; la tay, a tope (cañón); la kaaf, a Kaláshnikov, y la kay, a jun.

Dos mil 500 madrasas produjeron una cosecha de 225 mil fanáticos dispuestos a matar y morir por su fe cuando sus líderes religiosos se los pidiesen. Enviados al otro lado de la frontera por el ejército paquistaní, se lanzaban a la batalla contra otros musulmanes si se les decía que no eran verdaderos musulmanes.

El credo talibán es una rama ultrasectaria, inspirada por la secta wahabí que gobierna Arabia Saudí. La severidad de los mulás afganos ha sido calificada de desgracia para el Profeta por clérigos suníes de al-Azhar, El Cairo y por teólogos shiíes de Qom.

Sin embargo, los talibán no podrían haber conquistado solos Kabul, simplemente con su exceso de celo religioso. Estaban armados y dirigidos por "voluntarios" del ejército paquistaní. Si Islamabad decidiese cerrar el grifo, sería posible desbancar a los talibán, pero no sin graves problemas. La victoria en Kabul cuenta como el único triunfo del ejército paquistaní.

Todavía hoy, el antiguo secretario de Estado de Estados Unidos, Zbigniew Brezinski, se mantiene recalcitrante: "¿qué era más importante para el mundo desde el punto de vista de la historia? -pregunta con al-

go más que un toque de irritación-: ¿los talibán o la caída del imperio soviético? ¿Unos cuantos musulmanes agitados o la liberación de Europa Central y el fin de la guerra fría?"

Si las normas de Hollywood necesitan una guerra corta y claramente definida contra el nuevo enemigo, el César estadounidense haría bien en no insistirles a las legiones paquistaníes. Las consecuencias podrían ser funestas: una brutal y despiadada guerra civil que causaría más amargura y favorecería más actos de terrorismo individual. Islamabad hará todo lo posible por evitar una expedición militar a Afganistán. Primero, porque hay soldados, pilotos y oficiales paquistaníes en Kabul, Bagram y otras bases.

¿Cuáles serían esta vez las órdenes? ¿Las obedecerían? Es mucho más probable que Osama Bin Laden sea sacrificado por el interés de la causa general y que su cuerpo, vivo o muerto, sea entregado a sus anteriores jefes de Washington. Pero, ¿basta con eso?

La única solución verdadera es de naturaleza política. Requiere eliminar las causas que crean el descontento. La desesperación alimenta el fanatismo y es consecuencia de la política de Washington en Oriente Próximo y en otras partes. La casuística ortodoxa entre los factótums, los columnistas y los cortesanos leales al régimen de Washington la simboliza el ex diplomático Robert Cooper, asesor personal para Asuntos Exteriores de Tony Blair, quien escribe con bastante sinceridad: "tenemos que acostumbrarnos a la idea de los dobles criterios".

La máxima que oculta este cinismo es que vamos a castigar los crímenes de nuestros enemigos y recompensar los crímenes de nuestros amigos. ¿Al menos no es eso preferible a la impunidad universal? La respuesta es sencilla: este tipo de "castigo" no reduce, sino que fomenta la criminalidad de aquellos que la ejercen. Las guerras del Golfo y de los Balcanes fueron los primeros ejemplos del cheque en blanco moral

que supone una vigilancia selectiva. Israel puede desafiar impunemente las resoluciones de la ONU, India puede tiranizar Cachemira, Rusia puede destruir Groszny, pero es Irak el que tiene que ser castigado y son los palestinos quienes siguen sufriendo.

Cooper continúa: "consejo a los Estados posmodernos: acepten que la intervención en los premodernos va a ser un acto habitual. Dichas intervenciones quizá no solucionen los problemas, pero pueden sosegar las conciencias. Y eso no las hace necesariamente peores". Intenten explicarle eso a los supervivientes de Nueva York y Washington. "Israel puede desafiar a la ONU, India tiranizar Cachemira, pero es Irak quien debe ser castigado".

Estados Unidos se está lanzando a una locura. Sus ideólogos hablan de esto como si fuese un ataque a la "civilización", pero ¿qué tipo de civilización es la que piensa en una venganza con derramamiento de sangre? Durante los últimos sesenta años, y aún más, Estados Unidos ha hecho caer dirigentes democráticos, ha bombardeado países de tres continentes, ha utilizado armas atómicas contra civiles japoneses, pero nunca supo qué se siente cuando las propias ciudades de uno son atacadas. Ahora lo sabe. A las víctimas del atentado y a sus familiares tenemos que ofrecerles nuestra profunda condolencia, igual que se la ofrecemos a aquellos a quienes el gobierno de Estados Unidos ha convertido en víctimas. Pero considerar que, de alguna manera, la vida de un estadounidense vale más que la de un ruandés, un yugoslavo, un vietnamita, un coreano, un japonés, un palestino... es inaceptable.

* Tariq Alí es novelista y dramaturgo paquistaní, autor de novelas como *A la sombra del granado*, *La España musulmana* y *El libro de Saladino* (las dos últimas publicadas por Edhasa). Entre sus obras de carácter sociológico destacan: *Can Pakistan survive?* (1998), *Masters of the Universe: NATO's balkan crusade* (2000) y *Marching in the streets* (escrito con Susan Watkins en 1998). También es miembro del Consejo de Redacción de *New Left Review*.

La violencia no funciona

Howard Zinn*

Las imágenes en la televisión han sido dolorosas. Personas en llamas saltando a su muerte desde cien pisos arriba. Personas con pánico y miedo corriendo de la escena en medio de polvo y humo.

Sabíamos que había miles de seres humanos enterrados vivos, pronto muertos, debajo de una montaña de escombros. Sólo podemos imaginar el terror entre los pasajeros de los aviones secuestrados mientras contemplaban el choque, el incendio, el fin. Estas escenas me horrorizan y me enferman.

Después salieron nuestros líderes políticos en la televisión, y otra vez me sentí horrorizado y enfermo. Hablaron de represalias, de venganza, de castigo.

Estamos en guerra, dijeron. Y yo pensé: ¿no han aprendido nada, absolutamente nada de la historia del siglo XX, de cien años de terrorismo y contraterrorismo, de violencia enfrentada con violencia en un ciclo sin fin de estupidez?

Todos podemos sentir una rabia terrible contra quien sea, que en su demente idea de que esto ayudaría a su causa mató a miles de personas inocentes. Pero ¿qué hacemos con esta rabia? ¿Reaccionamos con pánico, dando golpes violenta y ciegamente sólo para demostrar que somos duros? "No haremos ninguna distinción -señala el presidente- entre los terroristas y los países que los albergan." ¿Ahora bombardearemos Afganistán y mataremos inevitablemente a personas inocentes, porque es la naturaleza de las bombas ser indiscriminadas, "no hacer distinciones"? ¿Entonces no estaríamos cometiendo terrorismo para "enviar un mensaje" a los terroristas?

Lo hemos hecho antes. Es la vieja manera de pensar, la vieja manera de actuar. Jamás ha funcionado. Reagan bombardeó Libia, y Bush declaró la guerra contra Irak, y Clinton bombardeó Afganistán y también una planta farmacéutica en Sudán, para "mandar un mensaje" a los terroristas. Y luego viene este horror en Nueva York y Washington. ¿A poco no ha quedado claro que enviando un mensaje a los terroristas por medio de la violencia no funciona, sólo lleva a más terrorismo?

¿No hemos aprendido nada del conflicto entre Israel y Palestina?

Bombas-coche sembradas por los palestinos traen ataques aéreos y tanques del gobierno israelí. Esto ha pasado por años. No funciona. Y personas inocentes mueren de los dos lados.

Sí, es una vieja forma de pensar, y nos urgen nuevas formas. Debemos pensar en el resentimiento sentido en todo el mundo por pueblos que han sido víctimas de acciones militares estadounidenses. En Vietnam, donde llevamos a cabo terroríficos ataques utilizando napalm y bombas cluster contra comunidades campesinas. En América Latina, donde apoyamos a dictadores y escuadrones de la muerte en Chile, El Salvador y otros países. En Irak, donde murió un millón de personas como resultado de nuestras sanciones económicas. Y, quizás más importante para entender la situación actual, en los territorios ocupados de la franja oeste y Gaza, donde más de un millón de palestinos vive bajo una cruel ocupación militar, mientras nuestro gobierno proporciona armas de alta tecnología a Israel.

Tenemos que imaginar que las funestas escenas de muerte y sufrimiento de que somos testigos por medio de nuestras pantallas de televisión han estado pasando en otras partes del mundo por mucho tiempo, y sólo ahora podemos empezar a conocer lo que otros pueblos sufren, muchas veces como resultado de nuestras políticas. Debemos entender cómo

mo algunas de estas personas pasaron de la rabia callada a cometer actos de terrorismo.

Necesitamos nuevas formas de pensar. Un presupuesto militar de 300 mil millones de dólares no nos ha dado seguridad. Bases militares en todas partes del mundo, buques de guerra en todos los océanos no nos han dado seguridad. Minas terrestres y un escudo antimisiles no nos darán seguridad. Debemos repensar nuestra posición en el mundo. Tenemos que dejar de enviar armas a países que oprimen a otros pueblos o a miembros de su propio pueblo. Tenemos que decidir que no iremos a la guerra, a pesar de la razón inventada por los políticos de los medios, porque la guerra en nuestro tiempo siempre será indiscriminada, una guerra contra inocentes, contra niños. Guerra es sinónimo de terrorismo, magnificado cien veces.

Nuestra seguridad sólo puede basarse en el uso de nuestra riqueza nacional, no para financiar armas, aviones, bombas, sino para la salud y bienestar de nuestro pueblo, para servicios médicos gratuitos para todos, educación y vivienda, salarios dignos garantizados y un medio ambiente limpio para todos. No podemos estar seguros limitando nuestras libertades, como algunos de nuestros líderes políticos demandan, sino expandiéndolas.

Debemos tomar nuestro ejemplo, no de los líderes políticos y militares que gritan "venganza" y "guerra", sino de los médicos y enfermeras y estudiantes de medicina, de los bomberos y policías que han estado salvando vidas en medio del caos, cuyos primeros pensamientos fueron no de violencia, sino de curar; no de venganza, sino de compasión.

* Historiador y crítico social estadounidense, profesor en ciencia política en la Universidad de Boston, y colaborador de la revista *The Progressive*, en la que publicó este artículo el pasado 15 de septiembre.

Pasión colectiva

Autor: Edward W. Said

Traducción: Gabriela Fonseca

El horror espectacular que golpeó a Nueva York (y en menor medida a Washington) nos ha traído un nuevo mundo de atacantes invisibles y desconocidos, misiones de terror sin mensaje político, destrucción sin sentido. Para los residentes de esta ciudad herida, la consternación, el miedo y el sentimiento sostenido de rabia y sorpresa continuarán, seguramente, por mucho tiempo, lo mismo que el dolor y la aflicción que provoca el que esa carnicería fue cruelmente impuesta sobre tantas personas.

Los neoyorquinos son afortunados de que el alcalde Rudy Giuliani, quien normalmente es repelente y desagradable en su combatividad; una figura retrógrada, conocida por sus posiciones virulentamente sionistas, haya obtenido rápidamente una dimensión churchillesca. Sereno y sin sentimentalismos, con extraordinaria compasión, ha dirigido a la heroica policía de la ciudad, así como los servicios de bomberos y de emergencia, logrando un efecto admirable, aunque, ¡ay!, con gran pérdida de vidas.

Giuliani fue el primero en apelar a la prudencia ante el pánico y los ataques patrioterros contra las amplias comunidades árabe y musulmana de la ciudad, y el primero también en expresar sentido común desde la angustia; el primero que pidió a todos continuar con sus vidas después de los golpes devastadores. Ojalá así hubieran sido todos.

Los reportes de la televisión nacional, por supuesto, llevaron constante, insistentemente, y no siempre de manera edificante, el horror de esos espantosos gigantes alados a cada uno de los hogares.

La mayoría de los comentarios de opinión ha subrayado, y de hecho engrandecido, lo que obviamente siente la mayoría de los estadounidenses: un terrible sentimiento de pérdida, enojo, rabia, sensación de vulnerabilidad violada, deseo de venganza y de retribución irreductible. No ha habido nada de qué hablar en los principales canales de televisión, salvó repetidos recordatorios de lo que ocurrió, la pregunta de quiénes fueron los terroristas (y pese a que aún nada se ha probado, esto no ha impedido que se reiteren acusaciones hora tras hora) y el hecho de que Estados Unidos fue atacado, y así constantemente.

Más allá de formuladas expresiones de dolor y patriotismo, cada político, observador acreditado o experto han repetido aplicadamente que no podemos ser derrotados ni disuadidos, ni se nos detendrá hasta que el terrorismo quede exterminado. Esto es una guerra contra el terrorismo, coinciden todos, ¿pero dónde, en qué frentes, hacia qué fines concretos? Nadie ha dado esas respuestas y sólo ofrecen vagas sugerencias de que Medio Oriente y el Islam son aquello a lo que "nos" enfrentamos, y que el terrorismo debe ser destruido.

Lo más deprimente, sin embargo, es el poco tiempo que se emplea en tratar de explicar el papel de Estados Unidos en el mundo y su involucramiento directo en la compleja realidad, que va más allá de las dos costas, y que por tanto tiempo ha mantenido al resto del mundo distante en extremo y prácticamente fuera de la mente del estadounidense promedio. Uno pensaría que Estados Unidos, más que una superpotencia, ha sido un gigante dormido en casi permanente estado en guerra, o en algún tipo de conflicto en cualquier lugar donde el Islam sea dominante.

El nombre y el rostro de Osama Bin Laden se han vuelto familiares para los estadounidenses, al grado de la insensibilidad, hasta llegar a un punto en que se oscurece cualquier historia que él o sus misteriosos se-

guidores puedan tener (por ejemplo, como útiles conscriptos en la guerra santa creada hace 20 años por Estados Unidos contra la Unión Soviética en Afganistán), antes de convertirse en símbolos de machote de todo lo que es odioso y despreciable en la imaginación colectiva. Entonces, inevitablemente, las pasiones colectivas están siendo atizadas en un impulso hacia la guerra, muy semejante a la persecución del capitán Ahab en *Moby Dick*; en lugar de parecerse a lo que de hecho ocurre: un poder imperial, que es herido en casa por primera vez, y que continúa sistemáticamente viendo por sus intereses reconfigurando la geografía para este conflicto, sin fronteras claras o actores visibles. Símbolos maniqueos y escenarios apocalípticos son transmitidos junto con sus consecuencias, y cualquier medida retórica es arrojada a los vientos.

El entendimiento racional de la situación es lo que se necesita ahora, no más golpeteos de tambor. George Bush y su equipo claramente quieren esto último. Sin embargo, para la mayoría de la gente en el mundo islámico y árabe, el Estados Unidos oficial es sinónimo de un poder arrogante, conocido principalmente por su santurrón y generoso apoyo no sólo a Israel, sino también a numerosos regímenes árabes represivos, y por su falta de consideración respecto a la sola posibilidad de diálogo con movimientos seculares y sus pueblos, que son legítimas víctimas de injusticias.

En este contexto, el sentimiento antiestadunidense no está basado en el odio hacia la modernidad ni envidia la tecnología, según repiten constantemente concedores acreditados como Thomas Friedman: se basa en una narrativa de intervenciones concretas, de depredaciones específicas, y en casos como el del pueblo iraquí, en su sufrimiento bajo sanciones impuestas por Estados Unidos, así como en el apoyo que ha dado Estados Unidos durante 34 años a la ocupación israelí en los territorios palestinos; políticas crueles e inhumanas administradas con frialdad de piedra.

Israel, ahora, está explotando cínicamente la catástrofe estadounidense intensificando su ocupación militar y opresión sobre los palestinos. Desde el 11 de septiembre, las fuerzas militares israelíes han invadido Jenin y Jericó, y bombardeado repetidamente Gaza, Ramallah, Beit Sahour y Beit Jala, causando enormes daños materiales y muertes de civiles. Todo esto, por supuesto, se hace descaradamente con armamento estadounidense y con la usual cantaleta mentirosa del combate al terrorismo. Los simpatizantes de Israel en Estados Unidos han recurrido a chillidos histéricos como "¡ahora todos somos israelíes!", relacionando así los ataques contra el World Trade Center y el Pentágono con los ataques palestinos contra Israel, conjuntando todo dentro del "terrorismo mundial", en el que Bin Laden y Arafat son entidades intercambiables.

Lo que pudo haber sido ocasión para que los estadounidenses reflexionaran sobre las causas probables de lo ocurrido, lo que muchos palestinos, musulmanes y árabes han condenado, se ha convertido en una inmensa propaganda de triunfo para Ariel Sharon. Los palestinos simplemente no están equipados para defenderse de la ocupación israelí, en sus más horribles y violentas manifestaciones, y de la virulenta difamación de su lucha nacional por la liberación.

La retórica política en Estados Unidos ha pasado por encima de estas cosas al escupir palabras como "terrorismo" y "libertad", a pesar de que, por supuesto, tan grandes abstracciones han ocultado, la mayor parte del tiempo, sórdidos intereses materiales, la eficacia en la obtención de petróleo, la defensa de lobbies sionistas que ahora han consolidado su poder, sobre todo Medio Oriente, y una decimonónica hostilidad (e ignorancia) hacia el Islam, que a diario adopta formas diferentes.

Es de lo más común hacer comentarios televisivos, elaborar reportajes,

auspiciar foros o anunciar estudios sobre el Islam y la violencia, o bien en torno al terrorismo árabe o cualquier cosa por el estilo, utilizando a expertos predecibles (como Judith Miller, Fouad Ajami y Steven Emerson) para pontificar y arrojar generalidades fuera de contexto o de la historia real. El por qué a nadie se le ocurre realizar seminarios sobre el cristianismo (o el judaísmo, para el caso) y la violencia es, probablemente, una pregunta demasiado obvia.

Es importante recordar, aunque esto no se menciona para nada, que China muy pronto alcanzará a Estados Unidos en cuanto a su consumo de petróleo, y que se ha vuelto aún más urgente para Estados Unidos controlar el petróleo del Golfo Pérsico y del Mar Caspio: un ataque contra Afganistán, que incluya a las ex repúblicas soviéticas centrales como campos de batalla, consolidaría el arco estratégico de Estados Unidos en el golfo hacia los yacimientos del norte, en momentos en que es muy difícil que alguien los suelte. Al tiempo que la presión sobre Pakistán aumenta día con día, podemos estar seguros de que una inmensa dosis de inestabilidad e intranquilidad locales seguirá a los hechos del 11 de septiembre.

La responsabilidad intelectual, sin embargo, requiere de un sentido mucho más crítico de la realidad. Por supuesto, ha habido terror, y casi todos los movimientos de lucha modernos, en algún momento han empleado el terror. Esto es cierto en el caso del Congreso Nacional Africano de Mandela, y en todos los demás, incluido el sionismo. Aun así, el bombardeo contra civiles indefensos con F-16 y helicópteros artillados tiene la misma estructura y efecto que el más convencional terror nacionalista. Lo que es especialmente negativo en toda forma de terror es cuando éste va unido a abstracciones religiosas y políticas, e insiste en reducirse a mitos que se alejan totalmente de la historia y su sentido.

Es aquí cuando la conciencia secular debe dar un paso adelante y dejarse sentir, ya sea en Estados Unidos o Medio Oriente. Ninguna causa, ningún dios ni ninguna idea abstracta pueden justificar el asesinato masivo de inocentes, particularmente cuando sólo un pequeño grupo está a cargo de dichas acciones y sus miembros sienten que son ellos quienes representan la causa, sin que se les haya elegido o tengan un legítimo mandato para hacerlo.

Además, e independientemente de todo el jaloneo en torno a los musulmanes, no existe un Islam: hay Islams, de la misma forma en que hay más de un Estados Unidos. Esta diversidad es cierta en todas las tradiciones, religiones, naciones, pese a que muchos de sus miembros han intentado crear, inútilmente, fronteras a su alrededor y definir con claridad sus credos. Pero la historia es demasiado compleja y contradictoria como para ser representada por demagogos, quienes son mucho menos representativos de lo que creen tanto sus seguidores como sus detractores.

El problema con los fundamentalistas religiosos y morales es que hoy en día sus primitivas ideas de revolución y resistencia, incluida su disposición a matar y ser muertos, parecen relacionarse fácilmente con la sofisticación tecnológica y con lo que aparece como gratificantes actos de salvajismo simbólico y horripilante.

(Con sorprendente sentido profético, en 1907, Joseph Conrad hizo un retrato arquetípico del terrorista, a quien lacónicamente llama "El profesor" en su novela *El agente secreto*. Se trata de un hombre cuyo único móvil en la vida es perfeccionar un detonador que funcione bajo cualquier circunstancia, y cuya manufactura resulta en la explosión de una bomba hecha estallar por un pobre niño que fue enviado, sin saber, a destruir el observatorio de Greenwich, en un atentado contra la "ciencia pura".)

Los atacantes suicidas de Nueva York y Washington parecen haber sido hombres educados de clase media y no refugiados pobres. En lugar de un liderazgo sabio que dé importancia a la educación, a la movilización masiva y a la organización paciente del servicio a una causa, los pobres y desesperados a menudo son engañados hacia el pensamiento mágico, así como a las soluciones rápidas y sangrientas que estos atroces modelos les ofrecen, envueltos en una trampa verbal mentirosa, basada en la religión. Esto sigue cumpliéndose en Medio Oriente en general, particularmente en el caso palestino, pero también en Estados Unidos, que con seguridad es el más religioso de todos los países. También es gran fracaso de la clase intelectual secular no haber redoblado sus esfuerzos para proveer de análisis y modelos que pudieran combatir los indudables sufrimientos de la gran mayoría de los miembros de su pueblo, vuelto miserable y empobrecido por la globalización y el militarismo implacables, sin ninguna esperanza, salvo la de recurrir a la violencia ciega y a las vagas promesas de salvación a futuro.

Por otro lado, un inmenso poder militar y económico como el que posee Estados Unidos no es garantía de sabiduría o visión moral, especialmente cuando el empecinamiento es visto como virtud y cree que ser excepcional es el destino de la nación. Las voces más escépticas y humanas han pasado muy desapercibidas en la presente crisis; mientras, Estados Unidos se prepara para una larga guerra que ha de ser peleada en algún lugar, allá afuera, al lado de aliados que han sido prisionados para servir en términos muy inciertos y hacia objetivos muy imprecisos.

Islam y Occidente son, simplemente, banderas demasiado imperfectas como para seguirse ciegamente. Algunos correrán tras ellas, es cierto, pero parece más necio que necesario para las futuras generaciones condenarse a una guerra y a un sufrimiento prolongados sin siquiera una pausa crítica; sin volverse hacia historias interconectadas de injusticia

y opresión, sin intentar una emancipación común y una mutua ilustración. La satanización del otro no es base suficiente para ningún tipo de política decente; menos ahora, cuando ya pueden mencionarse las raíces de terror, injusticia y miseria, y cuando es posible aislar fácilmente, disuadir o inutilizar a los terroristas.

Esto lleva paciencia y educación, pero esta inversión vale más la pena que aun mayores niveles de violencia y sufrimiento. Los prospectos inmediatos son hacia la destrucción y el sufrimiento a muy grande escala, con los políticos estadounidenses ordeñando las aprensiones y ansiedades de sus circunscripciones, con la cínica seguridad de que pocos intentarán hacer campaña contra el patriotismo ardiente y el beligerante guerrerismo que por tanto tiempo ha pospuesto la reflexión, el entendimiento, e incluso, el sentido común.

Pese a todo, aquellos quienes tenemos la posibilidad de alcanzar a la gente que está dispuesta a escuchar -y hay tanta gente así en Estados Unidos, Europa y Medio Oriente, al menos- debemos tratar de hacerlo de manera tan racional y paciente como nos sea posible.

Guerra sin fin?

Walden Bello *

Traducción: Gerard Coffey

El atentado sobre el World Trade Center fue horroroso, despreciable, e imperdonable. Sin embargo es importante no dejar de verlo en contexto, en particular dentro de un contexto histórico, porque si bien es entendible una respuesta que nace de la furia, como la ahora evidente por parte de los políticos estadounidenses, es probable que sirva como otra prueba de la máxima de Santayana, de que quienes no se acuerden de la historia están destinados a repetirla.

La ecuación moral

La escala y las consecuencias del ataque contra el World Trade Center son masivas, pero éste no representa el acto terrorista más grande de la historia de EE.UU., como algunos medios estadounidenses reivindicaban. Las más de 5,000 vidas perdidas en Nueva York son irremplazables, pero uno no debe olvidar que los ataques contra Hiroshima y Nagasaki resultaron en la muerte de 210.000 personas, la mayoría civiles, y la mayoría perecieron de manera instantánea. Por otro lado, es posible argumentar que los dos eventos no son comparables porque, después de todo Nagasaki e Hiroshima fueron blancos dentro de una guerra. Pero, ¿por qué no? El propósito principal de los bombardeos nucleares no fue destruir blancos militares o de infraestructura, sino aterrorizar y destruir a la población civil. De hecho, toda la campaña aérea de los aliados contra Alemania y Japón durante 1944-45, que produjo tormentas de fuego en Dresden, Hamburgo y Tokio, y que mató a

decenas de miles de personas, tuvo como su objetivo central herir y matar a la mayor cantidad posible de civiles. De igual manera, durante la Guerra de Corea, el bombardeo para aterrorizar a los civiles constituyó la política del Comando de Lejano Oriente de la Fuerza Aérea estadounidense, al cual se le ordenó pulverizar cualquier cosa que se moviera dentro del territorio del enemigo. Tan exitosa fue la política que en el verano de 1951, el comandante pudo informar que "ya no existe estructura alguna que sirva de blanco".

Durante la Guerra Fría, la eliminación en masa de la población civil del enemigo, junto a sus fuerzas militares e industrias, fue institucionalizada en la estrategia de una retaliación nuclear masiva que radicaba en el meollo de la doctrina de disuasión nuclear. En Vietnam, donde EE.UU. se frustró por la incapacidad de distinguir entre civiles y combatientes, la matanza indiscriminada de civiles fue una parte central de la "guerra de contra insurgencia" en la cual fueron sistemáticamente asesinadas 20,000 personas bajo la Operación Fénix de la CIA en el Delta del Mekong.

¿No deben ser juzgadas las acciones contra civiles en el contexto más amplio de quitar al enemigo el ánimo de luchar, y por lo tanto llevar a que la guerra concluya? Pero en este caso ¿qué tan diferente resulta esta justificación, comparada con el objetivo de los terroristas de cambiar la política exterior del gobierno de EE.UU. a través de erosionar el apoyo de la población civil de ese país?

El punto no es atraparnos en un "cálculo maléfico" como Jeremy Bentham habría llamado a este ejercicio, sino indicar que el gobierno de EE.UU. simplemente actúa desde una posición superior en la actual ecuación moral. Efectivamente, se puede decir que terroristas como Osama Bin Laden, un ex protegido de la CIA, aprendieron sus lecciones sobre el valor estratégico de los civiles como blanco de la estrate-

gia de guerra total, tradicional de Washington, en donde el daño a la población civil no se ve como algo colateral sino como algo esencial para alcanzar los fines de la guerra.

El cálculo de Clausewitz

Luego del atentado contra el World Trade Center, han llamado a los perpetradores del hecho cobarde, "irracionales", o "locos", o gente que es la encarnación del mal. Esto se puede entender como una reacción emocional, pero es una base peligrosa para la elaboración de políticas. La verdad es que los perpetradores del hecho fueron muy racionales. Si realmente fue gente relacionada con Bin Laden, muy probablemente su objetivo fue subir el costo que representa para EE.UU. el mantener sus políticas actuales en el Oriente Medio, a las cuales consideran injustas e inequitativas, y ésta fue su manera de lograrlo. Escogieron de forma muy racional los blancos y las armas, prestando atención a cómo obtener no sólo el máximo nivel de destrucción sino también el máximo simbolismo. La selección como blancos de las torres gemelas del World Trade Center y el Pentágono, y los aviones de American Airlines y United Airlines como los vehículos y explosivos, fue el producto de un pensamiento y planificación a sangre fría. La pérdida de sus propias vidas formó parte del cálculo. Lo que vimos fue un cálculo racional de los medios para lograr los fines deseados. Según el punto de vista de esta gente, el terrorismo, igual que la guerra, es la extensión de la política a través de otros medios. Estas son mentes clausewitzianas, y el peor error que se puede cometer es considerarles locos.

¿Pearl Harbor o TET?

Una metáfora utilizada por el sistema de Washington para captar la esencia de los recientes acontecimientos es la de un segundo Pearl Harbor, con la implicación de que, como el primero, la tragedia del 11 de

septiembre impulsará al pueblo estadounidense a alcanzar un nivel de unidad inédito para ganar la guerra contra enemigos todavía no identificados. Es de sospechar que el otro lado opere según otra metáfora, y ésta es la ofensiva Tet de 1968. El objetivo de los vietnamitas fue lanzar levantamientos masivos y simultáneos que, aún en el caso de que cada uno sea derrotado por separado, sin embargo llegaría a ser una victoria estratégica al convencer al otro lado, y en particular a su base civil, de que la guerra no se pudo ganar. El objetivo fue robar a EE.UU su voluntad de ganar la guerra, y en esto tuvieron éxito los vietnamitas.

Los perpetradores del asalto sobre el World Trade Center operan según un cálculo parecido, y a pesar de la retórica nacionalista en Washington, no es seguro que se hayan equivocado. ¿Está dispuesto el pueblo estadounidense a soportar cualquier peso y pagar cualquier precio, en una lucha que se extenderá hacia un futuro indefinido, sin ninguna certeza de victoria, de hecho sin una idea clara de quiénes son los enemigos y de lo que consistirá una "victoria"?

Los medios están repletos de noticias sobre la creación de una alianza contra el terrorismo, dando la impresión que la coordinación entre estados claves combinada con la furia de los ciudadanos de todas partes otorgará a la coalición liderada por EE.UU. una ventaja insuperable. A corto plazo, quizás; aunque ni esto es seguro. Porque el problema es que, como en una guerra de guerrilla, esto no es una guerra que se puede ganar estricta o principalmente por medios militares.

Los aspectos subyacentes.

Si la red de Bin Laden fue la responsable de los ataques contra el World Trade Center, entonces los aspectos subyacentes son los dos pilares gemelos de la política de EE.UU. en el Oriente Medio. Uno es la

subordinación de los intereses de los pueblos de la región al acceso sin trabas de EE.UU. al petróleo del Oriente Medio para mantener su civilización basada en el petróleo. Con este fin, EE.UU. derrocó al gobierno nacionalista de Mossadegh en Irán en 1953, cultivó el régimen represivo del Sha de Irán como policía del Golfo Pérsico, apoyó a regímenes feudales anti democráticos en la península arábiga, e introdujo una presencia militar masiva y permanente en Arabia Saudita, donde están algunas de las ciudades y lugares más sagrados del Islam.

La guerra contra Sadam Hussein se justificó como una guerra para derrotar la agresión, pero todo el mundo supo que el motivo más fuerte de Washington fue asegurar que las masivas reservas petroleras de la región se queden bajo el control de élites pro Occidente.

El otro pilar es el apoyo incondicional a Israel. Que los sentimientos de los Arabes acerca de Israel sean tan viscerales, no es difícil de comprender. Es difícil argumentar en contra del hecho de que el estado israelí nació en base a despojar al pueblo palestino de su país y sus territorios. Es imposible negar que Israel es un Estado de colonos europeos, cuyo establecimiento fue esencialmente un traslado desde el territorio europeo de las contradicciones etno-culturales de la sociedad europea. El Holocausto fue un crimen contra la humanidad, pero fue totalmente equivocado imponer sus consecuencias políticas -la principal de ellas, la creación de Israel- sobre un pueblo que no tuvo nada que ver con ello.

Es difícil contradecir las declaraciones árabes de que fue esencialmente el apoyo de EE.UU. el que creó el Estado de Israel; que éste ha sido sostenido durante el último medio siglo por el masivo apoyo y respaldo militar estadounidense; y que la confianza profunda en el perpetuo apoyo militar y político estadounidense es la que permite a Israel oponerse en la práctica al nacimiento de un estado palestino viable.

A menos que EE.UU. abandone estos dos pilares de su política en el Oriente Medio, siempre habrá miles de reclutas para actos de terrorismo como los que ocurrieron el 11 de septiembre. Y aunque condenemos los actos terroristas - y debemos condenarlos fuertemente - otra cosa es esperar que la gente desesperada no los cometa, en particular cuando es posible argumentar que fueron precisamente estos métodos de volver blancos tanto a civiles como a personal militar, en conjunto con la Intifada, lo que obligó a Israel a someterse al Acuerdo de Oslo de 1993, que llevó a la creación de la entidad palestina.

Otra razón más para pensar que el equilibrio estratégico no favorece a EE.UU. es que existe mucha gente en el mundo cuya actitud hacia el terrorismo es ambivalente. A diferencia de Europa, en el Sur hubo una respuesta relativamente callada al evento del World Trade Center. Una encuesta probablemente revelaría que si bien muchos en el Tercer Mundo están horrorizados por los métodos de los que cometieron el atentado, no sienten antipatía por sus objetivos. Como lo expresó un empresario chino-filipino, "es horrible, pero por otro lado, EE.UU. se lo merecía". Si esta reacción es común entre la gente de clase media, no debe sorprender si tal ambivalencia está ampliamente sentida entre el 80 por ciento de la población global marginada por los actuales arreglos globales económicos y políticos.

Existe demasiada desconfianza, aversión, o simple odio, hacia un país que ha sido tan insensible en su búsqueda de poder económico, tan arrogante en sus relaciones militares y políticas con el resto del mundo, y tan descarado en declarar su superioridad cultural sobre el resto de nosotros. Como en la ecuación de una guerra de guerrilla, la ambivalencia civil frente al teatro de batalla se traduce en una desventaja para la posición de las autoridades, y una ventaja para la de los terroristas.

En fin, si hay una cosa de la cual se puede estar seguro, es que la respuesta masiva por parte de EE.UU. no pondrá fin al terrorismo. Simplemente aumentará el espiral creciente de la violencia; el otro lado recurrirá a actos aun más espectaculares, alimentados por olas sin fin de reclutas. La tragedia del 11 de septiembre constituye la evidencia más clara de que la política de los últimos 30 años de responder con guante de hierro y con una represalia masiva al terrorismo, está caduca. El resultado de esta política ha sido nada menos que un profesionalismo extremo del terrorismo.

La única respuesta que verdaderamente contribuiría a la seguridad global y la paz es que Washington intente resolver no sólo los síntomas sino las raíces del terrorismo. Es tarea de EE.UU. examinar y cambiar sustancialmente sus políticas hacia el Oriente Medio y el Tercer Mundo y apoyar, para variar, arreglos que no obstaculicen el logro de la equidad, la justicia, y una soberanía nacional verdadera para la gente actualmente marginada. Cualquier otro camino nos llevará a la guerra sin fin.

* Walden Bello es Director Ejecutivo de Focus on the Global South con sede en Bangkok, Tailandia, y Profesor en la Universidad de Filipinas.

¿ENTRE LA GUERRA SANTA Y LA CRUZADA?

Aníbal Quijano

En todo terrorismo hay una combinación de crueldad, de perversidad y de vesanía. Es lo que caracteriza, por ejemplo, el que practican las mafias en Estados Unidos. La especificidad del terrorismo político es que, además, es necesariamente antidemocrático. Sea que se intente como represalia o como demostración de fuerza, lo que hace, y se propone hacer en realidad, es cerrar todo lo que sea posible los espacios democráticos de pensamiento, de expresión y, sobre todo, de acción social deliberada y organizada, conquistados por las víctimas y los críticos de las relaciones de dominación/explotación/conflicto en que consiste todo poder. La idea que subyace a ese propósito es que así se producirá, de todos modos, una polarización política que obligue a las víctimas y críticos del poder, o incluso a los simplemente descontentos con una dada situación social y política, a no tener más remedio que seguir a los que dirigen el terrorismo y, finalmente, someterse a ellos que, así, podrían aspirar a la victoria.

Esa idea no es solamente antidemocrática y sectaria. Para las necesidades y propósitos de los dominados es enteramente contraproducente. Cuando tiene éxito, lo que el terrorismo político hace es sustituir la acción consciente, deliberada y organizada de los explotados y los dominados contra sus dominadores y dirigida, por lo tanto, a la producción de una sociedad más democrática. La respuesta de los dominadores es, casi siempre, un terrorismo de estado. En esas condiciones las organizaciones y los dirigentes de las masas son obligados a replegarse u

ocultarse. El temor y la inseguridad secuentes para el resto de la población terminan llevando a importantes sectores de ésta a justificar la represión. Así se facilita la acción represiva de los dominadores y de ese modo, sin excepción hasta hoy conocida, se abre una trampa en la cual son atrapados y triturados los mejores miembros de las agrupaciones sociales que combaten contra la explotación y la dominación. ¿Cómo podría ser, de esa manera, victoriosa la causa de la liberación de los oprimidos?

Es necesario, en consecuencia, diferenciar: el terrorismo es antagónico a las acciones directas de las masas de explotados y dominados, porque dichas acciones expresan debates y decisiones democráticas sobre los fines y sobre el carácter de las luchas, así como sobre sus modalidades de acción, y son llevadas a cabo por las propias organizaciones democráticas de los dominados. Como toda la experiencia histórica señala, en particular la del siglo XX, la producción de una sociedad democrática está implicada, tiene que estarlo necesariamente, en el carácter de las organizaciones y de las acciones de los explotados y oprimidos.

Se ha dicho muchas veces que el terrorismo político es la forma normal que asume la guerra de los pobres y los dominados, porque ellos no tienen otras armas contra los poderosos. No es exacto. Por regla general el terrorismo de los dominados es una reacción desesperada al de los dominantes: a la violencia masiva y salvaje de sus conquistas, a las torturas y a las masacres represivas, a las violaciones continuas de los derechos humanos, a la humillación racista-etnicista y cultural incesante, a las extremas explotación y degradación social de los dominados. En otros términos, el terrorismo de los dominados es una reacción al terrorismo de estado de los dominantes. Eso, desde luego, no lo hace menos antidemocrático, ni, en consecuencia, menos inconducente a los fines de la liberación social.

DOS FORMAS DE ACCION CONTRA EL TERRORISMO

Por la naturaleza del terrorismo político no puede haber sólo una manera de enfrentarlo. De una parte, todo terrorismo es siempre un crimen contra los derechos humanos. Y cuando mata indiscriminadamente a mucha gente, es un crimen de genocidio. Pero, de otra parte, el terrorismo político, sea de grupos o individuos privados o del estado, tiene su propia especificidad: no es sólo una acción criminal, es también antagónico de los proyectos de producción democrática de una sociedad sin dominación/explotación/conflicto.

Dos caminos de acción se abren, en consecuencia, frente al terrorismo político, sea privado, individual, de grupo, o estatal:

1. En tanto que es una acción criminal contra los derechos humanos y puede tomar la forma de un genocidio, como en el reciente ataque a las Torres del Centro Mundial de Comercio y al Pentágono, el terrorismo político debe ser juzgado y castigado como todos los actos criminales. Para eso es necesario identificar, capturar y llevar a los responsables, directos e indirectos, ante los tribunales de justicia.

El juicio de esa clase de criminalidad en los tribunales de justicia es y debe ser siempre público. Entraña también un debate político público. De esa manera, el juicio contra los terroristas políticos debe ser parte del debate político de la sociedad y permitir el desarrollo de la conciencia democrática y del horizonte histórico de la democracia como un modo de vida cotidiano liberado de poder, de dominación, de explotación, de discriminación.

De todas formas, en este nivel y en esta dimensión se trata del ejercicio de la justicia según las leyes de las sociedades modernas y donde las relaciones sociales, políticas y culturales implican un espacio de-

mocrático básico como su elemento constitutivo. Y lo que está en juego en este ámbito es, principalmente, la seguridad de la población de cada país y del mundo en su conjunto.

2. Pero el terrorismo no sólo pone en riesgo los derechos humanos, la seguridad y la vida de individuos y conjuntos de población. Implica además problemas y riesgos igualmente graves para el horizonte de desarrollo y profundización de la democracia en la sociedad humana. Por todo eso, el terrorismo no sólo debe ser juzgado y castigado como toda acción criminal, sino también evitado, prevenido e impedido. Para eso, no bastan los tribunales de justicia. Es necesario cegar sus fuentes y erradicarlo, eliminar sus raíces.

En el largo plazo, esto es a escala histórica, esta segunda vía de acción es aún más importante y decisiva que la primera y la que en el largo plazo asegura o puede asegurar el control de esa forma de criminalidad política. Y las cuestiones decisivas en este terreno son, sin duda, la identificación y la ubicación de las raíces del fenómeno.

CARACTER HISTORICO DEL TERRORISMO POLITICO

Por eso mismo, en este campo es indispensable llegar a explicar con la máxima claridad el carácter del problema, sus fuentes, sus formas, sus caminos. Sin duda muchas explicaciones pueden y deben concurrir con plena legitimidad teórica, desde las que se apoyan en alguna corriente psicoanalítica para colocar en la discusión los problemas de personalidad de los terroristas políticos. O, como en el caso presente, las que buscan en la ideología religiosa las fuentes de los impulsos terroristas, en particular de la autoinmolación de los terroristas.

Junto con todas esas posibles explicaciones, en la experiencia histórica de largo plazo una explicación específica es, de todos modos, ple-

namente necesaria, en verdad sine qua non: la cuestión del poder. La historia de las relaciones de poder - esto es, de las relaciones de dominación, de explotación y de conflicto entre las gentes, entre sus diversas formas de agrupación y de identificación sociales y geoculturales - es la que da cuenta de las formas de violencia social y política entre las gentes.

Para explicar la violencia en la conducta y en las relaciones humanas, algunas corrientes de estudiosos han apelado a una "naturaleza humana" que no se habría desprendido de su "animalidad", ni podría hacerlo, no obstante la civilización. Puede ser así. Pero todos pueden también convenir en que la nuestra es la única especie animal que delibera, planea y practica el terrorismo. Y así mismo, que la nuestra es la única de las especies animales en cuyo comportamiento histórico el poder es una de las motivaciones fundamentales. Y que ambas conductas, la tendencia al poder y el terrorismo suelen estar asociados. En otros términos, no es la "naturaleza" la explicación de la forma específica de violencia que se produce en las relaciones sociales de la especie. Es la cuestión del poder.

Esa es, precisamente, la cuestión que se hace visible si se estudia la historia del terrorismo político moderno: se trata, en todos los casos, sin excepción, de un intercambio entre el terrorismo de estado y el terrorismo de los dominados, éste normalmente como reacción al primero.

En consecuencia, el problema del control y de la erradicación del terrorismo remite al tratamiento adecuado de las condiciones que las relaciones de poder crean para el terrorismo. En otros términos, ese problema no tiene más de una solución real: la continua expansión, profundización y universalización de la democracia en cada uno de los ámbitos vitales de la existencia social de la especie. La dominación, la

explotación, la discriminación, no pueden dejar de engendrar el conflicto y la violencia. En especial, cuando esas formas de relación están organizadas, como desde hace 500 años, en torno de la sistemática articulación entre la explotación capitalista del trabajo y la dominación racista de la subjetividad y de la autoridad colectiva. En otros términos, articulada en torno de la colonialidad del poder.

En esta perspectiva, por ejemplo, la llamada "globalización" actual produce la continua aceleración y profundización extrema de las tendencias capitalistas de polarización de la población mundial entre una minoría, cada vez más reducida, que controla el trabajo, la autoridad y la riqueza mundiales, y una mayoría creciente que es despojada de acceso al control de cada una de esas instancias del poder. La continuación de esas tendencias implica, necesariamente, la continuación de las tendencias de violencia entre los grupos sociales y entre las identidades geoculturales colocados en tales relaciones de poder. Es decir, los poderosos tienden a ejercer su poder como terrorismo de estado y los otros a reaccionar, entre otras formas, con terrorismo privado. Y no es por coincidencia o accidente que la abrumadora mayoría de las víctimas de esas tendencias del poder son, precisamente, los grupos o sectores que según el criterio de "raza" han sido y son socialmente clasificados como los dominados, explotados y discriminados dentro del patrón de poder imperante.

No es difícil mostrar el lugar del terrorismo en la historia de las relaciones de poder en el mundo moderno. Pero, obviamente, aquí no sería pertinente ir demasiado lejos, ni demasiado a fondo. Por eso, la más eficaz manera es abrir de nuevo algunas de las cuestiones centrales que han ingresado al debate que sigue a la infausta vesania terrorista que se abatió el 11 de Setiembre último sobre la ciudad de Nueva York y sobre el Pentágono en Washington. Con motivo de estos hechos han surgido muchas preguntas sobre la identidad de los autores y de los res-

ponsables, sobre sus propósitos, así como sobre el origen del odio extremo, con su radical falta de compasión por las gentes, que ha llevado a estos asaltos contra los símbolos de poder de Estados Unidos asesinando a miles de personas. La tesis más publicitada para contestar esas cuestiones es que se trata de una "guerra de civilizaciones".

¿"GUERRA DE LAS CIVILIZACIONES" ?

En primer término, esa tesis implica la típica perspectiva eurocéntrica de conocimiento, en especial de uno de sus más distorsionantes componentes: su radical ceguera a la heterogeneidad histórica y estructural de todos los fenómenos sociales, es decir, de los que tienen lugar en la existencia social humana. El eurocentrismo es, además, prisionero de un modo de producir conocimiento que es, entre otras cosas, dualista y, paradójicamente, también evolucionista. Esa manera de conocer divide el mundo en categorías binarias, y encima las coloca en una serie evolutiva. Por ejemplo: "primitivo"- "civilizado"; "tradicional"- "moderno"; "oriente"- "occidente". El racismo-etnicismo que subyace a esa perspectiva, producto de la colonialidad del patrón de poder hoy mundialmente hegemónico, propone que hay algo llamable "civilización occidental" homogéneamente moderna, racional y democrática opuesta a otra llamable "oriente" (no siempre está presente el término civilización en esa relación), también homogéneamente pre (o peor) anti-moderno, irracional y antidemocrático.

Civilización es un término que aunque a muchos les pueda parecer evidente por sí mismo, es un producto del poder. De allí su insanable equívocidad. Fue acuñado por las poderes coloniales constituidos en la parte occidental de Europa, en el proceso originado con la formación de América al final del siglo XV. En dicho proceso, el Atlántico desplazó al Mediterráneo como la principal ruta del tráfico mercantil mundial y su control permitió a esos poderes la continuada colonización del res-

to del mundo en las siguientes centurias. Así, aquellos poderes se fueron estableciendo como el "centro" del mundo que iban colonizando desde entonces. La articulación mercantil entre sus pueblos y estados, llevó a la formación de una nueva región histórica, la Europa Occidental, que así se estableció como "centro" de control de un patrón de poder en que se amalgamaron el capitalismo como sistema mundial de control y de explotación del trabajo, con la clasificación colonial de la población mundial en torno de la idea de "raza". Esa colonialidad del nuevo patrón de poder implicó no sólo la concentración del control de los recursos de todo el mundo en esa nueva región histórica, sino también de uno de sus más decisivos elementos: las relaciones capital-salario.

Esas condiciones produjeron en la nueva Europa Occidental un proceso de cambios en todos los ámbitos de la existencia social. Comenzando con la mercantización de las relaciones sociales, ese proceso produjo la "revolución industrial", la secularización de las relaciones subjetivas e intersubjetivas y la "revolución burguesa". Ese proceso que comenzó con América es lo que se conoce como la modernidad. Al mismo tiempo, en el mundo colonizado ocurrían también profundos cambios, pero de signo contrario: el despojo a las poblaciones colonizadas del control de sus recursos, de sus bienes, de sus conocimientos, de su trabajo; la represión a sus propios modos de conocimiento y de expresión, empujando a los pueblos a la pérdida o a la distorsión de sus identidades; la imposición de la idea de "raza" como el eje de una clasificación social básica para toda la población del mundo, identificado a los pueblos no-"blancos" como biológica y culturalmente inferiores, y en ese sentido anteriores, a los de Europa Occidental. Para eso, los pueblos no-europeos y no-"blancos" fueron sometidos a una dominación política colonial, brutalmente autoritaria, y represiva. De ese modo, en el mundo colonizado, el desarrollo productivo fue canalizado casi exclusivamente para Europa Occidental, y fue bloqueada durante varios

siglos la salarización de los trabajadores, así como la expansión e institucionalización de los mercados locales. En esas condiciones, fue también bloqueada la secularización de la cultura y de las relaciones intersubjetivas.

Esas nuevas relaciones de poder, llevaron a nuevas relaciones geoculturales entre los diversos sectores de la población mundial: Europa Occidental asumió una nueva identidad geocultural como "civilización occidental y cristiana", y en su condición de centro colonial dominante, acuñó y distribuyó otras identidades geoculturales para los demás sectores de la población del planeta. Originalmente, lo que fue establecido fue la oposición entre "Occidente" y "Oriente", ya que los "negros", "indios" y otros grupos equivalentes no tenían categoría suficiente para ser admitidos como el Otro de los europeos en términos de "civilización". Esas nuevas identidades geoculturales fueron fundadas sobre las relaciones de dominación colonial respecto de Europa, sobre la clasificación social y cultural "racial" de sus pueblos y sobre la peculiarmente eurocéntrica inversión del tiempo histórico: los no-europeos, puesto que "inferiores", fueron considerados, por definición, "anteriores", ya que que Europa Occidental se autoidentificaba como lo más nuevo, esto es, como lo más moderno y avanzado, en suma, la culminación de la trayectoria histórica de la especie.

Lo más notable es que esa perspectiva del mundo, de la especie y de la historia, elaborada sistemáticamente en Europa desde el siglo XVII, fue impuesta en la nueva Europa Occidental como la única racionalidad. Esa es la perspectiva eurocéntrica. Y más notable aún, y más perverso, es que fue impuesta y admitida como hegemónica en todo el mundo. Esa perspectiva de conocimiento, con su respectivo imaginario, están hoy día en crisis abierta. Quizá la más profunda y decisiva de su historia, porque no solamente es confrontada desde nuevas y viejas racionalidades, sino también desde dentro de ella misma, una vez re-

conocida su inmensa capacidad de distorsionar no sólo el conocimiento de la experiencia histórica, sino también nuestra percepción del resto del universo. Así lo testimonia hoy el ya vasto debate mundial, de un lado, sobre la colonialidad del poder y del saber y, de otro lado, sobre las implicaciones epistemológicas de la investigación más avanzada de los fenómenos de la naturaleza no humana (en especial Prigoyine y sus asociados). Ambas vertientes del debate van en la misma dirección, en pos de una nueva racionalidad no-eurocéntrica,

Lo que, en consecuencia, el término "civilización" mienta ahora, si algo realmente mienta, no puede sino referirse a las experiencias históricas que han sido impuestas sobre las gentes en las diversas regiones constituídas por el colonialismo de Europa Occidental y diferenciadas y especificadas por la colonialidad del poder en cuyo torno fueron interna y externamente articuladas. No se trata más, no podría tratarse, de identidades históricas originarias, ya que incluso los posibles elementos de ese carácter han sido distorsionados, cambiados y modulados en la historia de los últimos 500 años del colonialismo y del imperialismo del "occidente cristiano".

Si, no obstante, esa categoría equívoca fuera admitida en lo que se supone que mienta, ¿de cuál "civilización" se trata en la supuesta "guerra de civilizaciones"? ¿De las que habitan el territorio de India?. ¿O de China?. ¿De la Japonesa?. ¿De las que habitan el Asia Sudoriental?. ¿De las del "Medio Oriente"? De las de Africa?. ¿De las numerosas agrupaciones llamadas "indias" y "negras" en América?. ¿O hay en esta enumeración experiencias e historias que no merecen en "occidente" el nombre de "civilización"? ¿Todas ellas son una misma "civilización no-occidental y no-cristiana"? ¿Y son todas homogéneamente antimodernas y antidemocráticas sólo porque no son de origen europeo y "blanco"?

EL "MEDIO ORIENTE", EL ISLAM Y "OCCIDENTE"

En el contexto inmediato, esa calificación de "civilización" anti-"occidental" es impuesta desde Estados Unidos y su mass media, en referencia al mundo que habita el llamado Medio Oriente y donde la religión mayoritaria es el Islam.

Lo primero que es indispensable a este propósito, es admitir que el mundo islámico no consiste en el conjunto de los que creen en un dios Alá y siguen la doctrina del Corán, así como el mundo cristiano no está formado por el conjunto de los que creen en un dios Jehová, en Cristo y en el Espíritu Santo y siguen la doctrina de la Biblia. Hay millones tanto de musulmanes como de cristianos en China, en el Sudeste de Asia, en África, en América, en Australia, y desde la Segunda Guerra Mundial inclusive en Europa. Pero es obvio que cuando Bush habla de la "civilización occidental y cristiana" no se refiere a los cristianos de Asia y de África, ni a los cristianos "indios" y "negros" de América, de Australia o de Filipinas. Y aunque en la coalición global de poder también está Japón, es improbable que sea admitido, a fin de cuentas, como parte de la "civilización occidental y cristiana". En otras palabras, la idea de "civilización occidental y cristiana" está referida, en primer término, a un espacio geocultural cuya especificidad no reside tanto en las creencias religiosas dominantes, como en el dominio mayoritariamente europeo o de ese origen y "blanco" (básicamente Europa Occidental, América, Australia). Del mismo modo, lo que llamaremos aquí el "mundo islámico", se refiere en lo fundamental a un específico espacio geocultural centrado en el "Medio Oriente" aunque hay probablemente más musulmanes en regiones y poblaciones ubicadas también en Asia Central y Sudoriental. Veremos inmediatamente que la especificidad histórica de ambas identidades geo-culturales y en particular la del "Medio Oriente", corresponde, ceñidamente, al resultado de sus relaciones de poder.

En efecto, el centro del mundo islámico fue originalmente constituido en torno del Mediterráneo y tuvo su apogeo entre los siglos VIII y XVI. Durante ese período fue, a su vez, el centro del tráfico mercantil y cultural mundial anterior a la colonización de lo que hoy es América. El control de la cuenca del Mediterráneo permitía el control de los flujos mercantiles de China, de Asia Sudoriental, India en especial, de El Cairo, de Bagdad, de Persia, de Basora, de lo que hoy es el Medio Oriente.

Entonces fue también el eje avanzado de la investigación filosófica, científica y técnica. Heredero del mundo románico, ese Islam no sólo mantuvo, sino desarrolló la producción textil, la minería, la agricultura y la artesanía comerciales, el comercio con el mundo entonces conocido y las finanzas. Con toda probabilidad, fue dentro de ese mundo o en el ámbito de su hegemonía, que emergió, por primera vez, la relación social fundada en el salario y que tiempo después será conocida con el nombre de Capital.

En ese contexto se desarrolló el modo urbano de vivir y la atmósfera para cobijar y estimular las actividades intelectuales, sobre todo la matemática, la filosofía, la historia. Esas actividades permitieron estudiar y rescatar el legado intelectual, filosófico y científico greco-romano, especialmente, pero también el africano, el egipcio, el mesopotámico. Aún se recuerda, incluso en el mundo no islámico, algunos de sus grandes nombres. Avicena, que estudiaba la filosofía griega, Aristóteles sobre todo, e innovaba los estudios de ciencias y de medicina ya en entre los siglos X y XI. En el siglo XII Averroes discutía Aristóteles y sostenía ideas racionalistas y materialistas - en pleno mundo musulmán, ya que en el mundo cristiano habría sido, casi seguramente, reprimido y ajusticiado. La traducción y publicación al Inglés, relativamente recientes, de la obra de Ibn Khaldun, ha permitido conocer mejor a un grande historiador y filósofo social que ya proponía, sobre la

sociedad y sobre la historia, muchas ideas que Hegel encontrará sólo 400 años después. En fin, ese mundo estaba habitado por una sociedad en gran medida urbana, industrial, comercial y civil, donde convivían y prosperaban musulmanes y judíos, principalmente, pero también cristianos, mientras el mundo cristiano vivía en una sociedad rural, feudal, oscurantista, religioso-fundamentalista y perseguía a los judíos.

Fue sólo después de la conquista de América, que el mundo cristiano se hizo rico y poderoso. El estado español establecido entonces, expulsó de Iberia a musulmanes y judíos e impuso la primera "limpieza étnica" conocida en la historia de la Europa moderna, por medio del infame "certificado de limpieza de sangre" para ser admitido como habitante de España o de América colonia. El mundo islámico fue desplazado del lugar hegemónico del Mediterráneo y sus relaciones con el mundo cristiano se hicieron más conflictivas. Ya desde las Cruzadas, los poderes cristianos habían invadido el Medio Oriente y destruido y saqueado ciudades y poblaciones enteras. Pero después de América, la nueva Europa Occidental pudo, además, colonizar el mundo musulmán, lo empobreció y desintegró, y se apropió de sus conquistas civilizatorias. Sólo entonces los poderes del mundo cristiano, pudieron considerarse a sí mismos y a la población europea - no a cualquiera de sus poblaciones, como por ejemplo los "indios" cristianizados de América - una "civilización" y secretaron las estereotipadas categorías de "Occidente" y "Oriente". ¿Aún hay que recordar acaso que no es por un accidente de la naturaleza que el Meridiano de Greenwich pasa por Londres y no por Kabul?

De otro lado, referida al Islam del Medio Oriente, la tesis de la "guerra de las civilizaciones" omite el hecho de que el desarrollo histórico que hubiera llevado a las sociedades islámicas a su industrialización, a su modernización, a su democratización, a controlar los fundamentos

de todo linaje, a la secularización de las relaciones subjetivas y a la laicidad cotidiana de la vida social, ha sido continua y deliberadamente trabado y reprimido por "Occidente" y después de la Segunda Guerra Mundial en especial por Estados Unidos. Primero por el despojo realizado durante siglos por el colonialismo europeo y después por el apoyo dado por el imperialismo euro-estadounidense, a los regímenes coloniales y antidemocráticos del Medio Oriente, para impedir procesos de revolución nacional y democrática, laica y en definitiva eurocéntrica.

De hecho, antes de la victoria de Israel en la guerra de 1967 y de la muerte de Nasser en 1970, los movimientos democráticos y antimperialistas de toda la región eran laicos y buscaban explícitamente el desarrollo, la modernización y la democratización de esas sociedades asfixiadas bajo regímenes coloniales y dictatoriales. Aunque algunos de dichos movimientos usaban una retórica "socialista", sus acciones reales muestran que en realidad perseguían el desarrollo capitalista industrial y la modernización social y cultural de sus países y el control autónomo del proceso. Era por eso y para eso que requerían la autonomía política, económica y cultural de la región. Es decir, eran, necesariamente, anticolonialistas y antimperialistas. Los más importantes fueron el Nasserismo (sobre todo en Egipto), y el Baathista (sobre todo en Irak). Y fue su derrota frente a la coalición de los dominantes locales y los poderes imperialistas como, sobre todo, Estados Unidos e Inglaterra, y su deformación seciente, precisamente, en Egipto y en Irak, en regímenes autoritarios, lo que llevó al crecimiento de los movimientos políticos-religiosos, es decir los que buscan en ideologías religiosas el sentido de las luchas por la autonomía cultural y política, contra el colonialismo e imperialismo y la rebelión contra el poder, los privilegios y la corrupción de las faunas dominantes. Y cuanto más reprimidos, esos últimos movimientos han tendido a hacerse más autoritarios y retrógrados, política y culturalmente.

Aquí bastará mencionar los mayores momentos de esa historia de represión oligárquico-imperialista y de reacción religiosa extremista en el Medio Oriente. En 1953, un movimiento básicamente laico y democrático, dirigido por Mossadegh logró asumir el gobierno de Persia (entonces nombre de Iran actual), y nacionalizó el petróleo. Este acto antimperialista desató la furia de Estados Unidos. La CIA organizó y apoyó la represión y derrota de ese movimiento, a pesar de que Mossadegh era explícitamente adverso al comunismo y a la URSS. Después de la derrota de Mossadegh, Estados Unidos armó y equipó a las fuerzas militares y represivas del Sha, apoyó las bestialidades represivas de su SAVAK, el organismo local de espionaje y represión asociado a la CIA, como su principal aliado político y militar en la región para enfrentarse a la marea democrática y antimperialista que la sacudió casi inmediatamente después, sobre todo el Nasserismo y el Baathismo. La derrota del movimiento laico, democrático y antimperialista de Mossadegh, y la espeluznante represión sobre la resistencia y la crítica, permitió el ascenso del islamismo chiita, bajo la conducción del Ayatollah Khomeini que, finalmente, logró la desintegración de las fuerzas armadas del Sha sin que la CIA pudiera evitarlo.

Entonces, Estados Unidos apoyó y armó a Saddam Hussein de Irak para hacer la guerra al naciente régimen revolucionario de Iran, facilitando así que los sectores más autoritarios y conservadores de ese régimen se impusieran sobre los sectores laicos y democráticos, hasta instalar y controlar un régimen teocrático. En esa guerra Saddam Hussein usó armas químicas contra los iraníes y los kurdos, sin protesta alguna de Estados Unidos. Pero cuando Hussein invadió Kuwait, seguro de su alianza con Inglaterra y con Estados Unidos, éstos bombardearon Irak hasta destruir su previo desarrollo industrial y social, y desde entonces no han cesado esa política, al precio del genocidio de la población pobre del país, de sus niños en especial. Y la acusación o pretexto para

mantener el embargo y los bombardeos es, precisamente, que se trata de prevenir la producción de armas químicas !.

Desde la victoria de Israel en la guerra de 1967, y sobre todo durante los 70s y los 80s del siglo XX, Estados Unidos apoyó la ofensiva israelita para obligar a los palestinos y a sus principales organizaciones de resistencia contra la ocupación colonial de su territorio, principalmente a la OLP, a abandonar el Líbano y Jordania. Eso llevó a la invasión y ocupación del Sur del Líbano, con el resultado de más de 17 mil palestinos muertos, y a la masacre terrorista de unas 3 mil familias de refugiados palestinos de los campamentos de Shabra y Shatila. El vacío político dejado por la derrota de las facciones moderadas de la resistencia palestina en el Líbano, fue ocupado por los sectores extremistas que capitalizaron la furia y la desesperación de la población. Así fueron estimuladas las tendencias más extremas del islamismo entre las fuerzas de resistencia palestina contra la ocupación colonial de su país, como Hamas y las guerrillas de Hezbollah. De allí proviene el terrible círculo de intercambio terrorista entre Israel, que después de 1967 es el ocupante colonial de las tierras palestinas, y la resistencia palestina.

EEUU ha sostenido y equipado todas las dictaduras militares de Pakistán, para reprimir y derrotar a los movimientos democráticos, formados por laicos y por musulmanes moderados, que buscaban la democratización social y cultural del país. Los corruptos y brutales grupos dominantes se aliaron a EEUU, como en América Latina, y fueron apoyados porque los demócratas eran, por supuesto, antimperialistas. Del mismo modo, EEUU apoya sin reservas la dominación teocrática, antidemocrática, y en ese sentido preciso antimoderna, en Arabia Saudita, donde la vida de la población y de las mujeres en especial no es, en términos de libertades y derechos democráticos, nada diferente que en Afganistán actual bajo los Talibanes.

Cuando en los 70s. fue derrocado el rey de Afganistan, su monarquía absoluta y sus señores terratenientes, y reemplazado por un regimen pro-soviético que comenzó un proceso de reformas sociales, en especial la distribución de la tierra, la expansión de la educación, la liberalización de la situación de las mujeres, Estados Unidos apoyó y armó, a través de Pakistan, la resistencia contra ese regimen. Cuando Rusia invadió Afganistan para proteger al regimen de Babrak Kamal, Estados Unidos organizó, a través de la CIA y del ISI (Servicio Nacional de Inteligencia) de Pakistan, una operación para llevar a Afganistan, entre 1982 y 1992, decenas de miles de musulmanes extremistas, llamados talibanes o estudiantes religiosos, reclutados en diversos países, y educados en Pakistan, para la guerra contra la Unión Soviética.

Los talibanes eran los estudiantes de las más de 2000 escuelas religiosas (madrassas) que fueron organizadas en Pakistan, con la financiación de Arabia Saudita, donde niños y adolescentes campesinos y pobres de varios países musulmanes fueron educados en una versión retrógrada y primitiva del islamismo, y en el odio a los Chiitas (rama del Islam opuesto a los Sunitas que dominan Arabia Saudita y los Emiratos del área) y al laicismo o "materialismo" de los rusos "soviéticos". Fueron formados de ese modo más de 200 mil talibanes. Pocos de ellos son afganos. Son provenientes de muchos países musulmanes. Pero no sólo recibieron esa retrógrada educación ideológica, sino que fueron entrenados militarmente y en técnicas terroristas bajo la dirección de la CIA, y equipados con armamento proveniente de Estados Unidos. Usama Bin Laden, heredero de una de las más ricas familias de Arabia Saudita, ingeniero de construcción, se dice que especializado en demolición de edificios, y a quien EEUU sindicó hoy como el principal sospechoso de dirigir a los terroristas que atacaron Nueva York y Washington, es uno de los principales jefes entrenados por la CIA en las perversas técnicas del terrorismo, contra los rusos. Cría cuervos.....

En gran medida, ese trabajo sucio de Estados Unidos fue financiado con el tráfico de drogas, provenientes del Triángulo Dorado (Tailandia, Birmania, Laos) a lo largo del Creciente Dorado (Pakistan, Afganistan) y del tráfico de armas. Y desde que los talibanes tomaron el poder, según el United Nations Drug Control Program (UNDCP), Afganistan produjo 4,600 TN cúbicas de opio. El doble que antes. No se podría decir, contra ese trasfondo, que la CIA y las demás agencias de inteligencia local e internacional, fueran ajenas a tales fuentes de financiamiento de esa "guerra santa" contra los rusos.

Cuando los talibanes se apoderaban de Afganistan, violando todos los derechos humanos, Reagan los llamaba "luchadores por la libertad" y les proporcionó el equipo militar necesario, que entre 1985 y 1987, llegaba a unas 65 mil toneladas anuales. Y cuando finalmente los talibanes impusieron en el país una dictadura teocrática ferozmente represiva, Estados Unidos nunca los criticó, ni recogió las críticas contra sus continuas violaciones de los derechos de las personas, sus execrables abusos contra las mujeres y contra todo rastro de libertad de conciencia y de expresión. El empobrecimiento material de la población afgana, después de más de 20 años de guerra continuada, hasta hoy tampoco ha sido, por supuesto, una preocupación de "occidente".

De idéntica manera, Estados Unidos sostuvo durante 16 años la feroz y retrógrada dictadura de Jaffar Numeiry en Sudan. La reacción popular a la destrucción del país llevó al poder, por breve tiempo, a un movimiento democrático al que Estados Unidos ayudó a derrocar por un golpe militar que reprimió a los nacionalistas democráticos. Finalmente se impuso la actual dictadura de retrógrados militares islamistas integristas.

En rigor, pues, en el "Medio Oriente" los actuales rasgos no democráticos, el dominio teocrático, las retrógradas relaciones de género, la ex-

tensión del "fundamentalismo" religioso, hoy son, ante todo, el resultado del colonialismo europeo y del imperialismo euro-estadounidense, de su alianza con los grupos e intereses sociales más antidemocráticos y con los regímenes más autoritarios y represivos, de su continuado terrorismo de estado contra los movimientos de rebelión y del apoyo militar y político al terrorismo de estado en que se apoya la ocupación colonial de territorio palestino, conquistado en la guerra de 1967 y mantenido en contra de todos los acuerdos de las NNUU. El autoritarismo político, la imposición de relaciones sociales verticales entre los géneros y los grupos sociales, con el fundamento y la justificación de ideologías religiosas extremadamente rígidas, han sido todo el tiempo instrumentos y aliados del imperialismo euro-estadounidense, interesado ante todo en el control de los ricos recursos petroleros del Golfo Pérsico. El costo bajísimo del petróleo por el control de una mano de obra casi gratuita, como en casi todo el mundo dominado, ha sido uno de los pilares de la industrialización de "occidente".

LA AMNESIA HISTORICA DE LA "GUERRA DE LAS CIVILIZACIONES"

No hay, pues, como dejar de ver que esa tesis se basa en una deliberada amnesia histórica. Pide el olvido de las cruzadas, del colonialismo europeo, genocida y feroz como el de los ibéricos en América Latina, como el de los ingleses en la India o en Irlanda; el de los belgas en el Congo, Ruanda y Burundi, el de Estados Unidos en Filipinas, la esclavitud y del genocidio de millones de "negros". Requiere el olvido del vicioso y masivo terrorismo francés en Argelia y del estadounidense en Viet-Nam; del apoyo de Estados Unidos al genocidio de más de medio millón de gentes en Indonesia y a la represiva, sangrienta y corrupta satrapía de Suharto y sus militares por más de 30 años; del apoyo de Estados Unidos al genocidio racista y a la dictadura en Guatemala; a la bestialidad de las torturas en Argentina, en Chile y Perú; el ol-

vido del asalto de Reagan a Granada, y de Bush (padre) a Panamá; de los bombardeos de Irak, de Sudan, de Kosovo. Demanda el olvido del masivo terrorismo israelita en la conquista de Palestina; del cotidiano abuso en la ocupación colonial de territorios y habitantes palestinos desde 1967, con su espeluznante círculo de desesperado terrorismo palestino y de represión terrorista del estado de Israel; del apoyo de Estados Unidos a las masacres de refugiados palestinos en Shabra y Shatila y en el Líbano; de la ferocidad del colonialismo racista en Africa del Sur, con su secuela de apartheid en Sudafrica. Implica el olvido del imperialismo, en fin, de la "globalización" dominada por el capital financiero en su versión más predatoria en toda la historia del capitalismo y que, entre otras cosas, lleva al despojo de recursos de sobrevivencia al 80% de la población mundial, sobre todo la que puebla Asia, Africa, el Medio Oriente, América Latina.

Las tesis de la "guerra de las civilizaciones" no tienen, como puede ser notado, mucho sustento histórico. Llevan, más bien, a escamotear la experiencia colonialista e imperialista euro-norteamericana durante 500 años, como una de las fuentes centrales de donde surte la hostilidad y la resistencia de sus víctimas, incluso el odio hacia este "occidente cristiano", al que ven, no sorprendentemente según todas sus experiencias, como el enemigo real de los pueblos de todo el mundo. En lugar del colonialismo y del imperialismo capitalistas, procuran instalar en el imaginario de la gente, incluso de las víctimas, una entidad suficientemente vaga y equívoca como para que pueda ser asociada a las necesidades concretas del Bloque Imperial Global y de su EstadoHegemónico, Estados Unidos, en cada coyuntura específica.

LA RESPUESTA BUSH AL TERRORISMO: ¿LA RECOLONIZACION GLOBAL DEL MUNDO?

Es, precisamente, por su vaguedad y su equivocidad que después de los

trágicos ataques terroristas en Nueva York y en Washington, aquellas tésis han emergido como un poderoso instrumento ideológico blandido desde el gobierno y los medios de comunicación masiva de Estados Unidos. En verdad, se han convertido en las tésis virtualmente oficiales del Estado Hegemónico del Bloque Imperial Global, para explicar esos hechos y para justificar sus propias decisiones imperiales.

Sin esa perspectiva no se podría entender el sentido del discurso de Bush, ni de la sistemática prédica de los publicistas del establishment "occidental y cristiano". En efecto, en su discurso ante el Congreso de EEUU, pocos días después del otro fatídico 11 de Setiembre (el primero fue, como varios lo han recordado, el del Golpe Militar de Pinochet, en 1973, en Chile), Bush ha proclamado que esos son actos de guerra y no solamente contra EEUU, sino contra el conjunto de la civilización occidental y cristiana. Y que, en consecuencia, todos los países integrantes de dicha civilización deben responder juntos, bajo el comando de Estados Unidos, haciendo la guerra a ese enemigo. Pero, puesto que no se sabe, hasta la fecha, quienes, además de los atacantes suicidas, son responsables por esa guerra terrorista, la idea implicada es que todos los demás países y pueblos son esa "otra civilización", la del terrorismo, enemiga de la modernidad y de la democracia. De allí su perentoria exigencia: "Cualquier nación, en cualquier lugar, tiene ahora que tomar una decisión: o están con nosotros o están con el terrorismo". Y su afirmación fundamentalista de que esta es una guerra entre el bien (ergo, pues, la civilización occidental y cristiana) y el mal (todas las demás) "y sabemos que Dios no es neutral". De allí también su reiterada calificación de cruzada a esa guerra.

Ese es también el sentido de la caracterización que Bush atribuye a esta nueva guerra. Según él, no sólo será la primera del siglo XXI, sino tendrá un carácter nuevo, no entre estados como siempre habría sido antes, sino contra un enemigo cuya ubicación concreta es desconocida,

pero que se presume estar entre los pueblos de las otras "civilizaciones". En ese sentido sería la primera guerra global.

La primera parte de esa postura puede ser cierta, en el específico sentido de una profecía autocumplida, en este caso por su principal profeta. La segunda parte, es cierta sólo parcialmente y sobre todo en referencia a las guerras inter-europeas o inter-imperialistas. En realidad, el proceso de colonización del mundo fue una larga y continuada guerra global, literalmente, y es verdad que sus principales antagonistas no fueron los estados, sino los pueblos "de color".

Bush acaba de anunciar, además, que está iniciando una guerra "infinita", es decir, muy prolongada y que sería llevada a cabo en muchas partes del mundo - notablemente del mismo que antes fue colonizado - no contra los estados, sino contra "terroristas" que nadie logra aún identificar, ni acusa, ni lleva a los tribunales nacionales de cada país respectivo, ni a los tribunales inter-nacionales. Esto es, la guerra se llevaría a cabo en esos países, no contra, pero independientemente de sus respectivos estados. Para eso será utilizada "cualquier arma de guerra que sea necesaria". Incluidas, por lo tanto, las armas nucleares y las químicas.

La guerra "infinita" que Bush anuncia implica, por lo tanto, cuestiones terriblemente serias: 1) el desconocimiento y el avasallamiento de la jurisdicción legal de los estados sobre sus respectivos territorios y poblaciones. O, en otros términos, de la "soberanía" de los estados. 2) en ese caso, el control directo de tales territorios y poblaciones por Estados Unidos, solo o con sus asociados y sus agentes locales, 3) si la voluntad de Estados Unidos y de su Bloque Imperial, no es acatado, la amenaza de fuerza incluye las armas nucleares y las químicas; 4) puesto que es una guerra entre el bien y el mal y "dios no es neutral", la libertad de conciencia y de creencia, la correlativa libertad de expresión y de organización, conquistas mayores de la modernidad y de la democracia, están bajo inmediata amenaza.

Por donde se le perciba, la respuesta al feroz, pero sofisticado y moderno terrorismo que se abatió sobre EEUU, sería un terrorismo de Estado aún más monstruoso, tecnológicamente más sofisticado, usando "todas las armas de guerra", y amenazando abatirse sobre muchos pueblos del mundo durante un largo período. Si esa trayectoria llegara a ser cumplida, la sombra que se cierne sobre el mundo tiene todas los elementos de un proyecto de re-colonización del mundo que no constituye el "centro" del actual patrón de poder. Es decir, de las poblaciones en su abrumadora mayoría no "blancas". Bush parece, pues, emerger como el heraldo de un nuevo período de colonización del mundo.

En ese caso, se trataría en efecto de una "guerra mundial de nuevo tipo". En el período anterior de colonización, entre el fin del siglo XV y mediados del XX, el control colonial del mundo fue dividido entre las "potencias" europeas, principalmente, y secundaria y tardíamente con Japón. En el nuevo período que se anuncia se trataría de una colonización global del mundo, es decir, específicamente, bajo el control global del Bloque Imperial Global (los 8 "grandes"), articulado, si no exactamente unificado, bajo la dirección del Estado Imperial Hegemónico, Estados Unidos.

El proceso llamado "globalización" ya ha llevado bastante lejos la configuración de una suerte de gobierno mundial invisible, que opera por medio de estados locales cuyos administradores han terminado consintiendo la pérdida real de su capacidad jurisdiccional o "soberanía" (como es, por ejemplo, el caso del Perú desde 1992) y busca continuamente someter a los demás. La "guerra mundial de nuevo tipo" permitiría culminar ese ya avanzado proceso.

No se trata, no puede tratarse, sólo o exclusivamente del control de la autoridad mundial, puesto que la dominación opera sobre todo como eje y punto de partida del control y de la explotación del trabajo, de sus recursos de producción y de sus productos. A ese respecto, por ejem-

plo Ana Esther Ceceña (El Encanto de Afganistan, en AMERICA LATINA EN MOVIMIENTO, Setiembre 2001, ALAI, Quito, Ecuador) ha reclamado atender a lo que implica la ocupación directa o indirecta de un área tan estratégicamente ubicada en el corazón mismo del Asia Central, como Afganistan.

La ocupación directa, más probablemente indirecta, de Afganistan, podría proporcionar a Estados Unidos, sobre todo, pero a todo el Bloque Imperial Global, el control de una región donde se ubica el 75% de las reservas petroleras mundiales, grandes yacimientos de uranio, gas natural, y diversos minerales de gran valor en el mercado mundial. Pero también algo históricamente quizá más importante, el control del destino de todo el Medio Oriente, de los territorios y poblaciones de las repúblicas ex-soviéticas, y, de esa manera, maniobrar contra el desarrollo de China, Rusia e India, potenciales rivales hegemónicos de Estados Unidos y del actual Bloque Imperial Global.

En conjunto, si este derrotero trazado por Bush se lleva a cabo, como probablemente ocurra, se abriría un período en el cual no sólo serán aceleradas y profundizadas aún más las tendencias actuales del capitalismo, la creciente reconcentración del control del trabajo y de la riqueza, sino en particular el control de la autoridad pública mundial. Y en ese caso, la hegemonía de Estados Unidos en el Bloque Imperial se haría más decisivo que ahora, casi una verificación de las hoy controversiales tesis de Hart-Negri (Michael Hart y Tony Negri: EMPIRE, Harvard University Press, 2000). Y un imperio global es, obviamente, una dictadura global.

LAS PERSPECTIVAS Y LAS OPCIONES

En el corto plazo, las perspectivas son todas sombrías. Para que no lo fueran, habría que esperar que los dos fundamentalismos que ahora se enfrentan se persuadieran o fueran persuadidos de sus fundamentales

errores de conocimiento. Pero es obvio que no es el conocimiento, sino el interés y el poder lo que están en juego. Y este específico juego de la especie, nunca fue practicado sino con violencia.

Lo más sombrío de todo es que ninguno de los contendientes puede realmente lograr su objetivo formal y sólo conseguirán empeorar las condiciones ya muy difíciles de existencia que la mayoría de la población mundial enfrenta cada día. Estados Unidos y Bush no podrían eliminar, por medio de su "guerra infinita" y "global", las raíces del otro terrorismo. El terrorismo de estado produce siempre, inevitablemente, más tarde o más temprano, reacciones terroristas de las víctimas. Y ni Bush ni sus aliados, van a cambiar radicalmente el curso de su política, ni sacrificar los intereses que representan y que defienden, como sería necesario para que el terrorismo internacional contra los países imperiales fuera erradicado. Y, de su lado, los terroristas como los que descargaron su furiosa tecnología contra las Torres Gemelas y el Pentágono, tampoco conseguirían forzar a los poderes imperiales por esos medios. Lo que han conseguido es que a las víctimas de Nueva York y de Washington se sumarán, quizá, los cientos de miles entre las poblaciones de las otras "civilizaciones" que serán aplastados y victimizados bajo el terrorismo de estado que Bush comienza a desencadenar. Las víctimas son siempre los pueblos y los más dominados y pobres entre ellos, como en cada una de las ocasiones recientes en que se descargó el terrorismo de estado, en Irak, en Sudan, en Kosovo, en Chechnia. Lo que asoma en el horizonte parece ser una período de conflictos sangrientos en muchas partes del mundo, y de sufrimientos aún mayores que los de hoy para los pueblos de las regiones empobrecidas y dominadas.

No es que no hayan opciones más "civilizadas". Los Estados Unidos y el conjunto del Bloque Imperial Global, tienen en sus manos el control de muy poderosos instrumentos para cambiar el curso de esta avalan-

cha: la reducción o condonación de la deuda externa, la distribución mundial del control de recursos de producción, de productos, de ingresos, de acceso a bienes, al control de la identidad, de la autoridad pública. O la inversión en la investigación y control de la contaminación del planeta, de las enfermedades, por lo menos de las que son absolutamente mortales, como el SIDA, o los virus como el Ebola, etc. Pero los imperativos del capitalismo son más poderosos. Y los poderosos nunca han hecho nada en favor de los dominados, en ningún lugar, en ningún momento de la historia, si no son forzados a ello. El terrorismo, sin excepción conocida, nunca sirvió para eso.

La movilización mundial para forzar a los dominadores a modificar el curso de esas tendencias, ya ha comenzado. Pero es aún muy dispersa, aunque muy activa, y no tiene aún la claridad básica acerca de sus objetivos específicos, como para convertirse en el corto plazo en una fuerza organizada real, con capacidad para condicionar, hoy, las acciones de los dominantes. Y las confusiones y las decepciones han sido muchas y muy fuertes. No será corto el tiempo en que podamos dejar atrás las marcas de la derrota más profunda y más global de la historia de nuestras luchas.

Empero, todo eso hace, en cambio, razonablemente claras las finalidades y el curso de las acciones inmediatas contra los dos terrorismos, porque son los mismos que contra la dominación y la explotación. Aquí, quiero apuntar solamente a las dos que me parecen las decisivas: 1) La ofensiva del terrorismo de estado no sólo va a dirigirse militar, financiera y políticamente contra los pueblos acusados, con o sin razón, de ser responsables. Por medio de una campaña insistente de sus medios masivos de comunicación, ya ha comenzado a socavar el camino recorrido por la crítica de la racionalidad eurocéntrica y uno de los instrumentos de esa ofensiva será, con toda seguridad, el control de la subjetividad, del imaginario y del conocimiento. Este es un terreno



central de la batalla que ha comenzado. El desarrollo de la crítica del eurocentrismo, el apoyo al desarrollo del nuevo imaginario anticapitalista, la sistematización de una nueva racionalidad no eurocéntrica, para que el poder y sus fundamentos puedan ser des-ocultados a los ojos de sus víctimas y de sus aliados, son ahora una finalidad y una tarea más imperiosas y más urgentes que antes

El horizonte y el eje de este nuevo recorrido ya no son inexistentes, ni invisibles. Hay, sin duda alguna, un nuevo imaginario anticapitalista cuyo núcleo es la idea de que la democracia es la condición de la revolución de la sociedad, el eje de la trayectoria de producción democrática de otra sociedad.

No su resultado, sino la condición misma de toda alternativa que lleve a la desintegración del poder. Por lo tanto, el estado se plantea como una de las arenas de la lucha inmediata de los trabajadores, pero ya no más como su punto de llegada, mucho menos como eje de control del proceso de producción de una sociedad libre.

2) También está activo un nuevo imaginario y nuevas prácticas de organización y de lucha contra este poder. Su rasgo específico es el rechazo a toda forma de verticalización y burocratización de los movimientos y de las organizaciones y a toda forma de centralización llamada orgánica, jeraquizada y burocratizada. Se plantea, por eso, como desarrollo de formas de coordinación, de intercomunicación, de articulación y movilización conjunta de núcleos, grupos, colectivos, redes, de todas las gentes víctimas y enemigas del patrón de poder actual. No se trata de una preferencia, sino de una práctica en pleno crecimiento por todas partes. El Foro Social Mundial de Porto Alegre fue uno de sus momentos más eficaces de manifestación mundial de esas nuevas prácticas y tendencias de articulación y de coordinación de diversos y heterogéneos movimientos. Y es su desarrollo lo que abre el

camino al control parcial o total de ámbitos concretos de la existencia social, donde el intercambio de fuerza de trabajo y de trabajo sin pasar por el mercado, la formación de núcleos de autoridad comunal o tendida hacia ella, ya son instrumentos indispensables de sobrevivencia. Su desarrollo consciente es la otra cara de las finalidades y tareas inscritas en el horizonte nuevo que está en plena constitución.

Más allá de esas trayectorias, todas las acciones colectivas, locales y globales que expresen el rechazo a los dos terrorismos, del de los estados y el de sus víctimas, son indispensables. Pero serían posiblemente más eficaces, incluso en el corto plazo, si son ya parte de la lucha contra el poder del capitalismo, en todas partes.

Lima, Setiembre del 2001

2

LA SITUACION POLITICA DE LOS ESTADOS UNIDOS Y LOS ATENTADOS DEL 11 DE SEPTIEMBRE



LA SITUACION
 POLITICA DE LOS
 ESTADOS UNIDOS Y LOS
 ATENTADOS DEL
 11 DE SEPTIEMBRE

Estados Unidos no está en condiciones de gobernar el mundo

Eric J. Hobsbawn

El historiador Eric J. Hobsbawn sostiene que los atentados inauguraron una etapa de inestabilidad. Y que la reacción de EE.UU. puede derivar en una guerra. Una acción militar no soluciona el problema del terrorismo.

ANTONIO POLITO (La República)

"Tal vez sea el inicio del siglo XXI, en el sentido de que se trata del primer acontecimiento global que ocupa la primera plana en todo el mundo. Sin embargo, no se trata de una guerra. Es un atentado terrible y moderno que inaugura una etapa de inestabilidad similar a la que convulsionó Europa con la serie de atentados contra los reyes de fines del siglo XIX. Es la reacción de los EE.UU. lo que puede transformarlo en una guerra. Pero, ¿contra quién? Ese es el problema", dice Eric Hobsbawn. Todos saben que Hobsbawn nunca renegó de sus ideales políticos comunistas. Pero pocos conocen la intensidad del vínculo personal que lo une a EE.UU., un país que le abrió las puertas de su universidad cuando en la URSS sus trabajos no se publicaban porque no eran ortodoxos.

"Es evidente que hay que dar una respuesta, un acto, una acción. Sería absurdo que no fuera así. Pero me temo que una solución militar al problema del terrorismo no sea eficaz o que sólo resulte útil para aplacar la opinión pública interna. El enemigo que golpeó Nueva York es un grupo de cien hombres, algunos de los cuales vivían desde hace años en los Estados Unidos y Canadá. Creo que un operativo policial internacional, de inteligencia, que aproveche la información de que dispo-

nen los servicios secretos franceses y rusos, podría resultar más eficaz. Hace falta una respuesta colectiva, de todos los Estados que se ven amenazados. Esto vale también para los chinos y los rusos. Hasta Fidel Castro tiene que temer".

—¿Cuál es, en su opinión, el objetivo político de estos actos?

—Yo no pienso que los terroristas crean que pueden destruir el poder norteamericano. Pero saben que pueden desestabilizar una situación política más vasta y que ya es muy tensa. Yo creo que el verdadero objetivo es derribar a los gobiernos moderados del Golfo, sobre todo los de Arabia Saudí y los Emiratos. Los terroristas son la clase dirigente alternativa que se propone conquistar el poder en la región del petróleo. En ese sentido, sus actos pueden constituir una anticipación de las guerras del siglo XXI. Es posible que tengan lugar revoluciones y golpes de Estado en Oriente Medio, en el grupo de países árabes cuyos gobiernos no gozan de ningún tipo de apoyo popular, tal vez a excepción de Irán. Creo que eso es lo más probable. Por ejemplo, pienso que el epicentro más peligroso de esta crisis estará en Pakistán: si los EE.UU. presionan mucho para que se envíen tropas a Islamabad, no es de descartar que pueda producirse un golpe militar en ese país por parte del ala fundamentalista del ejército y con apoyo popular.

—¿Qué fue lo que más lo impresionó y lo preocupó del martes 11 de setiembre?

—Además de la angustia humana por la suerte de tantos inocentes, me preocupó la vulnerabilidad de la superpotencia norteamericana. Vamos a hablar con toda claridad: durante muchas horas, los EE.UU. estuvieron sin gobierno. Eso es consecuencia de la globalización. La misma estructura y el ritmo actual de la producción capitalista dependen por completo de que haya un flujo ininterrumpido de comunicaciones y transporte. Me temo que el cierre del espacio aéreo de EE.UU. tendrá

su efecto en la economía global, un efecto más grave que los atentados.

—¿Esto cambia el papel de EE.UU.?

—Para mí ya era evidente, y ya había dicho que el siglo XXI se caracterizaría por dos novedades. En primer lugar, la superpotencia norteamericana, la única potencia del planeta, no está en condiciones de controlar y gobernar el mundo. En segundo término, las guerras del siglo XXI ya no serán sólo entre Estados, sino entre Estados y organizaciones no estatales, pero lo suficientemente ricas y fuertes. Un ejército como el IRA pudo tener en jaque durante treinta años a la potencia británica: no pudo vencer, pero no fue derrotado. El narcotráfico puede enfrentar a los Estados que las combaten. Lo mismo puede pasar con este nuevo terrorismo.

—¿Qué piensa de la tesis de que el terrorismo es hijo de la pobreza?

—No cabe duda de que la destrucción de los símbolos de la riqueza y el poder de los EE.UU. puede considerarse una venganza de los pobres del mundo contra los ricos. Pero los grupos ante los que nos encontramos no están compuestos ni dirigidos por pobres. Los terroristas proceden de familias bastante prósperas, a menudo estudiaron en la Universidad y pueden manejar un avión. También ellos son hijos de la globalización, gracias a la cual se trasladan sin problemas de Yemen a Florida. Eso los hace más peligrosos, y hace que nosotros nos sintamos más inseguros.

(Clarín, miércoles 19 de setiembre de 2001)

¡Cuidado! ¡Estados Unidos podría prevalecer!

Immanuel Wallerstein

" que puede huir y esconderse Si (Bin Laden) cree de Estados Unidos y nuestros aliados, está en un lastimero error. Nosotros prevaleceremos."

George W. Bush

Existe un viejo refrán de la sabiduría popular que dice: "Ten cuidado con lo que deseas, porque podría cumplírsete". Tengo muy pocas dudas de que Estados Unidos pueda bombardear Afganistán, probablemente derrocar al régimen talibán y posiblemente matar a Bin Laden. Estados Unidos podría prevalecer. ¿Y luego qué?

Ya prevalecimos en una ocasión anterior, en Afganistán. En 1980, el país tenía un gobierno comunista. El gobierno estadounidense estaba descontento con esto y buscó derrocarlo. Se triunfó. ¿El resultado? Estados Unidos se ganó a los talibán y a Bin Laden, cuya organización está construida sobre el cimiento de veteranos entrenados por la CIA y de la lucha anticomunista en Afganistán.

En ese tiempo había también gobiernos comunistas en Bulgaria y en Laos. Washington no trató de derribarlos. Hoy Bulgaria tiene un gobierno poscomunista con el hijo del antiguo rey como primer ministro. No es un escenario improbable para Afganistán. Pero en Afganistán, Estados Unidos insistió en prevalecer.

¿Cómo va a prevalecer ahora? Una combinación de poderío militar y apoyo de otras naciones. Estados Unidos ya anunció que insistirá en que todos los países de Oriente Medio y del mundo islámico elijan bandos y apoyen incondicionalmente a Washington. Aparentemente Pakistán ya aceptó esto. La política estadounidense en la región se ha

basado en un virtual apoyo internacional hacia Israel. Pero está igualmente basado en apuntalar a las torres gemelas de la fuerza estadounidense en el mundo islámico: los regímenes de Arabia Saudita y Pakistán.

Estos últimos tienen distintas políticas, distintas ubicaciones e historias diferentes. Pero comparten dos características: son poderosos, tienen influencia sobre toda la región y han servido extremadamente bien a los intereses estadounidenses durante las décadas pasadas.

Además, los regímenes de ambas naciones se basan en una coalición de apoyo por parte de elites en favor de la modernización pro occidental, y por otro lado, en un sistema extremadamente conservador fundado sobre bases islámicas populares. Los regímenes han mantenido su estabilidad porque han sido capaces de hacer malabares con esta combinación. Han podido hacerlo debido a la ambivalencia en sus políticas y sus anuncios públicos.

El gobierno estadounidense está diciendo ahora que basta de ambigüedades. Estados Unidos, sin duda, puede prevalecer. Pero en el proceso, los regímenes de Arabia Saudita y Pakistán pueden encontrarse con el hecho de que su base popular está irremediabilmente erosionada. Pueden colapsarse al igual que las Torres Gemelas de Nueva York. Y de ser así, como ocurrió con las Torres Gemelas, al caer tumbarán también otros edificios más pequeños y debilitarán los cimientos de otras construcciones.

Washington podría lamentar el día que Assad, Gadafi, Arafat, e incluso Saddam Hussein ya no estén en el poder. Sus sucesores podrían ser antiestadounidenses más feroces, porque a diferencia de esos personajes, ya no compartirán valores modernistas con Estados Unidos. Consideren que esto bien pudo ser el plan de Bin Laden. Su propia misión suicida pudo haber tenido el objetivo de llevar a Estados Unidos hacia esta trampa.

Seguimos en el fin de la historia

FRANCIS FUKUYAMA

Francis Fukuyama es catedrático de Economía Política Internacional en la Johns Hopkins School of Advanced International Studies; autor del libro El fin de la historia y el último hombre. © The Wall Street Journal.

Una serie de analistas han afirmado que la tragedia del 11 de septiembre demuestra que yo estaba absolutamente equivocado cuando dije, hace más de una década, que habíamos llegado al fin de la historia. El coro comenzó casi inmediatamente, con George Will, que afirmó que la historia había vuelto de sus vacaciones, y Fareed Zakaria, que declaró el fin del fin de la historia.

A primera vista resulta absurdo, e insultante para la memoria de aquellos que murieron el 11 de septiembre, declarar que este ataque sin precedentes no alcance el nivel de hecho histórico. Pero la forma en que yo utilicé la palabra historia, o, mejor dicho, Historia, era distinta: se refería al avance de la humanidad a lo largo de los siglos hacia la modernidad, caracterizada por instituciones como la democracia liberal y el capitalismo.

Mi observación, hecha en 1989, en la víspera de la caída del comunismo, era que este proceso de evolución parecía estar llevando a zonas cada vez más amplias de la Tierra hacia la modernidad. Y que si mirábamos más allá de la democracia y los mercados liberales, no había nada hacia lo que podíamos aspirar a avanzar; de ahí el final de la historia. Aunque había zonas retrógradas que se resistían a este proceso, era difícil encontrar un tipo de civilización alternativa que fuera viable en la que la gente quisiera de verdad vivir, tras haber quedado desacredi-

tados el socialismo, la monarquía, el fascismo y otros tipos autoritarios de gobierno.

Este punto de vista ha sido discutido por mucha gente, y quizá el más coherente haya sido Samuel Huntington. Él alegó que, más que avanzar hacia un único sistema global, el mundo permanecería enfangado en un 'choque de civilizaciones', donde seis o siete grandes grupos culturales coexistirían sin converger y constituirían las nuevas líneas de fractura del conflicto global. Dado que el ataque perpetrado con éxito contra el centro del capitalismo mundial se debió evidentemente a extremistas islámicos contrarios a la existencia misma de la civilización occidental, los observadores han estado colocando mi hipótesis sobre 'el fin de la historia' en una situación de enorme inferioridad con respecto al 'choque' de Huntington.

Yo creo que en el fondo sigo teniendo razón. La modernidad es un poderoso tren de mercancías que no descarrilará por los acontecimientos recientes, por muy dolorosos y sin precedentes que hayan sido. La democracia y los mercados libres seguirán expandiéndose a lo largo del tiempo como los principios dominantes de la organización en gran parte del mundo. Pero merece la pena pensar en el auténtico alcance del desafío actual.

Siempre he creído que la modernidad tiene una base cultural. La democracia liberal y el libre mercado no funcionan en todo tiempo y en todo lugar. Donde mejor funcionan es en sociedades con ciertos valores cuyos orígenes pueden no ser enteramente racionales. No es casualidad que la democracia liberal moderna surgiera primero en el Occidente cristiano, dado que la universalidad de los derechos democráticos se puede interpretar muchas veces como una forma secular de la universalidad cristiana.

La cuestión principal planteada por Samuel Huntington es si las instituciones de la modernidad, como la democracia liberal y el libre mercado, funcionarán sólo en Occidente o si su atractivo es lo suficientemente amplio como para permitirles abrirse camino en las sociedades no occidentales. Yo creo que es así. La prueba está en los avances que han experimentado la democracia y el libre mercado en regiones como Asia oriental, Latinoamérica, la Europa ortodoxa, el sur de Asia e incluso África. La prueba está también en los millones de inmigrantes del Tercer Mundo que todos los años votan con sus pies por vivir en las sociedades occidentales y que acaban por asimilar los valores de Occidente. El flujo de personas que se mueve en dirección contraria, y el número de los que quieren hacer saltar por los aires a Occidente hasta donde puedan, es, en comparación, insignificante.

Pero parece que hay algo en el Islam, o por lo menos en las versiones fundamentalistas del Islam, que ha predominado en los últimos años, y que hace que las sociedades musulmanas sean especialmente resistentes a la modernidad. De todos los sistemas culturales contemporáneos, el mundo islámico es el que tiene menos democracias (sólo Turquía) y no incluye ningún país que haya hecho la transición del Tercer al Primer Mundo a la manera de Corea del Sur o Singapur.

Hay muchos pueblos no occidentales que prefieren el componente económico y tecnológico de la modernidad y esperan conseguirlo sin tener que aceptar igualmente la política democrática o los valores culturales de Occidente (por ejemplo, China y Singapur). Hay otros a los que les gusta tanto la versión política como la económica de la modernidad, pero simplemente no dan con la forma de alcanzarlas (Rusia es un ejemplo). Para ellos, la transición a la modernidad al estilo occidental puede ser larga y dolorosa. Pero no hay ninguna barrera cultural insuperable que pueda evitar que finalmente lleguen allí, y ellos constituyen las cuatro quintas partes de la población mundial.

El Islam, en cambio, es el único sistema cultural que parece producir con regularidad gente que, como Osama Bin Laden o los talibanes, rechaza la modernidad de pies a cabeza. Esto suscita la pregunta de hasta qué punto son representativas estas personas de la gran comunidad musulmana, y si su rechazo es de alguna forma inherente al Islam. Porque si aquellos que la rechazan son algo más que marginales lunáticos, entonces Huntington tiene razón y vamos hacia un conflicto prolongado que se hace peligroso en virtud de su capacitación tecnológica.

La respuesta que los políticos de Oriente y Occidente han venido dando desde el 11 de septiembre es que los que simpatizan con los terroristas son una 'pequeña minoría' de musulmanes, y que la inmensa mayoría está sobrecogida por lo que ha sucedido. Es importante para ellos decir esto para evitar que los musulmanes como grupo se conviertan en blancos del odio. El problema es que el odio y el disgusto por Estados Unidos y lo que representa están mucho más extendidos que todo eso. Está claro que el grupo de personas dispuestas a ir en misiones suicidas y a conspirar activamente contra Estados Unidos es pequeño. Pero la simpatía hacia ellas se pudo manifestar en un primer sentimiento de alegría maligna ante la visión de las torres que se desmoronaban, un sentimiento inmediato de satisfacción al ver que Estados Unidos tenía lo que se había merecido, seguidos después, y sólo después, por unas manifestaciones de desaprobación puramente formales. Si medimos por este rasero, la simpatía por los terroristas es una característica de mucho más que una 'pequeña minoría' de musulmanes, y se extiende desde las clases medias de países como Egipto hasta los que emigran a Occidente.

Esta aversión y odio más amplios parecen representar algo más profundo que una mera oposición a las políticas estadounidenses como el apoyo a Israel o el embargo contra Irak, e incluir un odio por la sociedad subyacente. Después de todo, hay mucha gente en el mundo, in-

cluso muchos estadounidenses, que están en desacuerdo con las políticas de Estados Unidos, pero eso no les lanza a paroxismos de rabia y de violencia. Ni tampoco es cuestión necesariamente de ignorancia sobre la calidad de vida en Occidente. El secuestrador suicida Mohamed Atta era un hombre culto de una familia bien de Egipto que había vivido y estudiado en Alemania y Estados Unidos durante varios años. Quizá, como han especulado muchos analistas, el odio nace de un resentimiento hacia el éxito de Occidente y el fracaso musulmán.

Pero, en lugar de psicoanalizar el mundo musulmán, tiene mucho más sentido preguntarse si el Islam radical constituye una alternativa seria a la democracia liberal occidental para los propios musulmanes. (No hace falta decir que, a diferencia del comunismo, el Islam radical no tiene prácticamente ningún atractivo en el mundo contemporáneo, excepto para aquellos que son culturalmente islámicos).

Para los propios musulmanes, el Islam político ha resultado ser mucho más atractivo en abstracto que en la realidad. Tras 23 años de gobiernos religiosos fundamentalistas, la mayoría de los iraníes, y en especial casi todos los menores de 30 años, querrían vivir en una sociedad mucho más liberal. Los afganos que han vivido bajo el régimen talibán sienten más o menos lo mismo. Todo el odio contra Estados Unidos cosechado a golpe de tambor no se traduce en un programa político viable que pueda ser seguido por las sociedades musulmanas en los años venideros.

Seguimos estando en el fin de la historia porque sólo hay un sistema de Estado que continuará dominando la política mundial, el del Occidente liberal y democrático. Esto no supone un mundo libre de conflictos, ni la desaparición de la cultura como rasgo distintivo de las sociedades. (En mi artículo original señalé que el mundo poshistórico seguiría presenciando actos terroristas y guerras de liberación nacional).

Pero la lucha que afrontamos no es el choque de varias culturas distintas y equivalentes luchando entre sí como las grandes potencias de la Europa del XIX. El choque se compone de una serie de acciones de re-guardia provenientes de sociedades cuya existencia tradicional sí está amenazada por la modernización. La fuerza de esta reacción refleja la seriedad de la amenaza. Pero el tiempo y los recursos están del lado de la modernidad, y no veo hoy en Estados Unidos ninguna falta de voluntad de prevalecer.

Discurso pronunciado por el Comandante en Jefe Fidel Castro, Presidente de los Consejos de Estado y de Gobierno, en la Tribuna Abierta de la Revolución, en conmemoración del aniversario 25 del crimen de Barbados, en la Plaza de la Revolución, el 6 de octubre del 2001.

Compatriotas:

La historia, caprichosa, transita por extraños laberintos. Hace 25 años, en esta misma plaza, despedíamos unos pocos féretros que llevaban pequeños fragmentos de restos humanos y prendas personales de algunos de los 57 cubanos, 11 guyaneses, la mayoría de ellos estudiantes becados en Cuba, y 5 funcionarios culturales coreanos, que murieron como consecuencia de un brutal e increíble acto de terrorismo. Especialmente conmovedora fue la muerte de la totalidad del equipo juvenil de esgrima, masculino y femenino, que regresaba con todas las medallas de oro disputadas en un campeonato centroamericano de esa disciplina.

Un millón de compatriotas, con lágrimas en los ojos que muchas veces bañaban sus rostros, despidieron de forma más simbólica que real a nuestros hermanos cuyos cuerpos yacían en el fondo del océano.

Nadie, salvo un grupo de personalidades e instituciones amigas, compartió nuestro dolor; no hubo conmoción en el mundo, ni graves crisis políticas, ni reuniones en la ONU, ni inminentes peligros de guerra. Pocos tal vez en el mundo comprendieron el terrible significado de

aquel hecho. ¿Qué importancia tenía destruir en pleno vuelo un avión civil cubano con 73 personas a bordo? Era como algo habitual. ¿No habían muerto ya miles de cubanos en La Coubre, el Escambray, Playa Girón y en cientos de acciones terroristas, ataques piratas u otros hechos similares? ¿Quién iba a prestar importancia a las denuncias del pequeño país? Al parecer bastaba un simple desmentido del poderoso vecino y sus medios de información, con los cuales inundaban al mundo, para olvidarse del asunto.

¿Quién podía predecir que casi exactamente 25 años después estaría a punto de iniciarse una guerra de imprevisibles consecuencias a causa de un ataque terrorista igualmente repugnante, que costaría la vida de miles de personas inocentes en Estados Unidos? Si aquella vez, como triste augurio, murieron ciudadanos inocentes de varios países, ahora perecerían seres humanos procedentes de 86 naciones.

Entonces como ahora apenas quedaron algunos despojos de las víctimas. En Barbados, ningún cadáver pudo ser rescatado; en Nueva York, sólo unos pocos y no todos identificables. En ambos casos, inmenso vacío e infinita angustia envolvió a los familiares; dolor insoportable e indignación profunda produjo en cada uno de los dos pueblos el horrible crimen. No se trataba de accidentes o fallas mecánicas o errores humanos; eran hechos intencionados, fríamente concebidos y realizados

Hubo, sin embargo, algunas diferencias entre el crimen monstruoso en Barbados y el insólito y siniestro ataque terrorista contra el pueblo norteamericano: en Estados Unidos fue obra de fanáticos dispuestos a pelear junto a sus víctimas; en Barbados, obra de mercenarios que no corrían el menor riesgo.

Aquellos evidentemente no tenían como objetivo principal matar a los pasajeros; secuestraron los aviones para atacar las Torres Gemelas y el edificio del Pentágono, sin importarles para nada la muerte de las per-

sonas inocentes que viajaban en ellos; en Barbados, el objetivo fundamental de los mercenarios era matar a los pasajeros.

En ambos casos, la angustia de los viajeros durante los minutos finales de sus vidas, en especial los de la cuarta nave secuestrada en Estados Unidos —que conocían ya lo ocurrido en Nueva York y Washington— tiene que haber sido terrible, similar a la de la tripulación y los pasajeros en el desesperado intento de la nave cubana de regresar a tierra, cuando era ya imposible alcanzar el objetivo. También en ambos se pudo apreciar valentía y determinación: en Barbados, por las voces grabadas de la tripulación cubana; en Estados Unidos, por informes llegados desde ese país sobre la actitud asumida por los pasajeros.

De los horribles hechos de Nueva York quedaron imágenes filmicas conmovedoras; de la explosión del avión de Barbados y su caída al mar no quedó ni podía quedar una sola foto; únicamente se pudo disponer de las dramáticas comunicaciones entre los tripulantes de la nave herida de muerte y la torre de control del aeropuerto de Barbados.

Por primera vez en la historia de América Latina se produjo un acto de este tipo promovido desde el exterior.

En el ámbito de nuestro hemisferio, el uso sistemático en la esfera política de tales prácticas y procedimientos crueles y terribles, se inició precisamente contra nuestro país. Fue precedido desde 1959 por otra práctica igualmente absurda e irresponsable: el secuestro y desvío de naves aéreas en pleno vuelo, un fenómeno que en el mundo prácticamente no se conocía hasta entonces.

El primer hecho de esta naturaleza fue el secuestro de un avión de pasajeros DC-3 que realizaba viaje de La Habana a la Isla de la Juventud, llevado a cabo por varios antiguos miembros de los cuerpos represivos de la tiranía batistiana, que lo desviaron de la ruta y obligaron al pilo-

to a dirigirse a Miami el 16 de abril de 1959. No habían transcurrido todavía cuatro meses del triunfo de la Revolución. El hecho quedó impune.

Entre 1959 y el 2001 un total de 51 aviones cubanos fueron secuestrados y casi sin excepción desviados hacia Estados Unidos. Muchos de esos aviones secuestrados nunca fueron devueltos al país. No pocos pilotos, custodios y otras personas fueron asesinados o heridos; varios aviones quedaron destruidos o seriamente dañados en intentos de secuestro frustrados.

La consecuencia fue que la plaga de secuestros de naves en pleno vuelo no tardó en extenderse a los propios Estados Unidos, donde por las más variadas motivaciones, en su inmensa mayoría personas desequilibradas, aventureras o delincuentes comunes, tanto de origen norteamericano como latinoamericano, comenzaron a secuestrar aviones con armas de fuego, cuchillos, cocteles molotov y con simples botellas de agua, aparentando ser gasolina, con las que amenazaban incendiar las naves.

Gracias al esmero de nuestras autoridades, no se produjo un solo accidente al aterrizar, los pasajeros recibieron siempre las debidas atenciones y fueron devueltos de inmediato a sus puntos de origen.

La mayor parte de los secuestros y desvíos de naves aéreas cubanas se produjeron entre 1959 y 1973. Ante el riesgo de que se produjera una catástrofe en Estados Unidos o en Cuba, pues incluso hubo secuestradores que, ya con el avión en su poder, amenazaron con lanzar la nave contra la planta atómica de Oak Ridge si no se accedía a determinadas exigencias, el Gobierno de Cuba tomó la iniciativa de proponer al Gobierno de Estados Unidos —presidido entonces por Richard Nixon, con William Rogers como secretario de Estado— un acuerdo para el tratamiento de los casos de secuestro de aviones y la piratería maríti-

ma. La proposición fue aceptada y se trabajó con premura en la elaboración de dicho acuerdo, que fue firmado entre los representantes de ambos gobiernos el 15 de febrero de 1973 y publicado de inmediato en la prensa de nuestro país, dándosele amplia divulgación.

En ese acuerdo, racional y bien elaborado, se establecían sanciones fuertes contra los secuestros de aviones y naves marítimas. Fue disuasivo. Desde esa fecha, el secuestro de aviones cubanos disminuyó considerablemente y durante más de 10 años sólo se registraron en nuestro país intentos baldíos.

Este ejemplar y eficiente acuerdo recibió un golpe demoledor con el brutal atentado terrorista que hizo estallar el avión cubano en pleno vuelo. El Gobierno cubano, a raíz de tan insólita agresión, y tomando en cuenta que el hecho se produjo en medio de una nueva ola terrorista contra Cuba desatada a fines de 1975, ateniéndose a las cláusulas estipuladas, denunció el acuerdo, aunque mantuvo inalterables las medidas contenidas en el mismo contra los secuestros de naves norteamericanas, entre ellas la aplicación de severas sanciones, que en virtud de dicho acuerdo se habían elevado hasta 20 años de prisión. Aun antes del acuerdo, los tribunales cubanos venían aplicando las sanciones establecidas en nuestro Código Penal contra los secuestros de aviones, aunque las mismas eran menos severas.

A pesar de la aplicación rigurosa de las sanciones, continuaban produciéndose algunos secuestros de aviones norteamericanos que eran desviados hacia nuestro país. El Gobierno de Cuba, después de advertirlo con la debida anticipación, devolvió a Estados Unidos el 18 de septiembre de 1980 a dos secuestradores y los puso a disposición de las autoridades de ese país.

En el período comprendido entre septiembre de 1968 y diciembre de

1984 aparecen registrados 71 casos de secuestros de aviones que fueron desviados a Cuba. Consta que 69 participantes en dichos secuestros fueron juzgados y sancionados a penas de privación de libertad que se movían entre 3 y 5 años; con posterioridad, a partir del acuerdo de 1973, las sanciones oscilaron entre 10 y 20 años.

Como resultado de estas medidas tomadas por Cuba, el hecho es que desde hace 17 años no se ha vuelto a producir un solo secuestro ni desvío hacia Cuba de una nave aérea norteamericana.

¿Cuál ha sido en cambio la actitud de los gobiernos de Estados Unidos? Desde 1959 hasta hoy, las autoridades norteamericanas no han sancionado a una sola de los cientos de personas que han secuestrado y desviado a ese país decenas de naves aéreas cubanas, ni siquiera a las que cometieron asesinatos para llevar a cabo el secuestro.

No se puede concebir mayor falta de elemental reciprocidad, ni mayor estímulo al secuestro de aviones y embarcaciones. Esa política inflexible, sin una sola excepción, se ha mantenido y aún se mantiene a lo largo de más de 42 años.

El constructivo acuerdo entre los gobiernos de Cuba y Estados Unidos sobre secuestros de aviones y naves marítimas, cuyos resultados se pudieron apreciar de inmediato, fue aparentemente acatado por los principales líderes de los grupos terroristas. Unos habían cooperado o participado activamente en la organización de la guerra irregular a través de bandas armadas que en determinados momentos se extendieron por las seis antiguas provincias del país. La mayoría de ellos habían sido reclutados por el Gobierno de Estados Unidos en los días de la invasión por Playa Girón, la Crisis de Octubre y los años posteriores, para participar en todo tipo de acciones violentas, de modo especial en planes de atentados y acciones terroristas que no excluían ninguna esfera

de la vida económica y social, ningún medio, ningún procedimiento, ningún arma.

Pasaron por todo tipo de instituciones, escuelas y entrenamientos, en ocasiones para entrenarlos y en otras para entretenerlos.

Acontecimientos dramáticos como el asesinato de Kennedy dieron lugar a investigaciones importantes como las realizadas por una comisión del Senado de Estados Unidos, que provocaron situaciones embarazosas y grandes escándalos, obligaron a cambios de tácticas y nunca realmente a ningún cambio de política hacia Cuba. Es por ello que tras períodos de relativo reflujo, surgían de nuevo olas de terrorismo.

Así ocurrió a fines de 1975. La Comisión Church había presentado su célebre informe sobre los planes de asesinato contra dirigentes de Cuba y otros países el 20 de noviembre de ese año. La Agencia Central de Inteligencia no podía seguir asumiendo la responsabilidad directa de los planes de atentados y acciones terroristas contra Cuba. La fórmula era sencilla: el personal terrorista más confiable y entrenado asumiría la forma de grupos independientes, que actuarían por su propia cuenta y bajo su propia responsabilidad. Surge así, de repente, una extraña organización coordinadora llamada CORU, compuesta por los principales grupos terroristas que, como norma, estaban fuertemente divididos por ambiciones de protagonismo e intereses. Se desata una ola violenta de acciones de ese carácter. Para mencionar algunas, escogidas entre los numerosos e importantes actos terroristas que tuvieron lugar en esa nueva etapa, puedo señalar que en sólo cuatro meses ocurrieron las siguientes:

Ataque de lanchas piratas procedentes de la Florida a dos barcos pesqueros, que causó la muerte de un pescador y graves daños a las embarcaciones, el 6 de abril de 1976.

Bomba colocada en la Embajada de Cuba en Portugal, que ocasiona la muerte de dos funcionarios diplomáticos, heridas graves a varios más y la destrucción total del local, el 22 de abril.

Atentado con explosivos contra la Misión de Cuba en la ONU, que ocasiona graves daños materiales, el 5 de junio.

Bomba que estalla en el vagón que cargaba los equipajes del vuelo de Cubana de Aviación en el aeropuerto de Kingston, Jamaica, momentos antes de ser subidos a bordo, el 9 de julio.

Bomba que estalla en las oficinas de la British West Indies en Barbados, que representaba los intereses de Cubana de Aviación en ese país, el 10 de julio.

Asesinato de un técnico de la pesca durante el intento de secuestro del cónsul cubano en la ciudad mexicana de Mérida, el 24 de julio.

Secuestro y desaparición de dos funcionarios de la Embajada cubana en Argentina, de los cuales no se volvió a tener noticias, el 9 de agosto.

Bomba que estalla en las oficinas de Cubana de Aviación en Panamá, que causa daños de consideración, el 18 de agosto.

Como puede observarse, una verdadera guerra. Varios ataques apuntaban a las líneas aéreas.

El New York Times y la revista U.S. News and World Report lo calificaron como nueva ola de terrorismo contra Cuba.

Los grupos que integraban el CORU —que comenzó a operar desde

los primeros meses de 1976, aunque no fue constituido formalmente hasta junio de ese año— hacían declaraciones públicas en Estados Unidos adjudicándose cada uno de los actos que realizaban. Enviaban los partes de guerra —así los calificaban— desde Costa Rica a la prensa de Miami. Uno de sus órganos publicó en el mes de agosto un artículo titulado con ese mismo nombre: "Parte de guerra", que narraba la destrucción de una Embajada cubana. Ese fue el día que no vaciló en publicar un comunicado que es clave, firmado por los cinco grupos terroristas que formaban el CORU: "Muy pronto atacaremos aeronaves en vuelo."

Para ejecutar sus golpes, los terroristas del CORU utilizaron sin dificultades como principales bases de operaciones los territorios de Estados Unidos, Puerto Rico, Nicaragua bajo el gobierno de Somoza y Chile bajo el de Pinochet.

Faltaban sólo ocho semanas para que fuese destruido en pleno vuelo el avión de Barbados con 73 personas a bordo.

Hernán Ricardo y Freddy Lugo, dos mercenarios venezolanos que colocaron la bomba en el trayecto de Trinidad-Tobago a Barbados y se bajaron del avión en este punto, volvieron a Trinidad, fueron arrestados y confesaron de inmediato su participación.

El superintendente de la Policía de Barbados declaró ante una comisión investigadora que Ricardo y Lugo confesaron que trabajaban para la CIA. Añadió que Ricardo había sacado una tarjeta de la CIA y otra donde se explicaban las reglas para el uso del explosivo plástico C-4. El 24 de octubre de 1976, el New York Times comentó que "los terroristas que lanzaron una ola de atentados en siete países, durante los dos últimos años, fueron productos e instrumentos de la CIA".

El periódico Washington Post manifestó que los contactos confirmados con la Embajada de los Estados Unidos en Venezuela "hacían dudar" de la declaración formulada el 15 de octubre por el Secretario de Estado de los Estados Unidos, Henry Kissinger, en el sentido de que "nadie relacionado con el Gobierno norteamericano había tenido que ver con el sabotaje del avión" cubano.

El corresponsal del periódico mexicano Excelsior comentó entonces desde Puerto España que "con la confesión de Hernán Ricardo Lozano, el venezolano detenido aquí en Trinidad, de su responsabilidad en el atentado contra un avión de Cubana que se estrelló frente a las costas de Barbados con 73 personas a bordo, está a punto de descubrirse una importante red terrorista anticastrista, que en alguna forma está vinculada con la CIA".

Le Monde dijo que eran públicamente conocidas las vinculaciones de la CIA con grupos terroristas de origen cubano que se movían en suelo estadounidense.

Muchos de los órganos más serios de la prensa internacional se expresaron en el mismo sentido.

Luis Posada Carriles y Orlando Bosch, autores intelectuales del crimen terrorista, vinculados a la CIA desde 1960, son arrestados y sometidos a un proceso tortuoso plagado de irregularidades, en medio de colosales presiones. La jueza venezolana Delia Estaba Moreno inició el proceso judicial contra ellos por asesinato, fabricación y uso de armas de fuego y forja y porte de documentos falsos. Su digna postura suscitó violenta reacción de la mafia política de la extrema derecha.

El general Elio García Barrios, presidente de la corte marcial, mantuvo una conducta firme y decidida, gracias a la cual ambos terroristas

tuvieron que guardar prisión durante varios años. La mafia terrorista de Miami se vengó acribillando a balazos a uno de sus hijos en 1983.

Posada es rescatado por la Fundación Nacional Cubano Americana, que envía 50 mil dólares a través de Panamá para financiar la fuga; escapa el 18 de agosto de 1985. En cuestión de horas aparece en El Salvador. Allí lo visitaron, apenas arribó, los principales líderes de la Fundación. Eran los días de la guerra sucia en Nicaragua. De inmediato comienza a realizar importantes tareas bajo la dirección de la Casa Blanca en el suministro por aire de armas y explosivos a las bandas contrarrevolucionarias en Nicaragua.

La fría cifra de 73 personas inocentes asesinadas en Barbados, no lo dice todo en cuanto al sentido y magnitud de la tragedia.

Seguramente los norteamericanos lo comprenderán mejor comparando la población de Cuba de hace 25 años con la de Estados Unidos el 11 de septiembre del 2001. La muerte de 73 personas en un avión cubano hecho estallar en el aire es lo que significaría para el pueblo de Estados Unidos que siete aviones de las líneas aéreas norteamericanas, con más de 300 pasajeros cada uno, fuesen destruidos en pleno vuelo el mismo día, a la misma hora, por una conspiración terrorista.

Si vamos un poco más lejos y tomamos en cuenta los 3.478 cubanos que han muerto durante más de 42 años por las acciones agresivas, incluidas la invasión de Playa Girón y todos los actos terroristas que ha sufrido Cuba originados en Estados Unidos, es como si en ese país hubiesen muerto 88.434 personas, una cifra casi igual al número de norteamericanos que murieron en las guerras de Corea y Viet Nam juntas. Todo cuanto aquí denuncio no está inspirado en sentimientos de odio o rencor. Comprendo que los funcionarios norteamericanos no desean ni oír hablar de estos embarazosos temas. Dicen que hay que mirar hacia delante.

Sería ciego no volver la vista para ver dónde están los errores que no deben repetirse, cuáles son las causas de grandes tragedias humanas, guerras y otras calamidades que pudieron tal vez evitarse. No tiene por qué haber muertes de inocentes en ninguna parte del planeta.

Hemos convocado este grandioso acto contra el terrorismo como un homenaje y un tributo a la memoria de nuestros hermanos muertos en Barbados hace 25 años, pero es también una expresión de solidaridad con los miles de personas inocentes que murieron en Nueva York y Washington, y de condena al brutal crimen cometido contra ellos, buscando caminos que conduzcan a la erradicación real y duradera del terrorismo, a la paz y no a una sangrienta e interminable guerra.

Albergo la más profunda convicción de que las relaciones entre los grupos terroristas creados contra Cuba en Estados Unidos en los primeros 15 años de la Revolución y las autoridades de ese país, nunca se rompieron.

Un día como hoy, tenemos derecho a preguntarnos qué medidas se tomarán con Posada Carriles y Orlando Bosch, responsables del monstruoso acto terrorista de Barbados, y con los que planearon y financiaron las bombas que se pusieron en los hoteles de la capital y los intentos de asesinato a dirigentes de Cuba, que no se han detenido un minuto en más de 40 años.

No es mucho pedir que se haga justicia con los profesionales del terrorismo que desde el propio territorio de Estados Unidos no han cesado de aplicar sus deleznable métodos contra nuestro pueblo para sembrar terror y destruir la economía de un país hostigado y bloqueado, desde cuyo territorio no ha salido nunca un artefacto terrorista, ni siquiera un gramo de explosivos para hacerlo estallar en Estados Unidos. Jamás un norteamericano ha sido muerto o herido, ni una sola instalación, grande o pequeña, en ese inmenso y rico territorio, ha sufrido el menor daño material por alguna acción procedente de Cuba.

En la lucha contra el terrorismo a escala mundial con la que estamos comprometidos a participar junto a la Organización de Naciones Unidas y el resto de la comunidad internacional, nos asiste toda la autoridad moral necesaria y el derecho a reclamar que cese el terrorismo contra Cuba. La guerra económica a que ha sido sometido nuestro pueblo durante más de 40 años, una acción genocida y brutal, también debe cesar.

Nuestros hermanos muertos en Barbados ya no son solo mártires; son símbolos en la lucha contra el terrorismo, se yerguen hoy como gigantes en esa batalla histórica para erradicar el terrorismo de la faz de la Tierra, ese repugnante método que tanto daño ha causado a su país y tanto ha hecho sufrir a sus seres más queridos y a su pueblo; un pueblo que ha escrito ya páginas sin precedentes en los anales de su Patria y de su época.

No ha sido inútil el sacrificio de sus vidas. La injusticia comienza a temblar ante un pueblo enérgico y viril que hace 25 años lloró de indignación y dolor, y hoy llora de emoción, de esperanza y de orgullo al recordarlos.

La historia, caprichosa, lo ha querido así.

Compatriotas:

En nombre de los mártires de Barbados:

¡Socialismo o Muerte!

¡Patria o Muerte!

¡Venceremos!

La guerra del control infinito

Raúl Zibechi

La histeria que atraviesa a los círculos financieros, militares y políticos de Estados Unidos, alentada por la ola de irracionalidad y xenofobia que exige seguridad y castigo, amenaza coartar las libertades públicas. En el Sur, los epígonos pretenden tomar el mismo atajo: más control social, más militarización, menos libertades.

En todo tiempo y lugar, el objetivo -y el sueño- de una clase dominante es tenerlo todo bajo control. Sin duda la estabilidad es la mejor forma de asegurarse la prosperidad. Para una superpotencia, que concentra los intereses de una clase universal, se trata de tener el mundo entero disciplinado, a sus pies. El estadounidense Noam Chomsky sostiene que la de su país es la clase dominante más cohesionada y consciente de la historia. Si esto es así, lo que está sucediendo ante nuestras narices es la puesta en marcha de los planes que ya se venían perfilando en Washington, liberados ahora de las principales trabas que los obstaculizaban. Casi todas, trabas de conciencia que interponían las sociedades civiles.

De un solo golpe, los intereses estratégicos de las élites de Estados Unidos e Israel parecen a punto de concretarse: frenar la tendencia a la participación social y al cuestionamiento del orden global desde las protestas de Seattle; el control de los recursos de petróleo y gas natural de Asia central y Oriente Medio; el sometimiento de los aliados vacilantes (Europa) y la neutralización de los posibles competidores (China, India, Brasil, México, Corea y los países exsocialistas), y el reforzamiento de la militarización del mundo.

En realidad todo lo que ahora emerge ya estaba en pleno desarrollo antes de los atentados del martes 11. La recesión, que se resume en una nueva oleada de acumulación de capital, fue anunciada a principios de este año y ahora irrumpe con toda su fuerza, exigiendo más ajustes, más recortes de gastos sociales y miles de despidos. Uno de los megaproyectos de control mundial, Echelon (una red de espionaje anglosajona capaz de interceptar y analizar 2 mil millones de comunicaciones diarias), fue denunciado hace año y medio en el Parlamento Europeo (véase BRECHA, 3-III-00). Ahora el FBI exige a las policías del Cono Sur que se espíen entre sí, que intercepten los correos electrónicos que parten o llegan a Ciudad del Este y que los envíen directamente a Estados Unidos para ser analizados por los servicios de inteligencia.

EL OJO DEL PODER

Los modernos sistemas de control tienen fecha y partida de nacimiento. La historia es muy conocida, pero vale la pena recordarla. El "invento" se llamó panóptico y su creador fue el jurista inglés Jeremy Bentham, quien ideó un sistema de vigilancia perfecta para ser aplicado en lugares de encierro como cárceles y hospitales: en la periferia un edificio en forma de anillo dividido en celdas y una torre en el centro desde la que se ejerce una "mirada centralizada". Una nueva tecnología del poder que resolvía el problema de la vigilancia haciendo visible al sujeto y facilitando así su aislamiento. Con el tiempo, el sujeto podía terminar por interiorizar la mirada hasta el punto de vigilarse a sí mismo.

Fue Michel Foucault quien rescató del olvido la obra de Bentham El Panóptico, publicada en 1791. Sí, en plena revolución francesa. Foucault recuerda que fue el hermano de Bentham quien perfeccionó la idea al visitar la Escuela Militar. De hecho, el dichoso "invento" nace -como tantos otros en la historia- del ámbito militar y luego es trasladado

a la sociedad civil. La segunda conclusión se relaciona con la fecha. Fueron los revolucionarios franceses quienes dieron la bienvenida y comenzaron a aplicar el invento, con tal entusiasmo que en 1791 convirtieron a Bentham en "ciudadano francés". "Yo diría que Bentham es el complemento de Rousseau", dice Foucault, ya que el sueño del filósofo de la Ilustración es "el de una sociedad transparente, visible y legible a la vez en cada una de sus partes". Añade que la nueva forma de ejercer el poder aprendió de los errores del poder monárquico: "Si es muy violento se corre el riesgo de suscitar insurrecciones; si se interviene de forma discontinua se arriesga uno a dejar que se produzcan, en los intervalos, fenómenos de resistencia de un coste político elevado".

En suma, la nueva clase en el poder, la burguesía, implementa nuevas formas de control social para asegurar su dominación. Con el tiempo los sistemas de control se irán perfeccionando: en la escuela, en la familia, en los barrios populares (nacen así las "ciudades obreras"), en las fábricas. Sobre todo en las fábricas. El sistema creado por el ingeniero estadounidense Charles Taylor, a fines del siglo XIX, perfeccionado luego con la cadena de montaje ideada por Ford, elevó los niveles de productividad del trabajo hasta extremos insospechados. El objetivo era tapar los "poros" o tiempos muertos en el sistema de producción, regulando hasta los menores movimientos de los obreros para evitar cualquier pérdida de tiempo. Un equipo de capataces vigilaba que el trabajador cumpliera con las numerosas normas. Charles Chaplin, en Tiempos modernos, ironizó sobre la tiranía del taller. Y en El gran dictador completó su visión del mundo del siglo XX. El control en la producción y el control en la sociedad, más allá de las brutalidades del nazismo, estaban emparejados en intenciones y objetivos: dominar el mundo, a escala micro y macro, escalas que necesariamente se complementan.

La segunda mitad del siglo pasado puede leerse desde la óptica del desborde social de los mecanismos de control de la sociedad y, por lo tanto, de las formas de opresión. La crisis de todas las instituciones de encierro y disciplinamiento, desde la cárcel hasta la familia, desde el hospital hasta el cuartel, que hacen eclosión en los sesenta, sacuden los tradicionales mecanismos de dominación. De esa crisis surgen las nuevas formas de control. A escala micro, asentadas en una amplia gama de sistemas, ya que la diversidad social, acrecentada desde el surgimiento de nuevos actores como las mujeres, los jóvenes, las minorías sexuales y étnicas, obliga a diversificar las formas de control. Estas van desde el extremo de la segregación espacial urbana, los ghettos para los marginados (negros, pobres o emigrantes), hasta las más sutiles del endeudamiento y el marketing para las clases medias, según sostiene el filósofo francés Gilles Deleuze. Sobreviven, claro está, y perfeccionadas, otras formas de control que atraviesan a todos los sectores sociales y económicos. La televisión es una de las más poderosas y difíciles de resistir.

A escala macro, la globalización es la más ambiciosa. Como señala el filósofo italiano Antonio Negri, es también el resultado de las resistencias sociales. Fue el desborde obrero de los estados nacionales en los sesenta lo que llevó al sistema a "subir un escalón", a crear un mercado mundial unificado políticamente alrededor de los signos de soberanía: "los poderes militar, monetario, comunicacional, cultural y lingüístico". Nos encaminamos así, acelerados por el fracaso del socialismo real, hacia la configuración de una sola autoridad militar que controla toda la panoplia armamentística, una moneda hegemónica, una sola lengua y un modelo cultural único reflejado y amplificado por los medios de comunicación, cada vez más unificados. Ese poder único a escala global fue posible gracias a una serie de mutaciones que combinan viejas y nuevas formas de control y dominación potenciadas por las nuevas tecnologías. Ahora la fábrica es la sociedad entera, en la que

se aplican los criterios posfordistas en boga y formas de producción y valorización inmateriales. En palabras de Negri, el "imperio", que viene a sustituir al imperialismo clásico, "desarrolla dispositivos de control que invaden todos los aspectos de la vida y los recomponen a través de esquemas de producción y de ciudadanía que corresponden a la manipulación totalitaria de las actividades, del ambiente, de las relaciones sociales y culturales".

UN NUEVO IMPULSO

Los atentados del martes 11 se producen justo cuando estas nuevas formas de dominación empezaban a encontrar formas de contestación organizada y masiva, desde la selva Lacandona hasta las calles de Seattle. En pocas horas la situación registró un cambio espectacular, pero en absoluto novedoso. La ofensiva de los poderosos incluye todos los niveles en todo el mundo, afectará por tanto desde las relaciones internacionales y la relación de fuerzas en el globo hasta la vida cotidiana, si se cumplen las profecías de Washington.

A nivel geopolítico, Asia pasa a convertirse en la principal prioridad para Estados Unidos. Perdón, para la alianza que encabeza ese país, pero que en realidad representa a los grandes centros financieros y de poder del Norte: Europa, Japón y América del Norte, donde México aparece en un nivel de subordinación quizá similar al que eligieron algunos países europeos. La centralidad asiática formaba parte del intenso debate que sostenían las dos tendencias de la administración de George W Bush. El secretario de Defensa, Donald Rumsfeld, del sector duro del gobierno, venía sosteniendo que el principal enemigo es China. Y sigue apostando a una completa reformulación de las fuerzas armadas, superando la vieja división entre aviación, marina y ejército, para dar paso a un cuerpo integrado, flexible, móvil y multifuncional. En suma, una suerte de toyotismo aplicado a lo militar.

Pero el bocado asiático tiene otras dos lecturas, por lo menos. La más evidente son las enormes reservas de petróleo y gas natural que alberga la cuenca del mar Caspio y Asia central, justo entre las exrepúblicas soviéticas islámicas y Chechenia. Poner pie en Afganistán es una buena base para avanzar en el control de esa zona, así como de establecer cierto orden en toda una serie de tráfico y tránsito fuera de control, desde el de armas y drogas hasta el de ideas y libros sagrados.

Pero el golpe más efectivo, y el menos evidente, busca neutralizar la incipiente alianza entre China y Rusia, con posible extensión hacia Alemania. Esta alianza, aún en ciernes, se sostendría con base en el suministro de combustible a través de un gran oleoducto este-oeste, destinado a suministrar energía abundante y barata a una nación tan dependiente en la materia como Alemania. Para este país, cuya única posibilidad de expansión es hacia el este, se ofrece además en esa región un enorme mercado potencial para su pujante industria. Parece claro que un reforzamiento de la presencia estadounidense en la zona operaría como una enorme cuña contra esa alianza. En los próximos años es previsible que se registre una fuerte resistencia de rusos y chinos para neutralizarla.

América Latina puede pasar de patio trasero a simple reserva india. Su sólida alianza con Washington convierte a México en el único país de la región que no está destinado a caerse del mapa. El historiador británico Kenneth Maxwell sostiene: "Irónicamente, las prioridades de Estados Unidos vuelven a ser los viejos aliados como la OTAN y posiblemente algunos nuevos 'amigos' en la periferia de Afganistán y Pakistán". El que más sufrirá será el nuevo eje Brasilia-Caracas, que cuenta con el apoyo entusiasta de Cuba, y que es la única alternativa para negociar con el ALCA algo diferente a un acuerdo de tercera categoría. El gobierno de Fernando Henrique Cardoso, con escasa comprensión por parte de sus pares del MERCOSUR, está trabajando para

enlentecer los plazos de la integración económica. Ahora será mucho más difícil para los países de Sudamérica conseguir de Estados Unidos facilidades para el comercio.

No hay que ser un visionario para deducir que el gobierno venezolano será uno de los objetivos en esta etapa. La gran incógnita es Brasil. Le va la vida en el envite, si pretende seguir siendo un país industrial y no transitar el camino de otros que, como Argentina, desmantelaron su producción sin obtener nada a cambio. Si triunfan las presiones de Washington, el continente conocerá una hegemonía y un control estadounidense sin fisuras.

LA GUERRA CONTRA LAS LIBERTADES

"En estos días los editores y directores de los periódicos han mandado formalmente avisos a todos los periodistas de no escribir ninguna información que 'pueda ser utilizada por los enemigos', según el comunicado", dijo el sociólogo James Petras al diario argentino Página 12. "Vamos a mentir", afirmó a su vez un oficial del ejército estadounidense al Washington Post. En tanto, el gobierno de Bush pide más poderes para el FBI para poder rastrear pistas sin obstáculos y solicita al Congreso la aprobación de una ley antiterrorista, cambios en la leyes de inmigración y restricciones legales para que los medios no puedan difundir noticias que perjudiquen los planes del Pentágono.

El secretario de Justicia, John Ashcroft, es el abanderado de la cruzada en el terreno legal. Con el argumento de que "cada día que pasa es un día en el que los terroristas amplían su ventaja", o sea, buscando asustar más a una población ya de por sí asustada, el ministro pretende que los diputados aprueben la restricción de libertades. Algunos legisladores demócratas sostienen que se trata de una nueva "caza de brujas" similar a la que desató el macarthismo en la Guerra Fría. Acusado de

pretender mentir a la prensa, Rumsfeld reconoció que el gobierno "pondera seriamente cómo conducir el 'lado público'".

Pero eso es apenas lo que sucede en la escena política. La diputada Bárbara Lee, la única que no votó el cheque en blanco a los ataques militares, tuvo que ser protegida por la policía de la ira popular. Hasta el lunes 24 se habían registrado en Estados Unidos más de 240 incidentes, ataques o insultos contra personas de apariencia árabe. Semejante clima de irracionalidad y xenofobia está siendo aprovechado por la derecha, en todo el mundo, para imponer aquella parte de sus planes que hasta ahora no encontraba eco en la sociedad. Mañana sábado los pacifistas y grupos antiglobalización que habían convocado una manifestación contra las reuniones del FMI y el Banco Mundial en Washington, ahora suspendidas, las convertirán en marchas por la paz y contra la guerra y el racismo. Aunque unos cuantos activistas saldrán a la calle, los organizadores no esperan las cien mil personas que era razonable que acudieran antes de los atentados.

Los ecos de la derechización llegan incluso a zonas tan alejadas del epicentro de la crisis como el Río de la Plata. En Argentina, el gobierno intentó colar en el proyecto de ley de inteligencia que trata el Congreso que las fuerzas armadas se incorporen a las tareas de inteligencia interna. El presidente Fernando de la Rúa pretende ahora modificar la ley de defensa, pero algunos diputados advirtieron a la prensa que ese objetivo se viene persiguiendo hace tiempo, sólo que ahora se decidió aprovechar la ocasión para desempolvarlo. En la Triple Frontera, por ejemplo, los ciudadanos árabes que residen en Ciudad del Este no pueden cruzar a Foz de Iguazú, del lado brasileño, o atravesar la frontera argentina, como sucedía hasta ahora.

En Uruguay también hay quienes quieren aprovechar la ocasión para estrechar las libertades. El plan estratégico entregado por el Ejército a

la Comisión de Presupuesto de la Cámara de Senadores, difundido ayer por el semanario *Búsqueda*, prevé "desarrollar la capacidad operativa necesaria para cooperar en el mantenimiento del orden interno". Para ello proyecta aumentar durante tres años en un 5 por ciento sus efectivos. Planes y objetivos de este tipo siempre existieron. Ahora aprovechan para darles un empujoncito, a ver si vuelan. Y esto es sólo el principio.

Todo indica que los poderosos del mundo tienen mucho miedo. Actúan con el mismo celo con que lo hacían los dirigentes comunistas, sospechando de todo y de todos, resolviendo los problemas con más y más seguridad, hasta que todo el tinglado se les vino abajo. Ahora sabemos de dónde provenía aquella paranoia por la seguridad que tanto obsesionaba a Stalin: le tenía miedo a sus pueblos. Pero los líderes democráticamente elegidos de Occidente, ¿qué temen? El economista egipcio Samir Amin sintetiza en una frase lo que visualiza como el "mayor problema al que la humanidad ha tenido que hacer frente" en los dos últimos siglos, justamente desde que Bentham ideara su invento para controlar a los díscolos y los diferentes: "la aplastante polarización que ha hecho aumentar la desigualdad entre los pueblos de una media de dos a uno en 1800 hasta el actual sesenta a uno".

Geopolítica de la venganza

César Benjamín *

El significado real de los atentados del día 11 de septiembre sobre la política mundial dependerá de la evolución de tres grandes cuestiones, con él relacionados.

La primera: la inviolabilidad del territorio nacional, dogma número uno en la escala de preocupaciones del Estado americano, fue quebrada. Invulnerable a amenazas de fuerzas armadas regulares, el país mostró su fragilidad frente a esa otra modalidad de ataque. Peor: se trata de una fragilidad estructural, que afecta a todas las sociedades modernas, urbanizadas, altamente dependientes de instalaciones fijas de todo tipo, inclusive las de uso civil, transformadas en posibles blancos.

Será larga, difícil y cara -y de resultados inciertos- la revisión de procedimientos de seguridad nacional americana.

Mas sus extrapolaciones para el mundo ya se anuncian tenebrosas. Al calor de los acontecimientos, el presidente George W. Bush anunció tres conceptos:

- (a) El fin del derecho a la neutralidad, que fue históricamente respetado en todas las guerras ("quien no está con nosotros está con los terroristas");
- (b) La legitimación de la idea de "ataque preventivo" para responder a las amenazas, sean ellas reales, supuestas o simplemente inventadas (recordemos que los Estados Unidos detentan el control de los grandes medios mundiales de comunicación de masas);

- (c) La admisión del uso de "todas las armas", hecha por un país que posee grandes arsenales de armas biológicas, químicas y atómicas. En un segundo momento, el sentido de la expresión fue ampliado, cuando se anunció la legalización de asesinatos y uso de la tortura como medio de obtener informaciones, "pero fuera del territorio americano". Esa última restricción -que va a la par de la odiosa expresión "vidas americanas", cínicamente banalizada por los medios que revela los límites de la "globalización"- merecería una reflexión específica. Sin embargo, basta imaginar el significado de eso en un mundo en el que un gran número de servicios secretos o simples esbirros estarán presionados para entregar información al Imperio.

Bajo todos esos aspectos, la búsqueda de mayor seguridad en el territorio americano pasa a realizarse a costa de violentar abiertamente los valores fundamentales del proceso civilizatorio, diseminando la inseguridad en el mundo, en una escala nunca antes vista. Se trata de una reacción inaceptable. Es fundamental que un punto de equilibrio sea buscado.

La segunda cuestión no es nueva: se refiere al abastecimiento de petróleo, una conocida vulnerabilidad americana. Con reservas, en su territorio, de 28,6 billones de barriles y un consumo diario de 19,5 millones de barriles, los Estados Unidos tienen petróleo propio para abastecerse durante apenas cuatro años. La evolución del escenario en el Medio Oriente ha sido favorable a la posición americana: la principal potencia regional no subordinada, Irak, fue destruida y permanece desde hace diez años bajo un despiadado bloqueo, obligada a una posición defensiva, y la mayoría de los Estados árabes ya reconocen (o se disponen a reconocer) a Israel. En los diez últimos años, desapareció el espectro de una guerra entre Estados de la región.

El conflicto quedó reducido a una escala local, de baja intensidad, involucrando helicópteros y grupos de soldados, de un lado, hombres bomba y lanzadores de piedras, de otro, en escaramuzas suficientes para alimentar noticieros, pero incapaces de poner en riesgo la oferta mundial de petróleo.

Si, en el contexto de los desdoblamientos de los acontecimientos actuales, emerge el espectro de desestabilización "de abajo para arriba" de regímenes pro americanos instalados en la región, la respuesta será igualmente violenta. El Medio Oriente es considerado área de control directo de los Estados Unidos.

La tercera cuestión se relaciona con el ataque, en marcha, a Afganistán. Es ingenuo imaginar que una operación de dicho tamaño obedezca apenas a impulsos emocionales y sea desencadenada sin que tenga relación con objetivos estratégicos muy bien definidos. El Estado americano acumuló extraordinario poder en los dos últimos siglos justamente por su capacidad de nunca perder de vista objetivos de largo plazo, articulados entre sí, subordinando a ellos cada decisión relevante.

Enredo confuso

La ofensiva militar es un aparente "non sense". Los Estados Unidos no presentan ninguna evidencia de que los afganos tengan relación con los atentados, y la acusación contra Bin Laden fue hecha de manera premeditadamente vaga e inconsistente, de manera que sea imposible que el Talibán aceptase extraditarlo. La decisión de atacar, claramente, fue tomada al margen de esos detalles. Para la opinión pública y las autoridades americanas, dada la gravedad del crimen, someter a una persona (o un grupo) a juicio, siguiendo los procedimientos formales, sería una respuesta civilizada, pero débil.

Rebasado el primer momento, la dinámica de la guerra pasa a legitimarse a sí misma. Lo más intrigante, sin embargo, es que a primera vista Afganistán parece ser un pésimo blanco.

Llegar a su territorio, lejos del mar, es un enredo.

Combatirla es una traba mucho mayor. Su topografía es montañosa, sus entradas son pocas y pésimas. Su población está dispersa en el medio rural. Al contrario de Irak y de Serbia, es un país que no posee infraestructuras fijas, instalaciones productivas y bases militares que merezcan ser bombardeadas con misiles que cuestan US\$ 200 millones.

En cuanto a las anunciadas operaciones de comando, los generales americanos no son imbéciles para creer que jóvenes reclutados en California encuentren a bin Laden en las grietas de un país hostil donde la mitad de la población usa barba y turbante, mientras la otra mitad anda con el rostro cubierto. Cosas así sólo funcionan en el cine.

La respuesta a este enredo confuso puede ser encontrada por vía indirecta. Por su potencial y sus dificultades, Asia es la gran incógnita del sistema mundial en las próximas décadas. De un lado, tiene la segunda mayor economía nacional (Japón), y una potencia emergente (China), potencias regionales importantes (como la India y Pakistán), gigantescas masas demográficas, elevado dinamismo tecnológico, experiencias en desarrollo rápido, empresas y bancos de gran tamaño, Estados nacionales celosos de su independencia, capacidad militar (y nuclear) ascendente. Por todo eso, será una jugadora de gran peso en el siglo que se inicia. Mas también tiene inmensos problemas: está lejos de crear un área económica o políticamente integrada, acoge a grandes poblaciones en estado de pobreza, permanece dividida por un sin número de conflictos de todos los tipos. El orden mundial ameri-

cano no fue -y no será- capaz de encuadrar a ese continente "exótico", suficientemente grande y fuerte, para ser engullido (como América Latina), marginado (como África), dominado (como Oriente Medio) o derrotado (como la ex-Unión Soviética). Pero, por el manejo de sus contradicciones internas, puede mantenerlo controlado.

El Pentágono considera que el cuarto objetivo estratégico de la geopolítica americana es el más difícil de ser mantenido en el largo plazo. Él es definido como: "Que ningún poder, o conjunción de poderes, del hemisferio oriental puede desafiar el dominio norteamericano sobre los océanos". Se comprende la preocupación: el control simultáneo de los océanos es, de largo, el elemento central en la supremacía militar a escala mundial. Teniéndolo conquistado, los Estados Unidos detentan el monopolio de la capacidad de dislocar y proteger sus fuerzas.

Crear una poderosa marina de guerra exige recursos inmensos, incompatibles con mantener grandes ejércitos envueltos en problemas territoriales. De ahí el permanente esfuerzo americano de hacer que sus competidores potenciales -especialmente los asiáticos- se mantengan envueltos con amenazas terrestres, que los propios Estados Unidos, por su posición geográfica, no enfrentan. Desde hace mucho tiempo, ese ha sido el juego americano en Asia. Cuando los soviéticos comenzaban a desarrollar una marina de guerra de alcance mundial, los americanos, en un lance de genio, los atrajeron a una prolongada guerra terrestre, exactamente en Afganistán. El resultado todos conocen.

Una tensión duradera en el corazón de Asia -ampliándose a guerra civil latente en la región- se ajusta perfectamente a los intereses estratégicos de los Estados Unidos. He ahí una pista para entender lo que ha a ocurrir cuando el Talibán tenga que regresar nuevamente a las montañas. Afganistán tiene fronteras con Irán, Pakistán, China y ex-repúblicas

soviéticas, además de quedar muy cerca de India y Rusia. Mientras la turbulencia persista ahí, a todos les es preciso mantenerse mirando hacia adentro.

Después de la incursión, los Estados Unidos anunciarán la victoria y se retirarán en sus embarcaciones, habiendo dado una demostración de poder, saciado su necesidad de venganza y, principalmente, sembrado una cizaña que Irán, Pakistán, Rusia, China e India deberán administrar por muchos años. Mientras tanto, la gran escuadra continuará navegando por el mundo.

El poderío americano saldrá fortalecido de este proceso, mas, paradójicamente, su capacidad efectiva de control sobre un mundo cada vez más caótico tiende a disminuir.

** César Benjamín es editor, integrante de la coordinación nacional del Movimiento Consulta Popular y autor de A opção brasileira (Contraponto Editora, 1998)*

El retorno del Estado

Roberta Carlini

"Business as usual", los negocios como de costumbre, fue el primero de los enérgicos mensajes que Bush buscó transmitir en su decaída nación al día siguiente del 11 de septiembre. La ceremonia de reapertura de Wall Street, el lunes siguiente a las masacres de Nueva York y Washington, fue el primer momento de pesar público por la tragedia. Y desde entonces no pasa un día sin que desde los máximos vértices de la administración estadounidense no se lance un mensaje, un llamado por "nuestra economía". Mientras, para todos era evidente que no había nada de usual, ninguna tranquila normalidad posible, ninguna reanudación del recorrido lineal momentáneamente interrumpido.

La fractura mayor viene precisamente de aquel mundo de la economía golpeado física y simbólicamente. El gobernador de la banca central estadounidense, guía indiscutible de la política monetaria del dólar desde Clinton a Bush, oficializó lo que ya se respiraba en el aire: una fuerte inyección de intervención pública en el orden de los 100 mil millones de dólares. La más grande maniobra de la posguerra, digamos. ¿Para hacer qué cosa? Para ayudar a una economía ya casi en recesión, golpeada por el terrorismo y por los temores hacia el futuro. Después de un decenio de liberalismo económico y desregulación, después de 20 años de Estado mínimo, después de los años de embriaguez por la net-economy, viene el cambio: el Estado se vuelve bueno, y no sólo pa-

ra cubrir los daños de las compañías aéreas y aseguradoras. El Estado -el gobierno, la política- se transforma en herramienta para gastar dinero, acompañar a los consumidores, devolver la confianza a los ahorristas, ayudar a la economía, infundir ánimo al capitalismo. Como en los tiempos de Keynes y Roosevelt (pero sin ningún Keynes o Roosevelt en el horizonte: ni siquiera en nuestra Europa liberal y competitiva, que se encuentra de improviso desplazada por el nuevo viento estadounidense).

Con la crisis de la economía estadounidense, naturalmente, el terrorismo tiene que ver hasta cierto punto. No fue el ataque a los cielos estadounidenses lo que puso en dificultades un modelo que se regía únicamente sobre hechos en que todos creíamos: los consumidores que se endeudaban para gastar, los especuladores (grandes y pequeños) que se endeudaban para apostar en la bolsa. Ese juguete se había roto hace tiempo, y sabíamos que, tras su dudosa llegada al poder, el presidente Bush iba a tener que hacer frente a los males de la recesión. Pero difícilmente el establishment estadounidense hubiera podido obtener una inversión tan repentina y radical como la anunciada en estos días -del "conservadurismo compasivo" de Bush al intervencionismo económico- sin la cobertura emotiva y política de la guerra. Una guerra declarada (la primera del siglo XXI) y aún no iniciada, pero ya incorporada en la vida cotidiana, con una vuelta de tuerca sobre la libertad a la política económica.

Queda por ver cómo una clase política que se impuso (aunque fuera a la fuerza) con base en la ideología de "más mercado" podrá entonces gobernar una larga fase de "más Estado". No es la única de las paradojas de la era Bush, que pasó su campaña electoral prometiendo el reti-

ro de las tropas estadounidenses de las zonas calientes del mundo, y se encuentra ahora desplegando aquí y allá una considerable cantidad de tropas terrestres. Que puso todo el peso (destrutivo) en el mito del escudo antimisiles y ahora tiene en sus manos un proyecto inútil y nulo. Que ha pasado los primeros meses de su presidencia desconociendo tratados con el resto del mundo y ahora está obligado a conseguir consenso y cooperación internacional.

Traducción: Alejandra Dupuy.

Artículo publicado en *El Manifiesto*, el 26 de septiembre

11 de septiembre: La historia no se repite

José María Tortosa
Universidad de Alicante

Hay dos advertencias previas a esta reflexión sobre el significado de lo sucedido el 11 de septiembre de 2001 y siguientes. En primer lugar, la convicción de que, aunque tal vez la historia no se repita ni en tragedia ni en comedia, sí se puede aprender de la historia. En segundo lugar, la igualmente firme sospecha ante los intentos de presentar sucesos históricos como marcadores de un antes y un después totalmente diferentes y la igualmente fuerte sospecha ante la pretensión de que el 11 de septiembre fue “el día que cambió la historia”. De hecho, es esta segunda idea la que me ha llevado a plantear esta intervención en los términos en que se va a hacer. “La miseria del historicismo” forma parte del fenómeno que pretendo indagar ya que, aunque la historia no se repita, sí puede aprenderse algo de la etapa en la que se produjo el auge del fascismo/nazismo en Europa, fascismo que llevaba, en su escaso bagaje ideológico, la idea de un tiempo totalmente nuevo, primaveril, al tiempo que era “la salvezza della nostra civiltà”. Que ahora reaparezcan ideas sobre el suceso histórico único e irrepetible que altera de forma radical el curso de la historia, es algo que debería ser explicado.

Abrumado por el caudal de información disponible (la información está, pero es trabajoso dar con ella) y buscando un hilo conductor que permitiera ordenarla, me encontré con la idea del fascismo, una de las formas de historicismo al fin y al cabo. La causa inmediata fue un artículo de prensa en un periódico estadounidense en el que se indicaba el auge que entre los periodistas “progres” (“liberales” según la termi-

nología de los estadounidenses) estaba teniendo la defensa de la tortura como medio para sacar información a los sospechosos de terrorismo. El auge de la tortura no era nuevo para mí y en ese auge se incluyen los 11 millardos de pesetas al año que supone la venta de instrumentos de tortura para la industria española, según Amnistía Internacional. Pero sí era nuevo el apoyo por parte de sectores que anteriormente se habían manifestado en contra. Intrigado por el tema, hojéé (volví a hojear después de largo tiempo) algunos trabajos muy heterogéneos por su fecha de publicación y las características profesionales e ideológicas de sus autores. Después volví a prensa y revistas de estos últimos tiempos. En todo momento, partía de una posición personal que casi es innecesario, por evidente, manifestar explícitamente y que comparto con Anthony Sampson: “tendremos que asegurarnos que, en nuestra guerra contra enemigos brutales, no nos brutalicemos nosotros también”.

Viejas lecturas

En el sentido que marcan las lecturas, no habría, entonces, que atribuir al 11 de septiembre un valor mayor que el que pudo tener la “marcha sobre Roma” o “el incendio del Reichstag”, es decir, se trataría de un episodio que se encuadra en tendencias mucho más duraderas y tal vez menos visibles. Desde este punto de vista, lo importante son las tendencias, no el episodio, por más que éste sea de indudable horror y que produzca un rechazo casi espontáneo que puede llevar a diversas formas de desorden mental en algunas personas y que, ciertamente, ha sido magnificado por los medios.

Estas notas de lectura se inician por la voz “fascismo” firmada por Ludovico Incisa en el Diccionario de Política dirigido por Norberto Bobbio. Lo primero que llama la atención y que hay que retener para lo que aquí nos ocupa es el bajo nivel de elaboración teórica e ideológica

que mostraron los fascismos históricos. No precisan más que algunas grandes palabras, pero su articulación es muy rudimentaria y contradictoria. En realidad, su versatilidad se basa en un “posibilismo ideológico (...) ligado a la subordinación de las ideas a la acción”. Pero lo interesante es el contexto en el que aparece ya que “el fascismo es una ideología de crisis (...) [y] la crisis puede estar relacionada con un evento determinado (una guerra o una desocupación masiva), pero es necesario tomar en cuenta que el evento revela la crisis, no la provoca”. De hecho, “el sistema democrático-liberal italiano ya se había derrumbado en 1915 antes del ingreso a la guerra”. Ante la crisis, el fascismo trata de domar la crisis mediante la organización de la tensión. “El fascismo es un organizador de la tensión. La tensión es su combustible. Ésta le permite mantener la movilización permanente de las masas bajo una disciplina de tipo más bélico que militar”.

Para profundizar algo más en ese contexto, “El corto siglo XX” de Hobsbawm puede ser una buena fuente. Allí podemos ver detalles sobre esta curiosa ideología que desdeña la razón y exalta la voluntad, que inventa un pasado en el que los “verdaderos” valores se respetaban y al que hay que volver cueste lo que cueste, que encuentra su apoyo en el resentimiento en general pero, en particular, en las clases medias, que busca un chivo expiatorio externo sobre el que descargar todas las frustraciones y agresividades, que lo que buscaba no era precisamente una “revolución” sino ponerse a su posibilidad, pero que, sobre todo, representa, junto a otros movimientos y elementos, el fracaso del liberalismo al no poder funcionar sin algunas de las condiciones en las que tendría que basarse (legitimidad, compatibilidad en los objetivos del electorado, capacidad de gobernar efectivamente y... prosperidad).

La referencia a algunas reflexiones recientes de Immanuel Wallerstein a propósito de la quiebra del liberalismo después del colapso del PCUS es obligada. Para dicho autor, la fisión de la Unión Soviética, no sig-

nificaba un hegeliano fin de la historia dado el triunfo de una de las partes, la "liberal", sino todo lo contrario: suponía la "agonía del liberalismo" y por razones no muy alejadas de las expuestas por Hobsbawm: desde las dificultades que tienen los gobiernos para ser vistos como legítimos y no sólo en los Estados Unidos (fraudes electorales, corrupción, baja participación, conciencia de que el voto no cuenta etc.) hasta la fase decreciente del ciclo económico largo u ondas Kondratiev ahora como entonces.

De todas maneras, lo que puede resultar más interesante no son tanto estos elementos ideológicos o políticos sino el contexto social en el que ven la luz estos fascismos históricos. El psicoanálisis de la sociedad contemporánea de Erich Fromm da algunas claves: el poder y la sumisión como formas de superar la soledad y la huida hacia pretendidas comunidades como forma de superar la alienación producida por los cambios sociales introducidos por la industrialización y la urbanización (ahora diríamos por las "nuevas tecnologías" y la urbanización). Se puede huir de la libertad (y de la soledad) cayendo en el "supercapitalismo" o en la "idolatría autoritaria" (o, ahora lo sabemos, hacia sus posibles simbiosis). Ambas responden a necesidades humanas que se podrían satisfacer de otra forma pero que de ésta resulta más fácil de conseguir y ambas están en el sustrato social de una época en la que el riesgo que corre la especie es inmenso.

Talcott Parsons, uno de los grandes de la sociología contemporánea (y sospechoso de algunas connivencias con los nazis, todo hay que decirlo, aunque en aras de enfrentarse al comunismo) plantea un elemento más para entender el auge de los fascismos históricos, a saber, el nivel de anomía (ausencia de normas compartidas) alcanzado en aquellos momentos. Para empezar, Parsons enumera los rasgos semejantes entre las sociedades estadounidense y alemana en la pre-guerra que van desde el industrialismo al peso de los grandes capitalistas en la estruc-

tura social. Pero lo que parece diferenciar a ambas sociedades en aquel tiempo fue que la alemana incorporó "una revuelta 'fundamentalista' [sic] contra la tendencia general en Occidente hacia la racionalización y, al mismo tiempo, contra sus fundamentos institucionalizados más profundos". Los movimientos fascistas en general, implicaron "la existencia de movimientos de masas en los que mucha gente común era imbuida por un celo altamente emocional e incluso fanático por una causa". Frente a estas masas, es importante resaltar "el papel jugado por grupos privilegiados de la elite, grupos con 'intereses creados' en su posición". Pero, como ya se ha dicho, el punto central de su análisis yace en la difusión de la anomía (ausencia de normas compartidas, desmoronamiento de los lazos culturales) que caracterizó a aquella época... y a ésta. En momentos de desorientación colectiva, de falta de referentes que den seguridad a las personas concretas, de cambio en las orientaciones y los valores, el recurso a "comunidades imaginadas" es más que posible y, una vez imaginadas, no es impensable que generen inercias internas hacia su consolidación, cristalización e intransigencia

Nicos Poulantzas, por completar este espectro ideológico y profesional, plantea los fascismos como caso particular del Estado capitalista de excepción en los que se manifiesta una crisis política e ideológica como resultado de una crisis de hegemonía social al interno de la formación social en la que actúan los aparatos de Estado. En dicha forma de Estado "el derecho ya no regula: es la arbitrariedad la que reina" y "el derecho ya no limita" razón por la cual puede hablarse de un ejercicio "ilimitado" del poder, que usa de la represión política y de la propaganda ideológica al máximo nivel posible. Pero eso no significa que no haya "contradicciones internas" en un Estado que, "bajo su fachada uniforme y centralizada, se concretan bajo la forma de guerra tras de los bastidores entre 'equipos' o 'grupos de presión'". Si eso puede aplicarse a los Estados Unidos o a la Arabia Saudí contemporáneos, es algo que Poulantzas no puede responder. Pero no vendrá mal citar su

descripción de lo que sucedía en los Estados fascistas, a saber, la “modificación ideológica de la noción de culpabilidad: la culpabilidad no se aplicaba ya, en primer lugar, (...) al acto sospechoso, es decir, al acto contrario a la ley, sino al enemigo posible. Era culpable aquel que hubiese podido tener, por su situación ‘objetiva’, determinada por criterios ‘arbitrarios’, la intención de perjudicar al régimen y su ‘salud’; es decir, a priori, para el régimen fascista, los judíos, los comunistas, los socialistas, los masones, los liberales, los metecos, los locos, los pederastas, los sofílicos y los diversos ‘asociales’. Más todavía: la esfera de intervención policiaca era, para cada individuo, ‘ilimitada’, lo cual se expresaba, desde este punto de vista, por una suspensión de la distinción entre privado y público”.

Antes de sacar conclusiones apresuradas de cara al mundo contemporáneo, Poulantzas advierte de que “la historia no se repite jamás por completo. Una misma forma de régimen de excepción y una misma especie de crisis política presentan rasgos distintivos, según los períodos históricos en el seno de los cuales surgen. De hecho, Marx, después de Hegel, decía que a la historia le ocurre incluso a veces repetirse, en sentido rigurosos; pero lo que la primera vez revistió una forma de tragedia la segunda reviste una forma de comedia. La fórmula es indudablemente impresionante, pero no es cierta sino desde determinado punto de vista, ya que existen, en efecto, comedias sangrientas (...). Existen en la historia ridículos que sólo matan a los demás”. Si eso se refiere al tiempo presente, queda por ver. Para ello están otras lecturas mucho más efímeras que las hasta ahora reseñadas.

Nuevas lecturas

De entrada, bueno es reconocer la propia ignorancia. Samir Amin es explícito al respecto: “Hasta ahora no se ha arrojado luz sobre qué parte de la responsabilidad corresponde a los autores materiales –kamika-

zes islámicos perfectamente organizados, que podrían o no ser parte de una o más redes-. Probablemente nunca se sepa la verdad” [énfasis añadido, JMT]. En el mismo sentido se ha pronunciado Noam Chomsky en diversas entrevistas en las que se ha maravillado de que la “evidencia” disponible sobre la culpabilidad de bin Laden fuera una serie de “pruebas” circunstanciales que cualquiera podía haber imaginado sin necesidad de grandes recursos de “inteligencia” o espionaje. Pero que probablemente nunca se sepa la verdad es tal vez la única verdad de la que podemos estar moderadamente seguros: las complejas relaciones mantenidas con anterioridad entre los servicios secretos estadounidenses (Ciertos Intereses Americanos, como gusta de decir *Le Monde diplomatique*) y los talibanes en general y Osama bin Laden en particular, el igualmente complejo contexto geopolítico en el que se insertan los sucesos (petróleo, wahabismo saudita, Israel-Palestina, repúblicas ex-soviéticas, 20 millones de musulmanes chinos, Chechenia etc.) y las todavía más oscuras relaciones (¡por definición!) entre servicios secretos paquistaníes y estadounidenses, hacen que el establecimiento de los hechos y sus causas inmediatas deba ser tomado con mucha cautela.

A pesar de todo ello, los intentos de cualificar lo sucedido han sido frecuentes. Dos me parecen particularmente interesantes. El primero es el de Jean Baudrillard, duramente criticado por Alain Minc. Para aquél, “la mundialización liberal está a punto de convertirse en realidad bajo una forma exactamente inversa: la de una mundialización policial, de un control total, de un terror ‘seguritario’. La desregulación ha terminado en un máximo de constricciones y de restricciones que equivalen a las de una sociedad fundamentalista”. No es sólo cuestión del asunto, aireado de vez en cuando, de la mala calidad de los empleos en los aeropuertos estadounidenses (empleos a tiempo parcial, temporales, precarios, mal pagados, sin cualificación) sino, sobre todo, de los efec-

tos anti-libertades de un liberalismo que se dice defensor de las mismas.

Como Baudrillard puede ser sospechoso, tal vez venga bien buscar otro intento de cualificación de lo sucedido. En este caso es de Cándido y se publicaba en el ABC: "Hace unas semanas escribí en ABC que las características del nuevo orden serían 'un control público severo, una insinuada exigencia de fidelidad al poder, un sentido reverencial de las instituciones, una discreta vigilancia de los disidentes, una diplomacia inclinada al espionaje, una juridicidad expeditiva...'. Creo francamente que me quedé corto". Probablemente. Pero la descripción del "nuevo orden" no puede ser más sombría, aunque lo es de tendencias que ya estaban en marcha antes de producirse el 11-S (9/11 como prefieren los estadounidenses) pero que a partir de entonces se hicieron particularmente visibles: se trata de una forma de "fascismo" o de Estado capitalista de excepción.

Entiéndaseme bien. Esta forma de actuación tiene que ver con las circunstancias en las que se produce, a saber, incremento de la desigualdad, crisis económica, incertidumbre financiera, pobreza, unilateralismo etc. y, por tanto, tiene que verse, con las peculiaridades propias de cada caso, en todos los lados implicados. Si se prefiere, lo que pretendo decir es que las semejanzas entre los contendientes pueden ser tan interesantes como sus obvias y magnificadas diferencias.

Tal es el caso, por ejemplo, de los dos discursos casi simultáneos pronunciados por el segundo presidente Bush y por Osama bin Laden. El primero establecía con toda claridad que "cada nación tiene una elección que hacer. En este conflicto no hay posibilidad de ser neutral", *tertium non datur*, y "los Estados Unidos de América son amigos del pueblo afgano y amigos del casi millardo de practicantes de la fe islámica en el mundo. Los Estados Unidos de América son enemigos de los que

ayudan a los terroristas y de los bárbaros criminales que profanan una gran religión cometiendo asesinatos en su nombre". Maniqueísmo bogomil que se parece al de bin Laden: "Estos sucesos han dividido al mundo en dos campos, el campo de los creyentes y el campo de los infieles". Es obvio que no hablan el mismo lenguaje. Bush habla de una operación militar, que buscará a los terroristas en sus cuevas y que actuará para sacarlos de ellas y llevarles ante la justicia al tiempo que "el oprimido pueblo de Afganistán conocerá la generosidad de América y de nuestros aliados. Al tiempo que atacamos objetivos militares, dejaremos caer alimentos, medicinas y ayudas para los hombres, mujeres y niños de Afganistán que padecen hambre y sufrimientos". Después han venido las propuestas de endurecer las prácticas policiales, de evitar la presunción de inocencia, de condenar antes de juzgar. Bin Laden, por su parte, afirma que es "gracias a Dios que América está probando ahora lo que sólo es una copia de lo que hemos probado nosotros. Nuestra nación islámica ha estado probando lo mismo durante más de 80 años de humillación y desgracia, y sus hijos han sido muertos y su sangre derramada, y sus santuarios profanados".

Pero ¿qué tienen de fascistas estos discursos y estas prácticas?. Un texto hasta ahora inédito de Herbert Marcuse puede ayudar a responderlo. Marcuse comienza por indicar lo que el nacional-socialismo no es, a saber, un fenómeno revolucionario o una mera restauración política y social. Para este autor, "el Estado nacional-socialista se ha desembarazado de las características esenciales del Estado moderno. Es un régimen que tiende a abolir toda distinción entre el Estado y la sociedad transfiriendo las funciones políticas a los grupos sociales que detentan efectivamente el poder". Más aún: "El Estado nacional-socialista es el gobierno de las tres hipóstasis que son los poderes económico, social y político".

Desde este último punto de vista, no es raro encontrar indicaciones en

esa dirección referidas a los Estados Unidos. Poco antes de los sucesos del 11-S, Immanuel Wallerstein se refería al gobierno del segundo Bush como aquel que había dado ya lo que esperaban los conservadores económicos (impuestos, medio ambiente, legislación anti-social) y los conservadores sociales (nombramientos, aborto, religión), pero “el comodín de la baraja es el militarismo macho”, para el que se habría procurado que los conflictos se extremaran y agudizaran y que encontraría su momento estelar con el inicio de los bombardeos sobre Afganistán el 7 de octubre. Desde estas y parecidas perspectivas, no estamos ante una democracia, gobierno del pueblo, sino ante una aristocracia, gobierno de los poderes económicos y sociales usando al “militarismo macho”.

Pero la versión que da el egipcio Samir Amin del Islam político (islamismo, según otra terminología, en cuya categoría se encuentra el wahabismo de Arabia Saudita exportado al mundo entero y adoptado por los talibanes) no es muy diferente: “Si el Islam político no es otra cosa que una versión del neoliberalismo económico, elogioso en extremo de las virtudes del ‘mercado’ –desregulado, se entiende-, es en el plano político la expresión de rechazo absoluto a toda forma de democracia. En su interpretación del Islam, la ley religiosa (la charia) una vez encontradas las respuestas principales para todas las preguntas que podrían ser formuladas, estima que la humanidad no tiene leyes nuevas que inventar (eso define la democracia); no le queda más que interpretar una ley ya formulada por el poder divino”. Y añade que “la asociación entre liberalismo económico y autocracia política conviene a la perfección a la clase dominante encargada de la gestión de las sociedades de la periferia capitalista contemporánea. Los partidos islamistas son todos instrumentos de esta clase”. Pasando al plano geopolítico al que se va a regresar de inmediato, “el poder mundial dominante –Estados Unidos asegurando su liderazgo- no ve ningún inconveniente en tener en el poder al Islam político”. La frase puede parecer excesiva,

pero suena a la de los que, como Wallerstein, vieron en la confrontación entre el Este y Occidente, según la terminología de la Guerra Fría o, si se prefiere, entre capitalismo de Estado y capitalismo privado, como un acuerdo profundo bajo apariencias de confrontación. En esta nueva Guerra Oriente-Occidente, las cosas podrían ser parecidas. Samir Amin prosigue afirmando que “el acompañamiento ideológico de esta auténtica alianza entre potencias occidentales y el Islam político está legitimado por los medios que se manejan por la distinción de ‘moderados radicales’ (que no son más que una realidad ilusoria) o por los que alaban la ‘especificidad cultural’ (tan estimada por los estadounidenses, ya se sabe) que tiene que ser respetada. Estas formas de ‘respeto a las comunidades’ son muy útiles para la gestión del capitalismo liberal mundializado, porque no implican ninguna confrontación respecto a problemas reales (las ‘comunidades’ en cuestión participan del juego del liberalismo económico), transfiriendo el debate –cuando tiene lugar- a la esfera del imaginario cultural”.

Pero volvamos al texto de Marcuse que nos llevaba, de nuevo, a encontrar algunas semejanzas de fondo, más allá de las apariencias, entre creyentes e infieles según una terminología, entre defensores de la libertad y terroristas según la otra: el respeto al orden económico (petrolero) establecido... pero con conflictos entre los actores. El conflicto entre Estados Unidos y la Unión Soviética podía ocultar un acuerdo tácito o explícito (de Yalta a Malta), pero era un conflicto. Ahora igual: el conflicto es real y, en frase de Marcuse para describir los nacional-socialismos, va más allá de estos “elementos concurrentes” porque estos se aplican “a un objetivo común preciso: la expansión imperialista a escala intercontinental”. Los fascismos, efectivamente, no se reducen a planteamientos dentro del Estado, sino que comportan también agendas claras sobre el sistema mundial, como es el caso.

De hecho, los sucesos del 11-S se inscriben en una complicada coyun-

tura del ciclo de hegemonía a escala mundial, ondas que habrían comenzado en el “largo siglo XVI” con Portugal (o tal vez España), que habrían sido seguidos por Holanda, Inglaterra y, en el “corto siglo XX”, por los Estados Unidos. Para algunos, el 11-S implica los intentos, ya iniciados por Reagan y el primer Bush, de recuperar la hegemonía después de la crisis simbolizada por Carter. Para otros, en cambio, lo que indica es lo difícil que resulta para una superpotencia mantener la hegemonía.

En el texto de Marcuse se encuentran también algunos elementos ya encontrados en las notas de lectura de textos de otro tiempo (en realidad, el de Marcuse también lo es). Es el caso del tipo de sociedad que subyace al nacional-socialismo. Para Marcuse, “el Estado nacional-socialista no es lo contrario del individualismo competitivo sino su coronación”. “Como toda sociedad individualista, la sociedad nacional-socialista se funda en la propiedad privada de los medios de producción” y su estructura es típicamente piramidal. “En la base de esta alargada pirámide social, el individuo ha sido relegado al rango de simple elemento de la ‘masa’. El III Reich es, ciertamente, un ‘Estado de las masas’ en el que todas las fuerzas e intereses particulares se funden en una masa humana irracional hábilmente manipulada por el régimen. Esta masa, sin embargo, no es unificada por una ‘conciencia’ o un interés común. Los seres que la componen no buscan, individualmente, más que su interés personal más elemental, y su agrupamiento no es hecho posible sino porque ese interés se confunde con el instinto bruto de conservación, idéntico en todos ellos”.

Este último punto es de particular visibilidad cuando se describen los comportamientos recientes en los distintos países componentes del problema: en general, masas humanas irracionales hábilmente manipuladas por el régimen... o por la oposición, en el caso del Paquistán.

Algunas interpretaciones de lo sucedido acaban formando parte de este síndrome general. Hay casos, como el de Federico Jiménez Losantos, que llegan a negar que la pobreza y la desigualdad hayan aumentado en los últimos años. Otros matizan algo más. Pero no por ello son menos preocupantes. Por ejemplo, Ludolfo Paramio, teniendo en mente el problema de ETA, afirma que “las organizaciones terroristas surgen en un momento dado y en unas circunstancias determinadas, que en ningún sentido las hacen inevitables, pero adquieren después una dinámica fatal que las lleva a permanecer independientemente de que aquellas circunstancias cambien radicalmente. El terrorismo fundamentalista que ha provocado la tragedia del 11 de septiembre no es consecuencia inevitable (o previsible) de nada, y debe ser combatido en sí mismo, no como síntoma de algún mal más profundo” [subrayado añadido, JMT]. Con razón denunciaba Alfonso Guerra esta especie de “GAL universal”...

De todas maneras, no es esa la opinión de William Pfaff: los atentados habrían sido “una venganza por cosas específicas hechas por los Estados Unidos y por políticas estadounidenses igualmente específicas aplicadas durante años”.

Avisos

Estoy de acuerdo en combatir el terrorismo venga de donde venga, público o privado, pero no a costa de no plantearse los problemas y aplicar al tema la misma medicina que se le critica. Que las organizaciones, terroristas o no, tienden a perpetuarse con independencia de las causas que motivaron su aparición, es cosa sabida en sociología política desde tiempos de Michels. Pero también es sabido que si se mantienen las causas y sólo se actúa sobre los efectos (tengan o no la inercia de la “férrea ley de la oligarquía”), los efectos volverán a producirse. Las lecturas recientes también tiene indicaciones sobre el ¿qué hacer?.

El fascismo histórico fue particularmente ignorante y simplificador, inmediatista, culturalista, a-legal, nacionalista e irresponsable. Estas malas copias del original pueden ser contrapesadas de la misma manera.

1.- Luchar contra la ignorancia. Edward W. Said dedicó un artículo al choque de las ignorancias. Se quejaba en él de tantos editoriales en diarios y revistas de América y Europa que “no son editoriales diseñados para edificar al lector, sino para inflamarlo con pasión indignada como miembro de ‘Occidente’ y decirle lo que hay que hacer”. En efecto –y se acaba de ver un ejemplo–, “surgen los combatientes auto-designados, particularmente en Estados Unidos, que con retórica al estilo Churchill proclaman una guerra contra quines los odian, los destruyen y los despojan, mientras conceden escasa atención a las complejas historias que desafían tal reduccionismo y que se cuelan de un territorio a otro, en un proceso que sobrepasa todas las fronteras”. El fascismo fue una ideología simplificante y simplista que reducía la complejidad de un mundo en crisis a una lucha entre el Bien y el Mal, autoadjudicándose el lado del Bien. La realidad, desgraciadamente para los que quieren conocerla, nunca es tan sencilla y dicotómica. Said concluye su artículo diciendo que “estos son tiempos de tensión, pero es mejor pensarlos en términos de comunidades con poder o sin él, en términos de política secular de razón e ignorancia, y de principios universales de justicia o injusticia, que vagar en busca de vastas abstracciones que nos pueden brindar satisfacción momentánea pero muy poco autoconocimiento y análisis informado”.

2.- Actuar sobre las causas. Alain Touraine intentaba mostrar cómo la descomposición o debilidad de los Estados por fuerzas que escapan al control de los Estados (la economía criminal, la corrupción) tenía como efecto “el repliegue agresivo en una identidad religiosa, étnica o política” que se convertía “en la más impetuosa de estas fuerzas”. Su

conclusión era ésta: “Durante algunas semanas será inevitable que los estadounidenses reaccionen emocionalmente a la humillación que acaban de sufrir y cierren filas en torno a sus dirigentes. Pero si esta solidaridad se traduce en agresividad, la brecha que separa los have y los have not se profundizará aún más, y las modalidades de violencia abierta se multiplicarán. En cambio, el impulso a una política de paz en Medio Oriente y la apertura de las sociedades instaladas en la dualidad pueden debilitar la violencia al tiempo que incrementan el nivel de conflictos interiores en esos países. Fuera de esas políticas, nada podrá impedir la extensión de zonas de violencia, a menudo sostenidas por los amos de la economía ilegal”. Como en el caso de ETA: actuación policial, sí; pero sin olvidar dónde están las causas, cuál es el conflicto inicial o subyacente con independencia de que sea perceptible en la actividad violenta. En un caso como en el otro, si no se va a las causas, la violencia volverá a presentarse. Como decía La Jornada en un editorial “tales hechos son expresiones –repudiables y bárbaras– de un conflicto que casi todo el mundo desconoce y que, paradójicamente, muy pocos se empeñan en identificar”.

3.- No olvidar la desigualdad. El diagnóstico de Johan Galtung era también claro: “La línea divisoria básica en este conflicto es la clase –de países y de gente. No es la civilización, a pesar de que el sentido de tener una misión y el destino manifiesto (“manifest destiny”) por parte de los Estados Unidos y el sentido de tener razón por parte islámica forman parte de ella”. Clase de gente, ricos y pobres, y clase de países, centro y periferia. Todo hay que decirlo: el problema no es tanto la desigualdad (que siempre la hay), sino el nivel tan elevado alcanzado y el ritmo con que se ha alcanzado, con la peculiaridad de haber puesto en dificultades a uno de los factores clásicos de estabilidad, a saber, las clases medias dentro de los países y los países intermedios (semi-periféricos) en las relaciones entre países. Estas clases medias menguantes, asustadas, desorientadas, apoyaran proyectos integristas

y aceptarán bombardeos por venganza. Nada más útil para estos grupos que tener un enemigo exterior bien definido y localizado: eso les explica suficientemente como para no tener que pensar más. Y que el enemigo sea abatible, permite, simultáneamente, la proyección de las propias frustraciones hacia un chivo expiatorio que cargará con todas las agresividades producidas por tales frustraciones.

4.- No olvidar la pobreza. Un editorial del Washington Post lo planteaba indirectamente: "El replanteamiento de las relaciones internacionales después de los ataques terroristas se está extendiendo ya a la política de ayuda exterior". En efecto, "los ataques del 11 de septiembre han servido como un recordatorio de los peligros que suponen para una superpotencia rica las vastas regiones del mundo encenagadas en la pobreza". Hay que luchar, pues, contra la pobreza, pero, eso sí, recordando que "la ayuda tiene éxito en reducir la pobreza cuando es proporcionada de acuerdo con la calidad de las políticas económicas de los receptores antes que con su utilidad estratégica". De todas maneras, el esfuerzo desplegado para ocultar o minimizar este aspecto llegaba a presentar, a bombo y platillo, los efectos que los atentados tendrían sobre la pobreza. Según el presidente del Banco Mundial, James Wolfenshon, 10 millones más de personas estarían condenadas a la pobreza a causa de tales atentados.

5.- El imperio de la ley. Baltasar Garzón afirmaba que "la paz o la libertad duraderas sólo pueden venir de la mano de la legalidad, de la justicia, del respeto a la diversidad, de la defensa de los derechos humanos, de la respuesta mesurada, justa y eficaz". El problema del juez, como se veía a los pocos días, no eran "las responsabilidades criminales de los que idearon y ejecutaron los terribles hechos del 11 de septiembre. Ésas corresponde fijarlas a la Justicia Nacional o Internacional, como a los servicios policiales o de inteligencia compete buscar y mostrar las pruebas para que el juicio sea factible y justo". El pro-

blema era que "no es de recibo decir: 'tengo las pruebas, pero no las hago públicas porque puedo perjudicar a las fuentes'. No. Esto no es serio. Esto, sencillamente, es ilegal". La aprobación urgente de una Convención Internacional sobre el terrorismo, la urgente ratificación del Estatuto de la Corte Penal Internacional, la supresión del secreto bancario son algunas de las respuestas al 11-S más importantes que la militar. Llama a asombro que el Fiscal General "tranquilece" a la posible opinión pública contraria a estos abusos diciendo que "no se detendrá a los sospechosos que no tengan lazos con el terrorismo o que no sean culpables de violar la ley". En realidad, la mayoría de tal opinión parecía comulgar con las ideas de Charles Krauthammer: a los criminales se les lleva a los tribunales, pero "éstos" no son criminales y lo que ha de llover sobre ellos no es la justicia sino la destrucción, opinión exactamente opuesta a la de Mariano Aguirre cuando escribía que "es preciso responder con la justicia y la prevención, porque con más violencia no se solucionará nada".

6.- Dignidad nacional, pero no histeria nacionalista. Baltasar Garzón también se espantaba ante "la sumisión simiesca de todos" que él no consideraba previsible. "Así, resulta preocupante que países como Francia o España no hayan alzado la voz en forma clara para decir no, para no aceptar la solución violenta como única posible, para desvelar la gran mentira de la 'solución final' contra el terrorismo". "No es posible que viva en un país que sufre el terrorismo desde hace más de treinta años y que día a día clama por la legalidad y el Estado de derecho para hacerle frente, y que ahora se ponga el casco militar y decida ayudar sin límite a un hipotético bombardeo de la nada, a una masacre de la miseria". En la misma dirección se manifestaba Juan Torres López criticando las posiciones que venía manteniendo el principal partido de la oposición, el PSOE, sobre la guerra y el papel de los Estados Unidos en la lucha contra el terrorismo. Dichas posiciones estaban "terminando por ser una mala copia del discurso más convencional y

retórico dominante y, generalmente, importado sin más desde los círculos del poder norteamericano". Aplaudir sin reservas a los Estados Unidos a pesar de su papel en la generación de los conflictos que dice combatir es una de las razones para criticar también al PSOE. Pero, "en segundo lugar, es una lamentable actitud la de aceptar sin más que la lucha contra el terrorismo derive necesariamente en una merma efectiva de las libertades civiles. Es un contrasentido inaceptable que los atentados contra la libertad se tengan que combatir con menos libertad para todos, que la defensa de la democracia termine por ser una jibarización de la misma en todas las naciones o, sencillamente, que los atentados injustos contra la vida los paguen con la suya otras personas igual de inocentes".

7.- Conciencia de lo que está en juego. Ante la pregunta por su opinión sobre lo que hay gente que piensa, a saber, que a través de toda la historia cuando una nación es atacada, responde de la misma manera, Noam Chomsky era muy claro: "fuera de la ley internacional, tenemos siglos de experiencia que nos dicen exactamente lo que implica esa doctrina. Y en un mundo con armas de destrucción masiva, lo que implica es un fin inminente del experimento humano – un peligro que constituye, después de todo, el motivo por el cual los europeos decidieron hace medio siglo [después del baño de sangre nacional-socialista, JMT] que el juego de la matanza mutua que se habían permitido durante siglos debía terminar, o sufrir las consecuencias". El mundo europeo de hace 50 años hubiera llevado al fin de la especie de haber estado disponibles las armas de destrucción masiva que ahora poseen más de una docena de países de todas las "civilizaciones". Malos tiempos para la lírica.

Repaso

Esto de ahora no son exactamente fascismos. Pero puede ser útil recor-

dar un discurso de Mussolini de 1926 en el Senado italiano en el que decía que "el fascismo rechaza en la democracia la absurda mentira de la igualdad (...). Para el fascista, todo está en el Estado, nada humano existe fuera del Estado, ni grupos, ni individuos (...)".

"La policía debe no sólo ser objeto de respeto sino de honores (...) El hombre, antes de sentir la necesidad de la cultura, ha sentido la necesidad de orden. Y, en un cierto sentido, se puede decir que el policía ha precedido al profesor (...)".

"Otro punto del fascismo: el reconocimiento del capital y del capitalismo. En esto somos netamente antisocialistas (...). Los capitalistas modernos son capitanes de industria, grandes organizadores (...) ¿Qué pueden pedir esos hombres? El éxito de sus industrias. Y ese éxito es el de la Nación".

"El fascismo no cree ni en la posibilidad ni en la utilidad de una paz perpetua (...). Sólo la guerra lleva al máximo de tensión a todas las energías humanas y marca con un sello de nobleza a los pueblos que tienen el coraje de afrontarla".

Los rasgos son los conocidos. Y el subcomandante Marcos los recogía para describir lo que él llama "reaparición del fascismo", como forma de totalitarismo difuso, y que, a su vez, tomaba de Umberto Eco, a saber: "rechazo del progreso del saber, irracionalismo, desconfianza hacia la cultura, miedo a la diferencia, racismo, frustración individual o social, xenofobia, elitismo aristocrático, machismo, sacrificio individual en beneficio de la causa, populismo cualitativo defundido por la televisión, 'newspeak' (léxico pobre y sintaxis elemental)".

Tal vez no estemos ante un nuevo proceso de fascistización. Hasta es posible que esos elementos fascistas que se encuentran en la realidad

circundante no sean nuevos y hayan estado ahí desde hace mucho tiempo. Lo que sí tengo para mí es que los sucesos del 11 de septiembre y siguientes ponen de manifiesto esas tendencias que ya estaban antes, dan oportunidades para los interesados en acelerarlas para hacerlo y que, ahora como a principios del "corto" siglo XX, el riesgo de desaparición que corre la especie humana es muy alto. Porque podría seguir existiendo como especie viva a pesar de las armas de destrucción masiva, pero sin libertad, igualdad y fraternidad es difícil considerarla como humana.

San Juan de Alicante, 25 de noviembre de 2001

3

POSICIONES ANTE LA REACCION DEL GOBIERNO ESTADOUNIDENSE

La guerra de Bush contra el terrorismo: ¿quién la va a pagar y quién se va a beneficiar?

William Hartung *

En los primeros días después de los ataques contra el Pentágono y el World Trade Center, el presidente George W. Bush ya había descrito estos atentados como actos de guerra, con lo que preparó el escenario para la introducción a una nueva "guerra contra el terrorismo". El Congreso rápidamente aprobó un paquete de fondos de emergencia por 40 mil millones de dólares, que sería dividido equitativamente entre los esfuerzos de reconstrucción doméstica y el apoyo a las agencias federales que estarán involucradas en la lucha contra el terrorismo.

Retomando el tema que ya había sido ejecutado anteriormente por el subsecretario de Defensa, Paul Wolfowitz, el presidente aseveró previamente a la sesión del Congreso, el 20 de septiembre, que la guerra contra el terrorismo que llevaría a cabo su administración sería un esfuerzo multifacético y a largo plazo, en el que se acompañarían acciones encubiertas, golpes militares, iniciativas diplomáticas y medidas de seguridad interna (que fueron subrayadas con la creación de un gabinete de seguridad interna, con nivel de departamento, que estaría encabezado por el gobernador de Pensilvania, Tom Ridge).

El discurso fue largo en decisión y corto en detalles sobre los costos y las consecuencias de esta aparentemente ilimitada campaña antiterror. El 21 de septiembre, el diario The Guardian publicó una nota titulada "Memorándum secreto revela planes de Estados Unidos de derrocar al régimen talibán". Con base en cables diplomáticos de Estados Unidos dirigidos a un aliado clave de la OTAN, The Guardian indicaba que

Washington buscaba los puntos de vista aliados sobre el "Afganistán postalibán, tras la liberación del país". Las tácticas estadounidenses para lograr este objetivo incluirían, según se informó, utilizar al monarca exiliado afgano de 86 años, el rey Zahir Shah, como un punto de convergencia para la opositora Alianza del Norte y otras tribus afganas para unirse y derrocar al régimen talibán.

Mientras tanto, se reportó que naves de transporte aéreo y equipo de inteligencia estadounidenses estaban aterrizando en la ex república soviética de Turkmenistán, que colinda con Afganistán, para ser usados en apoyo de la campaña antitalibán.

Lejos de representar un "nuevo enfoque", las opciones militares ofrecidas por la administración Bush -valerse de bombardeos masivos, dejar suelta a la CIA para permitir el asesinato de líderes extranjeros y armar a grupos rebeldes para presionar a los regímenes que supuestamente apoyan a grupos terroristas- son una colección de políticas fallidas del pasado.

La última vez que Estados Unidos armó a grupos opositores en Afganistán, se ayudó a plantar las semillas de la red terrorista de Bin Laden, entre otras cosas.

Bombardear Afganistán implica la muerte de civiles inocentes, lo que difícilmente es la manera de mostrar al mundo que matar a civiles está mal. Y dejar en libertad a las agencias estadounidenses de inteligencia para cometer asesinatos y caos, cuando ni siquiera son capaces de cumplir su misión original -la de recolectar información secreta a tiempo-, es un enfoque muy cuestionable en el rastreo de redes del terror, para decirlo de manera suave.

Antes de apresurarnos hacia una guerra existe la necesidad de un debate nacional mucho más vigoroso sobre la mejor manera de proteger a los civiles y prevenir la violencia contra ellos, tanto en Estados Uni-

dos como en el resto del mundo.

¿Un cheque en blanco para el Pentágono?

Pese a que ha habido una cantidad considerable de comentarios editoriales sobre la necesidad de reevaluar la estrategia de defensa de Estados Unidos a la luz de los ataques del 11 de septiembre, hasta ahora parece que todo continúa como siempre. Un artículo publicado en *Defense News*, en la edición número 23 del pasado 17 de septiembre, indica que unos 12 mil millones de los 40 mil millones de los que consta el paquete de emergencia, está destinado al Pentágono, pero cita a un oficial de esta dependencia diciendo que los fondos de emergencia "no tendrán nada que ver con los esfuerzos de rescate y emergencia". El oficial declara además que "esto no tendrá nada que ver con la respuesta de represalia a los ataques del 11 de septiembre. El financiamiento se destinará a satisfacer una lista de cosas que el departamento militar ha solicitado durante varios años".

El analista presupuestal, Christopher Hellman, del Centro de Información de Defensa, ha sugerido que el gasto militar para el año fiscal que comienza el 1o. de octubre de 2001 podría llegar a 375 mil millones de dólares. El subsecretario de Defensa Wolfowitz ha confiado que los fondos de emergencia son sólo el primer pago correspondiente a un mayor incremento en el gasto del Pentágono, y analistas conservadores, como Loren Thompson, del Instituto Lexington, han sugerido que es posible que el Congreso podría en estos momentos estar más dispuesto a llevar el presupuesto del Pentágono a 400 mil millones anuales o más; una cifra que hasta hace unos meses no era más que un sueño de opio de la derecha.

El incremento en el gasto del Pentágono es una buena noticia para sus principales contratistas, que son de las pocas compañías que mostraron incrementos en los precios de sus acciones cuando los mercados volvieron a abrir después del 11 de septiembre.

Entre los principales ganadores en la semana del 17 al 21 de septiembre estaban los principales contratistas militares y especiales como Raytheon (+37 por ciento), L-3 Communications (+35.8 por ciento), EDO (+24.8 por ciento), Alliant Tech Systems (+23.5 por ciento) y Northrop Grumman (+21.2 por ciento).

Como señaló James Dao, del New York Times, algunas compañías ya están imponiendo sus productos al Pentágono, ante los ataques del 11 de septiembre: "Muchos contratistas militares han titubeado ante la posibilidad de hablar públicamente de que sus prospectos económicos mejoraron. 'Esta es una manera horrible de hacer dinero', afirmó un cabildeiro".

Pero otras compañías, como Continental Electronics, han empezado a cabildear abiertamente por nuevos negocios, hasta llegar al grado de hablar directamente con el Pentágono. "Creemos que nuestros radiotransmisores serán necesitados con desesperación en lugares como Pakistán", dijo John Uvodich, presidente de la compañía. "Sólo estamos tratando de que la gente en Washington sepa que estamos aquí para ser útiles".

Un acercamiento lógico a reformar el Pentágono sería establecer algunas prioridades, y no solamente aventar dinero al problema bajo el disfraz de la lucha contra el terrorismo. Sistemas como el costoso avión de combate F-22, el aparatoso sistema de artillería Crusader y el programa de defensa antimisiles de la administración, con un costo de 8 mil 300 millones de dólares, parecen muy irrelevantes ante amenazas sin refinamiento técnico alguno como fueron los ataques del 11 de septiembre.

Pero, como dijo Joseph Cirincione, del Fondo Internacional Carnegie para la Paz: "Trágicamente, algunos están usando esta terrible desgracia para justificar sus programas ya existentes; basta pegarle una etiqueta de 'antiterrorismo' a la defensa misilística y el presupuesto au-

menta".

Así como nadie en la administración de George W. Bush ha explicado adecuadamente por qué se espera que una respuesta militar al terrorismo sea efectiva, nadie ha indicado por qué un presupuesto de 375 mil millones de dólares -comparable a lo que Estados Unidos estaba gastando durante la guerra fría contra un adversario con cuatro millones de tropas y miles de armas nucleares- no es suficiente para combatir a una serie de redes terroristas cuyos miembros se cuentan en miles, no en millones.

Sobre el sistema de defensa misilística

A pesar del hecho de que un número considerable de observadores informados, incluido el presidente del Comité de Relaciones Exteriores, Joseph Biden, del estado de Delaware, han señalado que los ataques del 11 de septiembre subrayan la irrelevancia del costoso esquema de defensa antimisiles promovido por la administración Bush, en lo referente a enfrentar las más inmediatas amenazas a la seguridad de Estados Unidos; el programa podría recibir un empujón a corto plazo, dentro del ambiente de "consenso" que reina actualmente en el Capitolio. Pocos días después de los ataques, el New York Times informó que demócratas clave del Capitolio no querían parecer partisanos peleándose por el sistema antimisiles en ese momento. Pero como correctamente señaló Tom Collina, de la Asociación de Científicos Comprometidos, "existe un peligro real de que por esta crisis, los demócratas se den por vencidos en la batalla, lo que sería una verdadera lástima".

El presidente del Comité de Servicios Armados, Carl Levin, aceptó por lo pronto postergar una enmienda que hubiera limitado la capacidad de la administración para llevar a cabo ensayos y otras acciones que hubiesen violado el Tratado Antimisiles Balísticos. Prometió introducir la

medida más tarde, como tema independiente.

Mientras, los promotores de la Star Wars están usando analogías domésticas para sugerir que necesitamos medidas antiterroristas y defensa misilística, diciendo cosas como "sólo porque el agresor entró esta última vez por la entrada principal, no quiere decir que por eso vamos a dejar de cerrar la puerta de atrás", o bien "sólo porque tenemos seguro contra robo no quiere decir que vamos a dejar de comprar un seguro contra incendio". Estas comparaciones están totalmente fuera de lugar.

Dado lo extremadamente remoto que es el que un Estado con armas nucleares, ya no digamos un grupo terrorista, lance un ataque con misiles nucleares contra Estados Unidos, sería una analogía mucho más exacta algo así como "ahora que se nos quemó la casa, tal vez debamos dejar de gastar todo nuestro dinero en un seguro contra asteroides".

Esperemos que la moratoria en el Capitolio sobre las críticas a la defensa misilística termine pronto, antes de que miles de millones de dólares adicionales se viertan hacia este peligroso e inoperable proyecto. Esperemos también que la actual posición irresponsable del Capitolio de lanzar dinero de manera acrítica al Pentágono, ante los ataques del 11 de septiembre, se deje a un lado en favor de un vigoroso debate público sobre la mejor manera de prevenir el terrorismo.

Traducción: Gabriela Fonseca

* William Hartung es presidente adjunto del New School University's World Policy Institute y director del Centro de Investigaciones para el Comercio de Armas. También es autor del libro *And weapons for all*.

El teatro del terror

JOHN LE CARRÉ

Ocho de octubre de 2001. 'Empieza el bombardeo', chilla el titular de hoy del normalmente circunspecto Guardian. 'Batalla unida', se hace eco el igualmente cauto Herald Tribune, citando a George W. Bush. Pero, ¿con quién se ha unido? ¿Cómo acabará esto? ¿Qué les parecería con un Osama Bin Laden esposado, con un aspecto más sereno y más parecido a Cristo que nunca, ante una tribuna donde están sus vencedores y con Johnny Cochrane como defensor? Los honorarios no serían ningún problema, eso está claro.

¿O un Bin Laden hecho añicos por una de esas bombas inteligentes que, según parece, son capaces de matar terroristas escondidos en cuevas pero dejan la vajilla intacta? ¿O hay alguna otra solución que no se me haya ocurrido y que evite que convirtamos a nuestro gran enemigo en un gran mártir para aquellos para los que ya es un ser casi divino?

Sí, hay que castigarle. Hay que llevarle ante la justicia. Como todo ser cuerdo, no veo otra salida. Enviemos alimentos y medicinas, suministremos ayuda, recojamos a los refugiados muertos de hambre, a los huérfanos tullidos, los pedazos de cuerpos -lo siento, 'daños colaterales'-, pero no hay más opción, hay que cazar a Bin Laden y a sus terribles secuaces.

Lamentablemente, más que el merecido castigo, EE.UU. añora en estos momentos más amigos y menos enemigos. Y lo que se está reservando, como nosotros los británicos, es aún más enemigos; porque tras

todos los sobornos, amenazas y promesas con que se ha remendado esta coja coalición, no podemos evitar que, cada vez que un misil mal dirigido se lleve por delante un pueblo inocente, nazca otro bombardero suicida, y no se ve cómo eludir este endiablado ciclo de desesperación, odio y, de nuevo, venganza.

La maquillada grabación televisiva y las fotografías de Bin Laden sugieren que se trata de un hombre con un narcisismo homoerótico, lo que quizá nos dé alguna esperanza. Cuando posa con un Kaláshnikov, asiste a una boda o consulta un texto sagrado, muestra con cada gesto de autoadoración que es tan consciente de la cámara como un actor. Tiene altura, belleza, gracia, inteligencia y magnetismo, todos ellos grandes atributos, a menos que se sea el fugitivo más de moda del mundo y se haya huido, en cuyo caso son un incordio difícil de disfrazar. Pero el más grande de todos, a mis fatigados ojos, es su apenas contenible vanidad masculina, su apetito por la teatralidad y su inmensa pasión por estar en el candelerero. Y puede que este rasgo sea su perdición y le induzca a un acto final dramático de autodestrucción, producido, dirigido, escrito e interpretado hasta la muerte por el propio Osama Bin Laden.

Según las reglas del terrorista, por supuesto la guerra se perdió hace tiempo. Según nosotros, ¿qué victoria podríamos obtener equiparable a las derrotas ya sufridas, por no hablar de las que nos esperan? El 'terrorismo es teatro', me dijo en 1982 en Beirut un agitador palestino de voz suave. Hablaba del asesinato de los atletas israelíes en los Juegos Olímpicos de Múnich, pero podría estar hablando de las Torres Gemelas y del Pentágono. Al difunto Bakunin, evangelista del anarquismo, le encantaba hablar de la propaganda del Acto. Es difícil imaginar unos actos de propaganda más teatrales y potentes que estos.

Bakunin en su tumba y Bin Laden en su cueva deben de estar frotándose las manos mientras nos embarcamos en un proceso tan caro a los

terroristas de su calaña: duplicamos a toda prisa nuestras fuerzas policiales y de inteligencia y las dotamos de más poder, suspendemos derechos civiles básicos y limitamos la libertad de prensa, imponiendo puntos negros informativos y una censura secreta, nos autoespiamos y, lo que es peor, violamos mezquitas y acosamos en la calle a pobres ciudadanos porque nos da miedo el color de su piel.

Y los miedos compartidos -¿me atrevo a volar?, ¿debería llamar a la policía para hablarles de esa pareja tan rara del piso de arriba?, ¿sería más seguro no conducir por Whitehall esta mañana?, ¿ha vuelto mi hijo sano y salvo del colegio?, ¿se han hundido mis ahorros de toda la vida?- son justo los miedos que nuestros atacantes desean que tengamos.

Hasta el 11 de septiembre, EE.UU. era feliz machacando a Putin por su carnicería en Chechenia. Le decían que la violación rusa de los derechos humanos en el norte del Cáucaso -todo el mundo estaba de acuerdo en la existencia de tortura generalizada y asesinatos equivalentes a un genocidio- obstaculizaban unas relaciones más estrechas con la OTAN y EE UU. Incluso había voces - entre ellas la mía- que sugerían que Putin se uniera a Milosevic en La Haya; acabemos con los dos juntos. Bueno, adiós a todo eso. En el seno de la nueva gran coalición, Putin parecerá un santo en comparación con algunos de sus compañeros de cama.

¿Nadie se acuerda ya de la protesta contra lo que se consideraba colonialismo económico del G-8? ¿O contra el saqueo del Tercer Mundo por las incontrolables multinacionales? Praga, Seattle y Génova nos mostraron turbadoras escenas de cabezas rotas, vidrios rotos, violencia callejera y brutalidad policial. Blair estaba profundamente impresionado. Pero el debate siguió siendo válido, hasta que se ahogó en la oleada de patriotismo, hábilmente explotado por Estados Unidos SA. Mención hoy Kioto y se arriesgará a ser tildado de antiamericano. Parece

que hubiéramos entrado en un nuevo mundo orwelliano en el que nuestra fiabilidad como camaradas en la lucha se midiera por el grado en que invocáramos el pasado para explicar el presente. Insinuar un contexto histórico para las atrocidades recientes equivale a justificarlas. Quien esté con nosotros no lo hace. Quien lo haga, está contra nosotros.

Hace 10 años me estaba convirtiendo en un pelma idealista al contar a todo el que quisiera escucharme que con la guerra fría nos estábamos perdiendo una oportunidad irrepitable de transformar la comunidad mundial. ¿Dónde estaba el nuevo Plan Marshal?, suplicaba. ¿Cómo es que los y las jóvenes de los Cuerpos de Paz Estadounidenses, de los Servicios de Voluntariado en el Extranjero y de sus equivalentes europeos no se presentaban a millares en la antigua URSS?

¿Dónde estaba ese estadista de categoría mundial, ese hombre moderno, con la voz y la visión necesarias para definimos los auténticos, aunque menos llamativos, enemigos de la humanidad: la pobreza, el hambre, la esclavitud, la tiranía, las drogas, las guerras incontroladas, la intolerancia racial y religiosa, la avaricia? Ahora, de la noche a la mañana, gracias a Bin Laden y los suyos, todos nuestros líderes son estadistas de categoría mundial, que proclaman sus voces y sus ideas en lejanos aeropuertos mientras ponen plumas en sus nidos electorales.

Ha habido mucha mención desafortunada, y no sólo del signor Berlusconi, a la cruzada. Naturalmente, implica una exquisita ignorancia de la historia. ¿Realmente proponía Berlusconi liberar los santos lugares de la cristiandad y castigar a los paganos? ¿Lo proponía Bush? ¿Soy un impertinente si recuerdo que perdimos las cruzadas? Pero no pasa nada: se reprodujeron mal las palabras de Berlusconi y la referencia presidencial ya no es operativa.

Mientras tanto, el nuevo papel de Blair como intrépido portavoz de EE.UU. avanza rápido. Habla bien porque Bush habla mal. Visto des-

de el extranjero, Blair es, en esta asociación, el veterano estadista inspirado, con una legitimidad intachable, mientras Bush (¿osa uno decir esto estos días?) prácticamente ni fue elegido.

Pero, ¿qué representa Blair, el veterano estadista? Ambos van subiendo en sus respectivas puntuaciones y, si se saben sus libros de historia, son conscientes de que una buena puntuación el Día 1 de una peligrosa operación militar no garantiza la victoria el día de las elecciones.

¿Cuántas bolsas de cadáveres estadounidenses puede soportar Bush sin perder el apoyo popular? Puede que tras los horrores de las Torres Gemelas y el Pentágono los estadounidenses quieran venganza, pero tienen poco aguante respecto a derramar más sangre estadounidense.

Blair, como le dice todo el mundo occidental salvo algunas voces desabridas de su país, es el elocuente caballero andante de EE UU, el valiente y leal paladín de esa delicadísima criatura del Atlántico: la Relación Especial. Otra cosa muy distinta es si se ganará el favor de su electorado con ello, porque Blair fue elegido para salvar al país del hundimiento, no de Osama Bin Laden. La Gran Bretaña que lleva a la guerra es un monumento a 60 años de incompetencia administrativa. **Nuestros sistemas sanitario, educativo y de transportes están en la ruina.** Está de moda describirlos como 'tercermundistas', pero hay lugares del Tercer Mundo que están mucho mejor.

La Gran Bretaña que Blair gobierna está marchita por un racismo institucionalizado, una dominación del hombre blanco, unas fuerzas policiales caóticamente administradas, un sistema judicial estreñido, una riqueza privada obscena y una vergonzosa e innecesaria pobreza pública. En su reelección, caracterizada por una deprimente escasa asistencia a las urnas, Blair reconoció estos males y humildemente admitió que estaba advertido y debía corregirlos.

Así que, cuando percibimos el noble latido de su voz mientras a regañadientes nos conduce a la guerra, y nuestro corazón se eleva con su incuestionable belleza retórica, vale la pena recordar que también puede estar advirtiéndonos, sotto voce, que su misión ante la humanidad es tan importante que quizá tengamos que esperar otro año para esa urgente operación médica, y muchos más para poder subirnos a un tren seguro y puntual. No estoy seguro de que éstos sean los temas de la victoria electoral dentro de tres años. Al ver a Blair, y al escucharle, no puedo evitar tener la impresión de que está en una especie de sueño, caminando peligrosamente por un peligroso y propio tablón para arrojarse al mar.

¿He dicho guerra? Me pregunto si Blair o Bush habrán visto alguna vez a un niño hecho pedazos, o habrán presenciado el efecto de una batería de bombas sobre un campo de refugiados desprotegido. Ver cosas tan terribles no es condición necesaria para el generalato, y no es una experiencia que desee a ninguno de los dos. Pero me asusta ver rostros políticos sin un rasguño brillando a la luz del combate y escuchar voces políticas pijas endureciendo mi corazón para la batalla.

Y, por favor, señor Bush, de rodillas se lo pido, señor Blair, dejen a Dios al margen. Imaginar a Dios luchando en la guerra es atribuirle los peores locuras de la humanidad. Si algo sabemos de Dios, cosa que no pretendo, es que prefiere envíos eficaces de alimentos, equipos médicos especializados, comodidad y buenas tiendas de campaña para los sin techo y los desposeídos, y la aceptación decente y sin peros de nuestros pecados pasados junto a la voluntad de enmendarlos. Prefiere que seamos menos avariciosos, arrogantes y evangélicos, y que despreciemos menos a los perdedores.

No se trata de un nuevo orden mundial, aún no, y no es una guerra de Dios. Es una acción policial horrible, necesaria y humillante para repa-

rar el fallo de nuestros servicios de inteligencia y nuestra ciega estupidez política de armar y explotar a fanáticos islamistas para que lucharan contra el invasor soviético, y después abandonarlos en un país devastado y sin líderes. Por ello es nuestro triste deber buscar y castigar a un puñado de fanáticos religiosos moderno-medievales que, por esa misma muerte que nos proponemos asestarles, adquirirán talla de mito.

Y cuando acabe, no habrá terminado. En las secuelas emocionales de su destrucción, los siniestros ejércitos de Bin Laden, en lugar de desaparecer, reclutarán a más gente. Lo mismo ocurrirá con el núcleo de callados simpatizantes que les dan apoyo logístico. Con cautela, entre líneas, se nos invita a creer que la conciencia de Occidente se ha vuelto a despertar ante el dilema de los pobres y desposeídos de la Tierra. Y es posible que del miedo, la necesidad y la retórica haya nacido un nuevo tipo de moralidad política. Pero, cuando callen las armas y se logre una paz aparente, ¿EE.UU. y sus aliados se mantendrán en sus puestos o, como ocurrió al final de la guerra fría, colgarán las botas y volverán a casa, a sus patios traseros? Aunque esos patios traseros nunca vuelvan a ser ese lugar seguro que una vez fueron.

John Le Carré es escritor británico.

La nueva guerra contra el terror

Noam Chomsky

La evidencia sobre la culpabilidad de Bin Laden no interesa a EE.UU. pues lo que quiere es establecer su derecho a actuar cómo y cuando le dé la gana y dejar bien establecida su credibilidad como matón global. Todos sabemos que el mundo lo maneja la gente de la televisión [risas en el público]. Acabo de recibir órdenes de que debiéramos estar aquí, no allá. Bueno, la última charla que di en este foro fue sobre un tema liviano y agradable. Fue sobre cómo los seres humanos constituyen una especie en peligro y, considerando la naturaleza de sus instituciones, probablemente se destruirán a sí mismos dentro de un plazo relativamente corto. Así que esta vez podemos dar un suspiro de alivio ya que tenemos un tema agradable en su lugar. Por desgracia, el mundo sigue presentándonos cosas que lo hacen más y más horrible y seguimos tal cual.

Asumo 2 condiciones para esta charla

- La primera es lo que yo presumo que es un reconocimiento de los hechos. Y es que los eventos del 11 de septiembre fueron una atrocidad horrenda, probablemente el mayor número de muertos súbitos de cualquier crimen en toda la historia, fuera de una guerra.
- La segunda presunción tiene que ver con los objetivos. Presumo que nuestro objetivo es que estamos interesados en reducir la probabilidad de tales crímenes, sean contra nosotros o contra otros.

Si ustedes no aceptan estas dos presunciones, entonces lo que diga no se dirigirá a ustedes. Si las aceptan, se presenta una cantidad de preguntas, estrechamente relacionadas, que merecen mucha reflexión.

Las 5 preguntas

Una pregunta, que es de lejos la más importante es ¿qué está sucediendo ahora mismo? E implícitamente ¿qué podemos hacer al respecto? La segunda tiene que ver con la suposición muy común que lo que sucedió el 11 de septiembre es un acontecimiento histórico, que cambiará la historia. Tiendo a estar de acuerdo. Pienso que es cierto. Fue un evento histórico y la pregunta que debemos hacernos es ¿exactamente por qué? La tercera pregunta tiene que ver con el título, "La guerra contra el terrorismo". ¿Qué es exactamente? Y hay una pregunta relacionada, es decir ¿qué es el terrorismo? La cuarta pregunta que es más restringida, pero importante, tiene que ver con los orígenes de los crímenes del 11 de septiembre. Y la quinta pregunta, en la que quiero detenerme un poco, es qué opciones políticas existen en el combate de esta guerra contra el terrorismo, y en el trato de las situaciones que llevaron a ella.

Diré algunas cosas sobre cada pregunta. Con placer me extenderé en la discusión y, por favor, no duden en formular otras preguntas. Hay algunas que se me ocurren, que son igualmente importantes, pero ustedes podrían fácil y plausiblemente escoger otras.

1. ¿Qué está sucediendo en este momento?

Tres a cuatro millones de personas están muriendo de hambre

Comencemos de inmediato con este tema. Hablaré sobre la situación en Afganistán. Sólo me basaré en fuentes incontrovertibles como el New York Times [risas en el público].

Según el New York Times hay 7 a 8 millones de personas en Afganistán al borde de la inanición. Esto, en realidad, era cierto antes del 11 de septiembre. Estaban sobreviviendo gracias a la ayuda internacional. El 16 de septiembre el Times informó, cito, que EE.UU. exigía de Pakistán la eliminación de los convoyes de camiones que suministraban gran parte de los alimentos y otras provisiones a la población civil de Afganistán. Que yo sepa no hubo reacción alguna en EE.UU. o en Europa. Fue transmitido por las radios nacionales en toda Europa el día siguiente. Que yo sepa, no hubo ninguna reacción en EE.UU. o en Europa ante la exigencia de que se impusiera la muerte por hambre a millones de personas. La amenaza de ataques aéreos inmediatamente después de septiembre... por ahí, obligó a evacuar a los trabajadores de la ayuda internacional, lo que descalabró los programas de ayuda. En realidad, cito nuevamente al New York Times. Los refugiados que llegaron a Pakistán después de duros viajes desde Afganistán describen escenas de desesperación y temor dentro del país, cuando la amenaza de los ataques dirigidos por EE.UU. convirtió la prolongada miseria diaria en una potencial catástrofe. El país colgaba de una cuerda de salvamento y acabábamos de cortarla. Cito a un cooperante de la ayuda, en el New York Times Magazine.

El Programa Mundial de Alimentos, el programa de la ONU, que hasta ahora es el principal, pudo recomenzar después de tres semanas a principios de octubre, recomenzó a niveles más reducidos, recomenzó a enviar alimentos. No tienen cooperantes de ayuda extranjeros dentro del país, así que el sistema de distribución es obstaculizado. Fue suspendido en cuanto comenzaron los bombardeos. Luego recomenzaron a un ritmo más lento, mientras las agencias de ayuda criticaban duramente los lanzamientos aéreos de alimentos de EE.UU., condenándolos como instrumentos de propaganda que probablemente hacían más daño que bien. Ocurre que ahora estoy citando al Financial Times de Londres, pero es fácil continuar. Después de una primera semana de

bombardeos, el New York Times informó en una página trasera, dentro de una columna, que trataba de otra cosa, que según las cuentas de la ONU, pronto habrá 7 millones y medio de afganos necesitando desesperadamente aunque sea un pedazo de pan y que quedan sólo unas pocas semanas antes de que comience el duro invierno, que imposibilitará el aprovisionamiento de muchas áreas, sigo citando, pero con los bombardeos el nivel de suministros ha bajado a la mitad de lo que se necesita. Un comentario como de pasada. Lo que nos dice que la civilización occidental está anticipando la matanza de, haremos el cálculo, 3 a 4 millones de personas, o algo por el estilo. El mismo día, el dirigente de la civilización occidental, rechazó una vez más, con desdén, las ofertas de negociación para la entrega del pretendido objetivo, Osama bin Laden, y una solicitud de alguna evidencia para sustanciar la exigencia de una capitulación total. Fue rechazada. El mismo día, un Informador Especial de la ONU a cargo de alimentos, rogó a EE.UU. que detuvieran los bombardeos para salvar a millones de víctimas. Que yo sepa, no hubo información alguna al respecto. Fue el lunes. Ayer, las mayores agencias de ayuda OXFAM y Christian Aid se unieron a ese ruego. No se puede encontrar ninguna información al respecto en el New York Times. Hubo una línea en el Boston Globe, escondida en una historia sobre otro tópico, Cachemira.

Genocidio en silencio

Y así podríamos continuar... pero todo eso... en primer lugar nos indica lo que está sucediendo. Parece que lo que está sucediendo es alguna como un genocidio silencioso. También da bastante oportunidad de ver lo que es la cultura de la élite, la cultura de la que formamos parte. Indica que pase lo que pase, no sabemos qué ocurrirá, los planes que se están haciendo y los programas que están siendo realizados, se basan en la suposición de que puedan llevar a la muerte de varios millones de personas en las próximas semanas... con toda tranquilidad, sin



comentarios, ningún pensamiento especial al respecto, como si fuera algo normal, aquí y en buena parte de Europa. No en el resto del mundo. En realidad, ni siquiera en gran parte de Europa. Si uno lee la prensa irlandesa o la prensa en Escocia... tan cerca, las reacciones son muy diferentes. Bueno, eso es lo que está sucediendo. Lo que está sucediendo ahora, está ciertamente bajo nuestro control. Podemos hacer mucho para influenciar lo que está sucediendo. Y de eso se trata.

2. ¿Por qué fue un evento histórico?

Un ataque al territorio nacional

Ahora bien, consideremos la pregunta un poco más abstracta, olvidando por el momento que al parecer estamos en medio de un intento de asesinato de 3 a 4 millones de personas, no talibán, por supuesto, sino que sus víctimas. Volvamos atrás... volvamos a la pregunta sobre los históricos acontecimientos que ocurrieron el 11 de septiembre. Como dije, pienso que es cierto. Fue un evento histórico. No, por desgracia, por su dimensión, de la que duele hablar, porque en términos de su dimensión no es tan extraordinario. Dije que es el peor... probablemente el peor número de víctimas súbitas de cualquier crimen. Y puede ser cierto. Pero hay crímenes terroristas con efectos un poco más prolongados que son más extremos, por desgracia. Sin embargo, es un evento histórico porque hubo un cambio. El cambio fue la dirección hacia la que se apuntaba. Eso es nuevo. Radicalmente nuevo. Así que, échele una mirada a la historia de EE.UU.

La última vez que el territorio nacional de EE.UU. fue atacado, o mejor dicho, incluso amenazado, fue cuando los británicos incendiaron Washington en 1814. Ha habido muchos... ha sido común presentar Pearl Harbor, pero no es una analogía válida. Los japoneses, piénsese lo que se quiera al respecto, los japoneses bombardearon bases milita-

res en dos colonias de EE.UU. no el territorio nacional; colonias que habían sido arrebatadas a sus habitantes de una manera no demasiado elegante. Ahora es el territorio nacional que ha sido atacado en gran escala, se pueden encontrar algunos ejemplos marginales, pero éste es único.

Durante cerca de 200 años, nosotros, Estados Unidos, expulsamos o sobre todo exterminamos a la población indígena, es decir a muchos millones de personas, conquistamos la mitad de México, realizamos depredaciones en toda la región, en el Caribe y en América Central, algunas veces más allá, conquistamos Hawai y Filipinas, matando a varios cientos de miles de filipinos al hacerlo. Desde la segunda guerra mundial, EE.UU. ha extendido su alcance a todo el mundo utilizando métodos que no precisan descripción. Pero fue siempre matando a otros, la batalla fue siempre en otros lugares, los masacrados fueron los otros. No aquí. No en el territorio nacional.

Europa

En el caso de Europa, el cambio es aún más dramático, porque su historia es aún más horrenda que la nuestra. Somos, básicamente, un vástago de Europa. Durante cientos de años, Europa ha estado masacrando gente en todo el mundo, con la mayor tranquilidad. Es así como conquistaron el mundo, no distribuyendo golosinas a los bebés. Durante este período Europa sufrió guerras asesinas, pero fueron asesinos europeos matándose mutuamente. La única razón por la que terminó en 1945, fue... no tuvo nada que ver con democracia o con no hacerse la guerra unos a otros u otras nociones de moda. Tuvo que ver con el hecho de que todos comprendieron que la próxima vez que jugaran ese juego iba a ser el fin del mundo. Porque los europeos, incluyéndonos a nosotros, han desarrollado tales armas de destrucción masiva que ese juego tiene que acabarse. Y tiene cientos de años. En el siglo XVII,

aproximadamente un 40 por ciento de toda la población de Alemania fue eliminada en una sola guerra.

Pero durante todo ese período de sangrientas matanzas, los europeos se estuvieron matando unos a otros, y matando gente en otras partes. Congo no atacó a Bélgica, India no atacó a Inglaterra. Argelia no atacó a Francia. Es siempre lo mismo. De nuevo, hubo algunas pequeñas excepciones, pero muy pequeñas en escala, ciertamente invisible en la escala de lo que Europa y nosotros estaban haciéndole al resto del mundo. Es el primer cambio. Es la primera vez que se apunta en la dirección contraria. Y a mi juicio es probablemente el motivo por el cual se ven reacciones tan diferentes a los dos lados del Mar de Irlanda, que he visto, a propósito, en numerosas entrevistas a ambos lados, en la radio nacional en ambos casos. El mundo se ve muy distinto, dependiendo de si uno tiene el látigo en sus manos o si ha estado recibiendo latigazos durante siglos, muy distinto. Así que pienso que el choque y la sorpresa en Europa y en sus vástagos, como aquí, son muy comprensibles. Es un evento histórico pero, por desgracia, no en escala, en otro sentido y es una razón por la que el resto del mundo, la mayor parte del resto del mundo lo ve de manera muy diferente. Sin dejar de sentir compasión por las víctimas de la atrocidad, o de horrorizarse, eso es casi general, sino que porque lo consideran desde una perspectiva diferente. Algo que debiéramos tratar de comprender.

3. ¿Qué es la guerra contra el terrorismo?

Bien, veamos la tercera pregunta, '¿qué es la guerra contra el terrorismo?' y una pregunta incidental, '¿qué es el terrorismo?'

La guerra contra el terrorismo ha sido descrita en las altas esferas como una lucha contra una plaga, como un cáncer que es propagado por bárbaros, por "oponentes depravados de la civilización misma." Es un

sentimiento que comparto. Sucede, sin embargo, que las palabras que estoy citando, son de hace 20 años. Son... del presidente Reagan y de su secretario de estado. La administración Reagan llegó al poder hace 20 años declarando que la guerra contra el terrorismo internacional se hallaría en el centro de nuestra política... describiéndola en términos como los que acabo de mencionar, entre otros. Y estuvo en el centro de nuestra política exterior. La administración Reagan reaccionó a esa plaga propagada por oponentes depravados a la civilización misma, creando una red terrorista internacional extraordinaria, sin precedente alguno en su escala, que realizó masivas atrocidades en todo el mundo, sobre todo... bien, en parte, cerca, pero no sólo allí. No voy a mencionar toda la lista, ustedes son todos gente educada, así que estoy seguro de que lo aprendieron en el colegio secundario. [risas del público]

La guerra de Reagan-EE.UU. contra Nicaragua

Sólo mencionaré un caso incontrovertible, así que no habrá discusiones al respecto; de ninguna manera es el caso más extremo, pero es incontrovertible. Es incontrovertible gracias a los fallos de las principales autoridades internacionales, la Corte Internacional de Justicia, la Corte Mundial, y el Consejo de Seguridad de la ONU. Así que este caso es incontrovertible, por lo menos para gente que con la más mínima consideración por el derecho internacional, los derechos humanos, la justicia y otras cosas similares. Y ahora les daré un trabajo. Ustedes pueden calcular la dimensión de esa categoría preguntando simplemente cuántas veces se ha mencionado ese caso incontrovertible en los comentarios del mes pasado. Y es un caso particularmente relevante, mente.

La reacción nicaragüense

Nicaragua reaccionó. No reaccionó lanzando bombas en Washington. Reaccionaron llevando el caso a la Corte Mundial, presentando un caso, no tuvieron ningún problema para reunir la evidencia. La Corte Mundial aceptó el caso, decidió a su favor, ordenó que... condenaron lo que llamaron el "uso ilegal de la fuerza," que es otra palabra para llamar al terrorismo internacional, por parte de EE.UU., ordenó a EE.UU. que detuviera el crimen y que pagara masivas reparaciones. Estados Unidos, por supuesto, rechazó el fallo de la corte con un desprecio total y anunció que en lo futuro no aceptaría la jurisdicción de la corte. Entonces Nicaragua fue al Consejo de Seguridad de la ONU, el que consideró una resolución llamando a todos los estados a respetar el derecho internacional. No se mencionó a nadie, pero todos comprendieron. EE.UU. vetó la resolución. Ahora es el único estado conocido que ha sido condenado por la Corte Mundial por terrorismo internacional, y ha vetado la resolución del Consejo de Seguridad llamando a todos los estados a respetar el derecho internacional. Nicaragua fue entonces a la Asamblea General, donde técnicamente no existe el derecho a veto, pero donde un voto negativo de EE.UU. equivale a un veto. Aprobó una resolución similar y solamente se opusieron Estados Unidos, Israel y El Salvador. Lo mismo pasó el año siguiente, pero esa vez EE.UU. sólo pudo conseguir el apoyo de Israel, así que fueron 2 votos opuestos a la observación del derecho internacional. Llegado ese punto, a Nicaragua no le quedó ningún recurso legal. Había intentado todas las medidas posibles. No funcionan en un mundo regido por la fuerza.

El caso es incontrovertible, pero de ninguna manera el más extremo. Aprendemos mucho sobre nuestra propia cultura y sociedad y sobre lo que está sucediendo en la actualidad, preguntando '¿cuánto sabemos de todo esto? ¿cuánto hablamos de esto? ¿cuánto aprendemos en la escuela?

la? cuánto llena las primeras planas?' Y no fue más que el comienzo. EE.UU. respondió a la Corte Mundial y al Consejo de Seguridad, escalando inmediatamente la guerra de manera acelerada y, casualmente, fue una decisión de ambos partidos. Los términos de la guerra también fueron alterados. Por primera vez hubo órdenes oficiales... órdenes oficiales al ejército terrorista de atacar lo que se llama "objetivos blandos," queriendo decir objetivos civiles indefensos, y mantenerse lejos del ejército nicaragüense. Pudieron hacerlo porque EE.UU. controlaba totalmente el espacio aéreo sobre Nicaragua y suministró al ejército mercenario equipos de comunicación modernos; no se trataba de un ejército de guerrilla en el sentido normal y podían recibir instrucciones sobre los desplazamientos de las fuerzas del ejército nicaragüense, de manera que podían atacar impunemente cooperativas agrícolas, clínicas sanitarias, etc., etc.,... objetivos blandos. Ésas eran las órdenes oficiales.

¿Cuál fue la reacción en este país?

¿Cuál fue la reacción?

Todo era conocido. Hubo una reacción. La política utilizada fue considerada como sensata por la opinión liberal de izquierda. Así que Michael Kinsley, que representa a la izquierda en la discusión en los medios oficiales, escribió un artículo en el que dijo que no debíamos apresurarnos demasiado en la crítica de esa política, como lo había hecho Human Rights Watch. Dijo que una "política sensata" debe "pasar el test del análisis de costos y beneficios" – es decir, ahora paso a citar, es decir el análisis de "la cantidad de sangre y miseria que habrá que introducir, y la probabilidad de que la democracia emerja por el otro extremo." La democracia, tal como EE.UU. comprende la expresión, ilustrada gráficamente por los países vecinos [a Nicaragua]. Nótese que es axiomático que EE.UU., las élites de EE.UU., tienen el de-

recho de realizar el análisis y de realizar el proyecto si pasa sus tests. Y pasó sus tests. Funcionó. Cuando Nicaragua terminó por sucumbir ante el ataque de la superpotencia, los comentaristas elogiaron pública y alegremente el éxito de los métodos que fueron utilizados, y los describieron en detalle. Así que paso a citar a Time Magazine, tomando a uno de tantos. Alabaron el éxito de los métodos escogidos: "para arruinar la economía y proseguir una larga y mortífera guerra por encargo, hasta que los nativos exhaustos derribaron por sí mismos el gobierno indeseado," con un costo "mínimo" para nosotros, dejando a las víctimas con "puentes destruidos, estaciones eléctricas saboteadas, y granjas arruinadas", dándole así al candidato de EE.UU. un "tema ganador": "terminar con el empobrecimiento del pueblo de Nicaragua". El New York Times publicó una primera plana diciendo "Estadounidenses unidos en la alegría" ante este resultado.

El terrorismo funciona – el terrorismo no es el arma de los débiles. Es la cultura en la que vivimos y revela varios hechos. Uno es el hecho que el terrorismo funciona. No fracasa. Funciona. La violencia funciona generalmente. Es la historia del mundo. En segundo lugar, es un error analítico muy serio decir, como se hace comúnmente, que el terrorismo es el arma de los débiles. Como otros medios de violencia, constituye sobre todo un arma de los fuertes, abrumadoramente, en realidad. Es considerada un arma de los débiles, porque los fuertes también controlan los sistemas doctrinarios y su terror no cuenta como terror. Ahora bien, eso es casi universal. No se me ocurre ninguna excepción histórica, incluso los peores asesinos en masa ven el mundo de esa manera. Así que tomemos a los nazis. No imponían el terror en la Europa ocupada. Estaban protegiendo a la población local contra el terrorismo de los partisanos. Y como en el caso de otros movimientos de resistencia, hubo terrorismo. Los nazis efectuaban contraterrorismo. Además, EE.UU. estuvo esencialmente de acuerdo con eso. Después de la guerra, el ejército de EE.UU. realizó estudios extensivos de las

operaciones de contraterrorismo de los nazis en Europa. Debiera decir en primer lugar, que EE.UU. aprendió de ellos y también comenzó a realizar operaciones similares, a menudo contra los mismos objetivos, la antigua resistencia. Pero los militares que estudiaron los métodos nazis también publicaron interesantes estudios, criticándolos a veces por su ineficiencia, un verdadero análisis crítico, ustedes no hicieron esto bien, pero lo otro sí, pero esos métodos fueron importados a este país con los consejos de los oficiales de la Wehrmacht y se convirtieron en los manuales de la contrainsurgencia, del contraterrorismo, del conflicto de baja intensidad, como lo llaman, y son los manuales, y los procedimientos que están siendo utilizados. Así que no fueron sólo los nazis los que lo hicieron. Lo que pasa es que fue considerado como la acción correcta por los dirigentes de la civilización occidental, es decir nosotros, que luego procedieron a hacer lo mismo. El terrorismo no es el arma de los débiles. Es el arma de los que están contra 'nosotros' sin importar quienes son 'nosotros'. Y si ustedes pueden encontrar una excepción histórica a este hecho, me interesaría conocerla.

La naturaleza de nuestra cultura – Cómo vemos el terrorismo

Bien, una indicación interesante sobre la naturaleza de nuestra cultura, nuestra elevada cultura, es la forma en la que se considera todo esto. Una forma en la que se considera es ocultándolo simplemente. Así que casi nadie ha oído hablar del asunto. Y el poder de la propaganda y la doctrina estadounidense es tan fuerte, que hasta las víctimas apenas lo saben. Quiero decir que, por ejemplo, cuando se habla de este asunto con gente en Argentina, hay que recordárselo. Oh, sí, ha sucedido, se nos había olvidado. Es ocultado profundamente. Las consecuencias absolutas del monopolio de la violencia pueden ser muy poderosas en términos ideológicos, entre otros.

La idea de que Nicaragua pudiera haber tenido el derecho de defenderse

Bien, un aspecto esclarecedor de nuestra propia actitud hacia el terrorismo es la reacción a la idea de que Nicaragua pudiera haber tenido el derecho de defenderse. La realidad es que estudié esto en bastante detalle buscando en bancos de datos y ese tipo de actividad. La idea de que Nicaragua pudiera haber tenido el derecho de defenderse fue considerada escandalosa.

No hay prácticamente nada en los comentarios de los medios de comunicación oficiales indicando que Nicaragua podría haber tenido ese derecho. Y ese hecho fue aprovechado por la administración Reagan y su propaganda de una manera interesante. Aquellos de ustedes que vivieron esa época, recordarán que periódicamente se lanzaban rumores de que los nicaragüenses recibían jets MIG de Rusia. Al llegar ese punto los halcones y las palomas se dividían. Los halcones decían, 'OK, hay que bombardearlos'. Las palomas decían, 'esperemos, hay que ver si los rumores son ciertos. Y si los rumores son ciertos, hay que bombardearlos. Porque constituyen un peligro para Estados Unidos'. ¿Por qué, a propósito, iban a recibir aviones MIG? Ahora bien, trataron de conseguir aviones de los países europeos, pero EE.UU. presionó a sus aliados para que no les enviaran medios de defensa, porque quería que se tornaran hacia los rusos. Recuerden, estaban a sólo 2 días de marcha de Harlingen, Texas.

Declaramos, verdaderamente, una emergencia nacional en 1985, para proteger el país contra la amenaza de Nicaragua. Y siguió en vigor. Así que más valía que consiguieran armas de los rusos. ¿Por qué iban a querer aviones jet? Pues, por las razones que ya he mencionado. EE.UU. tenía un control total sobre su espacio aéreo, volaba sobre éste y lo utilizaba para dar instrucciones al ejército terrorista para que pudieran atacar objetivos blandos sin encontrarse con el ejército que podría defenderlos. Todo el mundo sabía que ése era el motivo. No iban a utilizar sus jets para otra cosa. Pero la idea de que se pudiera permi-

tir a Nicaragua que defendiera su espacio aéreo contra el ataque de una superpotencia que dirigía a fuerzas terroristas para que atacaran objetivos civiles indefensos, era considerada en Estados Unidos como escandaloso y era la opinión general. Las excepciones son tan raras, saben, que puedo hacer una listita. No sugiero que acepten mi palabra. Miren ustedes mismos. Eso incluye también a nuestros senadores, a propósito.

Honduras – *El nombramiento de John Negroponte como embajador a las Naciones Unidas*

Otra ilustración de cómo vemos el terrorismo está sucediendo ahora mismo. EE.UU. acaba de nombrar a un embajador a las Naciones Unidas para conducir la guerra contra el terrorismo, hace un par de semanas. ¿Quién es? Bien, su nombre es John Negroponte. Fue el embajador de EE.UU. en el feudo, que es lo que es, de Honduras, a principios de los años 80. Hubo un poco de alboroto sobre el hecho de que debe haber sabido, y por cierto que sabía, de los asesinatos en gran escala y de otras atrocidades que estaban siendo cometidas por las fuerzas de seguridad de Honduras, a las que apoyábamos. Pero eso es sólo una pequeña parte. Como procónsul en Honduras, como se le llamaba allí, fue el supervisor local de la guerra terrorista conducida en Honduras, por la que su gobierno fue condenado por la Corte Mundial y después por el Consejo de Seguridad, en una resolución vetada. Y acaba de ser nombrado como embajador ante la ONU para conducir la guerra contra el terror. Otro pequeño experimento que ustedes pueden hacer es investigar y descubrir qué reacción tuvo lugar. Bien, les podría lo que van a encontrar, pero más vale que lo descubran ustedes mismos. Ahora bien, eso nos dice mucho sobre la guerra contra el terrorismo y mucho sobre nosotros mismos.

Después de que Estados Unidos volvió a apoderarse del país bajo con-

diciones que fueron tan gráficamente descritas por la prensa, el país había quedado destruido en los años 80, pero desde entonces se ha desmoronado totalmente en casi todos los sectores. Ha declinado mucho desde el punto de vista económico desde que EE.UU. se hizo cargo, democráticamente, y en casi todos los demás sectores. Es ahora el segundo país más pobre del hemisferio. Yo diría... no voy a hablar del tema, pero ya dije que escogí a Nicaragua porque era un caso incontrovertible. Si ustedes consideran los otros estados en la región, el terror estatal fue más extremo y de nuevo se origina en Washington y eso, de ninguna manera, es todo.

Ataques sudafricanos respaldados por EE.UU. y Gran Bretaña

Lo mismo sucedía en otras partes del mundo, tomemos por ejemplo África. Sólo durante los años de Reagan, los ataques sudafricanos, respaldados por EE.UU. y Gran Bretaña, contra los países vecinos causaron cerca de un millón y medio de víctimas y resultaron en 60.000 millones de dólares en daños y en la destrucción de países enteros. Y si vamos por el mundo, podemos agregar más ejemplos.

Esa fue la primera guerra contra el terror, sobre la que he dado un pequeño ejemplo. ¿Y se supone que le prestemos atención? ¿O hay algún motivo de pensar que podría ser relevante? Después de todo no se trata exactamente de historia antigua. Bien, evidentemente no es así, como se puede deducir al considerar la actual discusión sobre la guerra contra el terror que ha constituido el tópico principal del mes pasado. Haití, Guatemala, y Nicaragua

Mencioné que Nicaragua se ha convertido ahora en el segundo país más pobre del hemisferio. ¿Cuál es el país más pobre? Bien, desde luego que es Haití, que sucede que es también de lejos la víctima de la mayor cantidad de intervenciones estadounidenses en el siglo XX. Lo de-

jamos totalmente devastado. Es el país más pobre. Nicaragua está en segundo lugar en el grado de intervención estadounidense en el siglo XX. Y es el segundo más pobre. En realidad, está compitiendo con Guatemala. Se alternan cada uno o dos años como el segundo país en el nivel de pobreza. Y también compiten en quién es el objetivo principal de las intervenciones militares de EE.UU. Se supone que pensemos que todo esto es una especie de accidente. Que no tiene nada que ver con alguna cosa que sucedió en la historia pasada. Puede ser.

Colombia y Turquía

El peor violador de los derechos humanos en los años 90 es Colombia, de lejos. También es, de lejos, el principal receptor de ayuda militar de EE.UU. en los años 90, para mantener el terror y las violaciones de los derechos humanos. En 1999, Colombia reemplazó a Turquía como el principal receptor de armas estadounidenses en todo el mundo, es decir excluyendo a Israel y Egipto, que están en una categoría especial. Y eso nos dice mucho más sobre la guerra contra el terror, ahora mismo, realmente.

¿Por qué recibía Turquía un flujo tan inmenso de armas de EE.UU.? Bueno, si le echan una mirada al flujo de armas estadounidenses a Turquía, Turquía siempre recibió muchas armas de EE.UU. Está ubicada estratégicamente, es miembro de la OTAN, etc.

Pero el flujo de armas a Turquía aumentó radicalmente en 1984. No tuvo nada que ver con la guerra fría. Quiero decir, Rusia se estaba descalabrando. Y continuó al mismo nivel desde 1984 a 1999, cuando fue reducido y fue reemplazado a la cabeza por Colombia. ¿Qué sucedió entre 1984 y 1999? Bien, en 1984, [Turquía] lanzó una gran guerra terrorista contra los kurdos en el sudeste de Turquía. Y entonces aumentó la ayuda de EE.UU., la ayuda militar. Y no se trataba de pistolas.

Eran aviones jet, tanques, entrenamiento militar, etc. Y permaneció elevada mientras las atrocidades escalaban durante los años 90. Y la ayuda aumentó al mismo ritmo. El año cumbre fue 1997. En 1997, la ayuda militar de EE.UU. a Turquía fue superior que en todo el período entre 1950 y 1983, es decir durante la guerra fría, lo que es una indicación de la medida en la que la guerra fría ha afectado la política. Y los resultados fueron impresionantes. Llevó a 2 a 3 millones de refugiados. Parte de la peor limpieza étnica de fines de los 90. Decenas de miles de muertos, 3500 ciudades y aldeas destruidas, mucho más que en Kosovo, a pesar de las bombas de la OTAN. Y Estados Unidos suministró un 80 por ciento de las armas, aumentando a medida que aumentaban las atrocidades, alcanzando el nivel máximo en 1997. Declinó en 1999 porque, una vez más, el terror funcionó, como lo hace usualmente cuando es llevado a cabo por sus principales agentes, sobre todo los poderosos. Así que en 1999, el terror turco, llamado, por supuesto, contra-terror, pero como he dicho eso es universal, funcionó. Por ello, Turquía fue reemplazada por Colombia, que aún no había tenido éxito en su guerra terrorista. Y por ello tuvo que alcanzar el primer lugar como receptor de armas de EE.UU.

Autobombo de los intelectuales occidentales

Bien, lo que hace esto tanto más pasmoso es que todo sucedía justo en el medio de un inmenso auto bombo de los intelectuales occidentales, que probablemente no tiene igual en la historia. Creo que todos ustedes lo recuerdan. Fue hace sólo un par de años. La masiva auto-adulación sobre cómo por primera vez en la historia somos tan magníficos; que defendemos principios y valores; dedicados a terminar la inhumanidad por doquier en esta nueva era de esto y aquello, etcétera, etcétera. Y evidentemente no podemos tolerar atrocidades cerca de las fronteras de la OTAN. Esto fue repetido una y otra vez. Sólo dentro de las fronteras de la OTAN no nos limitamos a tolerar atrocidades, sino

que contribuimos a ellas. Otra oportunidad de ver lo que es la civilización occidental y la nuestra, es preguntarse: ¿Cuántas veces se discute este tema? Traten de averiguarlo, no lo voy a repetir. Pero es instructivo. Es un hecho bastante impresionante que un sistema de propaganda se salga con la suya en una sociedad libre. No creo que se podría lograr en un estado totalitario.

Turquía está muy agradecida

Y Turquía está muy agradecida. Hace sólo algunos días, el primer ministro Ecevit, anunció que Turquía se unirá a la coalición contra el terror, con mucho entusiasmo, aún más que otros. En realidad, dijo que contribuiría tropas, lo que otros no están dispuestos a hacer. Y explicó el por qué. Dijo que: tenemos una deuda de gratitud con EE.UU. porque EE.UU. fue el único país que estuvo dispuesto a contribuir de manera tan masiva a nuestra propia guerra, en sus palabras, "contra-terrorista", es decir a nuestra propia limpieza étnica y nuestras atrocidades y nuestro terror.

Otros países ayudaron un poco, pero se retuvieron. Estados Unidos, por su parte, contribuyó con entusiasmo y decisivamente y pudo hacerlo por el silencio, el servilismo sería la palabra correcta, de las clases educadas que podían averiguar fácilmente lo que sucedía.

Después de todo, somos un país libre. Se pueden leer los informes sobre los derechos humanos. Se puede leer toda clase de cosas. Pero preferimos contribuir a las atrocidades y Turquía está muy contenta, tiene con nosotros una deuda de gratitud por eso y por ello contribuirá tropas, igual como lo hizo durante la guerra en Serbia. Turquía fue muy elogiada por utilizar los F16 que le suministramos para bombardear Serbia, exactamente como lo había estado haciendo con los mismos aviones contra su propia población, hasta el momento en que finalmen-

te logró aplastar el terror interno, como lo llamaban. Y como de costumbre, como siempre, la resistencia incluye terror. Vale también para la Revolución Estadounidense. Vale para todos los casos que conozco. Igual como es verdad que aquellos que tienen un monopolio de la violencia hablan de sí mismos como si realizaran contra-terror.

La coalición – incluyendo a Argelia, Rusia, China, Indonesia

Ahora bien, todo esto es bastante impresionante, y tiene que ver con la coalición que está siendo organizada para librar la guerra contra el terror. Y es muy interesante ver cómo se está describiendo dicha coalición. Así que echemos una mirada al Christian Science Monitor de esta mañana. Es un buen periódico.

Uno de los mejores periódicos internacionales, con una verdadera cobertura mundial. El principal artículo, el de la primera plana, es sobre cómo Estados Unidos, saben, a la gente no le gustaba Estados Unidos, pero ahora están comenzando a respetarlo, y están muy contentos con la forma en la que EE.UU. está conduciendo la guerra contra el terror. Y el primer ejemplo, en realidad el único ejemplo serio, los otros son un chiste, es Argelia. Resulta que Argelia siente mucho entusiasmo por la guerra de EE.UU. contra el terror. La persona que escribió el artículo es un experto en África.

Debe saber que Argelia es uno de los estados terroristas más sanguinarios del mundo, y que ha estado aplicando un terror horrendo contra su propia población durante los últimos años. Durante un tiempo, el hecho fue mantenido en secreto. Pero fue finalmente denunciado en Francia por desertores del ejército argelino. Lo sabe todo el mundo en Francia y en Inglaterra, y en otros países. Pero aquí, aquí estamos muy orgullosos porque uno de los peores estados terroristas del mundo saluda ahora con entusiasmo la guerra de EE.UU. contra el terror y en

realidad está alentando a EE.UU. a que dirija la guerra. Muestra hasta qué punto estamos haciéndonos populares.

Y si se considera la coalición que está siendo formada contra el terror, vemos mucho más. Un miembro destacado de la coalición es Rusia, deleitada de que EE.UU. apoye su guerra terrorista asesina en Chechenia en lugar de criticarla de vez en cuando desde las bambalinas. China se une con entusiasmo. Está deleitada de conseguir apoyo para las atrocidades que está cometiendo en China occidental contra, lo que califica de, secesionistas musulmanes. Turquía, como acabo de mencionar, está feliz con la guerra contra el terror. Son expertos. Argelia, Indonesia, deleitados de tener aún más apoyo estadounidense para las atrocidades que está realizando en Aceh y en otros sitios. Ahora bien, podemos repasar toda la lista, la lista de los estados que se han unido a la coalición contra el terror es bastante impresionante. Tienen una característica común. Están, ciertamente, entre los principales estados terroristas del mundo. Y son dirigidos por el campeón mundial.

¿Qué es el terrorismo?

Bien, esto nos hace retornar a la pregunta, ¿qué es el terrorismo? He estado suponiendo que lo comprendemos. Bueno, ¿qué es? Bien, hay algunas respuestas fáciles. Hay una definición oficial. Se puede encontrar en el código de EE.UU. o en los manuales del ejército de EE.UU. Una breve elucidación tomada de un manual del ejército de EE.UU., es bastante adecuada, y es que terror es el uso calculado de la violencia o de la amenaza de violencia para lograr objetivos políticos o religiosos a través de la intimidación, la coerción, o la provocación de miedo. Eso es terrorismo. Es una definición bastante justa. Creo que es razonable aceptarla. El problema es que no puede ser aceptada, porque si es aceptada, vienen todas las consecuencias erróneas. Por ejemplo, todas las consecuencias que acabo de mencionar. Hay ahora mismo un

importante esfuerzo en la ONU para tratar de desarrollar un tratado exhaustivo sobre el terrorismo. Cuando Kofi Annan recibió el premio Nóbel el otro día, se habrán dado cuenta que se informó que había dicho que debíamos de dejar de perder el tiempo con el tema y poner manos a la obra.

Pero hay un problema. Si se utiliza la definición oficial de terrorismo en el tratado exhaustivo, se va a llegar a resultados desacertados. No se puede proceder así. La realidad es peor todavía. Si se lanza un vistazo a la definición de Guerra de Baja Intensidad, que es una política oficial de EE.UU., se ve que es una paráfrasis muy próxima de lo que acabo de leer. En realidad, un Conflicto de Baja Intensidad es simplemente otro nombre para el terrorismo. Es el motivo por el cual todos los países, que yo sepa, llaman todo acto horrendo que cometen, contra-terrorismo. Sucede que nosotros lo llamamos contra-insurgencia o Conflicto de Baja Intensidad. Así que hay un problema serio. No podemos utilizar la verdadera definición. Tenemos que encontrar cuidadosamente una definición que no lleve a consecuencias indeseadas.

¿Por qué votaron EE.UU. e Israel contra una resolución importante condenando el terrorismo?

Hay algunos problemas adicionales. Algunos se presentaron en diciembre de 1987, en el punto álgido de la primera guerra contra el terrorismo, fue cuando el furor por la plaga llegaba al clímax. La Asamblea General de las Naciones Unidas aprobó una resolución muy enérgica contra el terrorismo, condenando la plaga en términos muy firmes, llamando a todos los estados a combatirla por todos los medios. Fue aprobada por unanimidad. Un país, Honduras, se abstuvo. Dos votos en contra, los dos de costumbre, EE.UU. e Israel. ¿Por qué iban a votar EE.UU. e Israel contra una importante resolución condenando enérgicamente el terrorismo, en realidad utilizando en gran parte los mis-

mos términos que estaban siendo usados por la administración Reagan? Bueno, hay una razón. Hay un párrafo en esa extensa resolución que dice que nada en esa resolución infringe los derechos de los pueblos que luchan contra regímenes racistas y colonialistas o contra la ocupación militar extranjera a continuar con su resistencia con la ayuda de otros, otros estados, estados extranjeros, en su justa causa. Bueno, EE.UU. e Israel no pueden aceptar algo semejante. La razón principal por la que no lo podían permitir en esa época era África del Sur. África del Sur era un aliado, calificado oficialmente de aliado. Había una fuerza terrorista en África del Sur. Se llamaba el Congreso Nacional Africano. Oficialmente, constituía una fuerza terrorista. África del Sur, al contrario, era un aliado y, evidentemente, no podíamos apoyar las acciones de un grupo terrorista que luchaba contra un régimen racista. Sería algo imposible.

Y, desde luego, hay otro caso. Es el de los territorios ocupados por Israel, ahora ya desde hace 35 años. Apoyado sobre todo por EE.UU., para impedir una solución diplomática desde hace 30 años, y continúa haciéndolo. Y eso no puede permitirse. En esa época había otro motivo. Israel estaba ocupando el sur de Líbano y encontraban la resistencia de lo que EE.UU. llama una fuerza terrorista, Hizbulá, que finalmente logró expulsar a Israel de Líbano. Y no podemos permitirle a nadie que luche contra una ocupación militar, cuando la apoyamos, y por eso EE.UU. e Israel tuvieron que votar contra la principal resolución de la ONU contra el terrorismo. Como dije antes, un voto de EE.UU. en contra... es esencialmente un veto. Lo que representa sólo la mitad del cuento. También es un veto que la excluye de la historia. Así que nada de todo esto fue publicado, y nada de esto ha aparecido en los anales del terrorismo. Si uno mira los trabajos de gran erudición sobre el terrorismo, etcétera, no se ve nada de lo que acabo de mencionar. La razón es que los que tienen los fusiles no son los que quisiéramos. Hay que afinar cuidadosamente las definiciones y la erudición, etcétera, pa-

ra llegar a las conclusiones correctas; de otra manera no constituye una erudición respetable y un periodismo honorable. Bien, este es el tipo de problemas que impiden el esfuerzo por desarrollar un tratado exhaustivo contra el terrorismo. Tal vez debiéramos convocar a una conferencia académica o algo parecido para tratar de ver si podemos descubrir una manera de definir el terrorismo, de manera que produzca exactamente las respuestas que nos gusten, no las otras. No será fácil.

4. ¿Cuáles son los orígenes del crimen del 11 de septiembre?

Bien, dejemos eso y veamos la 4ª. Pregunta. ¿Cuáles son los orígenes de los crímenes del 11 de septiembre? Aquí tenemos que hacer una distinción entre dos categorías, que no debieran confundirse. Una se refiere a los agentes directos del crimen, la otra es una especie de reserva de por lo menos simpatía, a veces apoyo, que provocan incluso entre gente que se opone fuertemente a los criminales y a sus acciones. Y éstas son dos cosas muy diferentes.

Categoría 1: los probables perpetradores

Bien, con respecto a los perpetradores, en cierto modo no los tenemos realmente muy claros. EE.UU. o no puede o no quiere presentar ninguna evidencia, ninguna evidencia que tenga sentido. Hubo una especie de obra de teatro hace una o dos semanas, en la que se había previsto que Tony Blair la presentaría. No sé exactamente cuál era el propósito del asunto. Tal vez era para que EE.UU. apareciera como si estuviera reteniendo alguna evidencia que no podía revelar, o para que Tony Blair pudiera presentar algunas poses churchillianas o algo así. Sean cuales fueren las razones de relaciones públicas, hizo una presentación que en círculos serios fue considerada tan absurda que apenas fue mencionada. Por ejemplo en el Wall Street Journal, uno de los periódicos más serios, hubo un pequeño artículo en la página 12, creo, en

el que señalaban que no hubo mucha evidencia y luego citaron a algún alto funcionario estadounidense diciendo que no importaba si había alguna evidencia, porque lo iban a hacer de todas maneras. ¿Así que para qué preocuparse por la evidencia? La prensa más ideológica, como el New York Times y otros, tuvieron grandes titulares en primera plana. Pero la reacción del Wall Street Journal fue razonable y si se considera la llamada evidencia, se ve por qué. Pero supongamos que fuera cierta. Me sorprende cuán débil era la evidencia. De alguna manera pienso que se podría hacer algo mejor sin ningún servicio de inteligencia [risas en la audiencia]. En realidad, recuerden que esto fue después de semanas de la investigación más intensiva en la historia de todos los servicios de inteligencia del mundo occidental, trabajando horas extra, tratando de juntar algo. Y se trataba de un caso de presunciones de hecho, un caso muy sólido incluso antes de que se tuviera algo. Y terminó más o menos donde comenzó, con un caso de presunciones de hecho. Así que supongamos que es verdad. Supongamos que, lo que parecía obvio el primer día, aún lo sigue siendo, que los verdaderos perpetradores, venían de las redes islámicas radicales, llamadas aquí, fundamentalistas, de las que la red de bin Laden es, sin duda, parte importante. Si estaban implicadas o no, nadie lo sabe. En realidad no tiene gran importancia.

¿De dónde vinieron?

Esos son los antecedentes, esas redes. Bien, ¿de dónde vinieron? Sabemos todo al respecto. Nadie sabe eso mejor que la CIA, porque ayudó a organizarlos y los amamantó durante mucho tiempo. Efectivamente, la CIA y sus asociados de otras partes: Pakistán, Gran Bretaña, Francia, Arabia Saudita, Egipto, China, los reunieron en los años 80. La idea era tratar de hostigar a los rusos, el enemigo común. Según el Consejero de Seguridad Nacional del presidente Carter, Zbigniew Brzezinski, EE.UU. comenzó a participar a mediados de 1979. ¿Se acuer-

dan? Sólo para que tengamos claras las fechas, Rusia invadió Afganistán en diciembre de 1979. OK. Según Brzezinski, el apoyo de EE.UU. para los muyahidin que combatían al gobierno comenzó 6 meses antes. Está muy orgulloso de ello. Dice que atrajimos a los rusos a, en sus palabras, la trampa afgana, apoyando a los muyahidin, llevándolos a invadir, introduciéndolos en la trampa.

Logramos desarrollar ese increíble ejército mercenario. Nada insignificante, tal vez unos 100.000 hombres o algo así, juntando a los mejores asesinos que logramos encontrar, fanáticos islamistas radicales de África del Norte, Arabia Saudita, de dondequiera que podíamos encontrarlos. A menudo los llamaban los afganis, porque muchos de ellos, como Bin Laden, no eran afganos. Fueron traídos por la CIA y sus amigos de otras partes. No sé si Brzezinski dice la verdad o no. Puede haber estado alardeando, evidentemente está muy orgulloso del asunto, a propósito, a pesar de las consecuencias. Pero tal vez sea cierto. Algún día lo sabremos si jamás publican los documentos.

De todas maneras, es su percepción. En enero de 1980 ya no cabía duda alguna de que EE.UU. estaba organizando a los afganis y esa masiva fuerza militar para tratar de causar el máximo de problemas a los rusos. Era legítimo que los afganos combatieran contra la invasión rusa. Pero la intervención de EE.UU. no estaba ayudando a los afganos. En realidad, ayudó a destruir el país y mucho más. Los así llamados afganis, se salieron con la suya... obligaron a los rusos a retirarse, finalmente. Aunque muchos analistas creen que probablemente retardaron su retirada, porque estaban buscando la manera de irse. De todas maneras, como sea, se retiraron.

Mientras tanto, las fuerzas terroristas que la CIA estaba organizando, armando, y entrenando, continuaron de inmediato con su propia agenda. No era nada secreto. Uno de sus primeros actos fue en 1981, cuan-

do asesinaron al presidente de Egipto, que fue uno de los más entusiastas de sus creadores. En 1983, un atacante suicida, que puede o no haber estado conectado con ellos, es bastante oscuro, nadie lo sabe. Pero un atacante suicida hizo salir a los militares estadounidenses de Líbano. Y la cosa continuó. Tienen su propia agenda. EE.UU. logró movilizarlos para que combatieran por su causa, pero mientras tanto estaban haciendo lo suyo. Sabían muy bien adónde iban. Después de 1989, cuando los rusos se habían retirado, simplemente se volcaron en otras direcciones. Desde entonces han estado luchando en Chechenia, China Occidental, Bosnia, Cachemira, el Sudeste Asiático, África del norte, por todas partes.

Nos dicen lo que piensan

Nos dicen exactamente lo que piensan. Estados Unidos quiere silenciar el único canal de televisión libre en el mundo árabe, porque está emitiendo toda una gama de cosas desde Powell a Osama Bin Laden. Así que EE.UU. se está uniendo ahora a los regímenes represivos del mundo árabe para tratar de clausurarlo.

Pero si uno lo escucha, se escucha lo que dice Bin Laden, vale la pena. Hay numerosas entrevistas. Hay numerosas entrevistas por importantes reporteros occidentales, si no se quiere escuchar su propia voz, Robert Fisk, entre otros. Y lo que ha estado diciendo es bastante consecuente, desde hace tiempo.

No es el único, pero tal vez sea el más elocuente. No ha sido sólo consecuente desde hace tiempo, también es consecuente con sus acciones. Hay todas las razones del mundo para tomarlo en serio. Sus enemigos principales son lo que llaman los regímenes autoritarios, corruptos y opresivos, del mundo árabe, y cuando dice eso, tiene bastante resonancia en toda la región. También quieren reemplazarlos por auténticos

gobiernos islamistas. Y ahí es donde pierden el apoyo de la gente de la región. Pero hasta ese momento, los apoyan. Desde su punto de vista, incluso Arabia Saudita, el estado fundamentalista más extremo del mundo, -supongo fuera de los talibán, que son un vástago-, tampoco les es suficientemente islamista. OK, cuando llegan a ese punto, reciben poco apoyo, pero hasta ese punto, lo tienen y mucho. También quieren defender a los musulmanes en todas partes. Odian a los rusos como si fueran veneno, pero en cuanto los rusos se retiraron de Afganistán, dejaron de realizar actos terroristas en Rusia, como lo habían hecho con respaldo de la CIA antes, Dentro de Rusia, no sólo en Afganistán. Se trasladaron a Chechenia. Pero allí están defendiendo a los musulmanes contra una invasión rusa. Lo mismo en todos los otros sitios que he mencionado. Desde su punto de vista, están defendiendo a los musulmanes contra los infieles. Y eso lo tienen muy claro y es lo que han estado haciendo.

¿Por qué se volvieron contra Estados Unidos?

¿Por qué se pusieron contra Estados Unidos? Eso tuvo que ver con lo que califican de invasión de Arabia Saudita por EE.UU.. En 1990, EE.UU. estableció bases militares permanentes en Arabia Saudita, lo que desde su punto de vista es comparable con la invasión rusa de Afganistán, con la excepción de que Arabia Saudita es mucho más importante. Allí se encuentran los sitios más sagrados de Islam. Y ése es el motivo por el cual sus actividades se volvieron contra EE.UU. Si ustedes se recuerdan, en 1993 trataron de hacer volar el World Trade Center. Lo lograron en parte, pero no completamente, y eso fue sólo una parte. Querían volar el edificio de la ONU, los túneles Holland y Lincoln, el edificio del FBI. Creo que la lista era más larga. Bueno, lograron una parte, pero no todo. Una persona que está en la cárcel por ello, finalmente, entre aquellos que fueron encarcelados, es un clérigo egipcio que había entrado a EE.UU. a pesar de las objeciones del Servicio

de Inmigración, gracias a la intervención de la CIA que quería ayudar a su amigo. Un par de años más tarde, hizo volar el World Trade Center. Y eso ha estado sucediendo en todos los sentidos. No voy a reparar toda la lista, pero si se quiere comprender, todo concuerda. Es un cuadro consistente. Está descrito en palabras. Se ha revelado en la práctica durante 20 años. No hay razón para no tomarlo en serio. Ésa es la primera categoría, la de los perpetradores.

Categoría 2: ¿Cuál es la base de apoyo?

¿Cuál es la base de apoyo? No es difícil descubrir en qué consiste. Una de las cosas buenas que han ocurrido desde el 11 de septiembre es que parte de la prensa y parte de la discusión a comenzado a revelar algunas de estas cosas. El mejor, que yo sepa, es el Wall Street Journal que comenzó de inmediato, dentro de un par de días, a publicar informes serios, investigando informes serios, sobre las razones por las que la gente de la región, aunque odia a bin Laden y a pesar de todo lo que está haciendo, lo sigue apoyando en muchos sentidos, e incluso lo considera como la conciencia de Islam, como dijo alguien. Ahora bien, el Wall Street Journal y otros, no auscultan la opinión pública. Están auscultando la opinión de sus amigos: banqueros, profesionales, abogados internacionales, empresarios ligados a Estados Unidos, gente que entrevistan en restaurantes MacDonald, que allá es un restaurante elegante, portando exquisitas vestimentas estadounidenses. Ésa es la gente que han estado entrevistando, porque quieren descubrir cuáles son sus actitudes.

Y sus actitudes son muy explícitas y muy claras, y de muchas maneras concordantes con el mensaje de Bin Laden y otros. Están furiosos con Estados Unidos por su apoyo a regímenes autoritarios y brutales; su intervención para bloquear cualquier tendencia hacia la democracia; su intervención para detener el desarrollo económico; sus políticas de de-

vastación de las sociedades civiles de Irak, mientras fortalecen a Saddam Hussein; y recuerdan, aunque nosotros preferimos no hacerlo, que Estados Unidos y Gran Bretaña apoyaron a Saddam Hussein durante sus peores atrocidades, incluyendo el asesinato con gas de los kurdos; Bin Laden recuerda esos actos constantemente, y lo saben aunque nosotros no lo queramos saber. Y desde luego, el apoyo a la ocupación militar israelí que es dura y brutal. Ya lleva 35 años. EE.UU. ha estado proveyendo un abrumador apoyo económico, militar y diplomático para posibilitar esa ocupación, y sigue haciéndolo. Y lo saben, y no les gusta. Especialmente cuando va combinado con la política de EE.UU. hacia Irak, hacia la sociedad civil iraquí que está siendo destruida. OK, esas son básicamente las razones. Y cuando Bin Laden da esas razones, la gente lo reconoce y lo apoya.

Esa no es la manera como la gente por acá quiere ver las cosas, por lo menos la opinión liberal educada. Les gusta la línea siguiente que es repetida por toda la prensa, y a propósito, sobre todo por los liberales de izquierda. No he hecho un verdadero estudio, pero pienso que la opinión de derecha ha sido, generalmente, más honesta.

Pero si uno considera, por ejemplo, el New York Times, en la primera columna de opinión que publicaron, de Ronald Steel, un intelectual liberal serio de izquierda. Pregunta ¿Por qué nos odian? Fue el mismo día, creo, en que el Wall Street Journal publicó la encuesta sobre por qué nos odian. Así que dice "Nos odian porque abogamos por un nuevo orden mundial de capitalismo, individualismo, secularismo, y democracia, que debiera ser la norma por todas partes." Por eso nos odian.

El mismo día, el Wall Street Journal pasa revista a las opiniones de banqueros, profesionales, abogados internacionales y dicen "miren, los odiamos porque ustedes están bloqueando la democracia, ustedes están

impidiendo el desarrollo económico, ustedes están apoyando regímenes brutales, regímenes terroristas y ustedes están cometiendo cosas horribles en la región." Un par de días más tarde, Anthony Lewis, bien a la izquierda, explicó que el terrorista sólo busca el "nihilismo apocalíptico," nada más y no importa qué es lo que hagamos, no importa. La única consecuencia de nuestras acciones, dice, que podría ser dañina, es que podría dificultar el que los árabes se unan al esfuerzo de la coalición contra el terrorismo. Pero fuera de eso, todo lo que hagamos es irrelevante.

Bueno, ya saben, es por lo menos algo reconfortante. Hace que nos sintamos bien, y que nos digamos lo maravillosos que somos. Posibilita que evadamos las consecuencias de nuestras acciones. Pero tiene un par de defectos, Uno es que no tiene nada que ver con todo lo que sabemos. Y otro defecto es que es la manera perfecta de asegurarse de que escalemos el ciclo de la violencia. Si uno quiere vivir con los ojos cerrados y pretender que nos odian porque se oponen a la globalización, ése sería el motivo por el que asesinaron a Sadat hace 20 años, o porque combatieron contra los rusos, trataron de volar el World Trade Center en 1993. Y se trata de gente que está en el medio de... la globalización corporativa, pero si uno quiere creer eso, bueno... es reconfortante. Y es una gran manera de asegurarse de que escale la violencia. Es una violencia tribal. Ustedes me hicieron algo. Yo les haré algo peor. No me importa cuáles son los motivos. Seguiremos por ese camino. Y es una forma de hacerlo. Muy clara, la opinión liberal de izquierda.

5. ¿Cuáles son las opciones políticas?

¿Cuáles son las opciones políticas? Hay una multitud. Una opción política estrecha desde el principio, fue seguir el consejo de radicales extremos como el Papa [risas en el público]. El Vaticano dijo de inmedia-

to, miren, se trata de un horrible crimen terrorista. En el caso de un crimen, uno trata de encontrar a los perpetradores, los presenta a la justicia, los juzga. No se mata a civiles inocentes. Es como si alguien roba en mi casa y pienso que el que lo hizo vive en el vecindario al otro lado de la calle. No salgo con un fusil de asalto a matar a todos en ese vecindario. No es la forma como se enfrenta el crimen, sea un crimen pequeño o uno realmente masivo como el de la guerra terrorista de EE.UU. contra Nicaragua, o incluso crímenes peores, y otros desde entonces. Y hay numerosos precedentes que vienen al caso. En realidad, ya mencioné un precedente, Nicaragua, un estado legal, un estado respetuoso de las leyes, y es presumiblemente el motivo por el que teníamos que destruirlo, porque se atenía a los principios correctos. Ahora, desde luego, no llegó a ninguna parte porque se enfrentaba a un poder que no aceptaba que se siguieran procedimientos legales. Pero si Estados Unidos hubiera tratado de seguirlos, nadie se lo hubiera impedido. En realidad, todos hubieran aplaudido. Y hay numerosos otros precedentes.

Bombas del IRA en Londres

Cuando el IRA colocó bombas en Londres, fue un asunto bastante serio. Gran Bretaña podría, -fuera del hecho de que no era factible, dejemos eso de lado-, haber dado una posible respuesta, bombardeando Boston que es la fuente de la mayor parte del financiamiento [del IRA]. Y desde luego, arrasando Belfast occidental. Ahora bien, fuera de la factibilidad, hubiera sido una idiotez criminal. El camino de confrontarlo, fue más o menos lo que hicieron: Buscar a los perpetradores, juzgarlos, y buscar los motivos. Porque esas cosas no vienen de ninguna parte. Ocurren por alguna razón. Acaso se trate de un crimen en las calles o de un monstruoso crimen terrorista, o de algo diferente. Hay motivos. Y usualmente, si se consideran los motivos, algunos son legítimos y debieran ser considerados, independientemente del crimen, de-

debieran ser considerados porque son legítimos. Y es la manera de confrontarlo. Hay numerosos ejemplos.

Pero eso presenta problemas. Un problema es que Estados Unidos no reconoce la jurisdicción de algunas instituciones internacionales. Así que no podemos recurrir a ellas. Ha rechazado la jurisdicción de la Corte Mundial. Se ha negado a ratificar la Corte Penal Internacional. Es suficientemente poderoso para establecer una nueva corte, si quiere hacerlo, que no interfiriera en ninguna cosa. Pero hay un problema con cualquier tipo de corte, sobre todo que se requiere evidencia. Para ir a cualquier clase de corte, se requiere alguna clase de evidencia. No a Tony Blair hablando por televisión. Y eso sí que es difícil. Puede ser imposible de encontrar.

Resistencia sin dirigentes

Saben, podría ser que la gente que lo hizo, se mató. Nadie lo sabe mejor que la CIA. Son redes descentralizadas, no jerárquicas. Siguen un principio que es llamado Resistencia sin Dirigentes. Es el principio que fue desarrollado por los terroristas de la Derecha Cristiana en EE.UU. Es llamado Resistencia sin Dirigentes. Son pequeños grupos que hacen cosas. No hablan con nadie más. Hay una especie de antecedentes generales de suposiciones, y la cosa se hace.

En realidad, la gente en el movimiento contra la guerra está bastante familiarizada con el tema. Solíamos llamarlos grupos de afinidad. Si uno supone correctamente que el grupo que sea al que uno pertenece está siendo penetrado por el FBI, cuando algo serio está sucediendo, no se hacen las cosas en una reunión. Se hacen con alguna gente que uno conoce y en la que confía, un grupo de afinidad, y entonces no es infiltrado. Es una de las razones por las que el FBI nunca pudo descubrir lo que sucedía en ninguno de los movimientos populares. Y lo mis-

mo vale para otras agencias de inteligencia. No pueden. Eso es resistencia sin dirigentes o grupos de afinidad, y las redes descentralizadas son muy difíciles de infiltrar. Y es muy posible que simplemente no sepan. Cuando Osama Bin Laden pretende que no estuvo implicado, es muy posible que así sea. En realidad, es bastante difícil de imaginar cómo un individuo en una cueva en Afganistán, que ni siquiera tiene un radio o un teléfono, podría haber planificado una operación altamente sofisticada. Lo probable es que forme parte del fondo. Como en otros grupos terroristas de resistencia sin dirigentes. Lo que significa que va a ser extremadamente difícil encontrar evidencia.

Estableciendo credibilidad

Y EE.UU. no quiere presentar evidencia porque quiere poder actuar sin tenerla. Es la parte crucial de nuestra reacción. Nótese que EE.UU. no pidió la autorización del Consejo de Seguridad, que probablemente habría recibido en este caso, no por hermosas razones, sino porque los otros miembros permanentes del Consejo de Seguridad también son estados terroristas. Están contentos de unirse a una coalición contra lo que llaman el terror, concretamente en apoyo de su propio terror. Como Rusia que no iba a vetarlo, están felices. Así que EE.UU. probablemente habría obtenido la autorización del Consejo de Seguridad, pero no la quería. Y no quería porque sigue un principio que viene de largo, que no es de George Bush, fue algo explícito en la administración Clinton, articulado y aún mucho más antiguo, y es que tenemos el derecho de actuar unilateralmente.

No queremos autorización internacional porque actuamos unilateralmente y por ello no la deseamos. No nos preocupa la evidencia. No nos preocupa la negociación. No nos preocupan los tratados. Somos el tipo más fuerte del mundo; el perdonavidas más duro del barrio. Hacemos lo que nos da la gana. Una autorización es algo malo y hay que

evitarla. Hay incluso un nombre para esta conducta en la literatura técnica. Se llama establecer credibilidad. Es un factor importante en muchas políticas. Fue la razón oficial dada para la guerra en los Balcanes y la razón más plausible.

Si quieren saber lo que significa credibilidad, pregúntenle a su capo preferido de la mafia. Él les explicará lo que significa credibilidad. Y es lo mismo en los asuntos internacionales, excepto de que se discute en las universidades utilizando grandes palabras, y ese tipo de cosa. Pero es básicamente el mismo principio. Y tiene sentido. Y generalmente funciona.

El principal historiador que ha escrito sobre esto en los últimos años es Charles Tilly en un libro llamado *Coerción, Capital y los Estados Europeos*. Señala que la violencia ha sido el principio fundamental de Europa durante siglos y la razón es que funciona. Saben, es muy razonable. Casi siempre funciona. Si se tiene una predominancia abrumadora de la violencia y una cultura de la violencia que la respalda. Por ello, tiene sentido seguirla. Bien, todos esos son problemas que vienen cuando se siguen caminos legales. Y si usted tratara de seguirlos, abriría verdaderamente algunas puertas muy peligrosas.

Como EE.UU. exigiendo que los talibán entreguen a Osama Bin Laden. Y responden de una manera que se considera como totalmente absurda y extravagante en Occidente, porque están diciendo, OK, pero primero denos alguna evidencia. En Occidente, eso se considera absurdo. Es un signo de su criminalidad. ¿Cómo pueden pedir evidencia? Quiero decir si alguno nos pidiera que entregáramos a alguien lo haríamos mañana mismo. No pediríamos evidencia alguna. [risas en el público].

Haití

Esto es verdaderamente fácil de probar. No tenemos que inventar casos. Por ejemplo, en los últimos años, Haití ha estado solicitando a Estados Unidos que extradite a Emmanuel Constant. Es un asesino importante. Es una de las principales personas en la matanza de unas 4000 o 5000 personas a mediados de los años 90, bajo la junta militar, que casualmente estaba siendo apoyada, no muy tácitamente, por las administraciones Bush y Clinton, contrariamente a las ilusiones. En todo caso es un asesino importante. Tienen mucha evidencia. No hay problemas de evidencia. Ya ha sido juzgado y condenado en Haití y están pidiendo a Estados Unidos que lo entregue. Bien, quiero que ustedes hagan su propia investigación. Vean cuánto se ha discutido el tema. En realidad Haití renovó el pedido hace un par de semanas. Ni siquiera fue mencionado. ¿Por qué íbamos a entregar a un asesino convicto que fue responsable en gran parte por el asesinato de 4000 o 5000 personas hace un par de años? En realidad, si lo entregáramos, quién sabe lo que diría. Tal vez diría que estaba siendo financiado y ayudado por la CIA, lo que probablemente es cierto. No queremos abrir esa puerta. Y no es el único.

Costa Rica

Quiero decir que, durante unos 15 años, Costa Rica que se lleva el premio de la democracia, ha estado tratando de que Estados Unidos le entregue a John Hull, un propietario de tierras en Costa Rica, al que acusan de crímenes terroristas. Estaba utilizando la tierra, dicen, con bastante evidencia, como una base para la guerra de EE.UU. contra Nicaragua, lo que, recuerden, no es una conclusión controvertible. La Corte Mundial y el Consejo de Seguridad la respaldan. Así que han estado tratando de conseguir que Estados Unidos lo entregue. ¿Han oído hablar del tema? No.

En realidad confiscaron las tierras de otro terrateniente estadounidense, John Hamilton. Pagaron una compensación, ofrecieron una compensación. EE.UU. rehusó. Convirtieron sus tierras en un parque nacional, porque sus tierras también estaban siendo utilizadas como base para el ataque de EE.UU. contra Nicaragua. Costa Rica fue castigada por hacerlo.

Fueron castigados mediante la retención de la ayuda. No aceptamos ese tipo de insubordinación de nuestros aliados. Y podemos continuar. Si se abre la puerta a preguntas sobre extradición, nos conduce en direcciones muy desagradables. Así que no se puede. Reacciones en Afganistán ¿Y qué pasa con las reacciones en Afganistán? La proposición inicial, la retórica inicial hablaba de un ataque masivo que mataría visiblemente a mucha gente y también de un ataque contra otros países en la región. Bien, la administración Bush se apartó sabiamente de esa idea. Todos los dirigentes extranjeros, la OTAN, todos los demás, todos los especialistas, supongo también sus propias agencias de inteligencia, les dijeron que sería la cosa más estúpida que podrían hacer. Simplemente sería como si abrieran oficinas de reclutamiento para Bin Laden en toda la región.

Es exactamente lo que quiere. Y sería extremadamente dañino para sus propios intereses. Así que se apartaron de esa idea. Y se están volviendo hacia lo que describí antes, que es una especie de genocidio silencioso. Es un... bueno, ya les dije lo que pienso al respecto. No pienso que haya que decir nada más. Pueden entenderlo si sacan la cuenta.

Una proposición sensata está a punto de ser considerada, pero ha sido sensata todo el tiempo, y está siendo considerada, proponiendo que haya una iniciativa de la ONU que reúna a afganos expatriados o a supuestos dirigentes tribales del interior, que mantendría totalmente fuera del asunto a los rusos y los estadounidenses. Son los dos países que han prácticamente borrado al país del mapa en los últimos 20 años. Deberían permanecer fuera del asunto. Deberían pagar masivas reparacio-

nes. Pero es su único papel. Una iniciativa de la ONU para reunir a elementos del interior de Afganistán que podría tratar de construir algo sobre las ruinas. Es concebible que funcionaría, con mucho apoyo y ninguna interferencia. Si EE.UU. insiste en controlar el proceso, igual podríamos abandonarlo. Tenemos una experiencia histórica al respecto.

Habrán notado que el nombre de esta operación... recordarán que al comienzo iba a ser una Cruzada, pero dejaron eso de lado porque los agentes de relaciones públicas les dijeron que eso no funcionaría [risas en el público]. Y después iba a ser Justicia Infinita, pero los agentes de relaciones públicas les dijeron, esperen un momento, ustedes sueñan como si fueran una divinidad.

Así que no funcionaría. Y entonces lo cambiaron a libertad duradera. Sabemos lo que significa. Pero nadie ha señalado hasta ahora, por suerte, que eso contiene una ambigüedad. [Endure = durar en inglés también significa soportar, aguantar dolor o sufrimiento, N.d.T.] Endure implica sufrir. [risas en el público]. Y hay mucha gente en el mundo que han sufrido lo que llamamos libertad.

De nuevo, por suerte tenemos a una clase educada de excelente comportamiento así que nadie ha señalado esa ambigüedad. Pero si se hace, aparecerá otro problema que confrontar. Pero si podemos apartarnos lo suficiente para que alguna agencia más o menos independiente, tal vez la ONU, tal vez ONGs (Organizaciones no gubernamentales) creíbles, podrían tomar la responsabilidad de tratar de reconstruir algo sobre las ruinas, con mucha ayuda, y es una deuda que tenemos. Tal vez pueda resultar algo. Fuera de eso, hay otros problemas.

Un camino fácil para reducir el nivel del terror

Por cierto queremos reducir el nivel del terror, no escalarlo. Hay un camino fácil para lograrlo y por ello no es jamás discutido. Y es dejar de

participar en el terror. Eso reduciría automáticamente el nivel del terror. Pero eso no puede ser discutido. Bueno, debiéramos posibilitar la discusión de la idea. Así que ésa es una manera fácil de reducir el nivel del terror.

Fuera de eso, debiéramos repensar el tipo de políticas, y Afganistán no es la única, con las que organizamos y entrenamos a ejércitos terroristas. Tienen consecuencias. Estamos viendo algunas de esas consecuencias ahora. Un caso es el 11 de septiembre. Repiénsenlo.

Repiensen las políticas que están creando una base de apoyo. Exactamente lo que banqueros, abogados, etcétera, están diciendo en sitios como Arabia Saudita. En las calles es mucho más amargo, como se pueden imaginar. Es posible. Esas políticas no son eternas.

Y además hay oportunidades. Es difícil encontrar muchos rayos de luz en las últimas semanas, pero uno es que hay más franqueza. Muchos temas están siendo discutidos, incluso en los círculos de la élite, ciertamente entre el público en general, lo que no fue el caso hace un par de semanas. Es dramáticamente el caso, quiero decir, si un periódico como USA Today puede publicar un excelente artículo, un artículo serio, sobre la vida en la franja de Gaza... ha habido un cambio. Las cosas que mencioné en el Wall Street Journal... eso es cambio. Y en el público en general, creo que hay mucha más franqueza y disposición a pensar sobre cosas que estaban ocultas bajo la alfombra, etc. Son oportunidades y debieran ser aprovechadas, por lo menos por la gente que acepta el objetivo de tratar de reducir el nivel de violencia y terror, incluyendo amenazas potenciales que son extremadamente severas y que podrían hacer que el 11 de septiembre pareciera nimio en comparación. Gracias.

Título original: The new war against terror

Traductor: Germán Leyens

Transcripción de la grabación hecha en el Foro de Tecnología y Cultura en el MIT - 18 de octubre de 2001.

OPINIÓN

Rossana Rossanda *

Sí, soy imperialista

'O estáis conmigo o estáis con Bin Laden', grita Bush mientras se prepara para castigar a Afganistán, talibanes, no talibanes y pueblo incluidos. Conozco el chantaje. No lo admito. No tomo partido por Bush y dejo que los necios deduzcan que estoy con Bin Laden. Me gustaría reflexionar sobre lo que ha sucedido, sobre lo que puede suceder y sobre lo que hay que hacer.

El 11 de septiembre no estalló una guerra. Las guerras comprometen a las naciones. Fue un acto terrorista y posee todos sus elementos característicos: la prioridad que se ha dado al símbolo, el golpe inesperado, la mano oculta, el cruce homicidio-suicidio, destinados a multiplicar el pánico. No todos los atentados de la historia son terroristas, pero éste sí: quien lo hizo conocía el blanco, las debilidades de su dominio desde el cielo, la segura amplificación de los medios de comunicación. Gracias a ellos, las Torres Gemelas han caído no una sino diez mil veces en las pantallas, ayudando a gritar 'es una guerra' y llamando a la guerra. Seguramente los terroristas lo habían tenido en cuenta.

No ha sido el apocalipsis. No en la acepción ingenua de devastación enorme: en los últimos diez años se han sucedido devastaciones más violentas. Pero no hemos definido como apocalipsis el de los 150.000 degollados en Argelia, el de los 700.000 tutsis asesinados por los hutus, el de las 300.000 personas asesinadas en Irak durante la operación

Tormenta del Desierto y el medio millón de niños que mueren, se estima, por el embargo de los medicamentos. Y mucho menos los 35.000 muertos de Turquía y los 70.000 de India, en este mismo año 2001, aunque la especulación no es ajena a estas catástrofes. Entonces, ¿unas masacres pesan como montañas y otras como plumas? Si no es correcto valorar un acontecimiento sólo por el número de víctimas, tampoco es lícito valorarlo sólo por el golpe que se infiere a la idea de sí mismo que tiene aquel a quien se ha herido, en este caso Estados Unidos. Aún más siniestro es el recurso culto del Apocalipsis: enfrentamiento final entre la Bestia y el Cordero. El Bien somos nosotros y la Bestia son ellos. Así lo ha dicho Bush, y ha añadido: 'Dios está con nosotros'.

No ha sido un asalto del Islam contra el cristianismo, como se dijo en un primer momento (venerable contradicción, recuerda Bocca). Después nos retractamos azorados: no es el Islam, sino el fundamentalismo islámico el que golpea al Occidente cristiano. Pero el Islam es un océano y demostrar que tiene sus fundamentalismos es tan fácil como demostrar los del cristianismo y el judaísmo. Y, sin embargo, Ariel Sharon no es 'los judíos', Pío XII no fue 'los católicos' y ni siquiera el necio Bush es 'los norteamericanos', aunque hayan sido líderes designados de estas áreas. Mala polémica, confusión. En realidad, nada hace pensar que el ataque a las dos torres sea un ataque al cristianismo, dudo de que sea un ataque a la democracia, y desde luego no lo es al mundo de las mercancías y del comercio al que nadie se opone en el Islam, ni siquiera los talibán. Quien haya golpeado ha querido golpear la arrogancia de Estados Unidos en Oriente Próximo y poner en apuros a los Estados árabes aliados.

No ha sido una venganza de los pobres. El Islam no habla de cuestión social, pero sin esto los pobres sólo pueden hacer un motín. El ataque a las dos torres es cualquier cosa menos un motín. No es de los pobres ni para los pobres la dirección de la Yihad, que atraviesa todo el Islam

sin tener (todavía) un Estado propio y juega también con la desesperación, la ignorancia y la opresión de las masas cuyo consentimiento es necesario para las dictaduras árabes, obligando a estas últimas a tirar la piedra y esconder la mano.

La Yihad es obra de potentados políticos y financieros que conocen el funcionamiento y los medios de Estados Unidos, y en este sentido, Osama Bin Laden, saudí, ex agente de la CIA, es un modelo. Procede de una familia que desde 1940 es el grupo más fuerte de construcciones y transportes de Arabia Saudí, pero participa en empresas de electricidad (en Riad y La Meca, en Chipre y Canadá), de petróleo, electrónica, importación y exportación, telecomunicaciones (Nortel y Motorola) y satélites (Iridium). La familia y Arabia Saudí despacharon a Osama con 2.000 millones de dólares que él gestiona en la Bolsa y en una infinidad de sociedades de su familia en paraísos fiscales. Y mantiene a las Organizaciones No Gubernamentales islámicas Relief y Blessed Relief. Éstos son 'ellos', la Bestia contra la que nos alzamos nosotros, el Bien. Son los que Estados Unidos creyó utilizar en Afganistán y en Oriente Próximo y que hoy se rebelan contra él. Es una lucha por el dominio en esa zona. No es uno de los problemas menores de Bush el que los saudíes sean el principal apoyo financiero de la Yihad, sino el que Arabia Saudí sea el país más intrínsecamente ligado a los intereses norteamericanos.

La verdadera pregunta es ¿por qué ahora? Hace diez años, la Yihad no era tan fuerte y hasta el pasado 11 de septiembre actuaba sólo en el interior del Islam, como ala ortodoxa contra las 'desviaciones', y Argelia es el ejemplo más sangriento. Mientras no le ha tocado, Occidente no se ha preocupado en absoluto, favoreciendo las relaciones empresariales, por muy asesinos o fundamentalistas que fueran los que poseen el gas para Europa, las armas frente a la Unión Soviética, o los que alimentaron un contencioso paquistaní contra la India. No se preocupó

cuando en los últimos años, y a la vista de todos, fundamentalistas de cualquier procedencia iban a Afganistán a entrenarse.

Y en cambio se tenía que haber visto cómo la Yihad asumía grandes proporciones desde que Oriente Próximo dejó de estar a la vez paralizado y cubierto por las maniobras de disuasión de las dos superpotencias y sólo una quedó en el campo, Estados Unidos, que se convirtió en parte interesada, en animador y patrocinador de todos los conflictos del sector, por sus intereses inmediatos o por falta de comprensión de los procesos.

Ni siquiera el agudo Noam Chomski recuerda que antes de 1989 habría sido impensable una guerra del Golfo. Y que a quien llamó a Estados Unidos a los Emiratos, hace tiempo que no le agrada que permanezca allí tan pesadamente. Al mundo árabe no le agrada que Estados Unidos exija a Irak que respete las resoluciones de la ONU, pero no se lo exija (y no haría falta una guerra) a Israel. La Yihad, en resumidas cuentas, creció al aproximarse a cualquier visión laica de rescate de esas poblaciones con la caída de la URSS y con la alianza a la vez accidental y leonina entre dirigentes árabes y el Pentágono.

Nacionalismo, fundamentalismo e intereses muy concretos de algunos y desesperación de muchos han hecho de la Yihad la mezcla explosiva que es hoy. Las acciones y reacciones de Estados Unidos han abonado el terreno de cultivo, igual que lo aumentará la insensata reacción de Bush que hará pedazos a muchos en Afganistán, pero no a Bin Laden, y no se atreverá a invadirlo: los rusos le han explicado que no lo conseguiría. Pero bombardeará Kabul a diestro y siniestro y quizá, según su costumbre, Bagdad. Se ha equivocado aquel de nosotros que pensaba que la unificación capitalista hacía de Estados Unidos un imperio, aunque menos culto del que ya no le gustaba a Tácito, pero que habría sido objetivamente asimilador y mediador. Estados Unidos no es esto.

Se mueve de forma todavía más arrogante que Francia o Inglaterra, que dividieron con un hacha la región, y más aún en tiempos que ofrecen a quien se siente humillado y ofendido los medios y los conocimientos para desestabilizar a quien le humilla o le ofende. No ha habido nada más estúpido que alimentar el terrorismo y pensar servirse de él. El terrorismo es inexpugnable y lo seguirá siendo hasta que pierda el consenso en su propio terreno. Pero desde luego no lo perderá mientras Bush bombardee Afganistán. Es más, con esta acción, Estados Unidos perderá también el apoyo de los Estados árabes que hasta ahora eran amigos. La Liga Árabe ya ha empezado. Bush se sumerge en una guerra en la que se verá en apuros porque se lo ha prometido a sus conciudadanos, que en un 92% también la desean, pero no dividirá a los Estados árabes y aumentará el potencial de venganza de la Yihad. La única guerra que puede vencer es en su casa contra la tan aireada 'sociedad abierta': efecto fatal de las emergencias.

Se expone a que le ataquen de nuevo, a no vencer en ningún sitio y a perder poco a poco el consenso que la sacudida del 11 de septiembre le ha dado. Hay errores sin remedio.

Se da cuenta Europa, que tanto le apoya como se mantiene a distancia, firma pactos perversos con la OTAN y después elucubra sobre el artículo 5, no quiere mandar a los soldados de reemplazo a las montañas afganas ni complicar las cosas con los musulmanes que tiene en casa, ni con el Mediterráneo, donde la Italia de la segunda república -dicho sea entre paréntesis- hace todavía menos política que la primera. Deberíamos darnos cuenta también nosotros, que nos encontramos de igual modo entre la espada y la pared, porque no hay ocasión que no sea buena para intentar masacrar la poca izquierda que queda. También nosotros tenemos nuestra parte de culpa, aunque sólo sea por omisión. Escribe Pintor que no nos esperábamos lo que ha ocurrido: es verdad. Pero no es una virtud. Como Estados Unidos, nos hemos mirado a no-

sotros mismos y no al mundo, donde, sin embargo, no había nada oculto. Al cubrimos con las cenizas de los comunismos hemos dejado de mirar a quien estaba atrapado en condiciones materiales más terribles que las nuestras. Tomemos a Palestina: un estado de confusión mental hace oscilar a la izquierda entre sentido de culpa hacia los judíos y coletazos de antisemitismo, y, como ha descubierto Manheimer, nos gustaría mucho que los palestinos dejaran de agitarse. Tal es el peso del fracaso de los socialismos reales que algunos de nosotros nos hemos persuadido de que no hay nada que hacer, hasta tal punto está el mal en el mundo y el mundo es del mal, mientras que otros se han hecho ilusiones sobre las virtudes revolucionarias de identidades arcaicas, que nos parecieron dignas de alabanza porque eran antimodernistas y todas se han encerrado en sí mismas, entre degeneraciones y parálisis. Ahora los acontecimientos nos pasan factura y hay que responder por lo que somos.

No somos todos norteamericanos; yo por lo menos no lo soy. No aprecio los 'valores' del liberalismo económico que Estados Unidos impone, me duele el luto de sus ciudadanos, pero no me gusta que creyeran estar por encima de las consecuencias de lo que hace su país. Me llamarán **antiamericana**. Sí, lo soy, y me sorprende que duden tanto en serlo muchos amigos que antes lo eran más que yo. Considero que Estados Unidos está haciendo una política imperialista que hiere a otras poblaciones y que se volverá contra él mismo: soy antiimperialista, otra palabra que me parece marcada con el sello del ostracismo.

La verdad es que somos débiles. Pero esto no es una excusa para decir no. Bush es un loco peligroso, no atacará a la Yihad, sino a mucha gente sin culpa, y empujará a Estados Unidos a vivir asediando al mundo y a ser asediado.

* Rossana Rossanda es escritora italiana, cofundadora de *Il Manifesto*.

El teatro del Bien y el Mal

Eduardo Galeano

En la lucha del Bien contra el Mal, siempre es el pueblo quien pone los muertos.

Los terroristas han matado a trabajadores de cincuenta países, en Nueva York y en Washington, en nombre del Bien contra el Mal. Y en nombre del Bien contra el Mal el presidente Bush jura venganza: "Vamos a eliminar el Mal de este mundo", anuncia.

¿Eliminar el Mal? ¿Qué sería del Bien sin el Mal? No sólo los fanáticos religiosos necesitan enemigos para justificar su locura. También necesitan enemigos, para justificar su existencia, la industria de armamentos y el gigantesco aparato militar de Estados Unidos. Buenos y malos, malos y buenos: los actores cambian de máscaras, los héroes pasan a ser monstruos y los monstruos héroes, según exigen los que escriben el drama.

Eso no tiene nada de nuevo. El científico alemán Werner von Braun fue malo cuando inventó los cohetes V-2, que Hitler descargó sobre Londres, pero se convirtió en bueno el día en que puso su talento al servicio de Estados Unidos. Stalin fue bueno durante la Segunda Guerra Mundial y malo después, cuando pasó a dirigir el Imperio del Mal. En los años de la guerra fría escribió John Steinbeck: "Quizá todo el mundo necesita rusos. Apuesto a que también en Rusia necesitan rusos. Quizá ellos los llaman americanos." Después, los rusos se abuenaron. Ahora, también Putin dice: "El Mal debe ser castigado."

Saddam Hussein era bueno, y buenas eran las armas químicas que empleó contra los iraníes y los kurdos. Después, se amaló. Ya se llamaba Satán Hussein cuando los Estados Unidos, que venían de invadir Panamá, invadieron Irak porque Irak había invadido Kuwait. Bush Padre tuvo a su cargo esta guerra contra el Mal. Con el espíritu humanitario y compasivo que caracteriza a su familia, mató a más de cien mil iraquíes, civiles en su gran mayoría.

Satán Hussein sigue estando donde estaba, pero este enemigo número uno de la humanidad ha caído a la categoría de enemigo número dos. El flagelo del mundo se llama ahora Osama Bin Laden. La Agencia Central de Inteligencia (CIA) le había enseñado todo lo que sabe en materia de terrorismo: Bin Laden, amado y armado por el gobierno de Estados Unidos, era uno de los principales "guerreros de la libertad" contra el comunismo en Afganistán. Bush Padre ocupaba la vicepresidencia cuando el presidente Reagan dijo que estos héroes eran "el equivalente moral de los Padres Fundadores de América". Hollywood estaba de acuerdo con la Casa Blanca. En estos tiempos, se filmó Rambo 3: los afganos musulmanes eran los buenos. Ahora son malos malísimos, en tiempos de Bush Hijo, trece años después.

Henry Kissinger fue de los primeros en reaccionar ante la reciente tragedia. "Tan culpable como los terroristas son quienes les brindan apoyo, financiación e inspiración", sentenció, con palabras que el presidente Bush repitió horas después.

Si eso es así, habría que empezar por bombardear a Kissinger. El resultaría culpable de muchos más crímenes que los cometidos por Bin Laden y por todos los terroristas que en el mundo son. Y en muchos más países: actuando al servicio de varios gobiernos estadounidenses, brindó "apoyo, financiación e inspiración" al terror de Estado en Indonesia, Camboya, Chipre, Irán, África del Sur, Bangladesh y en los países sudamericanos que sufrieron la guerra sucia del Plan Cóndor.

El 11 de septiembre de 1973, exactamente 28 años antes de los fuegos de ahora, había ardido el palacio presidencial en Chile. Kissinger había anticipado el epitafio de Salvador Allende y de la democracia chilena, al comentar el resultado de las elecciones: "No tenemos por qué aceptar que un país se haga marxista por la irresponsabilidad de su pueblo."

El desprecio por la voluntad popular es una de las muchas coincidencias entre el terrorismo de Estado y el terrorismo privado. Por poner un ejemplo, la ETA, que mata gente en nombre de la independencia del País Vasco, dice a través de uno de sus voceros: "Los derechos no tienen nada que ver con mayorías y minorías."

Mucho se parecen entre sí el terrorismo artesanal y el de alto nivel tecnológico, el de los fundamentalistas religiosos y el de los fundamentalistas del mercado, el de los desesperados y el de los poderosos, el de los locos sueltos y el de los profesionales de uniforme. Todos comparten el mismo desprecio por la vida humana: los asesinos de los cinco mil quinientos ciudadanos triturados bajo los escombros de las Torres Gemelas, que se desplomaron como castillos de arena seca, y los asesinos de los doscientos mil guatemaltecos, en su mayoría indígenas, que han sido exterminados sin que jamás la tele ni los diarios del mundo les prestaran la menor atención. Ellos, los guatemaltecos, no fueron sacrificados por ningún fanático musulmán, sino por los militares terroristas que recibieron "apoyo, financiación e inspiración" de los sucesivos gobiernos de Estados Unidos.

Todos los enamorados de la muerte coinciden también en su obsesión por reducir a términos militares las contradicciones sociales, culturales y nacionales. En nombre del Bien contra el Mal, en nombre de la Única Verdad, todos resuelven todo matando primero y preguntando después. Y por ese camino, terminan alimentando al enemigo que comba-

ten. Fueron las atrocidades de Sendero Luminoso las que en gran medida incubaron al presidente Fujimori, que con considerable apoyo popular implantó un régimen de terror y vendió el Perú a precio de banana. Fueron las atrocidades de Estados Unidos en Medio Oriente las que en gran medida incubaron la guerra santa del terrorismo de Alá.

Aunque ahora el líder de la Civilización esté exhortando a una nueva Cruzada, Alá es inocente de los crímenes que se cometen en su nombre. Al fin y al cabo, Dios no ordenó el holocausto nazi contra los fieles de Jehová, y no fue Jehová quien dictó la matanza de Sabra y Chatila ni quien mandó expulsar a los palestinos de su tierra. ¿Acaso Jehová, Alá y Dios a secas no son tres nombres de una misma divinidad? Una tragedia de equívocos: ya no se sabe quién es quién. El humo de las explosiones forma parte de una mucho más enorme cortina de humo que nos impide ver. De venganza en venganza, los terrorismos nos obligan a caminar a los tumbos. Veo una foto, publicada recientemente: en una pared de Nueva York alguna mano escribió: "Ojo por ojo deja al mundo ciego".

La espiral de la violencia engendra violencia y también confusión: dolor, miedo, intolerancia, odio, locura. En Porto Alegre, a comienzos de este año, el argelino Ahmed Ben Bella advirtió: "Este sistema, que ya enloqueció a las vacas, está enloqueciendo a la gente." Y los locos, locos de odio, actúan igual que el poder que los genera.

Un niño de tres años, llamado Luca, comentó en estos días: "El mundo no sabe dónde está su casa." El estaba mirando un mapa. Podía haber estado mirando un noticiero.

La mentira del Pentágono como arma de guerra

Carlos Fazio

"Cuando empieza la guerra, la primera víctima es la verdad". Acuñada en los días de la primera gran conflagración -la de 1914-18, la guerra más manipulada hasta hoy-, la famosa frase exhibe el uso de la mentira con fines de propaganda. Como arma de guerra. Esta semana, un oficial del ejército de Estados Unidos reveló a The Washington Post que en la "guerra informativa de gran intensidad" en curso, se iba a "mentir" a la prensa. Que se impondrían "nuevos y estrictos límites" a la información. Es decir, a la libre expresión. Al reproducir la noticia, los corresponsales de La Jornada, Jim Cason y David Brooks, consignaron que el Departamento de Estado ya "censuró" transmisiones de la Voz de América y un programa humorístico de la cadena ABC. Asimismo, denunciaron una creciente campaña para "asegurar" la "lealtad" de los periodistas en la cruzada belicista de George W. Bush contra el régimen talibán de Afganistán.

Un día después, en un confuso desmentido, el propio secretario de Defensa, Donald Rumsfeld, explicó que "podría haber circunstancias en las cuales sería necesario no ofrecer la verdad" a los medios. Apremiado sobre si en la "campaña de operaciones de información" -y como parte de la guerra psicológica contra el enemigo- el Pentágono podría divulgar información falsa, Rumsfeld respondió: "supongo que uno nunca dice nunca". Recordó incluso la frase de Winston Churchill de que "a veces la verdad es tan valiosa que tendría que ser acompañada con un guardaespaldas de mentiras..."

Junto con la censura, la autocensura y el patriotismo en los medios, en tiempos de guerra cobran auge la manipulación y el lavado de cerebro.

Escudados en la "seguridad nacional", los gobiernos mienten, tergiversan los datos y calumnian al enemigo, queriendo hacer pasar por información objetiva lo que en realidad es propaganda y/o guerra psicológica. Unos y otros esgrimen que Dios está de su parte, y sólo al final se descubre que Dios estuvo del lado de los ejércitos más fuertes.

Uno de los principales vehículos de la propaganda bélica son los medios masivos de comunicación. Pero como dice Noam Chomsky, "los medios son el soporte de los intereses del poder". A menudo distorsionan los hechos y mienten para mantener esos intereses. Si los medios fueran honestos, dirían: "miren, éstos son los intereses que representamos y con esta perspectiva analizamos los hechos. Estas son nuestras creencias y nuestros compromisos". Sin embargo, se escudan en el mito de la objetividad y la imparcialidad. Pero esa máscara de imparcialidad y objetividad forma parte de su función propagandística. El tema no es nuevo. En 1917, el presidente Woodrow Wilson creó el Comité de Información Pública, que tuvo como blanco auditorios nacionales y extranjeros. Ante la ausencia de la radio y la televisión, el comité recurrió a la prensa escrita y al cine. Utilizó las técnicas de la publicidad comercial. Los objetivos planteados, fueron: 1) Movilizar la agresividad y el odio de la población y dirigirlo contra el enemigo para socavar y destruir su moral. 2) Dinamizar y preservar el espíritu de lucha del propio país. 3) Desarrollar y conservar la amistad de los países aliados. 4) Fomentar la amistad de los países neutrales y en lo posible obtener su apoyo y colaboración durante la guerra. Lo mismo que está haciendo George W. Bush ahora.

Una norma clave para la construcción del Tercer Reich, con Hitler, señalaba que "toda propaganda debe ser popular, adaptando su nivel intelectual a la capacidad receptiva de los menos inteligentes de los individuos a quienes se desee que vaya dirigida. De esa manera, es menester que la elevación mental sea tanto menor cuanto más grande

la muchedumbre que debe conquistar". Eso debía ser así, porque "la capacidad receptiva de las multitudes es sumamente limitada y su comprensión escasa". Esa técnica de psicología de masas ha sido seguida ahora por Bush para la construcción de un enemigo: el nuevo diablo, Osama Bin Laden. Es la misma que siguió su padre, George Bush, durante la guerra del Golfo: el diabólico Hussein.

La guerra psicológica utiliza una caracterización maniquea (negro/blanco, bueno/malo) para describir al enemigo. En su obra sobre técnicas de propaganda en la guerra, H.D. Lasswell cita el comentario de Rudyard Kipling: "sea como fuere que el mundo pretenda dividirse, hoy hay sólo dos divisiones: los seres humanos y los alemanes". El bien y el mal tienden a personificarse. En cuanto a estereotipos, los japoneses eran malísimos e impenetrables, y los alemanes fríos y despiadados. A los comunistas rusos, que encarnaron "el imperio del mal", finalmente Dios y el mercado los castigaron. Después de la guerra del Golfo, The Guardian de Londres publicó un estudio comparativo de la terminología usada en la prensa para referirse a los aliados y los iraquíes. Los aliados tenían "ejército, marina y aviación", Irak una "maquinaria de guerra". Los aliados daban "directivas generales" a los periodistas, Irak "censura" y "propaganda". Los aliados "eliminan", Irak "asesina". Los soldados aliados eran tratados como "los muchachos", los iraquíes como "hordas". Los primeros eran "profesionales", "héroes" y "prudentes", los segundos "resultado de un lavado de cerebro", "carne de cañón", "cobardes", "bastardos" y "fanáticos". Los misiles aliados causaron "daños colaterales", los "viles" misiles iraquíes "víctimas civiles". Bush padre era "resuelto", "un seguro estadista", Saddam Hussein "el carnicero de Bagdad", "un tirano diabólico", "monstruo enloquecido".

De Crimea a Afganistán

La primera guerra que se fotografió fue la de Crimea, en 1860. Las imágenes reprodujeron naturaleza muerta; cadáveres o estructuras de defensa. La Guerra de Secesión, en Estados Unidos (norte contra sur), fue la primera de la era industrial con participación de masas. Y también la primera guerra contemporánea de los medios de comunicación, prensa y fotografía, de masas.

Como señala Ignacio Ramonet, la coincidencia de la guerra de masas y los medios de masas hizo que los estados mayores se tuvieran que plantear cómo intervenir para que la "opinión pública" -los ciudadanos que financian la guerra- no supiera exactamente lo que pasa en ella, para que no pesara en su conducción. Ese abismo entre lo que percibe la opinión pública y lo que viven los participantes se acentuó durante la Primera Guerra Mundial. Allí se inventaron los llamados oficiales de comunicación, que suministraban "información" a los corresponsales de guerra, que no tenían acceso al frente ni una percepción directa de lo que estaba ocurriendo. La historia mediática de la guerra de 1914-18 estuvo basada en la manipulación y el lavado de cerebro.

El modelo se modificó en la Segunda Guerra Mundial

Simbólicamente, fue la guerra de la democracia contra el totalitarismo nazi. Por tanto, la guerra de "la transparencia y la verdad" contra "la propaganda" de Goebbels y el régimen hitleriano. Los estadounidenses dejaron que los corresponsales acompañaran a sus tropas de avanzada; la idea fue que la sociedad tenía derecho a saber exactamente lo que hacían sus soldados. Pero la lógica estadounidense de que la guerra debe ser tan transparente como la democracia, y de que los medios de masas deben ilustrarla y actuar como "espejo", sin ningún tipo de filtro, produjo el síndrome de Vietnam.

Fue esa la primera guerra rodada en directo. Pero la "operación espejo" de los medios generó un rechazo a la guerra -y a las razones que llevaron a hacerla- en la opinión pública de Estados Unidos. Los ciudadanos descubrieron a un ejército cruel, injusto. Vieron a sus soldados sacrificar y torturar civiles, bombardear aldeas y utilizar napalm contra la población. En buena parte debido a la televisión, el país no estuvo ya detrás de sus soldados. La guerra se perdió militar y psicológicamente. La noción de la "transparencia" entró en crisis.

La lección de Vietnam fue vivida como una verdadera catástrofe mediática por el ejército estadounidense. Pero el Pentágono y la OTAN sacaron enseñanzas. Durante la guerra de las Malvinas, en 1982, se introdujeron modificaciones. Si bien el conflicto enfrentaba a una potencia nuclear, Gran Bretaña, con un país del Tercer Mundo, Argentina; a una democracia con una autocracia castrense, como dice Ramonet, la superioridad militar inglesa, reflejada según la doctrina del espejo, corría peligro de dar una impresión detestable. Se podía ganar la batalla militar, pero perder la batalla mediática. La prioridad de Londres fue controlar a los medios de comunicación. Para ello idearon la cobertura a través del pool, un pequeño grupo de periodistas acompañado y controlado por militares especializados. Una forma de "orientar" la información. Las Malvinas fue la primera guerra sin imágenes desde la aparición de la fotografía. El exitoso esquema fue utilizado después por los franceses en Chad y por el Pentágono en las invasiones a Granada y Panamá.

Durante la guerra del Golfo, Estados Unidos introdujo cambios estructurales en la información de masas. Ignacio Ramonet le llama "el modelo 1989", derivado de tres acontecimientos mediáticos ocurridos ese año: la revuelta de la plaza de Tiananmen, en Pekín; la caída del muro de Berlín, y la guerra civil en Rumania. Gracias a la autonomía de la televisión para ir a cualquier parte y "transmitir en tiempo real", todo

el mundo asistió en directo a la represión en Tiananmen. Durante la apertura del muro de Berlín, Dan Rather, de la CBS, repitió la frase "están ustedes viendo la historia en marcha". El mediador entre el acontecimiento y el ciudadano espectador o lector, desaparece de la relación. El periodista pasa a ser también testigo del hecho. Surge una nueva definición de la información. Sencillamente, informar es hacernos asistir al acontecimiento. No hay causas. No hay actores. No hay historia. La realidad se ve como un partido de fútbol. Sólo que el deporte tiene reglas y la historia no. El sistema comunicacional se lavó las manos. Dejó solo al espectador. Le dijo: yo no le informo ni bien ni mal. Usted se informa solo. Es su responsabilidad. Se abandona la responsabilidad social de la información. Rumania, "la mayor mentira mediática en la historia comunicacional moderna", se nutrió de los otros dos sucesos. Otra vez asistimos a la guerra civil en directo, con base en otra tecnología, el montaje de la realidad y la mentira. Pero se dio un "efecto biombo": mientras el mundo estaba ocupado en Rumania, Estados Unidos invadía Panamá.

Dos años después, la guerra del Golfo se construyó con base en una serie increíble de manipulaciones y falsedades. "Es la suma de las Malvinas, más Pekín, más Berlín, más Rumania", dice Ramonet. A la censura clásica por amputación (ocultar al público occidental que Arabia Saudita es un régimen autocrático) se le añadió la absurda tesis de que Irak tenía el cuarto ejército del mundo.

Había que movilizar a la opinión pública estadounidense a fin de obtener consenso para la intervención del Pentágono, y dejar atrás al síndrome de Vietnam. Mike Digel, el mejor manipulador de masas de EU, el hombre que inventó a Ronald Reagan, montó una serie de imágenes de alto impacto que reproducían el "salvajismo" iraquí. Pero jamás existieron en la realidad; fueron filmadas en Nuevo México. Fue un ejemplo de astucia. La batalla mediática supone inteligencia para pro-

ducir y utilizar imágenes. Esa doble inteligencia es indispensable para conducir conflictos y para hacer que al ciudadano le sea cada vez más difícil establecer la frontera entre la verdad y la mentira. En la guerra del Golfo, los dioses de la imparcialidad (los locutores) actuaron como maestros de ceremonias de un telemaratón del Pentágono. Se acogieron al "modelo deportivo".

El espectáculo, la emoción. Algo similar ocurrió ahora con la destrucción de las Torres Gemelas. Horas y días las imágenes de los aviones estrellándose una y otra vez contra el World Trade Center de Nueva York. "Usted ve la historia hacerse ante sus ojos". De nuevo la autoabolición del periodista. La ideología del directo. Pero el Pentágono ya había comenzado a fabricar al nuevo Satán; al nuevo Hitler. Al bastardo de turno Bin Laden. Se intoxicó a la muchedumbre, espectadora silenciosa. Se la desinformó y manipuló.

Después vendría Bush con su premisa del nuevo mito fundacional: "Con Estados Unidos o con el terrorismo". Un nuevo Nintendo maniqueo. Con Dios o con Alá. La cruzada de Occidente contra la guerra santa islámica. Con el sheriff de Texas como una copia patológica de su adversario. Y reaparecieron la censura y los límites a la libertad de expresión. La mentira del Pentágono como arma de guerra.

Operación Censura Infinita

Jenaro Villamil

En un artículo publicado en The New York Times, el titular de Defensa de Estados Unidos, Donald H. Rumsfeld, subrayó que el reciente despliegue militar de su nación podría tener entre sus primeras "bajas" a la verdad. "Incluso -agregó el jefe del Pentágono- el vocabulario de esta guerra será diferente. Cuando se hable de invasión del territorio enemigo bien podría tratarse de una invasión al ciberespacio. Quizá no se registren tantas cabezas de playa atacadas como oportunidades negadas".

Sobre aviso no hay engaño. Ciertamente, en menos de una semana la principal libertad que ha sido conculcada para muchos estadounidenses ha sido la de expresión y el derecho a la información. Tras ellas se han instrumentado violaciones a la libertad de movimiento -Washington anunció que derribará cualquier avión comercial que se reporte como secuestrado-, la libertad de asociación -ahí están las protestas de decenas de organizaciones no gubernamentales reportadas por los corresponsales de La Jornada Jim Cason y David Brooks- y la libertad de creencias -ahora resulta que llevar en el equipaje rezos islámicos o musulmanes es suficiente para que se conviertan en versos satánicos y eso que no se trata de escritos de Salman Rushdie. ¿Por qué hasta ahora se dieron a conocer en los medios las "cartas" que poseía uno de los supuestos secuestradores?-

La simplificación y la reducción a caricatura de "los otros", los "enemigos", se convierten en una peligrosa moneda corriente de los medios de información, particularmente la televisión. En Televisa, Dolores

Ayala presentó en su noticiario la información de los escritos musulmanes como un "manual terrorista". Bastaría tener facciones árabes para que el prejuicio se imponga o para que la psicosis prevalezca, nos parece decir a cada instante la cobertura televisiva.

El propio George W. Bush lo volvió a repetir frente a las cámaras el pasado viernes 28 de septiembre: "lo dije alto y fuerte: a veces se podrán ver nuestros movimientos en la televisión, otras veces los estadounidenses no podrán ver lo que hacemos". La prensa en esta guerra deberá comportarse "responsablemente" ante las autoridades y respetar "ciertas limitaciones" para evitar las consecuencias de "divulgar demasiado". Toda esta censura proclamada -algo que los ciudadanos estadounidenses que padecieron la guerra de Vietnam saben de qué se trata- es a nombre de la "gran patria estadounidense", de la "guerra contra el mal", del combate a la "amenaza terrorista" y, por supuesto, va en contra de lo que afirmó el magistrado Hugo Black, miembro de la Suprema Corte de Estados Unidos, quien recalco que una prensa libre "debe servir a los gobernados, no al gobierno".

En otras palabras, el establishment estadounidense justifica desde su peculiar perspectiva patriótica una especie de jihad o "guerra santa" mediática contra los impíos que, en este caso, ya tienen un nombre, un rostro y un adjetivo: Osama Bin Laden y el "terrorismo islámico". Las cadenas televisivas estadounidenses -y sus replicantes en todo el mundo, incluyendo las mexicanas- no dejaron de transmitir durante esta semana una entrevista realizada por ABC en 1998 -es decir, hace más de tres años- al presunto autor intelectual del atentado del 11 de septiembre a las Torres Gemelas.

Aparecieron "estudios de especialistas" sobre la personalidad de Bin Laden a partir de un manuscrito de su supuesta autoría y le encontraron al otrora aliado estadounidense desde instintos homicidas hasta "altos niveles de actividad erótica". Las principales revistas estadouni-

denses, de Time a Newsweek, ya encontraron al individuo a vencer, la amenaza personificada en Bin Laden.

Lo paradójico y lo peligroso de esta especie de guerra santa desde el púlpito mediático es que sus primeras víctimas son los propios comunicadores y periodistas estadounidenses. Como muestra bastan los siguientes ejemplos:

El comentarista del noticiario nacional de ABC, Peter Jennings, ha recibido más de 10 mil llamadas telefónicas y correos electrónicos de queja por sus "comentarios negativos" el día del ataque al World Trade Center. Entre esos comentarios Jennings, de origen canadiense, se atrevió a preguntar al aire: "¿y dónde está el presidente Bush?". Los televidentes consideraron que era una afrenta patriótica cuestionar la inoperancia del mandatario en los momentos más críticos del 11 de septiembre.

El vicepresidente de la televisora independiente Global Vision Inc, ubicada frente a la poderosa y conservadora cadena Fox, Danny Schechter, reconoció que "ha habido mucha presión para silenciar las voces que se expresan a favor de la paz". Entrevistado por la agencia CIMAC, Schechter subrayó que "si la población no conoce la política exterior del gobierno estadounidense, por supuesto que la reacción, tras el ataque a las Torres Gemelas no puede ser más que de enojada ignorancia. No se puede pensar en la paz porque les han dicho que los malos han atacado a los buenos". La agencia Global Vision se ha dedicado en los últimos días a cubrir las manifestaciones de grupos pacifistas y defensores de los derechos civiles, que han ocupado un lugar marginal en la avalancha informativa de Estados Unidos.

El pasado viernes, The New York Times informó que dos periodistas fueron despedidos de periódicos regionales por sus comentarios críti-

cos a la conducta de George Bush. El mismo periódico reportó que en Washington han "seleccionado" a los periodistas y reporteros dóciles de los que no lo son, todo a partir de su cobertura de los discursos de Bush. La agencia informativa DPA ha dado cuenta de la persecución y censura a periodistas y columnistas que no son del agrado del equipo Bush.

La viuda de Lennon, Yoko Ono, ha provocado un escándalo entre los belicistas porque se atrevió a publicar a página entera en The New York Times la frase: "Imagina a todo el mundo viviendo en paz". Como estas frases pacifistas, otras se han convertido en "políticamente incorrectas" en este momento de contraataque del Pentágono. Los medios le han apostado a justificar y avalar el deseo de venganza estadounidense o, como caracterizó el inefable Jorge G. Castañeda, el "derecho de represalia". La paz suena casi a traición.

Las cadenas televisivas de Estados Unidos están editando algunas series o comedias que trataban el tema del terrorismo en sus episodios. Por ejemplo, la cadena CBS borró una frase de la serie *Elle'n Show*, en la cual la protagonista señalaba: "Espero que no te quedes atrapado en el edificio". Se censuró un episodio de la serie *Los Simpson* en el que se muestra cómo le colocan un inmovilizador al coche de Homero, frente al World Trade Center, según el periódico *The Washington Post*. No deja de ser un poco esquizofrénico censurar a *Los Simpson* y desplegar las imágenes de bombarderos, marines y toda la parafernalia armamentista como símbolos de poder.

El patriotismo se impone como negocio y como fórmula de consumo, en medio del duelo de miles de estadounidenses. El concierto por las víctimas del 11 de septiembre alcanzó una audiencia récord de más de 150 millones de espectadores, es decir, tuvo más televidentes que las imágenes primeras de los atentados. La emisora radial texana Clear

Channel Communications, a la cual pertenecen mil 200 estaciones de todo el país, difundió una lista de 150 canciones "proscritas" entre las que se encuentran *Ticket to ride* de los Beatles y *You dropped a bomb on me*, de Gap Band, por considerarlas "incorrectas". La poderosa agencia de noticias CNN ha emprendido una campaña para impulsar el consumo de productos estadounidenses en sus emisiones y en su página web, a nombre del "mundo libre".

La riesgosa operación mediática, lejos de contribuir a una percepción más civilizada y humana de los sucesos, parecería orientada a impulsar la revancha bélica. Ya el propio Franklin D. Roosevelt, presidente señero de Estados Unidos, le advirtió a su propia nación que, en circunstancias de psicosis, hay que tenerle "más miedo a nuestro propio miedo".

"La reacción a la atrocidad, fortalece la represión"

La respuesta planeada "será un regalo a Bin Laden" /

* Noam Chomsky:

Diario "La Jornada", México - 15-09-01 JIM CASON Y DAVID BROOKS CORRESPONSALES Washington y Nueva York, 14 de septiembre.

El "horrendo" ataque del martes marca el inicio de un nuevo tipo de guerra que beneficiará a "los hombres duros" de Estados Unidos y sus contrapartes terroristas en el exterior, con los pueblos pobres, y en particular los palestinos, pagando los costos, dijo Noam Chomsky en entrevista con La Jornada.

Los del martes fueron, señaló el analista, el primer ataque contra el territorio nacional en dos siglos, y marca la primera vez que las "víctimas" tradicionales de la política estadounidense en el Tercer Mundo lanzan una acción militar contra el centro de los poderes imperiales. Tres días después del ataque, Chomsky habló con La Jornada de sus perspectivas, de lo que el presidente Bush ha denominado la primera guerra del siglo XXI.

El profesor del Massachusetts Institute of Technology, padre de la lingüística moderna, y feroz crítico del poder, comentó sobre varios aspectos de esta coyuntura, a la que considera un parteaguas histórico: "El ataque terrorista (a Estados Unidos) fue un asalto mayor contra los pueblos pobres y oprimidos de todo el mundo. Los palestinos serán aplastados por esto. Es un regalo a la derecha dura jingoísta estaduni-

dense, y también a la de Israel. Y la respuesta planeada será lo mismo, será un regalo a Bin Laden... el tipo de acción de represalia que se está planeando es justo lo que él y sus amigos están buscando.

Exactamente las cosas que promoverá un apoyo masivo y que llevará a más, y tal vez peores, ataques terroristas, lo cual entonces llevará a una creciente intensificación de la guerra. "Tomen como ejemplo un microcosmos. Irlanda del Norte, donde están los llamados hombres duros de ambos lados, quienes simplemente matan sin importar las consecuencias, o si muere más gente de su lado.

Bien, eso sólo les ofrece más oportunidades para matar. Amplifíquelo al nivel de un superpoder y de bombas suicidas que no pueden ser detenidas. Son sólo los hombres duros de ambos lados los que benefician, y los demás sufren. "Estados Unidos ahora está planeando el tipo de guerra a que está acostumbrado el oeste. Eso es, realizar algún ataque masivo en contra de otros. Pero el problema esta vez es que probablemente será diferente.

Eso es lo que desea Bin Laden y otros como él, ataques masivos. Responderán probablemente con más ataques terroristas. Cosas como la ocurrida el martes son en verdad imparables. "Aun si hubieran tenido a toda la fuerza aérea de Estados Unidos volando ese día, no hay mucho que pudieran haber hecho. (Los terroristas) son bombas suicidas, perfectamente contentos con morir. En 1983, un atentado suicida con un camión-bomba sacó a la fuerza militar más grande de Líbano.

No fue un acto insignificante, y no se puede detener ese tipo de acciones. "No deseo ni mencionar el tipo de cosas que, si uno quiere pensarlas, fácilmente se presentan. ¿Qué difícil piensan que sería, por ejemplo, meter un bomba de 15 libras de plutonio a través de la frontera mexicana o canadiense? ¿Estaría más allá de sus talentos o los

míos, o de terroristas sofisticados? Eso es a lo que estamos invitando. "Lo ocurrido el martes es una atrocidad espantosa, sin duda. Pero es el tipo de terror al que está sujeta buena parte del mundo; como, por ejemplo, la destrucción de la mitad de los abastos farmacéuticos de Sudán (por el ataque estadounidense supuestamente de represalia por atentados de Bin Laden). Es un país africano pobre.... ¿qué pasa cuando se destruye la mitad del abasto farmacéutico? Pues, a nadie le importa en el oeste. Pero uno o dos intentos para calcular el costo de esta acción resulta en decenas de miles de bajas, de muertos. Pero a nadie le importa. Así es como se pretende hacer funcionar la historia".

La Jornada (LJ): ¿Es un nuevo tipo de guerra? Es más que una nueva guerra... es una nueva clase de guerra de diversas maneras. Por un lado, la forma en que la están enmarcando, "o estás con nosotros o enfrentas el prospecto seguro de muerte y destrucción". ¿Pueden pensar en un paralelo histórico a eso? Ni los nazis llegaban a ese extremo. "Es un nuevo tipo de guerra también, si lo vemos históricamente. Algunos la consideran como un parteaguas, y tienen razón.

Es la primera vez en la historia estadounidense, desde la guerra de 1812, que el territorio ha sido atacado. Ahora, la gente utiliza la analogía con Pearl Harbor, pero es un error. En Pearl Harbor los japoneses atacaron dos colonias estadounidenses, Filipinas y Hawai el 7 de diciembre. Ataques a una colonia no son ataques contra Estados Unidos. "Estados Unidos ha atacado el territorio de otros; a fin de cuentas está sentado en la mitad del territorio de México y ha atacado a Canadá un par de veces, pero nadie ataca a Estados Unidos. Además, también esa es la historia europea.

Pero a diferencia, Europa ha tenido bastantes guerras internas horrendamente sangrientas. Aunque no es atacada por lo que llamamos el Tercer Mundo, las ex colonias, más bien Europa las ataca a ellas. "Es-

to es ciertamente un parteaguas, la primera vez en la historia en que las víctimas están devolviendo el golpe al territorio matriz. ¿Cuándo han sido atacados Europa y Estados Unidos por gente de sus colonias, o las áreas que dominan? Históricamente, es extremadamente inusual. "Cuando Gran Bretaña conquistó gran parte del mundo, no fue bonito, pero no atacaron Inglaterra. ¿México acaso puso bombas en Estados Unidos cuando fue conquistada la mitad de su territorio? Me imagino que podrían haberlo hecho. Digo, Nicaragua podría haber puesto bombas en Washington, pero eso no ocurrió.

Están del lado equivocado del fusil y se supone que ahí es donde tienen que quedarse. "Es por esto que hay tanto horror (en Estados Unidos y en Europa) cuando los palestinos responden dentro de Israel. Es horrible. Pero se supone que deben aguantarlo todo dentro de los territorios bajo ocupación militar. Es la manera en que funciona de la historia para Europa y de Estados Unidos". LJ: ¿No hay entonces una alternativa a este conflicto? Sí, claro.

La alternativa es prestar atención a lo que está detrás. No se trata de lo que uno lee en los artículos de opinión de The New York Times: los locos que nos están atacando porque somos tan magníficos. Eso no es lo que está ocurriendo. "Ellos (los atacantes) están llevando a cabo atrocidades enormes en respuesta a las atrocidades reales de las cuales somos responsables, y que han continuado. Si se trata de una agrupación de Medio Oriente, lo que probablemente es, uno puede empezar a contar (los atentados cometidos contra esa parte del mundo). Nos podría importar poco aquí, y a casi nadie en el oeste le importa, pero no implica que no le importe a las víctimas. "Por ejemplo, Irak, durante los últimos 10 años.

Era el país más desarrollado del mundo árabe, encabezado por un monstruo, pero al oeste eso no le molestaba. Estados Unidos y Gran

Bretaña lo apoyaron cuando cometía sus peores atrocidades. Pero en los últimos diez años ese país ha sido devastado, y ahora es uno de los más pobres del mundo. "Eso no fue en contra de Saddam Hussein, quien ha sido fortalecido..., se ha hecho contra la población. ¿Cuántos han muerto? Ni siquiera sabemos.

Hace un par de años, Madeleine Albright estaba preparada para aceptar la cifra de medio millón de niños muertos como resultado de las sanciones estadounidenses, y dijo: es un alto precio, pero estamos dispuestos a pagarlo. Pero eso no significa que los iraquíes estén dispuestos a pagarlo, o la gente de la región. Hay una ira tremenda por esto por todas partes. "En Líbano, los ataques israelíes apoyados por Estados Unidos probablemente han matado de 40 a 50 mil personas durante los últimos 20 años. Nosotros decimos ¿a quién le importa? ¡Pues a la gente de la región sí le importa! "O vean lo que está ocurriendo en los territorios ocupados.

Aquí se informa que helicópteros y jets israelíes atacan concentraciones civiles, y saben perfectamente bien que éstos son de origen estadounidense otorgados precisamente para ese propósito. "Y sigue. Allá saben que Estados Unidos ha estado detrás de las políticas para prevenir cualquier acuerdo diplomático que responda al consenso internacional; Estados Unidos simplemente no permitirá el retiro de Israel del territorio ocupado. "La gente en la región entiende todo esto, y sabe que podemos seguir con ejemplos alrededor del mundo.

En estos momentos hay aproximadamente un millón de personas enfrentando el hambre en el norte de Nicaragua y el sur de Honduras, esas regiones recuerdan algunas actividades de Estados Unidos no hace tanto tiempo". LJ: ¿Cuáles son las implicaciones de todo esto en Estados Unidos? Creo que igual que las próximas acciones estadounidenses serán un regalo para Osama Bin Laden y la gente como él, lo

ocurrido el martes es un regalo a sus contrapartes aquí, los hombres du-
ros.

Esta será una oportunidad maravillosa para imponer más reglamentación, más disciplina, promover los programas que desean aquí, la militarización del espacio y otras cosas parecidas.

Y como señaló Paul Krugman esta mañana, tal vez una reducción del impuesto a las empresas. ¡Perfecto! "Y esperarán? tal vez fracasarán? poder aplastar a la disidencia interna aquí. Ese tipo de cosas. En general, las atrocidades y la reacción ante ellas fortalecen a los elementos más brutales y represivos en todas partes. Así funcionan estas cosas. La dinámica es muy conocida". Redacción de SERPAL, Servicio de Prensa Alternativa..

4

**EL CONTEXTO HISTORICO,
SOCIO-ECONOMICO Y
POLITICO DEL CONFLICTO
ENTRE ESTADOS UNIDOS Y
AFGANISTAN**



EL CONTEXTO HISTÓRICO,
SOCIO-ECONÓMICO Y
POLÍTICO DEL CONFLICTO
ENTRE ESTADOS UNIDOS Y
AFGANISTÁN

La mundialización ha consumido a las sociedades árabes de una manera irreversible

Entrevista a Samir Amín *

Comité de Solidaridad con la Causa Árabe

Samir Amín, economista egipcio, es uno de los intelectuales más destacados y escuchados del Sur. Ejemplo de constancia en sus denuncias al desigual e injusto sistema económico impuesto por los países más poderosos, sus análisis desmontando la imposición neoliberal se remontan más de dos décadas. En la actualidad dirige el 'Foro del Tercer Mundo', con sede en Dakar (Senegal), organización de "mil asociados, africanos, asiáticos y latinoamericanos. Intelectuales y académicos comprometidos a través de la asociación a movimientos diversos, partidos políticos (...) estamos organizados como una sociedad de debate para profundizar, de forma independiente y desde una perspectiva de izquierda, a nivel regional y a nivel de los países, en los problemas del Tercer Mundo", como indica el propio Amín. Esta entrevista se celebró en el entorno de la Contraconferencia de Barcelona contra el Banco Mundial (junio 2001) donde Samir Amín participó en taller sobre el proyecto Euromediterráneo invitado por el Comité de Solidaridad con la Causa Árabe.

Nación Árabe: *¿Qué puede significar para la estructura mundial el Proyecto Euromediterráneo?*

Samir Amín: Hay que partir del momento precedente. Los años 50, 60 y parte de los años 70 se caracterizaron en el mundo árabe por el au-

mento de los movimientos de liberación nacional, su radicalización ilegal y una serie de proyectos que yo llamo "nacional-populistas", fundados sobre bloques sociales hegemónicos relativamente grandes que hicieron concesiones significativas a la clase popular a través de reformas agrarias, de la nacionalización e industrialización, de la expansión del sistema de educación... pero también basados en una manera dictatorial de ejercer el poder, donde la apelación populista -no popular- tiene sentido, donde no se tolera la autonomía de las clases populares para que puedan realizar su proyecto. La página de ese momento ha pasado. La mundialización ha consumido las sociedades árabes de una manera seria e irreversible, al tiempo que éstas muestran sus límites históricos y sus contradicciones internas, que comprenden también transformaciones internacionales, en particular las ocurridas en los fundamentos del sistema soviético sobre los cuales se apoyaba el mundo árabe para enfrentarse al desafío occidental.

En la actualidad existe un endurecimiento de las formas autocráticas del poder; no me refiero a las dictatoriales fascistas, sino a las autocráticas, a lo que yo llamo "el poder de los mamelucos", es decir, el de los militares, los hombres del comercio comprador y los hombres de religión, con una batalla alterna entre la preeminencia militar (tipo Argelia actual, o Egipto) o la preeminencia de los hombres de religión, modelo iraní -aunque no árabe. Mientras, tiene lugar un conflicto violento como el de Argelia, en el que se combina la lucha entre la clase dominante por el poder y la inserción del país en la mundialización liberal. De esta manera se desvía el debate de los verdaderos desafíos -los problemas económicos y sociales- a un conflicto virtual en la abstracción del más allá. Se trata de un conflicto que pretende llevar el debate a la cuestión cultural y religiosa, evitando la discusión del problema concreto.

Al mismo tiempo, pasamos de un régimen autocrático y falsamente al-

ternativo al Islam político, que no es un movimiento religioso sino político, en el que se utiliza la religión pero que responde a un movimiento político reaccionario, no sólo cultural, porque acepta la inserción de la mundialización capitalista. Es la razón por la que los poderes occidentales se sienten cómodos: militares e islamistas aparecen como aliados, uno puede sustituir al otro sin problemas.

Además, esos mismos gobiernos han sido arrastrados por la erosión de los proyectos nacionalistas al proceso que llevó al Acuerdo OLP-Israel de Oslo (1993) y, en 1995 en Barcelona, a la primera Conferencia del Proyecto Euromediterráneo. Todo debe analizarse y contemplarse conjuntamente. Por una parte, es un proyecto de paz inaceptable, de la creación de bantustanes en Palestina con una Autoridad Palestina concebida como gestora de los intereses israelíes compradores y del capital dominante. Y, por la otra del cuento de la asociación euromediterránea con la intención de sustituir el diálogo euro-árabe con un falso diálogo euromediterráneo, que permita introducir a Israel y a Turquía, y aislar al Golfo.

Ante las relaciones económicas acordes con la línea de la mundialización capitalista, hay dos luchas principales en el mundo árabe que están empezando a cambiar esta situación. Una es la Intifada palestina, ha sido el pueblo palestino el que ha rechazado la bantustanización, logrando poner el proyecto en peligro, y obligar a pensar en otro tipo de compromiso.

La otra es la explosión de la lucha del pueblo argelino. Durante más de veinte años, los mamelucos del poder militar y los islamistas ocupaban íntegramente la escena y convirtiéndose en hermanos gemelos, la elección estaba entre nosotros o ellos, sin una tercera alternativa, y de repente el pueblo argelino sale y asegura: "la alternativa somos nosotros. Ni vosotros ni ellos. La alternativa es la democracia social".

N.Á.: *Estas actitudes ¿pueden provocar el cambio en otros países árabes como Marruecos que intentan evolucionar hacia la democracia?*

S.A.: El eco es muy grande, el poder está muy enfadado y perjudicado por el movimiento argelino, intentan vilipendiarlo. Se ha dicho que es un movimiento étnico de la Cabilia, algo falso porque comenzó en esa región pero se ha convertido en un movimiento general del pueblo argelino, y también dicen que es un movimiento manipulado desde el exterior, por Francia, algo incierto. Existe la complicidad doble del poder argelino y de los islamistas para denigrar este movimiento, pero ya hay excepciones, incluso en la prensa árabe, se dice: "La izquierda árabe está reapareciendo y quizás sea el ejemplo de lo que se debe hacer".

N.Á.: *¿Se dan actualmente las condiciones para que se convierta en un movimiento general, que englobe a los países árabes a partir de este ejemplo de revuelta y reivindicación?*

S.A.: Es muy difícil responder a esa cuestión, me gustaría que así fuera, pero no estoy seguro de que pueda ocurrir. Es muy importante que la izquierda árabe retome el contacto. Ese sector de la política ha quedado extremadamente desamparado por los fundamentos del nasserismo, el marxismo, el soviétismo, porque no se posicionaron de forma crítica frente a estos movimientos. La izquierda árabe, la comunista en particular, se encontró como la izquierda nacional populista de la alianza soviética.

Por ese hecho se encontró extremadamente desamparada en un momento histórico determinado, pero puede que en la actualidad esté en un proceso de retomar conciencia de que una nueva visión de la acción es necesaria.

N.Á.: *¿Qué papel tienen los intelectuales árabes en este movimiento?*

S.A.: Los intelectuales árabes son como los de cualquier sitio, hay un centro, una derecha y una izquierda..., la confusión, el límite...

N.Á.: *Pero pasa algo similar a lo que les ocurre a los partidos de la izquierda, están deslegitimados por participar en la pseudodemocracia...*

S.A.: Históricamente, los intelectuales árabes han estado en el surgimiento de las luchas de liberación nacional y del comunismo, se comprometieron con partidos políticos. Si pienso en mi juventud, durante la Segunda Guerra Mundial, en la escuela nos peleábamos todos los días a la hora del recreo entre la mitad que se proclamaba comunista y la otra mitad que se consideraba nacionalista. No había nada más, era impensable. Guardando las distancias, los actuales intelectuales se han convertido en los representantes orgánicos del movimiento nacional populista con su ala burocrática de derechas, su ala izquierdista..., yo [mismo] fui estalinista, era maoísta, de hecho lo sigo siendo. En este momento los intelectuales críticos están desamparados porque carecen de un partido o una fuerza política constituida, respetable, ante la cual ellos se puedan sentir responsabilizados.

N.Á.: *¿Qué salidas contempla usted ante la escalada de violencia en los Territorios Ocupados?*

S.A.: Mi consejo es que se retome un viejo texto escrito en los años 60 o 70 por Maxime Rodinson, reeditado recientemente en una revista francesa, que se llama *Utopie critique*. En él se dice que el proyecto sionista de Israel es un proyecto colonial, que implica necesariamente arrasar con un pueblo de su territorio y que los que queden sean sometidos a un régimen de apartheid. Ese proyecto a largo plazo no tiene futuro. ¿Qué compromiso en el momento actual es aceptable? El único acuerdo posible es el propuesto por el pueblo palestino: un Estado palestino en el conjunto del territorio ocupado, la devolución del Golán a

Siria, y la coexistencia pacífica entre el Estado palestino y el Estado de Israel. Después ya veremos en que se convierte el pueblo de Israel, el palestino y el conjunto del mundo árabe. No vamos a solventar el problema para la eternidad. Ese es el compromiso y hay un trabajo considerable que hacer en ese terreno porque el sionismo, por desgracia, utiliza un eco en el mundo y en Europa en particular: el chantaje permanente del antisemitismo, cualquier posición anti-Estado israelí, o contra el proyecto como está concebido es una prueba de antisemitismo, hay que rechazar este análisis. Hay que rechazar el antisemitismo, pero muchos europeos se sienten mal al tener que posicionarse en este tema porque les pesa la responsabilidad histórica. Hay que desarrollar un combate claro sobre el tema, porque el chantaje al antisemitismo es reforzado por lo que los judíos americanos llaman "la industria del Holocausto".

N.Á.: *Las mayoría de las alternativas económicas que se plantean frente al libre cambio se basan en viejas recetas keynesianas, utopías de banca ética, trueque...*

S.A.: Hay mucho de eso, pero no es lo único. Existen diversos movimientos que desde mi punto de vista son un poco naíf [ingenuo]. Sea porque están fundados sobre principios éticos, que suelen ser simpáticos, pero un banco ético, asociaciones de consumidores para defender los productos obtenidos en condiciones sociales justas... hay siempre una cierta nostalgia del pasado, en un momento de descontento, donde las nuevas estrategias aún no han cristalizado es normal que exista una tendencia a querer restaurar un pasado mitificado y prolongarlo. Muchos movimientos quieren defender lo adquirido, eso no es negativo, pero creo que hay movimientos con respuestas rurales más imaginativas.

N.A.: *En el mundo árabe una gran parte de la mano de obra es agrícola, el nuevo modelo de explotación agrícola que quiere exportar EE.UU. de grandes superficies*

altamente tecnificadas, significaría dejar sin fuente de ingresos a millones de campesinos justo cuando aumenta el paro.

S.A.: Ese es un punto muy importante. Me gustaría subrayar el papel de la Organización Mundial del Comercio (OMC). El punto débil a partir del cual se podría organizar una campaña mundial inmediata es el farmacéutico, y el otro es la mundialización de la agricultura que es extremadamente destructiva para los países del Tercer Mundo en general, y para los árabes en particular, porque los porcentajes de productividad agrícola son en término medio y grosso modo los clásicos: entre un uno y un tres para la media de los países del Tercer Mundo, mientras que para la agricultura de los países capitalistas desarrollados es de un 10 a un 25. En consecuencia, la mundialización, la liberalización del mundo agrícola significa que rápidamente centenares de millones de campesinos se arruinarán.

Eso es inaceptable porque no se trata de una transición, de una consecuencia por haberse abierto a la modernidad, se ha abierto una transición hacia el genocidio porque ninguna forma de desarrollo moderno y de industrialización puede absorber el ritmo de la destrucción de la masa de campesinos.

Por eso el proceso de liberalización del sector agrícola es inaceptable. Se comprobó en Porto Alegre porque acudieron movimientos antiliberalización de la agricultura con condiciones geográficas, históricas y sociales extremadamente diferentes.

No es sólo un no, un rechazo a la liberalización de la agricultura, sino que se piensa en una alternativa a ese rechazo, una forma de regulación del mercado mundial agrícola que pueda soportar la larga transición de las sociedades agrícolas con una débil productividad hacia una modernización.

N.Á.: *El mito de que las empresas europeas trasladarían su producción al Norte de África y que el flujo de capital privado a la región sería importante se ha volatilizado con el paso de los años y la contundencia de las cifras, ¿cuál es el futuro?*

S.A.: La lógica neoliberal europea conduce a muchas regiones del Tercer Mundo, y en particular al mundo árabe, a la desindustrialización, no a una nueva forma de industrialización integrada en el sistema mundial. En el pasado hubo cierto rechazo a los capitales de las inversiones de origen europeo hacia Marruecos y Túnez. Ese tipo de industria basada en la mano de obra a buen precio; la inexistencia de un sistema de impuestos; y la puesta a disposición de la industria de las inversiones públicas en infraestructura, comunicaciones, transportes, energía casi gratuita... Hemos visto que estas industrias se instalaron rápidamente, pero ahora con la nueva revolución tecnológica hay dos industrializaciones en los países árabes.

N.Á.: *La presión militar a través del nuevo enfoque mediterráneo de la OTAN, la Fuerza de Intervención Rápida Europea, la alianza militar entre Turquía e Israel, ¿es una nueva forma de amenazar, de presionar al mundo árabe?*

S.A.: Sí. Pero en ese punto también existe el problema de la relación entre Europa y Estados Unidos; es decir, entre la Fuerza de Intervención europea y la OTAN. Desde mi punto de vista la OTAN es una organización americana. Ha habido reservas, sobre todo francesas y alemanas, un deseo de autonomizarse que ha provocado el avance rápido de esa fuerza militar europea, pero el problema permanece porque no es fácil para los europeos constituir una fuerza militar. Los europeos tienen una extensa tradición militar y no necesitan a los americanos para aprender a hacer la guerra... pueden constituir un cuerpo común de 300.000 hombres en un cuarto de hora, la dificultad es saber quién lo dirigirá políticamente. Un ejército está a la disposición de la decisión política; EEUU tiene un ejército y también un Estado, hay un presidente de EEUU, hay un poder político mientras que Europa es sólo una

asociación económica de países que políticamente son autónomos. Entonces, ¿quién decidirá sobre la fuerza militar europea?

N.Á.: *¿Tiene algún futuro tal y como está planteado en la actualidad el Proceso Euromediterráneo?*

S.A.: Está terminado, muerto. Hay que decirlo, ese proyecto comenzó muy mal porque se inscribía en el proceso americano-israelí Madrid-Oslo, fue un elemento de apoyo. Una iniciativa cuestionada por el pueblo palestino que debe replantearse.

Empezó mal porque ¿qué quiere decir euromediterráneo? Por una parte está Europa -acepto que Europa pretenda actuar colectivamente, por eso está representada no solamente por los países mediterráneos europeos, sino de toda la UE, incluida Suecia- pero del otro lado debe mantenerse la misma lógica y decir que existe algo que es el mundo árabe que no está constituido exclusivamente de países mediterráneos, está Iraq, el Golfo, Sudán, Mauritania... ¿Por qué excluirlos? Es inaceptable. Los europeos han excluido al Golfo porque les venía bien para satisfacer a los americanos (América Latina y el Golfo son los dominios reservados de EEUU), pero también era la medida para introducir a Israel y a Turquía, esta última se pretende europea, pero ¿Israel qué es? Es simplemente una colonia. ¿Cual es la lógica del Tratado? Hay que hacer una campaña y decir: "El proyecto de asociación está muerto, estaba condenado desde el principio, lo sabíamos, no se trata de hacer que resista", de hecho los europeos ni siquiera quieren que resista porque los poderes dominantes europeos: los alemanes y los ingleses no están interesados, los ingleses siguen a los americanos y a los alemanes lo que les interesa es Europa del Este y no el Mediterráneo. Hay que hablar de un diálogo euroárabe, con todos los europeos y todos los árabes. Debemos empezar por hacerlo nosotros mismos, las fuerzas progresistas de la izquierda europeas y árabes.

N.Á.: *¿Cree que existe realmente un interés en ese diálogo, que englobe a todo el mundo árabe?*

S.A.: Sí, existe ese interés.

N.Á.: *¿No se trata solamente de una zona estratégica que se quiere controlar?*

S.A.: Hay muchas razones, una puede ser la geoestrategia, el hecho es que hay relaciones geográficas e históricas. El mundo árabe y Europa son la zona central y periférica más próxima geográficamente, también está el problema de la inmigración del Islam, la islamofobia de Europa.

N.Á.: *¿Eso podría ayudar a cambiar el actual sistema de relaciones de Europa con el mundo árabe?*

S.A.: No quiero ser dogmático ni exclusivo, pero creo que si se toman iniciativas amplias en ese campo será posible hacer presión sobre el poder europeo que es democrático en un sentido limitado, pero que al menos es sensible a las corrientes de opinión. Y en el mundo árabe porque los sistemas políticos arabo-autocráticos son vulnerables.

N.Á.: *¿Tienen viabilidad proyectos como la Zona de Libre Comercio Árabe, las uniones aduaneras entre distintos países árabes como Líbano y Siria, o los países del Golfo?*

S.A.: No. Debemos ser autocríticos, son proyectos muy débiles. En el momento del ascenso del movimiento de liberación nacional, se planteó la cuestión de la "Nación Árabe". Hay que partir de la realidad árabe planteada a diversos niveles. Existe un substrato común que puede ser un activo positivo para el futuro, una existencia de un elemento cultural, una lengua. La realidad se plasma desde un aspecto regional, territorial, en el que algunos grupos son artificiales, como lo fue el repar-

to entre franceses e ingleses de Oriente Medio, pero incluso esa división con el tiempo echó raíces. Hay que tomar en consideración todo esto, los movimientos de liberación nacional se desarrollaron en el entorno de las fronteras de los Estados por razones evidentes de rehabilitación, en consecuencia el concepto de la estrategia de modernización, de industrialización fueron concebidos en el momento anterior en un entorno de fronteras de Estado, y no en el entorno panárabe, manteniendo paralelamente un discurso positivo de solidaridad de la lucha más que de integración. Por eso nunca ha habido un proyecto verdadero de integración y lo que se ha adoptado como resultado es el proyecto fácil de mercado común. Lo que necesitamos es algo más enérgico que el mercado común, ya que la fragilidad de estos proyectos, sobre todo en el momento actual, pueden hacerlos integrarse en la perspectiva neoliberal.

(*) Samir Amín es economista egipcio y director del 'Foro del Tercer Mundo' (Dakar, Senegal)

Terrorismo y Antiterrorismo del Orden Global

J. Sánchez – Parga

El terrorismo es comprensible y explicable sin necesidad de justificarlo, y sólo “racional” sin ser “razonable” a condición de no “autorracionalizarse”. Resultado de una despolitización de todos los terrores y violencias del orden global, el terrorismo más que subvertir los poderes legítimos trata de provocar su más extraordinario reforzamiento para que se manifieste el terror de su violencia, cuestionando el monopolio de su legitimidad y la legitimidad de su monopolio. Una espiral de la violencia terrorista y antiterrorista arrastraría al orden mundial de la globalización al estado de la venganza primitiva.

Si son hechos sociales, históricos y políticos, los atentados del 11 de Septiembre no pueden dejar de entenderse desde el nuevo orden mundial de la globalización: este explica tanto el terrorismo y la guerra antiterrorista como estos permiten comprender mejor muchas implicaciones y alcances del orden global hasta ahora no eran suficientemente manifiestas.

“Externalidad” o internalidad” del terrorismo respecto del orden global

El saber sociológico se funda sobre un principio muy simple en su enunciado, aunque arduo y difícil en su práctica: todo hecho social, además de explicarse desde la sociedad que lo produce, él mismo contribuye a mejor comprender dicha sociedad. Esta, entre otras, es una razón por la cual toda una corriente de pensadores parece haberse re-

sistido a pensar la violencia en cuanto hecho social, considerando que se trata de un fenómeno contra lo social, tan radicalmente destructor de sociedad, que ni puede explicarse desde ésta ni tampoco puede interpretarla.

Esto mismo cabría sostener, con mayor razón, todavía sobre el terrorismo, con el agravante adicional de que cualquier explicación o intento de comprender el terrorismo resultaría aun más sospechoso de justificación y de pretender legitimarlo; cuando, como se verá más adelante, la única interpretación admisible para los enemigos del terrorismo consiste precisamente en la negación de su legitimidad. El terrorismo, supuestamente, relevaría tal irracionalidad, que cualquier posible discurso sobre él se volvería terrorista; desprovisto de toda socio – lógica, tampoco podría ser explicado por la sociedad que lo produce, y por consiguiente ni siquiera se le debería reconocer la condición de hecho social. Si ya se consideraba la violencia en cuanto “simplificadora de inteligencia”, el terrorismo aparece mucho más y para muchos más como la negación de toda inteligibilidad; nada mejor para calificarlo de “inhumano” o “irracional”, aunque en realidad posea sus propias lógicas, símbolos y discursividades.

Según esto, más que un objeto de discurso, el terrorismo sería un tabú mental, que no puede ser pensado. A la alergia de pensar la violencia por parte de algunos pensadores, se añadirían la indolencia y autocensura más o menos irresponsables de tampoco pensar sociológica y políticamente el terrorismo. Mientras que desde Aristóteles hasta Maquiavelo se ha reconocido la presencia de la violencia en la política, también se ha pensado una cierta asimetría entre ambos fenómenos, considerando que la política representa una “eliminación progresiva y sublimación” de la violencia”. Por el contrario, otra corriente de pensamiento, teóricamente más fundada, considera que son precisamente fenómenos como la violencia y el terrorismo, desde el hambre hasta las

drogas y el narcotráfico, pasando por las peores corrupciones o perversidades, los que "obligan a un nuevo tipo de mirada sobre lo social, y desde este punto de vista el recurso al término violencia más que cualquier otro, atestigua una manera de ver el campo social que no siempre ha estado presente" (ibid.).

El terrorismo en la pugna de racionalidades

El terrorismo no sería en sí irracional sino a partir del momento que el mismo se "racionaliza"; es decir se transforma en estrategia, y cuando el movimiento y dinámica "reactivos" se convierten en "acción concertada". Sólo el terrorismo que se racionaliza se vuelve irracional, ya que deja de ser "razonable"; de igual manera que la lucha contra el terrorismo "más que lucha es una expresión de terrorismo y venganza", cuando racionaliza la violencia de sus medios. El mundo de la modernidad, de la razón instrumental tecnológica y del racionalismo económico neoliberal que tan perfectamente distinguen entre una "razón razonable" y la "razón racional", deberían reconocer la razón racional de todo lo que se rige por el cálculo y supedita las otras razones y medios a sus propios fines, así como esa otra razón razonable, deliberativa, capaz de conjugar otras racionalidades, para las que el fin es resultado de todos los medios.

Curiosamente las modernas sociedades actuales (dominadas por el "pensamiento único" y ciertos totalitarismos discursivos o codificados, como el de "fuera del mercado no hay salvación"), parecen haber impuesto la misma censura intelectual a otros fenómenos, contra los cuales el nuevo orden de la globalización habría declarado la guerra: "guerra contra la pobreza" desde hace dos décadas, "guerra contra el terrorismo" desde ayer. Al mismo tiempo que el mundo global externaliza todos estos peligros bajo la figura de enemigos, como si fueran tan exteriores como extraños al mundo global que los produce, simultánea-

mente se dispensa de comprenderlos y de explicarlos, pero también se exime de buscar las reales soluciones al interior de la sociedad que los produce.

La "externalización" de problemas y peligros es correspondiente al déficit extremo de explicaciones e interpretaciones por parte de un orden global del mundo saturado de informaciones. Para algunos autores esta censura subliminal de todo sentido posee características y alcances terroristas.

La "externalización" de peligros y problemas en la actual globalización no sólo se vuelve particularmente cuestionable, ya que si el terrorismo puede ser representado como un atentado y amenaza contra tal globalización, esto mismo obliga a pensarlo en cuanto resultado de los mismos procesos de la globalización y producto de los factores que mejor la caracterizan. En otras palabras, si el terrorismo aparece como global y en cuanto desafío de la globalización, es porque participa de la misma globalización y resulta de ella.

Tales problemas y peligros, se convierten en enemigos imaginarios, desde el momento que no necesitan ser comprendidos ni explicados, ni mucho menos resueltos, sino más bien y simplemente eliminados. Cuanto más imaginarios son tales enemigos, y más imponente la maquinaria económico - militar movilizadada en su contra, tanto menos necesidad hay de comprender y explicar la naturaleza de tales peligros y amenazas, y mucho menos sus causas. De esta manera se incurre en la más absurda de las incoherencias: puesto que la causa del terrorismo son los terroristas, es eliminando éstos que se terminaría con aquel; casi la misma lógica domina la "lucha contra la pobreza": si la causa de la pobreza son los pobres, hay que terminar con éstos. Esta lógica tan antipolítica domina el pensamiento moderno y la racionalidad neoliberal.

Esta externalización de problemas y peligros, que evita a la sociedad el cuestionarse, buscar las causas a su interior, para llegar a resolverlas, releva de una extraordinaria coherencia y funcionalidad, ya que es mejor y más fácil (económicamente más rentable y políticamente más ventajoso) pagar y sufrir los daños de tales fenómenos, que modificar las estructuras sociales y el modelo de sociedad que los produce. Y de la misma manera que el nuevo orden económico mundial siempre dispondrá de sumas colosales de dinero, para luchar contra la pobreza, a condición de salvar el mercado y su régimen de acumulación y concentración de riquezas, también el mundo moderno está dispuesto a sufrir y pagar lo que haya que pagar, para luchar y destruir la causa del terrorismo, sin tener que modificar todos aquellos factores, que en el orden global lo producen y seguirán reproduciéndolo.

De ahí que sea preferible destruir todos los terroristas que aparezcan y sufrir todas las consecuencias del terrorismo, que terminar con todos los terrores, que la modernidad económico - política y cultural de la globalización han producido y siguen produciendo en el mundo.

Habría que preguntarse, por qué mientras unas sociedades están pre-dispuestas a cuestionarse a si mismas sobre cualquier hecho, fenómeno o proceso, problema o peligro que surge en ellas, tratando de indagar las causas y razones a su interior, con la finalidad de evitarlos o corregirlos, otras sociedades no se encuentran histórica y culturalmente codificadas, como para poder preguntarse "qué he hecho yo para merecer esto?". Entre otras explicaciones, que en cada caso habría que precisar, no cabe duda que el más espontáneo y habitual recurso a la fuerza constituye un serio impedimento, culturalmente muy arraigado, para racionalizar los problemas y peligros con la finalidad de resolverlos. Lo importante es, poco importan los medios, que "el orden se mantenga y la seguridad se refuerce" (Y.Michaud, p. 120); tampoco importa mucho que el aumento del poderío segregue mayor violencia

interna y genere mayor terror en las periferias del sistema. Lo que se sostiene sobre la violencia, es aplicable con mayor tenacidad al terror:

"la violencia son siempre los otros".

Este postulado ideológico de efectos muy prácticos legitima un presupuesto fundamental: " la sociedad se esfuerza en negar su propia violencia" y los terrores que genera. Por eso los enemigos del terrorismo tienden a representarlo tan extraño y extranjero como hostil; sólo así se evita el comprenderlo y explicarlo desde los desórdenes del orden social de la globalización que lo produce. Y esta misma es también una de las principales razones, por las cuales se rehusa pensar el terrorismo en cuanto hecho político; y por consiguiente, para no tratarlo políticamente.

Presuponer que no sea racionalizable, que no sea un hecho social ni por consiguiente objeto sociológico, contribuye a que el terrorismo quede además totalmente despolitizado, para garantizar la criminalización del terrorista, el cual nunca deberá ser reconocido como un enemigo político, al que tratar políticamente, ni siquiera un enemigo bélico al que destruir, sino simplemente un culpable a quien castigar y ejecutar. De esta manera despiensan el terrorismo sus enemigos.

Dos factores del terrorismo parecen hacer "normal que sea particularmente rebelde al análisis": el que se presente como "destrucción del orden social" (J. Freund, p. 513) y su victimación de inocentes. Sin embargo, en el caso del terrorismo como en el de la violencia, hay que distinguir entre terror y terrorismo, entre violencia social y violencia instrumental. De igual manera que el análisis sociológico y clínico (y hasta jurídico-legal) se encuentran obligados a establecer las articulaciones entre víctima y victimario, el victimario que ejecuta la violencia, víctima a su vez de la violencia social, así también es necesario inda-



gar las correspondencias entre el terror y el terrorismo en el mundo; entre las diversas variedades y morfologías del terror institucionalmente generado por las fuerzas militares de los Estados y las fuerzas de la oferta y la demanda del Mercado, y los terrorismos instrumentales; entre el "terrorismo confortable" pero mucho más mortífero y masivo de las instituciones y el terrorismo instrumental de los terroristas. Sobre todo cuando hay que suponer una simétrica y proporcional correspondencia entre la violencia o terrorismo institucional y violencia o terrorismo instrumental .

Es evidente que cuanto más violencia impone un orden determinado, cuanto mayor es la violencia con que la dicho orden se impone y cuanto más institucionalizada sea dicha violencia, tanto más violentas todavía habrán de ser las violencias instrumentales que ese mismo orden genera contra si mismo y desde su interior.

Las clasificaciones de la violencia (institucional, instrumental, bélica, revolucionaria...) tienen por lo general el grueso defecto de dificultar su conceptualización, introduciendo términos equívocos muy tenaces y no fáciles de criticar entre las características y diferencias entre una u otra supuesta forma de violencia y terror. Si el terror institucionalizado es también instrumental, pues cuenta ineludiblemente con sus propios actores y procedimientos, operadores e instrumentos de terror o violencia, tampoco cabe suponer que en cuanto institucionalizado el terror no es menos destructor que mantenedor de un orden. Hablar de manera análoga de terrorismo o violencia "revolucionario" y "antititucional" no impide reconocer el carácter institucional e institucionalizador y hasta organizador de un orden, que puede tener el terror más revolucionario. Y de ello la historia se encuentra llena de ejemplos. Por su parte, la guerra es también una violencia institucionalizada, por muy destructiva que sea, y hasta los terrores de la guerra resultan legítimos, aun cuando los tratados internacionales pongan límites

al terrorismo militar y bélico; pero en la práctica sólo quien gana la guerra se constituye en juez de "crímenes de guerra". Por último, llamar "reprehensibles las violencias que destruyen y no las que reconstruyen" remite a todo un cuestionamiento sobre lo que pueda entenderse e interpretarse por "terror destructivo" y "terror constructivo", cuando el terror no es un asunto de fines sino de medios .

La despolitización del terrorismo

Los enemigos del terrorismo pretenden despolitizarlo, ignorando que el terrorismo pudiera ser la consecuencia extrema de la absoluta despolitización del mundo moderno y de su ordenamiento global. No será el terrorismo el último eslabón y la póstuma consecuencia de un largo y sordo proceso de despolitización de todas las fuerzas y conflictos, de todos los grandes problemas y peligros dentro del nuevo orden global ? Según esta hipótesis terrorista, el terrorismo representaría la definitiva y última despolitización de todos los terrores y horrores del mundo moderno.

A la resistencia de los enemigos del terrorismo a pensarlo como un "hecho social", con sus propias "socio-lógicas" añaden su rechazo de reconocerlo como un "hecho histórico", reduciéndolo a la condición de "atentado", al simple acto de un actor; ambos tan al margen de la historia como en contra de la historia, como si el terror hubiera marcado los grandes episodios de la historia. Más aún, nada tiene de extraordinario que los más grandes hechos históricos, aquellos que han cambiado la historia por su particular violencia, hayan sido percibidos por su alto contenido y efectos terroristas, ya que los imponentes poderes investidos en ellos, las fuerzas que los ejercieron y llevaron a cabo, eran tan enormes como los poderes y las fuerzas que enfrentaban, desestabilizaban o alteraron y terminaron destruyendo .

Las acciones terroristas del 11 de septiembre del 2001 en New York fueron un hecho histórico no porque tuvieron lugar en la historia sino porque hicieron historia: han marcado un antes y un después en la secuencia de eventos, accidentes y procesos históricos, quebraron las duraciones para introducir un cambio; ya nada volvería a ser lo mismo que antes y todo lo ocurrido después quedará condicionado por aquellos acontecimientos; muchos de los procesos y sentidos latentes y que permanecían encubiertos se manifestaron o mostraron una nueva y extraordinaria visibilidad; mientras que muchos actores y sus actuaciones, que ocupaban el proscenio del escenario político mundial, quedaron desplazados a un segundo plano, y no pocos intereses considerados prioritarios han sido postergados o relegados, otras nuevas agendas geopolíticas nacionales e internacionales han cobrado importancia y acaparan las preocupaciones más inmediatas.

Todo esto prueba que la condición histórica de un hecho es equivalente y correspondiente a su politicidad. Un hecho hace historia en la medida que las fuerzas puestas en juego y los poderes que lo producen se imponen sobre todas las demás relaciones de poder y correlaciones de fuerzas, que aseguran las duraciones y continuidades. De igual manera un hecho es político porque las fuerzas y poderes que lo producen hacen historia. Otra, en cambio es la historicidad y politicidad de aquellos hechos que sólo son históricos porque tienen lugar en la historia, son parte de sus secuencias y duraciones, pero no hacen historia rompiendo estas, clausurando continuidades e inaugurando comienzos de nuevos procesos.

Pero a pesar de que el terrorismo se presenta como el enemigo que el nuevo orden internacional de la globalización necesitaba, el que permitirá la monopolización de la violencia legítima y legitimación de su monopolio, para los enemigos del terrorismo este constituye un peligro y una amenaza absolutamente despolitizados; un enemigo pero no po-

lítico. De igual modo que hay una resistencia a comprender y explicar el terrorismo como "hecho social", también se le niega el reconocimiento y tratamiento de "hecho político"; y porque no es un actor político el terrorista sólo puede ser sujeto de una militar y judicial destrucción. En tanto que enemigo "exterior" a la globalización (nótese la paradoja!) habrá de ser globalmente condenado y eliminado.

Tal despolitización del fenómeno terrorista vuelve totalitarios los discursos contra el terrorismo e igualmente terroristas las acciones acometidas para su liquidación; la lucha contra el terrorismo adquiere legitimación a costa de correr el riesgo de convertirse en cruzada religiosa: "Dios está con nosotros", "quien no está con nosotros es terrorista", "los amigos de los terroristas son también terroristas", "no hay diferencias entre terrorismos todos son lo mismo"... Distinguir entre uno y otro terrorismo, establecer comparaciones, supondría reconocerles sentidos diferentes y también diferentes tratamientos, lo cual desbloquearía su total condena y su absoluta deslegitimación. Sólo la más completa negación de la más mínima politicidad en el fenómeno terrorista funda y legítima cualquier otro terror en la lucha antiterrorista, ya que nadie ignora el cambio de sentido y de tratamiento que impondría reconocerle una relativa politicidad.

Cuando un enemigo es despolitizado se vuelve absoluto y total, religioso, étnico o racial; cuando es una ideología moral, religiosa o de cualquier otro orden, la que determina la condición del enemigo y no su poder, entonces deja de ser un enemigo político para convertirse en culpable de su particular condición (racial, religiosa o ideológica), y por consiguiente sujeto no de ser vencido o derrotado sino condenado y ejecutado. Hay una radical diferencia entre el poder / enemigo político, incluso el investido en la guerra e incluidas las atrocidades cometidas por los soldados, de las que son culpables, de la violencia ejercida en nombre de una ideología (fundada en una religión, raza, clase so-

cial o supuesto principio cultural y civilizatorio). En este caso no se trata de combatir un enemigo porque es poderoso y peligroso, sino porque pertenece a una determinada categoría. Se trata en el fondo de una "moralización de la política" tanto o más perversa que la politización de la moral. Esta confusión de la moral y la política, que ha suscitado más problemas de los que ha resuelto y más horrores que no cesa de producir responde a la mayor necesidad de los hombres en creer más que de comprender".

Pero un tal desconocimiento político del enemigo (del enemigo político) constituye además de por sí un acto terrorista, capaz de desencadenar la peor consecuencia de la escalada terrorista de la venganza: combatir el terrorismo con el terror. Cuando el enemigo deja de ser político, no se le combate políticamente para derrotarlo, sino para castigarlos destruirlos, porque es malo", es "loco", o "fundamentalista". Por eso resulta tan necesario personalizar tal enemigo, en lugar de considerarlo un actor socio-político, representante de determinadas fuerzas, causas o intereses colectivos.

La escalada terrorista entre el miedo y la venganza

Todos los teóricos del terror y la violencia advierten del extraordinario riesgo que comporta despolitizar o desacralizar la violencia, abandonando los parámetros de la legalidad y la justicia para entrar en el territorio de la venganza: "hacer del culpable una víctima sería completar el acto mismo que reclama la venganza, respondiendo estrictamente a las exigencias del espíritu violento... No se puede poner fin a la violencia por medios violentos. Así la violencia se vuelve interminable... de represalia en represalia" (R. Girard, p. 44) el recurso a cualquier medio, por muy terrorista que sea, para combatir el terrorismo, tiene el doble efecto de legitimar tanto el terrorismo que se combate como todo el que posteriormente se provoca. Más aún, la lucha contra

el terrorismo puede convertirse en una ocasión y en el mejor de los pretextos para reforzar ilimitadamente, incluso más allá de cualquier legalidad, las fuerzas y poderes existentes, tanto como el recurso a la máxima violencia.

Hay que entender que el terrorismo no tiene por objeto emancipar nuevos poderes sociales y políticos, ni subvertir las estructuras de dominación y de gobierno, ni siquiera transformar las correlaciones de fuerzas o cambiar los escenarios políticos. Todo lo contrario, y por eso el terrorismo además de ser opuesto a la revolución siempre fue considerado por los teóricos clásicos como antirrevolucionario, ya que el terrorismo tiende más bien al reforzamiento extremista de los poderes establecidos, al recrudescimiento de sus formas más represivas y autoritarias o crueles de dominación, a poner de manifiesto su totalitarismo e ilegitimidad, hacer evidente la intensidad de los aparatos represivos sobre los ideológicos del orden represivo. El objetivo del terrorismo, su gran hipótesis política, consiste precisamente en provocar el terror existente, pero oculto y disimulado, en una sociedad o en un orden mundial, activarlo hasta sus expresiones más extremistas, demostrando hasta donde puede llegar en su paroxismo destructor. Y en definitiva tiende a poner fuera de la ley y de toda legitimidad a los poderes establecidos, obligándolos a recurrir a procedimientos también terrorista en su lucha.

Lo que está en juego en la causa terrorista como en la antiterrorista es la recaída en el estado de venganza primitiva. Si bien es la justicia en una sociedad política, la que "transforma la venganza de sangre en castigo racionalmente ordenado" (der die Blutrache in rational geordnete Strafe... verwandelt: Weber, o.c., II, VIII, 2), la causa terrorista impugnaría tanto la justicia como la politicidad de una sociedad que produce violencia y terror, sin razones políticas ni la suficiente legitimidad, porque no hay administración posible de justicia sin un ethos justo. De otro

lado, cuando la misma provocación terrorista de una lucha antiterrorista se muestra tan cruenta que empuja a ésta a una equivalente o mayor crueldad, a la larga consigue que se transgreda esa "racionalidad económica del derecho, que ha propiciado una idea de castigo no para saciar la sed de venganza sino para compensar daños" (Weber, II, VII, 3): en este caso, la "justicia infinita" no es más que un eufemismo de la venganza .

No es casual que el terrorismo haya identificado los EEUU como el protagonista tanto del orden mundial como de la violencia mundial, el más representativo responsable de una ética de los horrores en el mundo debido a su colosal acumulación de fuerza y riqueza, y la potencia capaz de liderar la mayor alianza bélica de toda la historia: una alianza antiterrorista global . Nunca de hecho en todo el mundo la hegemonía militar de EEUU había contado con una alianza tan amplia y monolítica, ni las debilidades del orden mundial se habían reforzado tanto como sus actores desde los atentados del 11 de septiembre .

Que los enemigos del terrorismo intenten y logren despolitizar el terrorismo, sirve para desconocer que únicamente la política sería capaz de controlar el terror y los horrores de la violencia, y que cuando ésta queda despolitizada, llega a desatarse irreprímible. El objetivo político del terrorismo, provocando el terror en sus enemigos, es obligarlos al uso del terror. El principal objetivo del terrorismo es la lucha antiterrorista, cuya escalada de terror ponga de manifiesto lo que pocos reconocen: el ethos de terror del mundo moderno.

Más allá de esta finalidad política, tres especificaciones parecen distinguir el terrorismo de las otras formas de violencia: la indiscriminada victimación de inocentes, la provocación y difusión del miedo y una cierta dramatización o teatral visualización de la violencia. Todas estas características del terror guardan entre sí una estrecha articulación po-

lítica, y le confieren una adicional función simbólica. Escenificar la crueldad de una violencia que se cobra víctimas inocentes haciendo cundir el pánico: toda esta condensación de significantes por parte del terrorismo suscita tantas alarmas como interrogantes. De qué lado están los inocentes en una guerra total ? En qué medida, según el mismo discurso antiterrorista, las "víctimas inocentes" no son más que "daños colaterales", simplemente la maldad de los medios que conducen a un buen fin ?

Pero no se puede pensar en las víctimas inocentes de los actos terroristas al margen de la dramatización de la crueldad y visibilidad escénicas. Todo ello contribuye para impactar el efecto aterrador que define el terrorismo . Mientras unos pocos miles de víctimas son celebrados con minutos de silencio por todo el mundo, muchos millones de otras víctimas mueren en el más mudo e invisible de los olvidos. La muerte de inocentes con su teatral crueldad es el principal dispositivo del terror, lo define y contradistingue de cualquier otra violencia, ya que el terrorismo consiste en la violencia perpetrada para amedrentar y aterrar.

En un mundo que paga los más altos precios por la seguridad, el miedo y el pánico se convierten en una de las armas más contundentes y letales, y cuando el miedo cunde masivamente y permea la cotidianidad de las personas, vuelve las vidas insostenibles. Nada tiene de extraño, por eso, que el miedo conduzca a los actos más crueles e insensatos de violencia; ésta a su vez incrementa exponencialmente nuevos y mayores miedos, que repercuten en una creciente violencia, para aterrar aún más en una espiral terrorista. Y es que "para dejar de tener miedo los hombres necesitan amedrentar" . Una secuencia lógica obligará a emplear todos los medios para combatir el terrorismo, recurriendo a una equivalente o superior crueldad amedrentadora exponencialmente superior. Las acciones terroristas del 11 de septiembre cumplie-

ron su objetivo y tuvieron éxito al conflagrar todo el poderío del mundo en un solo bloque militar antiterrorista, poniendo de relieve la extraordinaria fuerza y el recurso a medios ilimitados tan represores (de libertades) como opresores y destructores.

El terrorismo requiere una cierta teatralidad – y hasta una estética – para expresarse con mayor eficiencia. En la sociedad moderna tal dramatización escénica del terror se encuentra duplicada de manera surrealista por los “efectos especiales” del audiovisual. Pero el terrorismo conjuga una singular paradoja, ya que tratándose de una guerra encubierta y no declarada, a causa de su propia ilegitimidad, al mismo tiempo pone de manifiesto la espectacular apariencia de sus efectos, al mismo tiempo que deja encubiertos y en la mayor clandestinidad todos sus dispositivos y fuerzas. Su ocultamiento proporcional y correspondiente a su ilegalidad hace su peligrosidad tan latente como omnipresente, y sus efectos inesperados e imprevisibles tanto más espantosos. El terrorismo asume inevitablemente su ilegitimidad para contestar la legítimidad de las otras violencias, centrando su lucha y su apuesta política en aquel principio en el que se cifra la confrontación con sus enemigos: el monopolio y legítimidad del terror.

El monopolio de la legítima violencia

A esta cuestión última y decisiva se reduce la prueba de fuerza que confronta irreductiblemente el terrorismo y sus enemigos. Ya Weber había intuido la fundamental ambigüedad, tensión y fusión entre “monopolizar la legítimidad de la violencia” y “legitimar el monopolio de la violencia”. Se trata en realidad de un concepto sintético en el que todos sus elementos se resignifican y fundamentan mutuamente. Tal es el principio y la razón, según Weber, del Estado nacional y de toda comunidad política, donde no sólo se monopoliza la violencia y su legítimidad, sino también se legitima dicho monopolio de la violencia.

Cuando Weber resume la substancia del Estado nacional en el monopolio legítimo de la violencia piensa en la articulación de un doble eje político: la supresión de toda otra posible violencia privada, de todo “derecho de venganza” entre particulares, junto con la capacidad de ejercer la protección y violencia frente a los enemigos exteriores (O.c., II, VIII, & 1).

En las actuales condiciones de la globalización el concepto y representación de la soberanía de los Estados nacionales se ha modificado sustancialmente, cuando los enemigos pueden inter-, trans-, e intra-nacionalizarse, y cuando los conflictos bélicos no sólo se vuelven cada vez más “disimétricos” entre Estados y poderes militares cuantitativamente desiguales (EEUU vs. Irak) y “asimétricos” entre fuerzas cualitativamente desiguales (EEUU vs Ben Laden), sino que llegan a confundirse entre sí (para combatir a Ben Laden EEUU hace la guerra a Afganistán). Toda esta escalada de fuerzas y enfrentamientos con su exponencial incremento de violencias y terror, geopolíticas de geometrías tan variables, todo ello obliga a nuevos dispositivos legales y de legitimación.

El fenómeno terrorista no puede comprenderse ni al margen de la desnacionalización de los Estados de desestatalización de las naciones, con su consiguiente desmonopolización y deslegitimación de su violencia, ni tampoco al margen de las nuevas “disimetrías” y “asimetrías” entre los Estados/nación ya poderosos, pero extraordinariamente reforzados en su poderío por el nuevo orden global, mientras que esta misma globalización vuelve absolutamente inermes los países pequeños y débiles. El terrorismo es resultado de tales “asimetrías” y “disimetrías”, convirtiéndose en la guerra de los pobres, militarmente débiles y políticamente inexistentes

La alianza de todos los países más poderosos del mundo, con la unión

de sus fuerzas armadas, en torno al liderazgo de EEUU en contra de uno de los países más empobrecidos y militarmente más debilitados del mundo, no responde a una cuestión de poderío bélico. Tal excedente armamentista frente a un enemigo tan inerme está poniendo en juego una cuestión de legitimidad: lo que busca y necesita no es sumar ejércitos sino la adhesión total e incondicionada, la fundación de un nuevo derecho. Hoy asistimos no sólo y no tanto a una nueva recomposición y redefinición del monopolio de la violencia en el mundo, sino más bien y sobre todo a una no menos importante y decisiva recomposición y redefinición de su legitimidad. Los grandes poderes económicos y tecnológicos de la globalización requerían un poder tan absoluto como legítimo. De esta manera, frente a una violencia legítimamente monopolizada, y monopolícamente legitimada, toda cualquier otra forma de violencia es terrorista. Esta es la gran conquista político militar que los enemigos del terrorismo logran a partir del golpe del 11 de septiembre en New York. El nuevo orden mundial de la globalización, ya no se impone por su propia racionalidad, ética o bondad: un poder militar globalizado se constituye en garante contra cualquier posible enemigo o ataque, que automáticamente serán considerados terroristas.

Si el “monopolio de la violencia legítima” se constituye para suprimir el “derecho de venganza”, dicho monopolio de la violencia legítima siempre correrá el riesgo y la tentación de ejercerse de tal manera, que aun sin quererlo se convierta de nuevo en expresión de ese primitivo “derecho de venganza”. De esta manera se verificaría la hipótesis terrorista: conseguir que el monopolio de la violencia se deslegitime.

Poco importa que los medios y procedimientos empleados por la violencia legítima sean los mismos, muchos más masivos y cruentos y tan ilegales como los empleados por los terroristas: aquellos quedan automáticamente legitimados, porque son parte del monopolio de la violen-

cia. Esto explica el actual frenesí legitimador de un monopolio y de la enorme discursividad invertida en monopolizar la legitimación en los usos de la violencia. Todo se resuelve y todo se reduce a un único criterio: quien posee el poder, sólo él está facultado de llamar, designar e identificar un terrorismo y los terroristas; en resumidas cuentas, denunciar quien es ese “otro” exterior y enemigo del orden global, siendo tal orden el que enmarca y garantiza la legitimidad.

Ya Weber había entendido la fuerza de un proceso, aun cuando no hubiera previsto sus colosales alcances un siglo después: el poder del Mercado y su desarrollo se impondrán con tales exigencias de ‘legitimidad’ como de ‘violencia’: “tanto el poderío universal del Mercado constitutivo de sociedad como la misma extensión del Mercado exigen un funcionamiento del derecho calculable según reglas racionales y el monopolio y reglamentación de una violencia ‘legítima’ por medio de una institucionalización universal de la coacción” (II, I, & 3, p. 198).

En esta perspectiva y por estas razones se entiende mejor que tras la efectividad simbólica de los atentados terroristas del 11 de septiembre (“World Trade Center”, símbolo del nuevo orden global y el “Pentágono”, símbolo del mayor poder militar del mundo), todo un despliegue discursivo contra el terrorismo intenta revitalizar aquellos imaginarios culturales y civilizatorios, de más amplia interpelación en el mundo y de más largos arrigos históricos, y que al mismo tiempo sea capaz de ahondar la más profunda de las divisiones en un mundo global. De esta manera, y más allá del Norte / Sur, Este / Oeste, Desarrollo / Subdesarrollo, “Occidente” se ha convertido en esa nueva consigna mágica e imponente para encubrir todas las demás diferencias y profundizar la más imaginaria división del mundo global.

Conclusión: la hipótesis terrorista

Lo que hemos interpretado como hipótesis terrorista responde al supuesto ampliamente compartido de que un ethos de terror en el mundo se desarrolla y acumula de acuerdo a una simple ecuación: el colosal desarrollo de fuerzas productivas y de acumulación y concentración de riqueza produce, junto con una creciente destrucción física, una todavía mayor pobreza, siempre directamente proporcional al volumen de víctimas inocentes, excluidos y victimados por el orden global. De ahí el reconocimiento de que el terrorismo sea "un fenómeno que a través de los siglos ha ido aumentando constantemente su peso político".

Al modificar la globalización los perímetros políticos de soberanía de los Estados nacionales, y en ausencia de bases jurídicas para refundar un monopolio de la violencia legítima a escala global, el nuevo ordenamiento económico del mundo necesitaba legitimar el monopolio de su fuerza contra cualquier enemigo "exterior" a dicho orden; un enemigo que sólo podía ser no político sino "terrorista". Lo que en definitiva diferencia la violencia terrorista de la no-terrorista no es tanto la masa o crueldad de violencia empleada ni el volumen de las víctimas sacrificadas, sino el criterio de legitimidad, condición y efecto a la vez de su monopolio.

Hay en tal planteamiento práctico una flagrante contradicción aunque pase tan desapercibida: el monopolio de la violencia legítima sólo se justifica, según Weber, al interior de una comunidad política, de relaciones de poder y fuerzas políticamente reconocidas, ya que tanto la función de dicho monopolio de legitimación de la violencia como la constitución de la comunidad política responden a la supresión del originario "derecho de venganza" propio de la violencia y comunidad "primitivas". Cuando cualquier violencia queda despolitizada, el riesgo y peligro de recaer en la espiral de la venganza se volverá ineludi-

ble. Tal sería la lógica y la espiral en la que pueden quedar atrapados el terrorismo y antiterrorismo: la "venganza de sangre" en una sociedad tan despolitizada como reprimitizada.

Por eso, de hecho, la hipótesis terrorista sólo se verifica cuando provoca una reacción antiterrorista, cuyos excesos de violencia y efectos de víctimas inocentes, no hacen más que traicionar y acusar la ilegitimidad de un monopolio no político de la violencia. De ahí que resulte mucho más difícil luchar contra los terrorismos "internos", dentro de una misma nación al margen de la ley, mientras que la posibilidad de "externalizar" el terrorismo permite combatirlo por medio de la guerra y más allá de toda legalidad, puesto que en dicho combate se legitima por sí mismo, mientras vengamos, importando poco la violencia de los medios empleados y el saldo de víctimas inocentes.

El carácter intensamente "demostrativo" del terrorismo, muy espectacular en las acciones del 11 de Septiembre, pero también presente en la guerra antiterrorista contra Ben Laden y el gobierno talibán de Afganistán, resaltan la "violencia originaria", que se arraiga más allá de la constitución estatal de la comunidad política, y cuya función es precisamente la de "vengar" las víctimas del terror ejercido por las autoridades y poderes legítimos, y en segundo lugar, la de "aterrar" a tales poderes y autoridades demostrando la debilidad de su poderío. Siendo este "valor demostrativo la condición para una inicial toma de conciencia" (L. Bonanate, o.c., p. 1568).

La otra alternativa a la verificación de la hipótesis terrorista es la repolitización de la causa terrorista, de las fuerzas investidas en su terrorismo y de las relaciones de poder que lo sostienen. Sólo repolitizando la estrategia a terrorista, reconociendo en el terrorista un enemigo político, al menos potencial, y en su lucha una causa política es posible iniciar una estrategia de pacificación entre enemigos, que puedan llegar a convertirse en adversarios políticos. No es suprimiendo la violen-

cia que se elimina el terrorismo sino politizándola. Durante décadas el gobierno británico combatió con medidas tan ilegales como terroristas el terrorismo del IR. únicamente a partir de una lenta politización de la causa del IRA, y de las mismas posiciones británicas y unionistas, se inicia la desmilitarización de las fuerzas en conflicto y el lento proceso de pacificación. Por eso mismo, la declaración de terrorista de la guerrilla colombiana por parte de EEUU bloquea e invalida todo proceso de negociación política, al despolitizar el conflicto .

Sólo racionalizando el terrorismo desde sus enemigos, pero también sólo racionalizando el antiterrorismo al margen de su lucha terrorista es posible llegar a conclusiones como la que piensa todo el fenómeno en su complejidad : "el terrorismo es quizás la única arma a que pueda recurrir el que quiera subvertir el orden internacional fundado en el llamado "equilibrio del terror". En un mundo en que la guerra declarada se maneja según las reglas del derecho internacional bélico parece imposible que se pueda producir un cambio en el orden internacional si no es a través de formas irregulares de lucha" (L. Bonanate, o.c., p. 1570).

Estados Unidos: del apoyo a los aliados a la guerra abierta

La Jornada.

Recuento de las intervenciones

El listado, necesariamente incompleto, arranca arbitrariamente con la cuarta intervención estadounidense en Panamá en el siglo XX y va de la sencilla "evacuación de extranjeros" al bombardeo atómico. Un ejercicio de memoria en los tiempos por venir

Panamá. 1918-1920. Tropas. "Deberes policíacos" durante descontento poselectoral.

Yugoslavia. 1919. Tropas. Los marines intervienen a favor de Italia contra los serbios en Dalmatia.

Honduras. 1919. Tropas. Los marines desembarcan durante la campaña electoral.

Guatemala. 1920. Tropas. Intervención durante dos semanas contra los sindicalistas.

Turquía. 1922. Tropas. Combate contra los nacionalistas.

China. 1922-1927. Naval, tropas. Intervención durante revuelta nacionalista.

Honduras. 1924-1925. Tropas. Desembarco en dos ocasiones durante revuelta electoral.

Panamá. 1925. Tropas. Los marines reprimen una huelga general.

China. 1927-1934. Tropas. Los marines se estacionan en el país.

El Salvador. 1932. Naval. Barcos de guerra son enviados durante la revuelta de Farabundo Martí.

Segunda Guerra Mundial. 1941-1945. Naval, tropas, bombardeos, nu-

clear. Primera guerra nuclear.

Irán. 1946. Amenaza nuclear. Se exige a las tropas soviéticas que salgan del norte (Azerbaijón iraní).

Yugoslavia. 1946. Naval. Respuesta al derribamiento de un avión.

Uruguay. 1947. Amenaza nuclear. Se instalan los bombarderos.

Grecia. 1947-1949. Operación de comando. Estados Unidos dirige a la extrema derecha en la guerra civil.

China. 1948-49. Tropas. Los marines evacúan a los estadounidenses antes de la victoria comunista.

Alemania. 1948. Amenaza nuclear. Los bombarderos con capacidad atómica resguardan instalaciones.

Filipinas. 1948-1954. Operación de comando. La CIA dirige la guerra contra la rebelión huk.

Puerto Rico. 1950. Operación de comando. La rebelión independentista es aplastada en Ponce.

Corea. 1950-1953. Tropas, naval, bombardeos. Amenaza nuclear. Estados Unidos y Corea del Sur luchan contra China y Corea del Norte.

Irán. 1953. Operación de comando. La CIA impone al sha.

Vietnam. 1954. Amenaza nuclear. Ofrecimiento de bombas a los franceses para usar durante el estado de sitio.

Guatemala. 1954. Operación de comando, bombardeo, amenaza nuclear. La CIA dirige la invasión después de nacionalizaciones del gobierno democrático.

Egipto. 1956. Amenaza nuclear, tropas. Se les dice a los soviéticos que se mantengan lejos de la crisis de Suez.

Líbano. 1958. Tropas, naval. Ocupación de los marines contra los rebeldes.

Irak. 1958. Amenaza nuclear. Se previene a Irak de invadir a Kuwait.

China. 1958. Amenaza nuclear. Se le dice a China que no invada Taiwán.

Panamá. 1958. Tropas. Protestas contra la bandera desembocan en confrontaciones.

Vietnam. 1960-1975. Tropas, naval, bombardeos, amenaza nuclear. Rebelión sudvietnamita contra Vietnam del Norte. De 1 a 2 millones de personas mueren en la más larga guerra que involucra a Estados Unidos. Amenazas de bombas atómicas en 1968 y 1969.

Cuba. 1961. Operación de comando. La invasión de Bahía de Cochinos, dirigida por la CIA, fracasa.

Alemania. 1961. Amenaza nuclear. Alerta durante la crisis del Muro de Berlín.

Cuba. 1962. Amenaza nuclear. Naval. Bloqueo durante la crisis de los misiles.

Laos. 1962. Operación de comando. Combate a la guerrilla.

Panamá. 1964. Tropas. Panameños son asesinados por exigir la devolución del Canal.

Indonesia. 1965. Operación de comando. Un millón de personas muere en un golpe militar apoyado por la CIA.

República Dominicana. 1965-1966. Tropas, bombardeos. Los marines desembarcan durante el proceso electoral.

Guatemala. 1966-1967. Operación de comando. Los boinas verdes intervienen contra los rebeldes.

Detroit. 1967. Tropas. El ejército combate contra los negros. 43 muertos.

Estados Unidos. 1968. Tropas. Tras el asesinato de Martin Luther King el ejército despliega 21 mil efectivos en las ciudades.

Camboya. 1969-1975. Bombardeos, tropa, naval. Dos millones de personas mueren a lo largo de varios años de bombardeos, hambruna y caos político.

Omán. 1970. Operación de comando. Estados Unidos dirige una invasión iraní.

Laos. 1971-1973. Operación de comando, bombardeos. Estados Unidos apoya a los invasores vietnamitas.

Medio Oriente. 1973. Amenaza nuclear. Alerta mundial durante la guerra en la región.

Chile. 1973. Operación de comando. Golpe de Estado apoyado por la CIA.

Camboya. 1975. Tropas, bombardeo de gas.

Angola. 1976-1992. Operación de comando. La CIA asiste a los rebeldes apoyados por Suráfrica.

Irán. 1980. Tropa, amenaza nuclear. Rescate de los rehenes en la embajada.

Libia. 1981. Naval. Derriba a dos aviones libios.

El Salvador. 1981-1982. Operación de comando, tropas, consejeros, vuelos rasantes. Ayuda a la guerra contra los rebeldes.

Nicaragua. 1981-1990. Operación de comando, naval. La CIA dirige las invasiones de los contras.

Líbano. 1982-1984. Naval, bombardeos, tropas. Los marines expulsan a la OLP.

Honduras. 1983-1989. Tropas. Las maniobras ayudan a fortalecer las fronteras.

Granada. 1983-1984. Tropas, bombardeos. Invasión cuatro años después de la revolución.

Irán. 1984. Guerra por aire. Dos aviones iraníes son derribados.

Libia. 1986. Bombardeos, naval.

Irán. 1987-1988. Naval, bombardeos. Estados Unidos interviene a favor de Irak en la guerra.

Libia. 1989. Naval y aérea. Dos aviones libios derribados.

Filipinas. 1989. Aéreo. Cobertura aérea para apoyar al gobierno contra el golpe.

Panamá. 1989-1990. Tropas, bombardeos. Captura del general Antonio Noriega. Intervienen 27 mil soldados. Más de 2 mil muertos.

Liberia. 1990. Tropas. Evacuación de extranjeros durante la guerra civil.

Arabia Saudita. 1990-1991. Tropas, aviones. 540 mil elementos se estacionan en este país y los vecinos en vísperas de la invasión a Irak.

Irak. 1990-?. Bombardeos, tropas, naval. Operación Tormenta del De-

sierto. Más de 200 mil muertos.

Kuwait. 1991. Naval, bombardeos, tropas. La familia real regresa al trono.

Los Angeles. 1992. Tropas. Los marines son utilizados para detener una revuelta racial.

Somalia. 1992-1994. Tropas, naval, bombardeos. Estados Unidos dirige la ocupación durante la guerra civil.

Yugoslavia. 1992-1994. Naval. Bloqueo de la OTAN a Serbia y Montenegro.

Bosnia. 1993-1995. Aviones, bombardeo. Zona patrullada durante la guerra civil. Aviones derribados. Bombardeos a serbios.

Haití. 1994-1996. Tropas, naval. Bloqueo contra el gobierno militar. Tropas para reinstalar al presidente Aristide.

Croacia. 1995. Bombardeo.

Zaire. 1996-1997. Tropas. Presencia de los marines en campos de refugiados.

Liberia. 1997. Tropas. Evacuación de extranjeros.

Albania. 1997. Tropas. Evacuación de extranjeros.

Sudán. 1998. Misiles. Bombardeo a una planta farmacéutica tomada como fábrica de armas químicas.

Afganistán. 1998. Misiles. Ataques sobre campos de entrenamiento de grupos fundamentalistas.

Irak. 1998-?. Bombardeos, misiles. Cuatro días de bombardeos aéreos intensivos.

Yugoslavia. 1999-?. Bombardeos, misiles. Bombardeo de la OTAN.

Macedonia. 2001. Tropas. La OTAN moviliza tropas para desarmar a los rebeldes albaneses.

Afganistán. 2001 - ?. Movilización masiva de Estados Unidos para atacar al régimen talibán. La guerra podría extenderse a la región entera...*

La Jornada, suplemento Masiosare, 30 de septiembre

BABEL SIN SUS TORRES

“Ciudadano del Mundo”.

Amputación dolorosa.

El ataque suicida y de homicidio masivo el 11 de septiembre a las Torres gemelas del WTC y al pentágono de Washington D.C., espeluznó a la civilización y a la cultura universal; más de 6 mil muertos y desaparecidos (un puñado de ecuatorianos que trabajaban de meseros y asistentes de cocina en el restaurante “Ventana del Mundo” del piso 106 de una de las Torres, no podía faltar), impactos psicológicos mundiales, efectos económicos sin precedentes en la Bolsa, en las compañías aéreas, en el turismo, en el empleo y colapsados dos edificios que aparte del símbolo del imperio, significaban obras maestras de la ingeniería y la arquitectura juntas, en el intento del hombre por “rascar los cielos”. Las Torres Gemelas fueron —da temblor usar el verbo en pasado— hermosas obras que hemos admirado embelesados todos. Observamos estupefactos e impotentes por la televisión temprano en el 2001, la destrucción fanática de los Budas Gigantes, ejercida por los talibán, a pesar de los ruegos y presiones de la UNESCO; significa ello en similitud lo propio, con la destrucción de las Torres Gemelas del WTC; una y otra, son acciones increíbles en contra de símbolos arquitectónicos acumulados de la Humanidad.

Un enorme tapiz de lana, cáñamo y cuerda de 66 metros cuadrados, tenía 6 por 11 metros, diseñado por Joan Miró y elaborado por Joseph Royo de Terragona en 1974, también desapareció en los escombros; obra invaluable la del catalán; les tomó a 7 personas construirla 1 año,

laborando 7 horas diarias; el consuelo para el arte que queda es que una similar a la desaparecida se encuentra en la Art Galery de Washington y otras dos en Cataluña.

Dantesco acontecimiento, que sin embargo arrancó del cineasta Woody Allen el comentario de que si algo de bueno queda de semejante tragedia es que no veremos violencia cinematográfica por un tiempo. Tan despiadada destrucción es un llamado general al Ser Humano como tal, a comprenderse mejor, pues al edificar la Torre de Babel, su destrucción ocurrió según la tradición oral, cuando la confusión de lenguas imposibilitó la comunicación humana. A comienzos del siglo XXI, desentendimientos múltiples y complejos azotan el mundo. Con New York ocurre como con un ser humano que ha perdido un brazo, una mano: la medicina sabe con fundamento que el miembro amputado sigue sintiéndose como si existiera; algo más, duele y lacerantemente como si hubiera aún; la sensación de presencia informa de dolor sobre la ausencia mutilada. Hoy New York está como amputada, mutilada sin sus Torres, es una Babel postmoderna sin sus Torres.

Suicidios colectivos en la Historia

Suicidios masivos se han registrado en la Historia: Masada, significó la muerte voluntaria de un millar de judíos como prueba final de resistencia al asedio romano sobre la cumbre de una roca. En la Guyana de Jim Jones, el cianuro fue medio masivo de autodestrucción de un millar de personas en Sudamérica. En Waco, el fuego intencional devorador de vidas fue atizado por la secta davidiana para matarse a sí misma en Texas. Los kamikaze japoneses fueron una legión de héroes, pilotos proyectiles dispuestos a morir, dando certeramente en el blanco del objetivo militar. (Suicidio altruista que contrasta con la Hara-kiri, el suicidio por honor y vergüenza.) La etnia Mataco, habitante del Gran Chaco boliviano, acostumbró en grupos numerosos y masivos de

jóvenes de ambos sexos, matarse ingiriendo una fruta silvestre altamente venenosa, luego de festejar y de consumir bebidas fermentadas.

Pero nada como lo ocurrido el 11 de septiembre del 2001: suicidios y homicidios masivos fríamente coordinados y simultáneos en diversos lugares, que todas las ciencias juntas empezarán recién a estudiar mejor. Tradicionalmente la psiquiatría transcultural ha descrito que las etnias suicidas, tienen un comportamiento bajo en homicidios y viceversa, los que practican altas tasas de homicidio se comportan con un bajo perfil en materia de sus suicidios; ejemplos de la primera tendencia son los Mataco de Bolivia y, de la segunda opción, los Onas del Sur de la Argentina. En el caso del 11 de septiembre del 2001 sin embargo, rompe todos los cánones antropológicos, pues el comportamiento fanático religioso tiene una desviación que fractura todas las clásicas lógicas previas.

Dios como impostor en cualquier fe y credo

En New York y Washington D.C., dios con "d" minúscula nuevamente, dios como impostor es el inspirador de la violencia; es el "factor dios" como llama el premio Nobel José Saramago a la perversidad de una religión que ordena matar en nombre de un dios. La estrecha y homogénea asociación entre Estado y Religión en las tendencias islámicas, ha partido el mundo musulmán en sunitas, la mayoría demográfica, seguidores de Mahoma y en chiitas, la minoría, seguidores de Alí, primo y suegro de Mahoma, mientras el grupo talibán recién fundado en 1995, es una aparición reciente del fundamentalismo árabe en Afganistán, con seguidores especialmente en Pakistán y en otros países del mundo árabe.

El islamismo en su más amplia y ecuménica concepción, no debe jamás ser confundido con sus sectas; iguales diferencias deben en cordu-

ra tenerse en cuenta en todas las grandes religiones. El sufismo por ejemplo es una expresión de la más alta y respetable filosofía hermética islámica.

En Mateo, 12,30 se lee de Jesús: "El que no está conmigo, contra mí está". Una suerte de paráfrasis de esta frase de corte mesiánico hemos leído del Presidente Bush, aplicando el pensamiento al apoyo versus reprobación del mundo con relación a la conducta que tome Estados Unidos frente al atentado de las Torres Gemelas y el Pentágono. Sin embargo Gabriel Gutierrez Bibriesca se pregunta por que no se acogió otra cita, la de Marcos 9,40, en la cual tolerantemente se lee del mismo Jesús: "Quien no está contra nosotros, a favor de nosotros está". Excesos y usos religiosos han tenido todas las religiones. Las Cruzadas y el rescate de Jerusalém de los impíos, la masacre de San Bartolomé de católicos a protestantes hugonotes en París, las guerras de Irlanda entre católicos y protestantes, son ejemplos occidentales de intolerancias fatales de la religión y su uso. "In God we trust" se lee en la cabecera del billete-dólar. Hasta en lo micro y doméstico, el Municipio de Cuenca, Ecuador, termina siempre sus oficios de rigor con su emblemático "Primero Dios y después vos". Dios metido hasta en la sopa. Guerra de dioses ha sido la conquista de América: La Trinidad Cristiana versus Pachacamac. Otras veces la lucha es entre Jehová y Alá como en Palestina. ¿Hay alguna diferencia de los excesos de los monoteísmos con la guerra entre los Gigantes y Zeus, padre y dios del Olimpo de las religiones politeístas?

Espartanos, espías, represores, subversivos.

Tiempo atrás en la Historia, las Falanges Espartanas, dispuestas hasta el riesgo de la inmolación colectiva en las Termópilas con Leonidas, las Guardias Pletorianas en Roma, los guerreros Samurai y más tarde, los pilotos suicidas Kamikaze de la Segunda Guerra Mundial, ambos

de Japón, son todas realidades y símbolos de grupos con capacitación militar altamente sofisticada para objetivos de primer orden.

La SS de Hitler y sus cuadros militares nacionalsocialistas estaban preparados con obsesión total; parte de su condicionamiento exigía de sus comandantes buscar el suicidio ante eventuales fracasos de las batallas. Sin embargo, las Falanges fascistas de Mussolini no funcionaron con la disciplina y el rigor militar programados.

Durante la Guerra Fría en el siglo XX, espías eran entrenados para extraer información de la manera más sigilosa, hábil, inteligente y temeraria; determinaba inexorablemente su código de ética, que ante un eventual fracaso, un súbito suicidio con ácido cianhídrico dejaría sin piso a sus captores. Los países se especializaron en formar policías secretas en varias partes del planeta: la KGB en Rusia, la GESTAPO en Alemania y no faltaron tampoco similares en Israel y en países árabes. Pakistán tiene un organismo secreto muy capacitado.

El Tercer Mundo no se ha quedado atrás buscando el control político a través de grupos no convencionales: El Haití de Papa Doc Duvalier amaestró perversamente a sus Ton Ton Makuts, tanto como los Grupos Paramilitares de Colombia se han entrenado con la más alta disciplina militar para sus propios fines represivos. Cada país ha especializado a grupos militares para el control y la represión. El Ecuador en tiempos de la dictadura militar gorilezca amaestró a los "azulejos", un cuerpo de policías-militares violentos, vestidos de azul, por ello su sobrenombre.

Diversos Grupos Armados de Oposición en las últimas décadas del siglo XX, han tenido disciplinas de aguda preparación, aunque algunas de ellas con espíritu más romántico que militar como la guerrilla del Che Guevara en Bolivia y Los Tupamaros del Uruguay. Los Sandinis-

tas y los Contras en Nicaragua con influencia a toda Centroamérica izaron banderas de izquierda y de derecha con saldos muy cruentos en su lucha. Otros relevantes han sido el Ejército de Liberación de Algeria, el M19 de Colombia, el Movimiento Túpac Amaru y Sendero Luminoso en Perú, las FARC de Colombia. El Ejército Rojo de Japón, El Irish Revolutionary Army -IRA y el ETA del país vasco han sido nacionalistas y violentos y el último, de los pocos no religiosos; todos ellos han capacitado a sus cuadros con tácticas militares de élite. El Ejército Zapatista de Liberación Nacional, formado en Chiapas, México -EZLN-, no puede ser encasillado en sentido literal dentro de un grupo guerrillero tradicional, pues tiene un espíritu más romántico que violento y un poder más moral que militar. En los últimos años sin embargo lo más duro y complejo circula en torno al mundo árabe: dirigentes y grupos fundamentalistas árabes y su llamado a la Guerra Santa -Yihad, (a pesar de que en sentido filosófico, yihad se traduce en sentido positivo, como lucha) han adiestrado religiosa y militarmente a la vez a feligreses-soldados, domesticados ciegamente en base de una política sistemática de control mental.

Luego del atentado del 11 de septiembre, un nuevo espíritu de inseguridad internacional se respira en el aire. Miedo a nuevos atentados, controles sofisticados incursionan en los bancos del mundo y en el internet, pánicos generalizados sobre los riesgos de una guerra biológica en la que un puñado de esporas lanzadas a distancia producirían más daño que armas químicas y hasta atómicas, mientras el riesgo de un reciclado espionaje ya considerado extinto vuelve a renacer con matices de paranoia globalizada.

Algunos grupos de élite militar en los Estados Unidos.

A partir de los ataques a New York y Washington, Estados Unidos se prepara para una "nueva guerra", al decir del gigante mundial de la te-

levisión en noticias, con asiento en Atlanta, Georgia, la cadena CNN. Una expectativa ansiosa sobre su revancha inunda el planeta en horas difíciles. Federico Reyes Heróles, Presidente de Transparencia Internacional en México, citando un pensamiento inglés dice: "la venganza es un plato que sólo sabe caliente, pero sólo se puede comer frío". No quiero referirme al poderío militar convencional de los Estados Unidos, sí a ciertos grupos altamente adiestrados en materia militar de la primera potencia del orbe, pues mucho se predice que los próximos y nuevos procesos bélicos partirán del protagonismo de grupos especializados como los que aquí se resumen.

Los Boinas Verdes, son un fuerza militar no convencional, creada en 1962 por Kennedy para controlar la insurgencia revolucionaria en América Latina, Asia y Africa; sus elementos son fluidos en hablar lenguas nativas y conocedores profundos de la cultura y costumbres donde actúan, trabajan en grupos de 12 y cada grupo es experto en medicina, ingeniería, explosivos, en el manejo de armas y en comunicaciones. El Regimiento 775, de infantería ligera, está especializado en ataques nocturnos, y sus Acechadores Nocturnos son la facción subespecializada en helicópteros.

Los Marines, (conocidos ya por su desembarco en Bahía de Cochinos de Cuba, en Granada en el Caribe y recientemente en Vieques, Puerto Rico) se organizan en 6 mil comandos, conformados por pelotones de 16 hombres, especialistas en desembarcos y operaciones-comando; una de las célebres unidades es el equipo Seal -Sea, Air, Land- y los grupos SDV son expertos en operar submarinos en relación con el espionaje. Estas fuerzas no convencionales dependen de la base MacDill de la Fuerza Aérea de Tampa en Florida. La Fuerza Delta, ultrasecreta, se conformó luego del fracaso de la operación Desierto Uno, que no logró rescatar a los 400 rehenes norteamericanos de la Embajada de USA en Teherán en 1982, fracaso que le costó la re-elección a Carter

y lubricó el triunfo de Reagan, en cuyo día de posesión como Presidente precisamente, fueron los rehenes liberados, tras una previa, inicial y atrevida acción del Embajador de Canadá en Teherán, ofreciéndoles pasaportes canadienses a varios de los secuestrados. El Batallón 987, fue creado para la lucha antinarcóticos y para el control del narcotráfico, más específicamente está adiestrado para el Plan Colombia. Todos los citados son ejemplos de fuerzas especiales y de élite de los Estados Unidos que representan la imagen del más alto entrenamiento para objetivos específicos y de prioridad internacional.

Refrescando la memoria sobre la CIA.

La Agencia Central de Inteligencia, constituye todavía una de las más activas organizaciones secretas, recrudescida y exponenciada sin duda tras el atentado del 11 de septiembre; invitada incómoda por gobiernos títeres o paracaidista fresco en cualquier país sin solicitud requerida, ha estado en todo. Ha asumido el rol de Harry el Sucio para lo malo y lo feo. Su objetivo central consiste en el control político de la geopolítica mundial; su fin justifica los medios al más puro estilo maquiavélico; la manipulación de los medios de comunicación, la pedagogía subliminal y del inconsciente, los métodos de control mental, son parte breve de sus recetas y prescripciones. En la década de los 50 del siglo XX, por ejemplo, comandó la operación MK Ultra; experimentó con la dietilamaina del ácido lisérgico -LSD- a fin de aplicarlo en ensayos crueles de la guerra biológica. Estuvo inmiscuída en el suicidio masivo con cianuro de alrededor de un millar de personas en la Guyana del pastor Jim Jones, pues de los expedientes del congresista Ryan de los Estados Unidos, enviado especial a Guyana, se concluye que en el asesinato de él y su comitiva, previo al holocausto autodestructivo, la CIA tenía cuchara en ese pastel sádico. La CIA tuvo que ver en las investigaciones científicas para controlar la mente a través del tristemente afamado método del brainwashing del doctor Cameron del

Allan Memorial de Montreal, Canadá. La CIA estuvo siempre allí para poner o deponer gobiernos; en el Ecuador tampoco faltó al momento del golpe militar en contra de Carlos Julio Arosemena Monroy, pues sus vicios masculinos no fueron sino una cortina de humo para su desprestigio y derrocamiento. Al pintar Guayasamín el mural en el Congreso del Ecuador y asociar pictóricamente a la CIA con la muerte, despertó una polémica no acabada entre los defensores del mural y algunos sumisos de la Agencia Central de Inteligencia.

George Bush, Padre, ex Presidente y ex director de la CIA, en septiembre del 2001, recomendó: "es hora de volver a reclutar a personas siniestras", pues en efecto, Donald Hamilton subdirector del Instituto Nacional para la prevención del terrorismo dice, que los que tienen conocimiento técnico de cómo controlar el terrorismo tienen las manos manchadas de sangre. Andrés Oppenheimer recuerda que la CIA tuvo relaciones estrechas con el general panameño Manuel Noriega y con el director del Servicio de Inteligencia Nacional -SIN, Vladimiro Montesinos del Perú de Fujimori, antes de romper respectivamente con ambos.

Otras veces, no ha sido solamente la CIA la que ha incursionado sobre la soberanía de otras naciones, sino el Estado norteamericano per se a través de sus gobiernos. A guisa de ejemplo, el presidente de Nicaragua José Santos Zelaya según estudios de Manuel Magaña Contreras, debió exiliarse en México el 29 de diciembre de 1909, protegido por el presidente Mexicano Porfirio Díaz ante la intención de los Estados Unidos y de su Presidente Taft, de juzgarlo por el fusilamiento de Cannon y Groce. Estos dos norteamericanos fueron sorprendidos dispuestos a dinamitar el barco nicaragüense Diamante con 500 soldados a bordo, bajo la perspectiva de propiciar desconcierto interno en el citado país centroamericano para debilitar el gobierno de Santos; Nicaragua se encontraba interesada en construir un nuevo Canal a través de

la zona de la Reserva de Mosquitia que una el Pacífico con el Atlántico, cuya travesía competiría con relación al Canal de Panamá que controlaba ya Estados Unidos.

Terror de ida y vuelta

Terror viene etimológicamente del latín *terrere*, que se traduce como atemorizar, infundir miedo. Más atrás, en los orígenes, en lengua indoeuropea, la raíz *ters* significa temblar. Terrorista es pues el que hace temblar, pues la terminación en *ista*, produce la filiación o tendencia de quien ejercita la acción del verbo analizado. En los estudios clásicos de la psicología del miedo, se describe dinámicamente las etapas crecientes por las que evoluciona -o involuciona- el miedo: alerta, alarma, pánico y terror, en una graduación de menos a más, tanto en cantidad cuanto en calidad para experimentar miedo. En la fase de alerta, el miedo anuncia al sujeto sobre el peligro, en la etapa de alarma, se evidencian cambios físicos y psíquicos: descarga adrenérgica y otros efectos hormonales. Durante el pánico, la desorganización emocional es total, pues el prefijo *pan*, se interpreta como todo. El caos integral, al extremo que el sujeto por la intensidad del miedo se desploma a tierra, coincide con la homofonía de la palabra terror. Cuando la tierra tiembla -me refiero a los terremotos y sismos- hay una correspondencia y coincidencia doble: lingüística y psicológica.

Terrorismo es una palabra equívoca, pues quien lo practica puede ser un subversivo, una organización subversiva o puede ser el propio "establishment" de cualquier sociedad violenta. Por la relatividad de sus protagonistas, Amnistía Internacional ha preferido referirse a grupos armados de oposición para señalar a quienes no desde el Estado sino desde organismos particulares y radicales predicán y hacen violencia. En varios instrumentos jurídicos internacionales sin embargo, consta la palabra terrorismo, o terrorista en forma oficial. Así como hay una glo-

balización del mercado en la sociedad neoliberal contemporánea, hay varias tendencias a globalizarse por ramas del acontecer humano por así decirlo: se ha observado una internacionalización de los derechos humanos, una globalización de la ecología y el medio ambiente y, sin duda alguna que hay evidencia de una especie de mundialización del miedo y la violencia por parte tanto de diversos Estados, como de grupos fanáticos transnacionales. Crueldad masiva y sin límites han sido su tónica y estilo.

Chomsky desde dentro de USA, ha alertado que lo ocurrido el 11 de septiembre despertará "el patriotismo ultraderechista". Recordaba también el intelectual citado que como retaliación contra los atentados de las embajadas de Estados Unidos en Tanzania y Kenia en 1998, que dejaron un saldo de dos centenares de muertos, Clinton ordenó bombardeos en Sudán, cuya cifra de caídos se lo guarda bajo 7 candados. El terrorismo no puede ser combatido con otro terrorismo, ni una religión contra otra. Cabe siempre recurrir a la memoria comparativa: durante la captura del general Noriega, acusado de narcotráfico cuando Jefe Supremo de Panamá, Estados Unidos invadió el istmo, mientras en su cacería murieron más de 5 mil panameños en el barrio del "Chorrillo".

El bloqueo de Cuba, la guerra de Viet Nam, la operación Tormenta en el Desierto son ejemplos de muy controvertidas intervenciones norteamericanas en otras geografías. Afganistán, cercado por India, Pakistán, China, enormes y milenarios, es un país de 26 millones de habitantes, con una esperanza de vida promedio de apenas 46 años, 3 de 4 adultos son iletrados, 6 hijos por mujer fértil, 7 mil personas por médico, un ingreso de 800 dólares anuales, mantiene una segregación y sexismo anacrónicos contra las mujeres, tierra de narcotráfico: el 10% de su población está adicta a las drogas, territorio de conquista: los tártaros en el siglo XVI, Gran Bretaña en el siglo XIX y la Unión Soviética a fines del XX, en cuya última invasión Estados Unidos fue su aliada, hoy

sin embargo amenazada de muerte por su antiguo socio; cuenta Afganistán con una sangrienta guerra civil, que ha desatado la migración de 4 millones de desplazados por la violencia, país ultra pobre controlado por los talibanes, un grupo de jóvenes estudiosos del Islam y fanáticos del respeto literal de las escrituras del Corán y la prédica de un retorno del mundo musulmán a sus fuentes primigenias. La iniciada operación Justicia Infinita por el gobierno de Bush, (se anuncia cambiará de nombre a Libertad Duradera para evitar equívocos de burla al Islam) quien nos dice que no sea una aplicación cruel de la Ley del Talión, que todavía decretaba el Viejo Testamento, tan caro al Cristianismo cuanto al Judaísmo: ojo por ojo, diente por diente. Sensible y difícil tarea, pues así como la Caída de Roma, la Toma de Constantinopla por los turcos otomanos, el asesinato del príncipe heredero del Imperio Austro-Húngaro en Sarajevo ligado al inicio de la Primera Guerra Mundial, en Hiroshima y Nagasaki, las bombas atómicas Little Boy y Fat Man así llamadas en el lenguaje en clave de los pilotos, así como la Caída del Muro de Berlín, fueron hitos que parten la historia en capítulos, el ataque cruel y fanático al WTC y el Pentágono, marcan otro hito que la Historia ya se encargará de fronterizar. Luego de ello, nuevos espíritus bélicos azotan la humanidad; en una carta de Rigoberta Menchú al Presidente Bush, le pide convencer antes que vencer.

¿Y el Homo Sapiens?

Diógenes el Cínico tendría para festejar su filosofía estudiando el momento crucial que vive el mundo hoy. Estamos sobre el filo de la navaja, bastante peor que durante la crisis de los misiles de Cuba; al cierre de estas letras se informa de la confirmación del inicio de bombardeos en Afganistán; se respira incertidumbre intensa y como nunca la suerte de todos depende de tan pocos y contados líderes, pero también ellos penden de la capacidad de pensamiento, sentimiento, acción e influencia, que desde la ciudadanía común debemos todos asumir.

PAZ ARMADA MADE IN USA

Carlos Marx Carrasco V.

Los atentados criminales del 11 de septiembre merecieron la más enérgica condena de todo los hombres y mujeres, militante de la paz mundial. Desde aquel funesto día cambió la historia. Se creía que la potencia norteamericana era inexpugnable, que todas las guerras se liberarían fuera de su territorio. Nadie imaginaba que la capacidad suicida del terrorismo estaba y está sobre la más sofisticada y letal de cualquiera de las armas inventadas por el "terrorismo legal". Muchos pensaban que la globalización habría finalmente occidentalizado todo el planeta, que no había nada más allá del "American way". Hoy sabemos que el mundo no se ha terminado de construir, que antes de llegar a ser una obra acabada puede convertirse en una obra destruida por la brutalidad humana, su sed de venganza e incontenible ambición de poder y dinero. Hoy sabemos que la historia aún no ha concluido. Que Francis Fuyama estaba completamente equivocado. Que aún restan por escribirse, hasta alcanzar una verdadera paz y justicia universales, algunas, quizá muchas páginas, lamentablemente, sangrantes.

La reacción norteamericana, que no se hizo esperar, ha colocado en serio peligro la paz en los 5 continentes. El Presidente Bush se ha convertido en el comandante supremo de lo que –aún, a pesar de casi haberse terminado la tarea en Afganistán, así sea sin encontrar a Bin Laden- puede convertirse en la III guerra mundial. Su proyecto militarista es respaldado por los gobiernos de los países industrializados y por la mayoría de los gobiernos de los países menos desarrollados. No solamente intentó a encontrar "vivo o muerto" a Ossama Bin Laden,

principal sospechoso de la destrucción del corazón financiero del mundo (las torres gemelas) y del corazón armamentista (el Pentágono) si no pretende el exterminio del terrorismo en todos los continentes (sin definirlo, quizá por temor a lanzar escupitajos al cielo y "enterarse" que ellos son los mayores terroristas de la historia) sin respetar países, culturas, credos ni religiones. Todo lo que se oponga al diccionario del modo de vida yanqui y sus afanes geopolíticos y culturales debe ser exterminado. Apenas unos cuantos gobernantes no alineados incondicionalmente a Washington se resistieron tibiamente a sumarse a la brutal fuerza imperial norteamericana. La mayoría de los pueblos del mundo no apoyaron, jamás apoyarán, ninguna intervención militar que derrame sangre inocente. La respuesta estadounidense pasó del odio a la venganza, alejándose de la sensatez, la serenidad y la actitud reflexiva. Miles de afganos, entre talibanes y no talibanes, inclusive enfermos, niños y ancianos, cuyo número y barbarie cometidos, jamás se conocerá, fueron desaparecidos del mapa.

Una vez más la historia ha demostrado que la violencia sólo engendra más violencia. El mundo ha entrado –siempre ha estado- en un círculo vicioso autodestructivo. Su redondez y globalidad convierten a la bala asesina en bala suicida. Nadie dice querer destruir el planeta tierra, sin embargo se está destruyendo velozmente.

No dejaremos de insistir en que el ataque terrorista al World Trade Center y al Pentágono, por donde se lo mire, es abominable. Se asesinaron miles de hombres y mujeres inocentes, se generó una psicosis de terror colectivo que continúa y puede estallar con secuelas más dolorosas en cualquier momento. A la postre, la extrema derecha árabe-musulmana terminó entregando "en bandeja de plata" a la extrema derecha internacional, sobre todo a la norteamericana, un justificado pretexto para que EE.UU. y sus aliados "pongan las cuentas al día". Desde hace rato andaban buscando al "otro imaginario" que estorba a los in-

tereses unipolares. El enemigo inmediato, otrora era la Unión Soviética y el comunismo, ahora es el terrorismo, un peligroso enemigo sin rostro.

Con o sin atentado, su actitud de arrogancia y prepotencia guerrera y de intromisión en la libre determinación de los pueblos ha sido permanente y no hay señales de que termine, al menos a corto plazo. Ahora, el mundo se da cuenta que Bush y Powell esperaban una provocación para reaccionar con violencia. So pretexto de una "libertad perdurable", se continúa con la larga opresión imperial. Bin Laden no asomó por ningún lado, de la propia CIA habría aprendido bien jugar a las escondidas. Destruyendo seres humanos y haciendo añicos pueblos y montañas, dejando un gobierno a su imagen y semejanza están por retirarse a continuar con su plan diabólico de acabar con todo aquello que se oponga a su proyecto globalizador. Ahora, se encaminan con su arsenal de acero y muerte hacia Irán, Irak, Corea del Norte, Colombia...

Norteamérica, a nombre de la libertad, ha sojuzgado a pueblos enteros, ha asesinado miles de seres humanos, ha puesto y sacado a su antojo gobiernos y gobernantes. Intervino en Centro América, fabricó países según sus particulares intereses (Panamá, por ejemplo, se fundó como país desmembrando territorio colombiano para facilitar la construcción y apropiación del estratégico Canal, sobre el que mantendrían control hasta hacerse de la Base de Manta).

Para llevarse a su exiliado Noriega mató a cientos de hombres y mujeres. Destruyó el proyecto socialista chileno liderado por Allende. Acabó con Bishop en Granada. Envío marines a República Dominicana. Financió a los contras, recontras y requetecontras en Nicaragua. Ayudó y armó a los talibanes, convertidos hoy en archienemigos, para derrotar al gobierno prosoviético. Intervino en las masacres y destrucción de las naciones balcánicas. Formó, mimó, amó, remuneró, protegió y

apoyó, mientras le eran útiles, a los Montesino, Videla, Fujimori, Somoza, Batista, Noriega y otros "malditos" Osamas.

La ley del talión ha enceguecido a los tiranos y pretende acallar la voz de los pueblos oprimidos del mundo. Lo que ha devenido a raíz de los atentados resultó tanto o más grave y criminal que la caída de las torres del orgullo imperial. No hay el mínimo de conciencia de que había que dejar de sembrar vientos para no cosechar tempestades. El difícil momento por el que atraviesa el mundo debió –aun estaríamos a tiempo– aprovecharse para construir una paz definitiva sobre la base de la tolerancia y el respeto a los derechos humanos de todos los hombres y mujeres, sin distinción de raza, cultura, idioma.

La nueva economía de guerra, levantada sobre los escombros y los destrozos del neoliberalismo, revive a Malthus y Keynes. Esta visión neomalthus-keynesiana en la que se ha embarcado el capitalismo industrializado, con los Estados Unidos a la cabeza, cae como anillo al dedo para la instrumentación de políticas reactivadoras del aparato productivo del gran capital que se encuentra en una recesión que ha venido para quedarse por largo tiempo. Los 65.000 millones de dólares que costaría la destrucción de Afganistán, contribuirían a la reactivación productiva de la alicaída economía norteamericana. En las guerras anteriores se gastaron astronómicas sumas: equivalentes a muchos años del presupuesto ecuatoriano: La del Golfo: 14 años; la de Corea: 80; la de Vietnam 114; la I Guerra Mundial: 115; la II Guerra Mundial 1.000.

The Wall Street Journal, antes de los sucesos del 11 de septiembre, con un justificado pesimismo recogía en sus páginas su preocupación en los siguientes términos:

"Los frentes económicos empeoran – las firmas estadounidenses ganan 67% menos" (0.208.01).

"Europa también sufre: Deutsche Bank es un reflejo de la desaceleración" (02.08.01)

“Ayuda del FMI podría no bastar para emergentes” (06.08.01)
“Alemania coquetea peligrosamente con la recesión” (07.08.01)
“La recuperación de la economía de EEUU demoraría más de lo esperado” (10.08.01)
“Japón flexibiliza aún más el crédito y su economía entra en territorio desconocido” (16.08.01)
“La economía mundial, más cerca de ser víctima de una recesión sincronizada” (10.09.01)

Estos titulares, publicados un mes antes de la tragedia, evidencian que la economía capitalista, a nivel mundial, ya andaba mal. El propio WSJ (21.09.01) reconoce la gravedad de la crisis: “la economía de EEUU, que ya estaba estancada antes del ataque terrorista del 11 de septiembre, está entrando en recesión” La revista Newsweek, comentaba la crisis de EEUU y de la economía mundial, con un cierto humor trágico. En 25.07.01. decía: “la buena noticia sobre la economía de EEUU es que estamos mal, pero los demás están peor”, “la economía estadounidense es la peor del mundo, con la excepción de las demás”

Los síntomas de la economía norteamericana evidenciaban el arribo de la recesión. La sobrevaloración de los activos financieros poco a poco venía desplomando los pilares (alfileres?) de una economía de casino; la tasa de crecimiento de la producción y de desempleo; la contracción del consumo y la inversión resultaron incontrolables por medio de medidas convencionales. La reducción de los tipos de interés para dinamizar el consumo y la inversión había tocado fondo. Por más que el credo neoliberal se oponga, desde hace rato se esperaba una política fiscal y monetaria expansivas para dinamizar el aparato productivo y recuperar la confianza empresarial. No es la primera vez que para resolver los problemas económicos se recurre a la guerra. Si bien, el atentado no muestra razones económicas visibles, no cabe duda la respuesta imperial tiene un fuerte contenido económico. En ninguna de

las guerras importantes han estado ausentes las motivaciones económicas del gran capital. Esta vez no es la excepción. La elite árabe-musulmana se disputa el pastel con el imperialismo. Y los europeos no pueden quedar a la cola.

Con la caída de las torres gemelas y de uno de los lados del Pentágono se han derrumbado los pilares simbólicos de la globalización, dejándola herida de muerte. Varias de las libertades civiles serán conculcadas, ya está siendo conculcadas: la libre circulación, reunión, asociación, expresión, información, privacidad sufren fuertes y crecientes limitaciones. La mundialización de la economía, las finanzas y el capital sufrirán revisiones y reconceptualizaciones. La occidentalización del mundo llegó a su fin. Hay milenarias culturas que definitivamente han renunciado a asimilarse al estándar impuesto por Washington.

La economía de guerra, como estrategia anticíclica, traslada la factura al resto del mundo. La mayoría de países y de organizaciones (terroristas y políticas) se han volcado a la compra masiva de armas. El propio dinero del narcotráfico (opio afgano, entre otros) retornará y se reciclará velozmente por la compra de armamento. Si la General Motors, por la recesión no podía vender automóviles, el negocio de la carrera bélica le permitirá conseguir con creces aumentar sus ventas (de armas) y sus ganancias. El comportamiento futuro de los tipos de interés, la tasa de cambio, los flujos de capitales y de bienes y servicios, de los precios de las materias primas, se orientará en función de la necesidad de resolver lo más pronto posible la crisis del gran capital, sobre todo del capital financiero y especulativo.

Definitivamente, el 11 de septiembre, no solamente que marcó el inicio del nuevo siglo sino que cambió el mundo en el orden económico, geopolítico, cultural y militar. Quedan en duda los principios universales –liberales- que animaron la revolución francesa. La libertad, con-

fraternidad e igualdad, no recorrieron ni medio camino. La igualdad se ha convertido en el mayor mito de la historia de la civilización moderna (y posmoderna).

Parece inminente la continuación de la guerra declarada contra el terrorismo internacional. Estados Unidos, en un sonado triunfo diplomático, logró agrupar en sus filas prácticamente a todo el mundo. Unos poquísimos gobiernos se han quedado callados. Mientras Washington y una amplia mayoría de gobernantes consumaron la invasión a los talibanes y una veintena de otros grupos "terroristas", cada día se multiplican los movimientos pacifistas opuestos a toda barbarie, venga de donde viniere. Tanto el terrorismo del fundamentalismo como la reacción norteamericana y sus aliados constituyen actos de violencia que autodestruyen la humanidad.

Cabe insistir que en toda guerra importante están presentes las motivaciones económicas. Esta vez no fue la excepción. Sin descartar la posibilidad de la existencia de ecompetadas complicidades en los sucesos del 11 de septiembre, no cabe ninguna duda que la respuesta de Bush, a más del afán de consolidación de la hegemonía geopolítica y militar, tiene un significativo componente económico. La recesión o depresión se está combatiendo mediante la guerra. El presupuesto militar norteamericano para el año 2002 se aproxima a los 400.000 millones de dólares (que equivalen al gasto fiscal ecuatoriano de 80 años). Las empresas, desde hace rato trabajan a toda máquina para atender los pedidos de armamento, no solo para Washington, sino para todo el mundo, incluyendo los grupos "terroristas".

Los últimos 20 meses, la producción y el empleo americanos han caído de manera preocupante. La administración Bush ha respondido mediante sucesivas reducciones del tipo de interés y de los impuestos así como inyectando más circulante a la economía. Ni el consumo ni la in-

versión han reaccionado como se esperaba. No quedaba más que echar mano de las armas y recrudecer los conflictos para inducir a que todo el mundo se arme. Si no había quien compre carros, aviones de uso comercial, casas y perfumes, declarada e iniciada la guerra, si hay quien compre tanques, aviones militares, misiles y fusiles. Esta es la lógica económica del gran capital.

El 11 de septiembre cambió el mundo. Jamás ha ocurrido algo en tan corto tiempo que sea capaz de propiciar transformaciones profundas. La globalización ya no puede seguir el sendero unilineal que se había trazado. Los propios principios de la revolución francesa han topado fondo. Libertad, confraternidad e igualdad, parecen sustituirse por: Libertad controlada, interdependencia condicionada y diversidad. Antes de alcanzar la soñada igualdad debería pensarse en alcanzar la equidad, que es una utopía viable.

5

ALGUNAS CONCLUSIONES E IDEAS FINALES





ALGUNAS CONCLUSIONES
E IDEAS FINALES



El 'factor Dios'

José Saramago*

En algún lugar de la India. Una fila de piezas de artillería en posición.

Atado a la boca de cada una de ellas hay un hombre. En primer plano de la fotografía, un oficial británico levanta la espada y va a dar orden de disparar. No disponemos de imágenes del efecto de los disparos, pero hasta la más obtusa de las imaginaciones podrá 'ver' cabezas y troncos dispersos por el campo de tiro, restos sanguinolentos, vísceras, miembros amputados. Los hombres eran rebeldes. En algún lugar de Angola. Dos soldados portugueses levantan por los brazos a un negro que quizá no esté muerto, otro soldado empuña un machete y se prepara para separar la cabeza del cuerpo.

Esta es la primera fotografía. En la segunda, esta vez hay una segunda fotografía, la cabeza ya ha sido cortada, está clavada en un palo, y los soldados se ríen. El negro era un guerrillero. En algún lugar de Israel. Mientras algunos soldados israelíes inmovilizan a un palestino, otro militar le parte a martillazos los huesos de la mano derecha. El palestino había tirado piedras.

Estados Unidos de América del Norte, ciudad de Nueva York. Dos aviones comerciales norteamericanos, secuestrados por terroristas relacionados con el integrismo islámico, se lanzan contra las torres del World Trade Center y las derriban. Por el mismo procedimiento un tercer avión causa daños enormes en el edificio del Pentágono, sede del poder bélico de Estados Unidos. Los muertos, enterrados entre los escombros, reducidos a migajas, volatilizados, se cuentan por millares. Las fotografías de India, de Angola y de Israel nos lanzan el horror a

la cara, las víctimas se nos muestran en el mismo momento de la tortura, de la agónica expectativa, de la muerte abyecta.

En Nueva York, todo pareció irreal al principio, un episodio repetido y sin novedad de una catástrofe cinematográfica más, realmente arrebatadora por el grado de ilusión conseguido por el técnico de efectos especiales, pero limpio de estertores, de chorros de sangre, de carnes aplastadas, de huesos triturados, de mierda.

El horror, escondido como un animal inmundado, esperó a que saliésemos de la estupefacción para saltarnos a la garganta. El horror dijo por primera vez 'aquí estoy' cuando aquellas personas se lanzaron al vacío como si acabasen de escoger una muerte que fuese suya.

Ahora, el horror aparecerá a cada instante al remover una piedra, un trozo de pared, una chapa de aluminio retorcida, y será una cabeza irreconocible, un brazo, una pierna, un abdomen deshecho, un tórax aplastado. Pero hasta esto mismo es repetitivo y monótono, en cierto modo ya conocido por las imágenes que nos llegaron de aquella Ruanda de un millón de muertos, de aquel Vietnam cocido a napalm, de aquellas ejecuciones en estadios llenos de gente, de aquellos linchamientos y apaleamientos, de aquellos soldados iraquíes sepultados vivos bajo toneladas de arena, de aquellas bombas atómicas que arrasaron y calcinaron Hiroshima y Nagasaki, de aquellos crematorios nazis vomitando cenizas, de aquellos camiones para retirar cadáveres como si se tratase de basura.

Siempre tendremos que morir de algo, pero ya se ha perdido la cuenta de los seres humanos muertos de las peores maneras que los humanos han sido capaces de inventar. Una de ellas, la más criminal, la más absurda, la que más ofende a la simple razón, es aquella que, desde el principio de los tiempos y de las civilizaciones, manda matar en nombre de Dios.

Ya se ha dicho que las religiones, todas ellas, sin excepción, nunca han servido para aproximar y congraciarse a los hombres; que, por el contrario, han sido y siguen siendo causa de sufrimientos inenarrables, de matanzas, de monstruosas violencias físicas y espirituales que constituyen uno de los más tenebrosos capítulos de la miserable historia humana.

Al menos en señal de respeto por la vida, deberíamos tener el valor de proclamar en todas las circunstancias esta verdad evidente y demostrable, pero la mayoría de los creyentes de cualquier religión no sólo fingen ignorarlo, sino que se yerguen iracundos e intolerantes contra aquellos para quienes Dios no es más que un nombre, nada más que un nombre, el nombre que, por miedo a morir, le pusimos un día y que vendría a dificultar nuestro paso a una humanización real.

A cambio nos prometía paraísos y nos amenazaba con infiernos, tan falsos los unos como los otros, insultos descarados a una inteligencia y a un sentido común que tanto trabajo nos costó conseguir. Dice Nietzsche que todo estaría permitido si Dios no existiese, y yo respondo que precisamente por causa y en nombre de Dios es por lo que se ha permitido y justificado todo, principalmente lo peor, principalmente lo más horrendo y cruel.

Durante siglos, la Inquisición fue, también, como hoy los talibán, una organización terrorista dedicada a interpretar perversamente textos sagrados que deberían merecer el respeto de quien en ellos decía creer, un monstruoso connubio pactado entre la Religión y el Estado contra la libertad de conciencia y contra el más humano de los derechos: el derecho a decir no, el derecho a la herejía, el derecho a escoger otra cosa, que sólo eso es lo que la palabra herejía significa.

Y, con todo, Dios es inocente. Inocente como algo que no existe, que

no ha existido ni existirá nunca, inocente de haber creado un universo entero para colocar en él seres capaces de cometer los mayores crímenes para luego justificarlos diciendo que son celebraciones de su poder y de su gloria, mientras los muertos se van acumulando, estos de las torres gemelas de Nueva York, y todos los demás que, en nombre de un Dios convertido en asesino por la voluntad y por la acción de los hombres, han cubierto e insisten en cubrir de terror y sangre las páginas de la Historia.

Los dioses, pienso yo, sólo existen en el cerebro humano, prosperan o se deterioran dentro del mismo universo que los ha inventado, pero el `factor Dios`, ese, está presente en la vida como si efectivamente fuese dueño y señor de ella. No es un dios, sino el `factor Dios` el que se exhibe en los billetes de dólar y se muestra en los carteles que piden para América (la de Estados Unidos, no la otra...) la bendición divina. Y fue en el `factor Dios` en lo que se transformó el dios islámico que lanzó contra las torres del World Trade Center los aviones de la revuelta contra los desprecios y de la venganza contra las humillaciones.

Se dirá que un dios se dedicó a sembrar vientos y que otro dios responde ahora con tempestades. Es posible, y quizá sea cierto. Pero no han sido ellos, pobres dioses sin culpa, ha sido el `factor Dios`, ese que es terriblemente igual en todos los seres humanos donde quiera que estén y sea cual sea la religión que profesen, ese que ha intoxicado el pensamiento y abierto las puertas a las intolerancias más sórdidas, ese que no respeta sino aquello en lo que manda creer, el que después de presumir de haber hecho de la bestia un hombre acabó por hacer del hombre una bestia.

Al lector creyente (de cualquier creencia...) que haya conseguido soportar la repugnancia que probablemente le inspiren estas palabras, no le pido que se pase al ateísmo de quien las ha escrito. Simplemente le

ruego que comprenda, con el sentimiento, si no puede ser con la razón, que, si hay Dios, hay un solo Dios, y que, en su relación con él, lo que menos importa es el nombre que le han enseñado a darle. Y que desconfíe del `factor Dios`. No le faltan enemigos al espíritu humano, mas ese es uno de los más pertinaces y corrosivos. Como ha quedado demostrado y desgraciadamente seguirá demostrándose.

**José Saramago es escritor portugués, premio Nobel de Literatura*

Una falsa división del mundo

Amartya Sen *
The New York Times

CAMBRIDGE, Inglaterra.- Al hablar de un choque de civilizaciones, a veces se puede perder de vista la cuestión central. Categorizar a la población mundial por su "civilización" es un método burdo e incoherente que pasa por alto otros enfoques relacionados con la política, el lenguaje, la clase social, el trabajo u otras afiliaciones.

Hablar del "mundo islámico" o del "mundo occidental" significa adoptar una visión empobrecida de la humanidad, como algo dividido en forma inalterable. Resulta difícil dividir las civilizaciones de este modo, a causa de las diversidades internas de cada sociedad y los vínculos entre países y culturas diferentes. Por ejemplo, si decimos que India es una "civilización hindú", omitimos el hecho de que tiene más musulmanes que cualquier otro país del mundo, salvo Indonesia.

Es inútil intentar comprender el arte, la literatura, la música, la política o la cocina típica de India, sin ver las amplias interacciones a través de las barreras entre comunidades religiosas. Estas incluyen hindúes y musulmanes, budistas, jainas, sikhs, parsis, cristianos (presentes en India desde el siglo IV, por lo menos, mucho antes de la conversión de Inglaterra al cristianismo), judíos (presentes desde la caída de Jerusalén), ateos y agnósticos.

Extraña lectura

Referirse a India como una civilización hindú quizá reconforte al fundamentalista hindú, pero es una extraña lectura del país.

Igual tosquedad se advierte en las demás categorías invocadas, como "el mundo islámico". Tomemos por caso a Akbar y Aurangzeb, dos emperadores musulmanes de India pertenecientes a la dinastía mogola. Aurangzeb se esforzó por convertir a los hindúes al islamismo e instituyó varias políticas en tal sentido, entre otras, gravar con un impuesto a los no musulmanes. En cambio, Akbar, que se deleitaba con su corte multiétnica y sus leyes pluralistas, lanzó proclamas oficiales insistiendo en que "nadie debía ser molestado a causa de su religión" y "cualquiera podrá convertirse a la religión que le agrade".

En una visión homogénea de India, tan sólo uno de estos emperadores podría considerarse un verdadero musulmán. El fundamentalista islámico desecharía a Akbar; el primer ministro británico, Tony Blair, que insiste en que la tolerancia es una característica determinante del islam, tendría que considerar la posibilidad de excomulgar a Aurangzeb.

La caracterización del llamado "mundo occidental" adolece de una crudeza similar. Sin duda, en la historia europea, han estado presentes la tolerancia y la libertad individual. Pero cuando Akbar proclamaba la tolerancia religiosa en Agra, en la última década del siglo XVI, en varias partes de Europa funcionaba la Inquisición: en 1600, Giordano Bruno murió en la hoguera, por hereje, en Roma.

Dividir el mundo en civilizaciones separadas e inconexas es empujarnos a la creencia absurda de que esta partición debe prevalecer abrumadoramente sobre toda otra forma de identificar a las personas.

La mayor esperanza

Esta visión arrogante y autoritaria no sólo contraría el sentimiento de que "todos los seres humanos nos parecemos bastante"; también va a contrapelo del entendimiento, más plausible, de que diferimos de diversos modos. Por ejemplo, Bangladesh no se separó de Paquistán por cuestiones relacionadas con la religión, sino con el idioma y la política.

Nuestra religión, por importante que sea, no puede constituir una identidad omnímoda. Hasta la pobreza compartida puede generar solidaridad más allá de las fronteras.

La mayor esperanza de armonía no radica en ninguna uniformidad imaginada, sino en la pluralidad de nuestras identidades que, al entrecruzarse y traspasarse, se oponen a las divisiones netas en campos o civilizaciones impenetrables.

Los líderes políticos que seccionan la humanidad en varios "mundos" probablemente generen un mundo más inflamable. Además, en aquellas civilizaciones definidas por su religión, acabarán por prestar autoridad a líderes religiosos tenidos por voceros de sus "mundos". Entretanto, se asordinarán otras voces y se acallarán otras inquietudes.

Robarnos nuestra pluralidad de identidades, aparte de reducirnos, empobrece el mundo.

(Traducción de Zoraida J. Valcárcel)

**El autor, Premio Nobel de Economía 1998, dirige el Trinity College en la Universidad de Cambridge.*

Nueva realidad, nueva legalidad

Carlos Fuentes*

Fue el siglo más corto, dijo memorablemente el historiador inglés Eric Hobsbawm. De Sarajevo a Sarajevo. De 1914 a 1994. Pero si es cierto que el larguísimo siglo XIX se extendió de la Revolución Francesa a la Primera Guerra Mundial, el brevísimo siglo XX, que comenzó con "los cañones de agosto" de 1914, título de un gran libro de Barbara Tuchman, en realidad terminó con la caída del muro de Berlín en 1989, frontera final de la guerra fría.

Equilibrio de terror, esferas de influencia, maniqueísmo ideológico, mundo bipolar dominado por la rivalidad de las dos superpotencias, los EE.UU. de América y la Unión Soviética. Qué lejano, qué nostálgico nos parece hoy ese universo del equilibrio nuclear, a la luz de los terribles acontecimientos del 11 de septiembre de 2001. Se habló del paso a un mundo multipolar, extraña cabeza de la hidra en la que, además de Rusia y los EE.UU., la Comunidad Europea, América Latina, África y Asia serían nuevos centros de poder. La realidad fue otra: del mundo bipolar pasamos al mundo unipolar, dominado, desde Washington, por una sola gran potencia. En vez de la cabeza de la hidra, la mirada de la Medusa, capaz de convertir en piedra a cualquier nación que la desafíe.

Se habló del triunfo de la globalidad, basada en un mercado mundial de prosperidad creciente y valores económicos, políticos y culturales identificados con la democracia, portadora de valores resistentes a la uniformización, y de culturas como fuerzas visibles que darían voz a

las agendas pospuestas por medio siglo de guerra fría. Pero no se previó con suficiencia que la globalidad en sí misma no daría sus frutos sin la prevalencia del derecho y que una globalidad sin reglas conduciría a desequilibrios peligrosos y a injusticias perpetuadas. En 1999, el presidente Bill Clinton le recordó a la Asamblea General de la ONU que más de mil millones de seres humanos viven con menos de un dólar diario y que cada año cuarenta millones de hombres, mujeres y niños mueren de hambre en nuestro mundo feliz. El veinte por ciento de la población mundial consume el noventa por ciento del producto mundial. Las cifras de la injusticia abundan, todos las conocen, pero cuando no se responde a la injusticia con indiferencia se responde con esfuerzos humanitarios loables, pero insuficientes.

Pero así como la globalidad demostró sus carencias, la localidad no tardó en enseñarnos las suyas: regresiones a oscuras certidumbres, fatalismos aberrantes, fobias latentes, nacionalismos agresivos, fundamentalismos religiosos, limpieza étnica, tribalismo intolerante.

Son éstos los mundos que chocaron trágicamente sobre las metrópolis norteamericanas el 11 de septiembre: los vicios de la globalización irrestricta dominada por una sola potencia y los vicios de la localización irrestricta dominada por tribalismos intolerantes. En Nueva York y Washington sucedió que la potencia mayor demostró su impotencia y la impotencia mayor demostró su potencia.

Puede formularse una lista de agravios que suma los sufrimientos impuestos a sociedades enteras por la política imperial de los EE.UU. en Centroamérica, Vietnam y el Oriente Próximo, y a sus propios pueblos por los gobiernos represivos de China, Rusia, Irak, Irán, Argentina o Chile. Puede recordarse la ceguera rayana en la oligofrenia de los gobiernos norteamericanos que alimentaron con leche a las víboras que luego les respondieron con veneno. Sadam Hussein es un producto de

la diplomacia norteamericana para limitar y cercar a los ayatolas triunfantes e intolerantes de Irán. Osama Bin Laden es un producto de la diplomacia norteamericana fortalecido para contrarrestar la presencia soviética en Afganistán. De Castillo Armas, en Guatemala, a Pinochet, en Chile, fue la diplomacia norteamericana la que implantó a las más sanguinarias dictaduras de la América Latina. Y en Vietnam, aunque se enfrentaron ejércitos, la población civil fue la víctima más numerosa y fatal del enfrentamiento, hasta convertir la excepción de ayer -Guernica, Coventry, Dresde- en la regla de hoy: las principales y a veces las únicas víctimas de los conflictos actuales son civiles inocentes.

Estaba yo en Santa Fe dando unas conferencias cuando ocurrió el ataque terrorista contra Washington y Nueva York. Santa Fe nunca será objeto de un ataque destructor. Su encanto provinciano, recoleto, indio, español y americano, la salva de la tentación destructiva. Pero allí mismo, en Nuevo México, se sentía igual que en Manhattan el dolor ante la muerte de los inocentes. El "ataque a América" que sirvió de lema a todas las transmisiones de televisión fue un ataque a hombres, mujeres y niños concretos; fue un ataque a padres e hijos, a abuelos y hermanos, a amigos y compañeros de trabajo... Esto es lo intolerable, esto es lo que rebasa toda racionalidad. Son los niños palestinos asesinados por las fuerzas vengativas de Ariel Sharon. Son los jóvenes israelíes asesinados por las fuerzas fuera de control de Yasir Arafat. Son los civiles sin rostro muertos por las "bombas inteligentes" que los EE.UU. llovieron sobre Bagdad...

Aflora la fácil tentación de la venganza babilónica, la ley de Hamurabi, la ley del talión: ojo por ojo, diente por diente. Es la salida fácil. Es la salida inútil. Es la represalia que provoca la nueva represalia, en una espiral incontenible de violencia que puede englobarnos a todos. Es la represalia norteamericana contra un enemigo sin rostro que alienta y justifica las represalias rusas contra Chechenia y las represalias chinas

contra sus etnias septentrionales. Es la represalia que, como la mancha de sangre de Macbeth, se extiende hasta ahogarlo todo, incluso el sueño.

El problema para los EE.UU. es vengarse sin saber de quién, atacar sin saber a quién. La tentación de darle rostro al enemigo invisible es muy grande y pueden pagar justos por pecadores. No es ése el camino. Es demasiado fácil. Es demasiado irreflexivo. Es demasiado peligroso. Justifica represiones, vendettas, la mística de la cruzada contra lo diferente...

Pero, sobre todo, hablar de "represalias" es obviar el tema que reclama nuestra atención concentrada si vamos a convivir civilizadamente en el siglo XXI. Ese tema -lo ha venido proclamando desde que cayó el muro de Berlín- es crear una nueva legalidad para una nueva realidad. El fin de la historia proclamado por Francis Fukuyama hace una década, hoy suena a broma. Lejos de terminar, la historia se ha vuelto tan rápida, el espacio tan grande y el tiempo tan breve que todas las formas forjadas durante un milenio -Estado, Nación, Sociedad Civil, Soberanía- se están disolviendo, en tanto que se han reafirmado tribus, clanes, cotos lingüísticos y religiosos. La globalidad no ha logrado crear una legalidad que gobierne por igual a los Estados nacionales dañados y a los tribalismos locales resurrectos.

El "enemigo" no tiene cara. Pero, acaso la tiene el "amigo". Decir que quien siembra vientos cosecha tempestades no basta para suplir el inmenso dolor de la muerte de los inocentes en Nueva York y Washington. Pero confrontar a los EE UU con sus obligaciones internacionales sí le da un rostro a la posibilidad de una nueva legalidad para una nueva realidad. Si Estado, Nación, Comunidad Internacional, no se comprometen con Legalidad superior a las fuerzas del mercado y del crimen, éstas se impondrán con la fuerza de la fatalidad invisible. Los

EE.UU. de América no podrán quejarse de un ataque sangriento, vil y artero como el del 11 de septiembre si los EE.UU. de América se excluyen de la legalidad internacional, reniegan de los tratados de protección del medio ambiente, privilegian a compañías explotadoras del equilibrio natural, rehúyen sujetarse a las normas de la justicia internacional propuestas por el Tribunal de Roma en nombre de una soberanía que le niegan a los más débiles, y rompen el balance militar mantenido desde 1972 por el tratado ABM con un delirante proyecto de escudos antimisiles que no sirven un puro carajo frente a una docena de terroristas armados con "cuchillas de mantequilla" a bordo de un jet comercial...

Si los EE.UU. quieren en verdad combatir el terrorismo que tan impunemente le ha llagado su corazón nacional deben aprovechar esta trágica oportunidad para unirse a los esfuerzos encaminados a sancionar legalmente los crímenes de guerra y los abusos contra los derechos humanos, reforzar a los organismos internacionales, sumarse a las medidas protectoras del medio ambiente, encabezar las campañas para la erradicación de la pobreza, el hambre, la enfermedad y el analfabetismo en un mundo cada vez más injusto, más dividido, más explosivo, verdadero caldo de cultivo para criminales como los que el 11 de septiembre se rieron de la coraza antimisiles, se rieron de la CIA y su notoria falta de inteligencia, se rieron de la incapacidad toda de la única gran potencia para vivir fuera del sueño embriagante de su propio poder y sumarse, al fin, a la construcción de una nueva legalidad para una nueva realidad.

Han caído las jurisdicciones de antaño. El terrorismo, el crimen organizado, el imperio de la droga, rebasan toda jurisdicción; crean jurisdicciones propias fuera de todo alcance. Nueva legalidad para una nueva realidad: ¿carecemos de inteligencia jurídica y diplomática para responder a este desafío?, ¿carecemos de la inteligencia negociadora pa-

ra ir desmontando los mecanismos de conflicto que provoca el terrorismo?, ¿carecemos de la voluntad de negociación para allanar, una a una, las avenidas hoy obstruidas hacia la paz y la legalidad en Oriente Próximo, en Irlanda del Norte, en el País Vasco? Tarea lenta, a veces desesperante, pero que nunca debe ser desesperada.

*Carlos Fuentes, escritor mexicano, autor entre otras obras de "La región más transparente" y "Cambio de piel". Recibió el Premio Cervantes en 1987.

La izquierda después del once

José Steinsleger

Ante el Capitolio de Estados Unidos, el presidente George W. Bush, jefe de jefes del terrorismo global, le extendió al mundo el acta de defunción del derecho internacional. Que los dioses se apiaden de la pobre sociedad estadounidense y que las mujeres y hombres de buena voluntad propaguen en aquel país las ideas de Benjamín Franklin, el "sentido común" y "la edad de la razón", de Thomas Paine, y el verbo encendido del viejo y hermoso Walt Whitman.

Víctima del Big Brother exterminador, la Organización de las Naciones Unidas (ONU) murió. Y con ella murieron los instrumentos legales que durante medio siglo venía dándose la humanidad para armonizar las múltiples expresiones de la diversidad. En su lugar, el imperialismo estadounidense se ha convertido en imperio sin más.

Conducida por corporaciones económicas de innegable sello petrolero, la política exterior de Washington se ha privatizado y se apresta a destrozar todo lo que se atreva a cuestionar su voluntad. Pero los antecedentes que confluyen en el discurso del presidente Bush datan de mucho antes de los hechos terroristas del 11 de septiembre. Entre los principales, podemos señalar algunos:

- * la creación del Consejo de Seguridad de la ONU, donde las grandes potencias vetan las resoluciones que consideran lesivas a sus intereses.
- * la creación del Fondo Monetario Internacional (FMI), instrumento monetario del terrorismo económico y la adopción del dólar como patrón monetario que regula la economía de pueblos y naciones.

* la caída del mundo colonial, la fundación del Estado de Israel, la Revolución cubana, la victoria de Vietnam, el giro chino hacia la modernidad japonesa y las guerras de Washington para apropiarse de las reservas energéticas del mundo.

* la imposición de un modelo económico que en su forma liberal-conservadora eterniza la postración social y consagra la insensibilidad y la ostentación.

* la caída del bloque de países alineados con la ex Unión Soviética y la aparición de Estados Unidos como superpotencia mundial sin contrapesos.

* los ataques a la consolidación política y monetaria de Europa occidental y su rol de mediación entre Oriente y Occidente.

* la degradación de la forma Estado-nación y su secuela de organizaciones criminales en todos los espacios públicos y privados de la sociedad.

* la revolución de la informática, las telecomunicaciones, la industria militar-aeroespacial y la biotecnología, puestas al servicio de una modernidad excluyente.

* la dictadura mediática-académica que trasmuta la libertad en abstracción, la democracia en acriticidad, el espíritu de tolerancia en hipocresía intelectual y la cultura en mercancía de empresarios perfumados con respeto.

Entendida como propuesta de solidaridad que confía en la capacidad de raciocinio de la humanidad (y en su capacidad de crítica y de criterio), la izquierda latinoamericana debe tomar partido. Pero mal haría

en ver los procesos referidos como buenos o malos en sí mismos. La toma de partido de la izquierda no puede ser entendida como portadora de su noción del bien, pues esto la llevaría a la creencia de que puede conjurar el mal.

Hay que tomar partido por las acciones que conduzcan a la realización de los ideales que se guarden del idealismo, al coraje de pensar con lucidez, a las acciones que se opongan a la simple compulsión de creer. Creer y no pensar. Hete aquí la síntesis del evangelio fascista.

El alma de la izquierda debe ser consciente y auscultadora de las tensiones que mortifican y angustian la condición humana. Tomar partido implicará, entonces, la recuperación de los sueños emancipadores que en lugar de salvar o redimir sean capaces de sentir para saber qué es paja y qué es trigo.

Inmersos en el limbo, privados de políticas soberanas, los gobiernos de América Latina han demostrado, con excepción de Cuba, una desorientación tal que cabe preguntarse si en adelante podrán siquiera representarse a sí mismos.

Los hechos terroristas del 11 de septiembre pasado han puesto a nuestros pueblos en el dilema de una coyuntura excepcional: ¿podrán enfrentar el espíritu retrógrado que impulsan el Area de Libre Comercio de las Américas (ALCA), el Tratado Interamericano de Asistencia Recíproca (TIAR), la Carta Democrática de la OEA y el Plan Colombia que buscan convertirnos en un gigantesco Afganistán?

En el marco del ideal que nos convoca, "no al terrorismo, no a la guerra", resulta indispensable señalar que los hechos del 11 de septiembre no respondieron a fuerza de rebelión alguna o a causas, inclusive fundamentalistas, de las religiones conocidas, y mucho menos a la capa-

cidad de suicidio de algún pelotón perdido de la insensatez universal. Hemos sido testigos del arranque y puesta en escena de un proyecto de dominación que busca sepultarnos en la desesperación, la incertidumbre y el caos. Su lenguaje explícito es indiscutible: "de esto somos capaces". Y la izquierda debe estar alerta porque de mucho más serán capaces. De mucho más.

Bush el destripador

El sicópata asesino no es este señor Bush, ni su padre, ni el Congreso, ni la prensa, sino el conjunto de ciudadanos imperiales de los Estados Unidos

Antonio Caballero

La política exterior de los Estados Unidos puede ser la apropiada desde su punto de vista de única potencia imperial: consiste en someter al resto del planeta a sus intereses egoístas e inmediatos, por las buenas o por las malas, por la amenaza militar, por la presión comercial, por la manipulación de los organismos internacionales, por el juego de dados cargados de la diplomacia. Eso puede ser bueno, o malo: es cuestión de opinión. Pero lo que a nadie, ni a ellos mismos, les puede parecer cierto y verdadero es lo que dicen sobre su política exterior: que está concebida para ayudar al resto del planeta a ser libre, rico y feliz. Lo quieren sumiso, pobre e infeliz.

Un estadista inglés del siglo XIX pudo decir que su país había conquistado el mundo "en un momento de distracción". Los Estados Unidos lo han hecho, desde los días de Thomas Jefferson, en un largo ejercicio de hipocresía.

Acaba de gritar ante el Congreso el presidente George W. Bush un discurso sobre el Estado de la Unión que ilustra perfectamente lo anterior. Habló del "Eje del Mal" constituido por los nuevos enemigos del "Imperio del Bien", o sea, de los Estados Unidos. Porque el Imperio, para seguir siendo "del Bien", necesita enemigos malignos, como Dios necesita a Lucifer. Y hundido hace 10 años el bloque comunista, que era

por definición el "Imperio del Mal", tiene que encontrar o inventar otros. Los narcotraficantes suramericanos no dieron la talla. La pobre Nicaragua, a la que hace 15 años Bush padre acusó de ser una "amenaza", menos aún. Al Qaeda, la organización terrorista de un pintoresco millonario saudí, por mucho que la inflen no resulta verdaderamente seria ni siquiera para ser uno de los enemigos de tira cómica de Superman o de Batman: el 'Pingüino' o Lex Luthor. Por eso surge ahora el "Eje del Mal", constituido por Corea del Norte, Irak e Irán, y acollitado por media docena de países que se defienden de la agresión norteamericana (Siria, Libia, el Sudán, la Venezuela del coronel Hugo Chávez, la Cuba de Castro, la pobre cosa palestina de Arafat). Son, en la definición del gobierno norteamericano, "rogue states", o "países matones". Sobre ellos ladró Bush en su discurso lo siguiente:

"Corea del Norte es un régimen que se está armando con misiles y armas de destrucción masiva". Sí, pero no en la escala en que lo están haciendo los propios Estados Unidos. En ese mismo discurso, Bush le pidió al Congreso un aumento del 15 por ciento del presupuesto militar norteamericano actual, que es de 396.000 millones de dólares anuales: y el aumento por sí solo debe ser 10 veces mayor que el monto de los gastos militares sumados de los tres países del "Eje del Mal". En cuanto a lo de las "armas de destrucción masiva", de todos los países que disponen de ellas, que son una docena —desde Inglaterra y Francia hasta Israel y la India—, sólo uno los ha usado: los Estados Unidos.

"Irán busca agresivamente estas armas y exporta el terrorismo", dijo Bush. Sí, también. Pero tampoco en la escala mundial en que lo han hecho desde hace 50 años los Estados Unidos: en Asia, en Africa, en América Latina.

Añadió Bush: "El régimen iraquí ha complotado para desarrollar án-

trax, y gas nervioso, y armas nucleares, por más de una década". Sí. Y los Estados Unidos lo han hecho por más de cinco décadas (y las han ensayado en sus propios ciudadanos, como lo reveló hace dos años una investigación ordenada, en su aturdimiento, por el mismísimo presidente de los Estados Unidos Bill Clinton).

El discurso de Bush, que duró 50 minutos, fue interrumpido por nada menos que 70 ovaciones por parte de los miembros del Congreso norteamericano que lo escuchaban. Porque el presidente no es un loco solitario, uno de esos asesinos sicópatas a que nos tiene acostumbrados el cine de Hollywood, sino que encarna verdaderamente la visión que tienen de sí mismos y del resto del mundo los gobernantes de los Estados Unidos. Y también sus ciudadanos, a juzgar por el apoyo del 86 por ciento que recibe el presidente en las encuestas para su vesania guerrera y homicida.

Una visión de destrucción piadosa del mundo entero y ajeno que se expresa de todas las maneras posibles: la negativa a firmar los protocolos de Kioto sobre protección de la atmósfera y la naturaleza, el veto a la constitución de un tribunal internacional para juzgar los crímenes de lesa humanidad, la violación de las resoluciones de las Naciones Unidas, el rechazo de los fallos del Tribunal Internacional de La Haya, la criminal y fallida, pero muy rentable para ellos, guerra contra las drogas que han impuesto en todos los países de la tierra, amigos o enemigos, desde Colombia hasta Afganistán. Y el cine de Hollywood. Y las tiras cómicas de Batman y Superman. El sicópata asesino no es este señor Bush, ni su padre que también fue presidente y bastantes países destruyó, ni todos sus predecesores, ni el Congreso y la prensa: sino el conjunto de los ciudadanos imperiales de los Estados Unidos.

Hay excepciones, claro. El ensayista político y lingüista Noam Chomsky, por ejemplo, sugiere que si los Estados Unidos de verdad

quisieran acabar con cosas como el terrorismo o las drogas debieran empezar por bombardear a los Estados Unidos. Pero la abrumadora mayoría de sus compatriotas no ve las cosas así. Cree que es mejor acabar primero con el resto del mundo.

Jack el destripador, aquel famoso asesino del siglo XIX que mataba mujeres en las calles de Londres, se veía a sí mismo como un filántropo. A Bush le pasa lo mismo. (Revista Cambio, 10.02.2002.)

Sobre las causas de la violencia

LAS RELACIONES ENTRE NIHILISMO Y RELIGIÓN

1. ¿Por qué, al pensar la guerra y el terrorismo, el discurso políticamente correcto omite que la agresividad que conduce a la violencia -dominación, posesión, sumisión- forma parte del complejo sistema psicológico y relacional que configura la economía humana del placer? ¿Por qué cuesta tanto reconocer que la violencia no es nada ajeno a la naturaleza humana? ¿Pudor? ¿Ideología? ¿Hipocresía? ¿O acaso Caín no mató a Abel?

El optimismo moderno ha querido creer que la violencia era fruto de las relaciones sociales -de un ser aparentemente esquivo, y no un componente de este animal con libertad y razón (por tanto, con voluntad de poder y con voluntad de verdad; es decir, capaz de usar estratégicamente la violencia) al que llamamos hombre. Jean-Jacques Rousseau llevó la ilusión al paroxismo al explicar que el hombre era bueno por naturaleza y que era la vida en sociedad lo que le degradaba.

El buen salvaje -como Adán antes de la caída- se convertía así en el mito de nuestra inocencia. Es un camino que conduce directamente a la irresponsabilidad: nadie es culpable de sus actos, porque la culpa es de la sociedad. Y, sin embargo, el realista Hobbes ya nos había explicado que el hombre había aceptado someterse al monopolio de la violencia del Estado porque, de lo contrario, el estado natural de guerra habría acabado con todos.

Un pacto para defendernos de nosotros mismos, del que el Estado democrático representa su formulación más sofisticada. El proceso civi-

lizatorio ha sido el intento -desigual, en algunos momentos catastrófico- de prolongación y afirmación de este pacto, dejando nuestra economía del deseo unos cuantos jirones por el camino, como explicó el doctor Freud en "El malestar de la cultura". Sólo que la violencia no tiene límite. Los Estados abusaron y especularon con ella, la violencia revolucionaria introdujo un nuevo salto cualitativo en el modo de usarla hasta alcanzar el nuevo estado de violencia globalizada, en plena confusión entre lo público y lo privado.

Dice Martín van Creveld que la cultura occidental tiene dificultad para entender la diversidad de causas de la voluntad de combatir. Para una cultura que ha colocado el criterio coste-beneficio (calculado en dinero contante y sonante) como medida de todas las cosas resulta inconcebible que un ciudadano tenga una idea tan distinta del valor de su propia vida que esté dispuesto a perderla por Alá y la promesa de alcanzar un jardín donde le esperan veinte hermosas vírgenes.

Y, sin embargo, no hay que ser muy freudiano para entender el pathos de la violencia destructiva. Sólo la destrucción garantiza la correlación absoluta entre lo que se dice y lo que se hace. En un proyecto constructivo, la realidad nunca permite que nuestras fantasías se realicen al cien por cien, siempre hay rugosidades que felizmente rompen la armonía del orden soñado.

La destrucción es la prueba inmediata, por la praxis, de que somos capaces de hacer lo que nos proponemos. Es la omnipotencia del nihilista que entiende que todo le está permitido. Y dado que la omnipotencia es un atributo de Dios, nada mejor para reforzar la acción nihilista que actuar por orden divina. La armonía entre el nihilista y su destino religioso es perfecta. Y difícil de responder ideológicamente, porque, como ha escrito Pascal Bruckner, la sed de inmolación no es refutable.

2. Aunque el nihilista se realiza en su mismo acto y, por tanto, la apues-

ta religiosa no es una condición necesaria, sino una confirmación de su fantasía, romper la armonía entre nihilismo y religión es fundamental para quebrar la cadena terrorista. Por esta razón, el nombre 'justicia infinita' que se dio inicialmente a la operación antiterrorista liderada por Estados Unidos era un gravísimo error o un alarmante síntoma. 'Justicia infinita' es una expresión propia del nihilismo religioso. La justicia humana sólo puede ser concreta.

La justicia infinita es un atributo de Dios; querer realizarla equivale a romper la noción de límites. Y cuando todo es posible, todo está permitido. Pero por la misma razón hay que interpelar a la religión musulmana en el punto que facilita la conexión entre violencia destructiva y religión: la sumisión del poder civil al poder religioso; es decir, la negación de una legitimidad autónoma y plena al poder político, cuya forma extrema es 'la guerra santa'; es decir, la guerra ordenada por Dios.

Mientras no se produzca la separación entre la religión y el Estado, el fundamentalismo islámico encontrará siempre una plataforma desde la cual convertir la fe en furor divino, y al creyente, en kamikaze ejecutor de la ilimitada voluntad divina.

3. Escribe Freud: 'Siempre que se dispone de un grupo aparte contra el que se puede manifestar la agresividad será posible mantener unido por el amor a un número considerable de personas'. Es ciertamente la lógica de Bin Laden: convertir a los Estados Unidos en una fuerza satánica contra la cual unir a todo el mundo islámico. Pero es también la lógica de la respuesta de Bush, al convertir a Bin Laden en una especie de metáfora del mal, contra la cual unir a una universal coalición. La simetría entre la agresión y la respuesta hace dudar del carácter bien fundado de ésta, en un conflicto que requiere más astucia e información que ideología y confrontación.

La metáfora Bin Laden es la necesaria construcción del enemigo en una cultura de la guerra incompatible con la lucha contra lo invisible. Antes de tener las pruebas de la culpabilidad de Bin Laden ya se ha construido el mito, porque era necesario señalar alguien frente a quien cohesionar a la patria. Es más, aunque se demostrara que Bin Laden no tiene que ver con esta historia, el mito seguiría funcionando.

Los estadounidenses han respondido a la invisibilidad del atacante con la invisibilidad de las víctimas. ¿Es un modo de atemperar esta brutal irrupción del principio de la realidad en una sociedad encariñada con la asepsia de la virtual? La metáfora Bin Laden contra el vacío dejado por las torres, ¿este desencarnamiento de los hechos no favorece la estrategia terrorista de la confrontación de símbolos? El terrorismo de Bin Laden es un terrorismo de franquicias, ha dicho el profesor Jean François Daguzan: una constelación de componentes diversos, de los cuales Bin Laden es el centro, la referencia y el símbolo que garantiza su visibilidad mediática. Si Bin Laden desaparece, la red permanecerá intacta.

Convertir a Bin Laden en el mito del enemigo número uno favorece la supervivencia de la red más allá de su suerte; los mitos siempre arrastran. Pero sobre todo confirma que los automatismos del liderazgo de EE UU son prisioneros de la lógica de las guerras convencionales.

No basta con Bin Laden, se necesita un Estado enemigo: Afganistán. Todos contra Afganistán, cuando la red terrorista está extendida por todas partes. Es en el mundo subterráneo que nuestras sociedades esconden, donde circula dinero, drogas y armas y donde viven traficantes, mercenarios y terroristas, que la violencia terrorista tiene sus terminales.

Pero, como ha dicho Kapucinski, ante la impotencia para actuar sobre

este mundo oculto, al que llegan no pocas complicidades de la parte visible de la sociedad, se prefiere ignorarlo y concentrar todas las miradas en un gran enemigo. Esta misma lógica de la guerra convencional es la que conduce al proyecto de gran coalición, como si el problema del terrorismo se resolviera derrotando a un Estado. Van Creveld planteaba la cuestión de fondo hace ya diez años, y a la vista de los hechos, los responsables políticos occidentales no se dieron por enterados: 'Frente a los innumerables reveses infligidos por las guerrillas y los terroristas a algunos de los más poderosos ejércitos del mundo, la cuestión de saber si nosotros, habitantes de los países desarrollados, tenemos verdaderamente una percepción exacta de la guerra reviste una importancia capital'.

La gran coalición es una amalgama, llena de contradicciones, de la que los más avisados intentan sacar provecho blanqueando sus crímenes, haciéndose perdonar deudas y poniendo alto precio a su colaboración. ¿De dónde han sido exportados más terroristas: de Pakistán o de Afganistán? ¿De dónde ha salido más dinero para el terrorismo: de los Emiratos Árabes y de Arabia Saudí o de Afganistán? Pero se necesita un Estado enemigo y Afganistán reúne todas las condiciones: el más débil y el más odiable.

Porque mucho antes del ataque terrorista había razones más que fundadas para aplicar la doctrina de injerencia en Afganistán: por encima de todas, la trágica suerte de las mujeres afganas, sometidas a la más absoluta destrucción psicológica y abandono físico. La gran coalición genera confusión sobre los objetivos. Porque habría que recordar que no se trata de hacer un mundo en que 'se está con nosotros (los estadounidenses) o se está contra nosotros'. Se trata de hacer un mundo habitable, que no quede sumergido en la violencia globalizada, ni la nihilista ni la del sueño imposible de la seguridad absoluta.

4. Si Dios existiera, ante atrocidades como las de las Torres Gemelas hablaría. Recuerdo el libro de Coetzee sobre Dostoievski. Hay violencias, hay violaciones que se abren como trampas para cazar a Dios. Y Dios no sabe, no contesta. En los márgenes de Occidente ha crecido la violencia nihilista, que ahora se convierte en antioccidental. Asumido que la violencia destructiva no forzosamente necesita causas porque la voluntad de combatir viene dada, se puede entrar en analizar las situaciones que favorecen la emergencia de la violencia nihilista.

Es el territorio de las doctrinas de la exclusión: conseguir que el mundo sea homogéneo -una sola clase, una sola raza, una sola etnia, una sola creencia- es la fantasía que mejor concuerda con esta voluntad de destrucción. Es el punto en que violencia y creencia (en una religión o en una ideología) se encuentran.

La violencia es siempre simplificadora, con lo cual se siente muy cómoda con aquellas creencias que definen un mundo y excluyen todo lo demás. Pero la simplificación de la violencia llega también a quien la recibe. Y es uno de los peligros que las sociedades democráticas, en la medida en que se sientan acosadas, deben evitar.

Porque la simplificación siempre tiene costes en materia de libertades. Han sido tan grandes los cambios que ha vivido el mundo en los últimos diez años que era ingenuo pensar que Occidente sólo podía obtener ventajas del trastorno general ('the great disruption', lo llamó Fukuyama cuando se dio cuenta de que la historia se negaba a acabar). 'Una revolución continua en la producción, una incesante conmoción en todas las condiciones sociales y un movimiento constante distinguen esta época de todas las anteriores. Todas las relaciones estancadas y enmohecidas, con su cortejo de creencias y de ideas veneradas durante siglos, quedan rotas: las nuevas se hacen añejas antes de llegar a osificarse'. Esta cita es de Marx y Engels, es el elogio del carácter re-

volucionario de la burguesía que se puede leer en la primera parte del Manifiesto comunista. Me he permitido una pequeña licencia: poner 'esta época' donde decía 'época burguesa', para adecuarlo al lenguaje de nuestro tiempo.

Podría ser perfectamente una descripción de la gran aceleración vivida en el fin de siglo y de los vértigos que ha provocado al ver cómo se desvanecían por momentos órdenes cristalizadas a lo largo de los años. El poderoso Occidente no ha sabido, no ha podido o no ha querido administrar los ritmos, porque la historia no se deja gobernar fácilmente y porque se ha desencadenado la eufemísticamente llamada 'destrucción creativa' que acompaña los momentos en que algún poder piensa que el mundo es moldeable a su imagen y semejanza.

La 'destrucción creativa' siempre llama a 'la destrucción destructiva'. Alcanzada la plenitud de los tiempos, los relatos pierden relevancia; sólo cuenta el acontecimiento, como se ocupó de demostrar Tarantino, el cineasta del fin de la historia. Algunas culturas se han sentido amenazadas, algunas sociedades se han sentido desamparadas, y en este desconcierto han surgido las respuestas radicales, las reacciones suicidas.

Desahuciados los relatos que hilvanaban las vidas y las comunidades, algunos han creído lo del personaje de Coetzee: 'Si uno no mata, nadie le toma en serio'. Y han creado el acontecimiento absoluto. La superioridad norteamericana parecía tal que aun siendo los Estados Unidos odiados en muchas partes parecían invulnerables. ¿Podía imaginarse mayor acontecimiento que destrozarse este mito? ¿Cómo reparar el hundimiento de este tabú? Con una gran coalición que alinee a todos los países en torno a EE.UU.

La herida norteamericana no debe hacer olvidar la realidad del mundo:

inhabitable en sus tres cuartas partes. Pero tampoco debemos caer en la ingenuidad de creer que el terrorismo es un fruto de la desigualdad que se resolvería haciendo el mundo más justo. La violencia nihilista siempre encontrará caminos para reproducirse. La exigencia de trabajar por un mundo humanamente sostenible, que algunos descubren ahora, me parece tan vigente como siempre, desde luego mucho antes del ataque terrorista a los Estados Unidos.





Universidad de Cuenca
Facultad de Ciencias Económicas
y Administrativas
CUENCA • ECUADOR

Centro de Documentación "Juan Bautista Vázquez"



SI13006